



Instituto

Mora

**INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA**

“Proyecciones del franquismo en cuatro
intelectuales mexicanos (1939-1950)”

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRA EN HISTORIA MODERNA Y
CONTEMPORÁNEA
PRESENTA:

PRISCILA PILATOWSKY GOÑI

Asesor: Doctor Aimer Granados García

México, D.F.

Septiembre, 2007.

*Esta Investigación fue realizada gracias al apoyo del
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología*



*A mis padres y a mi hermano,
por supuesto.*



Instituto

Mora





**Proyecciones del franquismo en cuatro
intelectuales mexicanos (1939-1950)**

Instituto

Mora



Agradecimientos

Fueron muchas las personas me brindaron su apoyo. Seguramente no mencionaré a la mayoría. Donde quiera que estén, reciban mi más sincero agradecimiento.

Ciertamente, los primeros en la lista son mis padres. No hay palabras para describir todo lo que les debo y les quiero.

A mis amigos y todas esas queridas personitas que me han apoyado y dado sus consejos siempre, especialmente Ross, Juanito, Beatriz, Marcelo, Luis, Mónica, Homero y Héctor. Por compartir conmigo todos esos momentos de estudio, a todos mis profesores y compañeros de la maestría. Las más afectuosas gracias a la Dra. Marcela Terrazas, a Beatriz Rojas, al Dr. Luis Gerardo Moreno y a la Dra. Carmen Collado.

A mi asesor Aimer Granados, por el interés que prestó a mi trabajo en sus minuciosas lecturas. A los doctores José María López Sánchez, Iván Pliego y Ana María Serna.

A Alejandra Gómez Morín y a Angélica Oliver, por brindarme todas las facilidades para consultar su archivo y por ayudarme a localizar material imprescindible para este trabajo.

A todo el personal del Mora, por su enorme amabilidad, compromiso y buen humor. Muy especialmente a Lorena, en Servicios Escolares; a Miguel, Roberto, Raulito, Daniel, Carlos y todos los demás en Biblioteca.

A todos los compañeros y amigos del seminario del CCyDEL. Mis más sinceras gracias al maestro Mario Magallón.

Y a todos lo que faltan...



ÍNDICE

Introducción.....	3
--------------------------	----------

Capítulo I

Notas sobre los primeros acercamientos entre España y América Latina en el ocaso del imperio (1898-1939)

1.1. Introducción.....	17
1.2. Un movimiento a dos orillas.....	20
1.3. El hispanoamericanismo “liberal” o “progresista”.....	23
1.4. Corrientes conservadoras y Acción Española.....	40
1.5. El americanismo de Primo de Rivera.....	42
1.6. Los mitos de la hispanidad.....	50

Capítulo II

Los objetivos americanistas en el primer franquismo (1939-1950)

2.1. Introducción.....	56
2.2. Las relaciones culturales como eje de la política exterior franquista hacia América Latina.....	61
2.3. La hispanidad en la prensa de la colonia española.....	74
2.3.1. Señalando al enemigo.....	76
2.3.2. Proyecciones del imperio: vicisitudes de la hispanidad.....	80
2.4. Visiones del franquismo en la prensa de españoles republicanos en México.....	89
2.5. Voces de mexicanos en la hispanidad.....	97

Capítulo III

Proyecciones del franquismo en cuatro intelectuales mexicanos.

3. Introducción.....	106
3.1. El clima cultural durante el cardenismo.....	107
3.2. Alfonso Junco: Hispanidad y catolicismo.....	118
3.2.1. Posturas políticas.....	121
3.2.2. La hispanidad de Junco.....	128
3.2.3. Junco y las derechas.....	132
3.3. Carlos Pereyra: Historiografía con vocación hispanista (1871-1942).....	136
3.3.1. ¿Un historiador de derecha?.....	151
3.4. José Vasconcelos o el timón de Ulises.....	153
3.4.1. Sobre su vida.....	155
3.4.2. El hispanoamericanismo.....	158
3.4.3. Un hispanismo contra revolucionario.....	170
3.5. Manuel Gómez Morín: un administrador fiel a España (1987-1972).....	173
3.5.1. España y la técnica.....	177
Conclusiones.....	187
Bibliografía.....	195

Instituto
Mora

Introducción

La vida intelectual del México de las décadas de 1930 y 1940 revistió una gran complejidad. Los estudios que le han concedido un lugar en el presente: sociológicos, políticos, o de las ideas; convergen en que el tipo de actividad de sus actores debe evaluarse en su momento histórico y en su circunstancia particular.¹

En la Revolución Mexicana estuvieron al lado del caudillo. Para ese entonces, la lucha armada requería la participación directa de los “hombres de letras”, imposibilitando que ejercieran su papel desde una “torre de marfil”. Cuando el conflicto cesó, herederos del Ateneo de la Juventud que se llamaron a sí mismos la “Generación de 1915”, tuvieron la responsabilidad de colocar la primera piedra de las instituciones que pondrían a funcionar al país.

Con perspectivas de renovación que empezaban por el mejoramiento humano, los recintos educativos fueron prioridad para los gobiernos subsecuentes. Desde 1910 se reestructuró la Universidad Nacional de México. En 1925 se creó la SEP, y para las décadas de 1930 y 1940 se instalaron los emblemáticos Instituto Nacional de Bellas Artes, El Colegio de México y El Colegio Nacional.

Esta etapa reconstructiva, es decir, las décadas de 1930 y 1940, arrastraba los debates sobre el proyecto nacional más conveniente para ser impuesto desde las altas esferas oficiales. De ellos da cuenta una vasta historiografía sobre los planes y características de cada gobierno, de sus bases ideológicas, sus conflictos e intereses. Dada su extensión, nos interesa aquella que se ocupa de las corrientes

¹ Entre los textos que pueden consultarse para comprender el papel del intelectual en México, véase el de Roderik Ai Camp, *Los intelectuales y el poder en México* (1991), quien elabora un estudio sociológico sobre las características de este grupo, considerando las condiciones políticas, económicas o institucionales de este país. Por otra parte, el ensayo “Ambición sin límite” (2004), de Fernando Curiel, rompe con la historiografía que ha agrupado a la intelectualidad por generaciones, tomando como base las intrincadas relaciones entre éstos y el poder político. También es referencia obligada la prosopografía de Krause: *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana* (1985), y el clásico de Javier Garcíadiego sobre la historia de la Universidad Nacional Autónoma de México, *Rudos contra científicos: la Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana* (1996), y su reciente publicación, *Cultura y política en el México posrevolucionario* (2006). Este último retoma a los personajes abordados por Krause, complementándolos con una visión más amplia sobre el panorama político e institucional del México pos revolucionario. Otra visión sobre los distintos ámbitos de participación intelectual en función de los acontecimientos políticos para la primera mitad del siglo XX, la presenta Annick Lemperière en *Intellectuals, État et société au Mexique: les clerics de la nation 1910-1968*. Todos coinciden en que el intelectual en México, como creador de instituciones, fue un activo participante en la redefinición institucional posterior a la Revolución.

que abordaban los orígenes de la nacionalidad, incluyendo las opiniones sobre la herencia hispánica, el componente indígena, o la posibilidad de seguir el modelo norteamericano. Hablamos del hispanismo, el indigenismo, y una más, de corte integrador y conciliador, el latinoamericanismo.²

Ricardo Pérez Montfort, quien ha estudiado con detenimiento estas corrientes en México desde los años 20, afirma que el indigenismo:

Identificó el origen nacional con los pobladores aborígenes de nuestro territorio. Reconocía en ellos todas las virtudes que habían depositado como herencia en los indígenas contemporáneos y valoraba sus capacidades artísticas, sus tradiciones y sus logros con un enorme respeto, indignándose por la miseria y la explotación de la que habían sido víctimas durante 300 años.

El hispanismo, que este autor describe con detalles en su reconocido texto;

Se basa en la existencia de una “gran familia” o “comunidad” o “raza” transatlántica que distingue a todos los pueblos que en un momento de su historia pertenecieron a la Corona española. Esta identidad hispánica descansa en la convicción de que los españoles desarrollaron, en su proceso de formación como imperio, una serie de formas de vida y de cultura propias que los distinguen de otros pueblos del orbe. Estas formas de vida fueron transplantadas a las colonias y transmitidas a los aborígenes, de tal manera que quedaron definitivamente integrados a la “raza” española. Esta “raza”, para el hispanismo, no es simplemente cuestión de sangre; la cultura, las tradiciones, la religión y el lenguaje forman parte imprescindible de lo que llaman “la patria espiritual”, que incorpora todos los territorios en donde España tuvo un régimen colonial, desde el norte de África hasta la Patagonia. Estos territorios, y desde luego sus pobladores *son* en la medida en que reconocen su vínculo con España, de la misma manera que España es en la medida en que se reconoce en sus tradiciones.

Esta postura, afirma más adelante, llegó al extremo de “plantarse en el orgullo que le daban sus antecedentes imperiales y europeos, su hidalguía y su fidelidad a la Iglesia católica”, para considerarse la “mejor dotada para explicar lo que hacía valioso al mexicano, y que era aquello que se resumía en su ‘raíz hispánica’”.

La posición intermedia, el latinoamericanismo, en su perspectiva sobre el origen y características de lo mexicano, “extendía su horizonte geográfico hacia toda América Latina”. Asumía que “la nacionalidad mexicana pertenecía al grupo

² A lo largo de este trabajo anunciaremos las principales obras que han abordado estas corrientes, dentro de la temática más amplia del nacionalismo revolucionario. Para adelantar algunos autores cabe mencionar a Ricardo Pérez Montfort, Isidro Sepúlveda, Aimer Granados, y otros.

de naciones jóvenes, independientes, de origen mestizo, con un fuerte arraigo nacionalista, con espíritu libertario, laico, unido en su diversidad”.³

Mientras estas corrientes vitalizaban el clima nacionalista mexicano, España emitía las propias, aunque siempre con la colaboración de los americanos. Desde fines del siglo XIX, con motivo de la crisis, se planteó la posibilidad del acercamiento a América como medio de resolver los problemas internos. Isidro Sepúlveda, quien dedica su atención al nacionalismo español y su proyección americana, afirma que el hispanoamericanismo es la:

Conceptualización de la reunión de iniciativas y la propuesta de programas, ya de forma individual o colectiva, y la participación coordinada y solidaria en la idea de una cualidad especial y superior de las relaciones hispanoamericanas; buscando al mismo tiempo su potenciación con la promoción de unos los elementos operativos con fines variados, desde políticos hasta culturales, religiosos, militares o económicos.⁴

Según la perspectiva y la tendencia ideológica, reconoce en el hispanoamericanismo una veta *progresista* y una *conservadora*. La primera se identificaba con una burguesía influida por el clima regeneracionista finisecular, que contemplaba las relaciones con América como medio para trascender el estado de postración en el que España estaba inmersa, sin negar las particularidades de los países de ese continente. La segunda, llamada también *panhispanista*, se dirigía exclusivamente a un público español para legitimar los proyectos estatales, y sólo reconocía en los americanos lo que éstos conservaban de su herencia hispánica. De esta última, enarbolada por círculos monárquicos y tradicionalistas, se desprendió el pensamiento de la hispanidad, y temporalmente se expresó desde la dictadura de Miguel Primo de Rivera (1923-1930) para luego ser retomada por los intelectuales allegados al franquismo.

Los planes que se formularon con base en estas corrientes dieron lugar a proyectos diversos: económicos, políticos, diplomáticos, migratorios, culturales. Pero parece ser que las precarias condiciones económicas de la región

³ Pérez Montfort, *Hispanismo*, 1992, p. 15-20.

⁴ Sepúlveda, *Sueño*, 2005, p.93. Véase también Granados, *Debates*, 2005, que aborda con mayores detalles la plasmación del hispanoamericanismo español en el contexto mexicano de fines del siglo XIX, en un contexto ideológico donde prevalecían filias y fobias hacia los españoles. El primer capítulo de este trabajo abordará este tema con mayor amplitud.

hispanoamericana impidieron llevarlos a buen término, de manera que los mejor atendidos, por requerir una menor infraestructura, fueron los últimos. De ahí que se hable de un *hispanoamericanismo cultural*, que engloba las relaciones interpersonales en el mundo académico, la organización de eventos, intercambio de publicaciones, dotaciones de becas a estudiantes, viajes de profesores y conferencias que se promovieron a ambos lados del Atlántico. Los respaldaba la idea de que España y América debían revitalizar los vínculos perdidos debido a una supuesta permanencia de elementos culturales en común.

Para la década de 1930 esta serie de intercambios ya contaba con una extensa red, que habían contribuido a formar, desde fines del siglo XIX, la Unión Iberoamericana; y desde principios del XX, la Junta de Ampliación de Estudios, los Ateneos de Madrid y México, la Residencia de Estudiantes, y otras instancias.

A esa tercera década del siglo XX podría llamársele la “era de las ideologías”, en tanto que vivía el descrédito del liberalismo con motivo de la crisis del 29 y presenciaba el ascenso del comunismo y de los nacionalismos. En el mundo hispanoamericano, la República obtuvo el poder en España y el México pos revolucionario sentaba las bases de su política exterior. Sin ser la excepción en un mundo donde cada cual se adhería a cierto sistema de ideas, el Estado Mexicano formuló su propia versión nacionalista. Un nacionalismo que privilegió el componente indígena de la identidad nacional.

En este marco, el rechazo al cardenismo fue enarbolado por todos aquellos que no se vieron incluidos en ese proyecto y a quienes no convinieron sus principios. Muchos de ellos observaban con atención los eventos de la guerra civil española y aplaudieron el triunfo de quienes se hacían llamar la “España Nacional”. Este hecho confirma, como lo sugiere Pérez Montfort, que las ideas de los grupos que han sido considerados historiográficamente como la derecha mexicana, confluyeron en ciertos puntos con las del grupo español que triunfó en la Guerra Civil.

En una historiografía de las relaciones hispano mexicanas que ha seguido con mayor atención la adaptación y hazañas de los republicanos en México, pocos han observado las relaciones entre simpatizantes con el bando contrario. Este autor

encontró a una serie de empresarios, religiosos, intelectuales, políticos y agentes oficiosos del franquismo en nuestro país que dinamizaron los contactos cuando las relaciones diplomáticas se habían postrado. Clara Lida, en su compilación *México y España en el primer franquismo: rupturas formales, relaciones oficiosas (1939-1950)*, agrupa una serie de textos sobre las distintas modalidades que adoptaron los vínculos con la España franquista. Desde la historia diplomática, de nuevo Pérez Montfort, junto a Nuria Tabanera, revisan las actividades de los agentes oficiosos y las respuestas que encontraron en los círculos de poder político y económico. Julia Tuñón se introduce en la historia de la cultura en el área particular de los intercambios cinematográficos; mientras que Clara Lida, inmersa en la historia social y los estudios demográficos, encuentra que llegó a México una jugosa inmigración de españoles no necesariamente relacionada con la Guerra, sino como parte de un flujo natural de población que venía llevándose a cabo desde tiempos inmemoriales. Por su parte, Eric Lobjeois enfoca su mirada en los intelectuales que apoyaron al franquismo o algunos de sus principios desde la tribuna de la prensa y revistas. Este autor es el único que contempla a este grupo, y como es el tema del presente trabajo, nos dedicaremos a él más adelante.

José Antonio Matesanz, otro reconocido estudioso de las relaciones hispano mexicanas, se remitió al mundo de las percepciones que provocó la Guerra Civil española en nuestro país, especialmente en su libro *Raíces del exilio. México ante la Guerra Civil Española*. Partiendo de la pregunta sobre qué fue lo que hicieron México, su gobierno y sociedad ante esa guerra, relaciona los procesos políticos de los dos países, busca comprender los motivos de la política de asilo mexicana y estudia las reacciones que ésta provocó en la sociedad. Como los demás autores, reconoce las simpatías hacia el ascenso de Franco tanto de parte de la colonia española como de ciertos sectores de la sociedad mexicana.

La literatura sobre las relaciones hispano mexicanas en la década de 1940, por lo tanto, subraya que la ruptura de vínculos diplomáticos no significó el cese de intercambios. Más bien continuaron las migraciones, ciertos acuerdos comerciales, proyectos culturales y de otro tipo, en los que ciertos mexicanos mantuvieron sostenido interés. Por sus privilegiadas posiciones, particulares voluntades o por

su apego a principios conservadores del hispanismo, la historiografía ha señalado a muchos de ellos como la “derecha mexicana”.

Existen pocos trabajos teóricos sobre el tema de las derechas en México. En su mayor parte provienen de la ciencia política. Para el período que nos ocupa es oportuno revisar *La derecha radical en México (1929-1949)* de Hugh Campbell, quien identifica dos grandes corrientes: una religiosa y otra secular. La primera la representan sectores religiosos afectados por el callismo, que iniciaron el movimiento armado conocido como la guerra cristera. Sus secuelas, organizadas después en el Sinarquismo para confrontar a Cárdenas, ocupan un lugar preponderante en ese estudio. Dentro de las derechas seculares, el autor señala a ciertos empresarios, especialmente los miembros de la Confederación Patronal de la República Mexicana, que apoyaron a grupos más focalizados, como la Acción Revolucionaria Mexicana (ARM). La rebelión del general Cedillo y de Escobar, o la oposición política de Juan Andrew Almazán, fueron otros frentes que aglutinaron a las fuerzas de “derecha”.

Para conocer un poco más de sus perfiles, es muy útil *La oposición política*, de Elisa Servín, quien dedica un capítulo relacionado con la oposición al cardenismo. Partiendo de la premisa de que la creación del Partido Nacional Revolucionario generó una dinámica que encauzó a la oposición a dirigir su acción por la vía electoral, la autora cataloga a sus principales grupos. Entre los ubicados a la derecha del espectro político incluye a Vasconcelos, por la naturaleza de sus demandas democráticas en correspondencia con el maderismo. Del mismo lado coloca al Partido Acción Nacional de Manuel Gómez Morín.

La trayectoria del PAN es estudiada a detalle por Soledad Loeza, con herramientas de la ciencia política y de la historia, considerando la dinámica del sistema político mexicano en su conjunto. Revisa además los orígenes intelectuales de ese partido junto a los cambios y coyunturas por los que pasó desde 1939 hasta 1994.

Jean Meyer y Pablo Serrano han sido los más importantes investigadores del otro grupo del ala opositora en las elecciones de 1940: el Sinarquismo. Serrano concede sendas páginas al estudio de su trayectoria desde la historia de los

movimientos sociales en una perspectiva regional, considerando la dinámica e ideas reinantes en el entorno político mexicano. Jean Meyer, otro estudioso de los contrarrevolucionarios, sitúa al Sinarquismo en una perspectiva que se dilata a las movilizaciones latinoamericanas y a los contextos ideológicos del periodo que presencié su desarrollo.

Otros grupos sólo mencionados tangencialmente por Servín y por Campbell, que representan otra cara importante de las derechas, son estudiados por Pérez Montfort en *Por la patria y por raza*. Se trata de la ya citada Asociación Mexicanista Revolucionaria, el Comité Pro Raza y la Confederación de la Clase Media.

Parafraseando y complementando la investigación de Pérez Montfort, podemos decir que algunos intelectuales que compartían las ideas de estas “derechas”, como José Vasconcelos o Pablo Antonio Cuadra, fueron piezas clave en la promoción de las políticas culturales emitidas desde el Instituto de Cultura Hispánica, creado en 1947. Otros, como Alfonso Junco o Rodolfo Reyes aclamaron sin congoja a la dictadura mientras duró la Guerra Civil. Gómez Morín, en su pretensión de encontrar modelos a seguir, dentro de sus proyectos de organizar un gobierno pragmático, basado en la *técnica*, llegó a colaborar también con el Instituto de Cultura Hispánica y a crear vínculos entre autores y editoriales. Caso singular fue además el del historiador Carlos Pereyra, quien recibió una calurosa bienvenida dentro del aparato cultural franquista luego de haber sido afectado en sus propiedades y de haber recibido duras críticas de parte de ciertos republicanos.

El trabajo de Eric Lobjeois, titulado “Los intelectuales de la derecha mexicana y la España de Franco”, al que ya nos referimos, describe brevemente los casos de estos y otros personajes que contribuyeron a difundir una visión contraria a la oficial, firmemente apegada a la República. Entre ellos están Gabriel Méndez Plancarte, fundador y director de la Revista *Ábside*; Jesús Guisa y Acevedo, creador de la editorial Polis y de la revista *Lectura*; Nemesio García Naranjo, Efraín González Luna, el católico Miguel Palomar y Vizcarra; Juan Sánchez Navarro, Salvador Abascal y José Elguero.

Lobjeois advierte que “hay razón para ver en la derecha mexicana una nebulosa en cuyo interior se reúnen diversas corrientes de opinión, que, teniendo criterios en común, repudian los males que llevan por nombre revolución, comunismo, persecución, poinsetismo, decadencia de valores y costumbres”. Y siguiendo a Soledad Loaeza, sostiene que “en México, la derecha nunca ha alcanzado el grado de coherencia estructural y doctrinaria que ha logrado en otros países”.⁵

Compartimos la idea de que colocar a aquellos intelectuales dentro del cajón de la “derecha” resultaría hasta cierto punto inadecuado, ya que el término se aplicó más bien para designar a los impugnadores de la Revolución o que resguardaban ciertos intereses económicos. Esto se confirma si tenemos en cuenta que entre ellos había pensadores, políticos o profesionistas en diferentes áreas, con experiencias que deben comprenderse en su dimensión particular, y cuyas obras acusan muy distintas interpretaciones sobre la situación española.

Por eso, Lobjeois busca en ellos los puntos de confluencia. Como generación, advierte que “nacieron antes o durante la revolución de 1910, entre el último cuarto del siglo XIX y el año 1913 [...] tenían una cultura tradicional y religiosa, un origen provinciano y una formación que adquirieron, principalmente, estudiando derecho y algunos filosofía”. Era un grupo que “cultivaba la escritura, que elaboraba y difundía un discurso proselitista con relación a la España nueva que había nacido de la Guerra Civil [...] expresaban una visión de la sociedad y del mundo totalmente diferente de la de otros sectores, sustentada en los valores católicos, que se traducían en un rechazo inmediato de la política oficial”.⁶

Sobre los grandes principios comunes, advertían al unísono la influencia de la doctrina social cristiana impulsada por la Encíclica *Rerum Novarum*, apoyaban la insurrección española, mantenían la creencia en que existían dos Españas, la “auténtica” y la “comunista”, revivían la historia providencial española que exaltaba las glorias de la conquista, negaban el indigenismo estatal, abogaban por la apertura de relaciones diplomáticas y comerciales con el nuevo gobierno español,

⁵ Lobjeois, *Intelectuales*, 2001, p. 163.

⁶ *Ibid.*, p. 165.

rechazaban que estuviera efectuándose una persecución a los intelectuales y que hubiera restricciones a la cultura por parte del gobierno franquista. Además, muchos aunque no todos, reclamaban por la decisión cardenista de abrir las puertas del país a los inmigrantes republicanos.

Lobjeois encuentra que estas ideas podían haber sido el eje articulador entre los intelectuales mencionados, pero consideramos que no todos las compartieron, o al menos, no en la misma medida. Partiendo del supuesto de que tampoco podemos colocarlos a todos dentro de la “derecha”, nuestra hipótesis sostiene que sí existió una intelectualidad que apoyó el proyecto franquista, o más bien, ciertos principios de la hispanidad, pero no puede concebirse como un grupo homogéneo, como tampoco es pertinente hablar de la “derecha” en bloque.

Si analizamos la vida y obra de cada personaje, podemos ver que cada quien miraba a España y su herencia cultural en América desde ópticas no siempre compartidas, determinadas por la riqueza de su experiencia, de sus relaciones con la intelectualidad española, por sus lecturas y concepción de la historia hispanoamericana.

Por ello hemos escogido cuatro casos de personalidades, ubicadas historiográficamente dentro del mundo intelectual, que desde diversos grados pudieron haber aprobado ciertos principios de la España Nacional. Algunos, como Alfonso Junco, emitieron apologías directas a Franco; otros, como Carlos Pereyra, sólo mostraron un hispanismo visible en la elección temática de sus textos. “Caudillos culturales” de la talla de Vasconcelos o Gómez Morín, encontrarían en aquel proyecto un modelo de gobierno que podía ser una opción a seguir en México.

Debemos reiterar que las distintas miradas a España a fines de los años 30 y principios de los 40 deben considerarse en función de un contexto donde ciertos grupos filosóficos se preguntaban por las particularidades de lo mexicano.⁷ Por otro lado, todavía tenían lugar ciertas expresiones hispanóforas conforme se

⁷ Entre finales de la década de 1940 y principios de los 50, fue reconocido el grupo “Hiperión”, integrado por profesores y alumnos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Su mayor aportación fue su filosofía de lo mexicano, que seguía los ecos de las preguntas del maestro Samuel Ramos. Nos remitiremos a ellos en algunos fragmentos de este trabajo. Para mayor información sobre el Hiperión, *Vid.*, Hurtado, *Hiperión*, 2006.

ponían en práctica las políticas indigenistas y se daban tratos especiales a los inmigrantes españoles tras la Guerra Civil. Aunado a ello, la fuerte campaña anticomunista, desplegada desde los Estados Unidos especialmente cuando concluyó la Segunda Guerra Mundial, promovía la creencia de que en México se estaban llevando a cabo actividades quintacolumnistas.⁸ Podemos decir que tales eventos afectaron directamente las opiniones que de manera radical han sostenido que los personajes mencionados fueron “representantes” del franquismo en nuestro país. La historiografía las ha apoyado al reproducir el maniqueísmo de la jerga política que distingue entre “derechas e izquierdas”, sin conceder matices que dan importantes claves para comprender la complejidad del mundo intelectual mexicano.

A través de las figuras de José Vasconcelos, Manuel Gómez Morín, Carlos Pereyra y Alfonso Junco, pretendemos encontrar cuatro diferentes versiones sobre los significados que adquirirían las proyecciones del franquismo en México. Ciertamente, ni son todos los que están ni están todos los que son, y nos parecería muy enriquecedor analizar los casos de los otros intelectuales mencionados citados con anterioridad e incluir algunos más. También sería de gran interés mirar de cerca ciertos diarios mexicanos de naturaleza anti comunista y anti cardenista, como *Omega* y *El Hombre Libre*. Publicaciones que manifestaban una seria adhesión y admiración por el franquismo, sin temor a manifestar su repudio a las políticas oficiales, como también lo hiciera la prensa de la colonia española. Una revisión más detenida de *Ábside*, o de *Lectura*, la revista de Jesús Guisa y Acevedo, podrían complementar este panorama tan vasto de la difusión de ideas favorables al franquismo. Sin embargo, por razones de tiempo y extensión, debimos limitar a cuatro casos nuestro estudio, dejando para posteriores investigaciones una ampliación de tales dimensiones.

⁸ El libro de Allan Chase, *Falange: El ejército secreto del Eje en América Latina*, es paradigmático como denuncia de supuestas actividades nazifascistas que se estaban llevando a cabo en América Latina. Es un texto de corte periodístico que acusa la influencia del general alemán Von Faupel en América Latina, sosteniendo que Franco sólo obedecía sus órdenes. Las denuncias que emite Chase son tajantes, aunque no se sostienen con bases documentales. Por ejemplo, para el caso de México, tiene en la mira al representante oficioso del franquismo Augusto Ibañez Serrano, y afirma que sus “lugartenientes” eran Alejandro Quijano y Manuel Gómez Morín. *Vid.* Chase, *Falange*, 1943, p. 159.

Por la naturaleza de este trabajo, la metodología se sustentará en un diálogo entre la historia política y la historia intelectual. La perspectiva que dominará el manejo de esta última será a la que Quentin Skinner aludió en su artículo “Significado y comprensión en la historia de las ideas”.⁹ Tal enfoque considera el estudio del texto y el contexto, pero trasciende ese nivel para aprehender “lo que pretendían significar y cómo se pretendía que se tomara ese significado”. En este sentido, nuestro acercamiento a los intelectuales seleccionados evaluará los contenidos de sus obras en función del contexto más amplio de las ideas políticas, particularmente las que han sido relacionadas con la derecha en México y el hispanismo. Y considerando los eventos políticos de su tiempo, tanto nacionales como internacionales, pretenderemos dilucidar las connotaciones que daban a ciertos conceptos, así como las razones en la elección de ciertas temáticas relacionadas con la hispanidad franquista.

Será ineludible, por lo tanto, la presentación de ciertos datos biográficos sobre nuestros personajes que nos ayuden a comprender sus afinidades intelectuales y las características de su opinión sobre la situación de España. Para esto serán de interés primario sus memorias, en caso de que las hayan escrito, o sus biografías redactadas por otros autores. Cabe mencionar que todos ellos viajaron y entraron en contacto con la intelectualidad de ese país, y de sus impresiones podemos abstraer los posibles intereses que estaban involucrados cuando emitían un juicio sobre las circunstancias políticas y culturales que ahí se vivían.

En segunda instancia nos remitiremos a las obras, procurando comprender la sistematicidad del pensamiento de cada autor considerando los cambios de opinión que pudieron haber determinado las coyunturas políticas nacionales e internacionales.

Veremos a cuáles temas, en relación a España, les concedían mayor atención, y cómo se insertaban en las líneas generales de sus ideas. De esta manera podemos ir más allá de señalar a quienes “apoyaron” al franquismo” y contemplar cómo en momentos en que México pasaba por una definición identitaria, la

⁹ Skinner, “Significado”, 2000, pp. 149-191.

reflexión sobre la herencia de España adquiriría nuevas dimensiones y se reformulaba de acuerdo con las perspectivas de cada quien.

Lo que buscamos, de manera más general, es conocer con mayores elementos la manera en que desde México se miró a España a finales de la Guerra Civil y durante la década de 1940, como un capítulo más en la historia de las relaciones hispano mexicanas. Nuestra periodización formal se ubicará entre 1939 y 1950, siguiendo la tendencia historiográfica que la califica como el “primer franquismo”. Se entiende que esta temporalidad comprende, en sus inicios, la fecha en que culminó la Guerra Civil Española e inició el franquismo; y acaba al comienzo de una década en la que este gobierno había dejado atrás sus afanes imperiales y procuraba incorporarse al nuevo orden mundial que se instauraba tras la segunda conflagración mundial. Con respecto a las relaciones con la América hispánica, este periodo presenció el final de las ambiciones de reconquista territorial por parte del gobierno de Franco, y el inicio de una nueva etapa en la que se hablaría más bien de una “reconquista espiritual”.

Si bien tal periodización es muy útil para ubicar las grandes tendencias del franquismo, la caracterización individual de los intelectuales mexicanos que nos interesan no siempre puede atenerse a ella. Como vamos a observar su vida y obra para comprender el sentido de sus opiniones sobre España, tendremos que flexibilizar nuestra mirada y salir de la temporalidad fijada para ubicar los momentos en que escribieron sobre este país, se relacionaron con sus habitantes o que de alguna otra forma entraron en contacto con él.

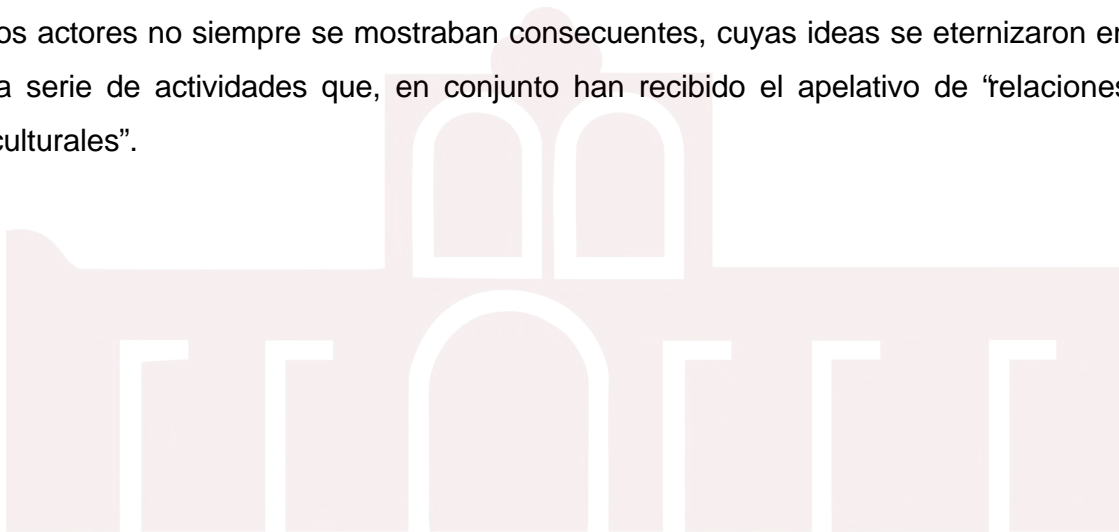
Por razones metodológicas, el tema central del trabajo se ubicará en el tercer capítulo. Los primeros dos abordarán los antecedentes y las características de la difusión de las ideas de la hispanidad en México, en función de los acontecimientos internacionales y la política exterior española. El primer capítulo revisará al movimiento hispanoamericanista de fines del siglo XIX, particularmente en su modalidad *cultural* desde fines del siglo XIX y principios del XX. Mencionaremos a los principales actores que daban vida a estas relaciones y enunciaremos sus logros, procurando brindar un panorama general sobre el clima cultural compartido entre España y América Latina en general.

El segundo capítulo presentará algunos aspectos sobre las formas que asumió la difusión de la hispanidad en México desde los proyectos de orden cultural. Considerando en primera instancia los prospectos oficiales, nos acercaremos a otras expresiones de estas ideas que tomaron forma en la prensa mexicana, tanto de los partidarios de la República como de los adheridos al franquismo. Para el caso de los republicanos, sus impugnaciones a la España Nacional, en tiempos de la Guerra Civil, también contribuyeron a difundir una serie de imaginarios sobre la situación de la Península. Ambos casos, tanto el de la prensa republicana como el de la “nacional”, fueron algunos de los documentos más importantes desde los que el mundo intelectual mexicano observaba la efervescencia política española y obtenía argumentos para formular sus opiniones.

Sobre las fuentes a utilizar, en lo que respecta a los autores de nuestro objeto de estudio, no siempre serán las mismas. Mencionamos el caso de las memorias y obras personales, con las que podemos reconstruir datos biográficos, entre los que interesa rastrear los contactos entre el mundo intelectual vinculado a España. Dentro de nuestra selección, José Vasconcelos y Carlos Pereyra dejaron una vasta obra, filosófica y biográfica el primero; historiográfica el segundo; que permite conocer los motivos de sus opiniones y la naturaleza de su hispanoamericanismo.

Alfonso Junco fue autor de una serie de artículos en *El Universal* y *El Diario Español* donde no dejó lugar a dudas sobre su línea ideológica, completamente favorable al bando franquista y en desacuerdo total con los republicanos y las políticas migratorias cardenistas. Para el estudio de Gómez Morín, contamos con la correspondencia ubicada en su archivo personal. Si bien con respecto a España sólo publicó su conferencia *España Fiel*, una vasta serie de cartas que recibió y remitió a una multitud de personalidades, tanto en España como en México, nos habla de sus motivaciones y apegos, siempre críticos y con pleno interés en beneficiar contactos productivos entre ambos países.

Finalmente, sólo queda apuntar que los estudios sobre la intelectualidad en México no han considerado de manera suficiente la reflexión que se dio en México sobre el caso español resultante de la Guerra Civil, limitándose a enunciar las tomas de posición más comunes bajo los rubros “republicano” o “franquista”. Como una aportación a los estudios sobre el hispanoamericanismo, pretendemos acercarnos a su complejidad, producida por una red de intercambios personales no siempre fácil de rastrear, limitada a ciertas capacidades comunicativas, donde los actores no siempre se mostraban consecuentes, cuyas ideas se eternizaron en la serie de actividades que, en conjunto han recibido el apelativo de “relaciones culturales”.



Instituto

Mora

CAPÍTULO I

PRECEDENTES DEL HISPANOAMERICANISMO CULTURAL (1898-1939)

1.1. Introducción

La mayor parte la historiografía que ha abordado el tema de las relaciones hispano mexicanas a fines del siglo XIX, en los ámbitos diplomáticos, políticos, sociales, económicos y culturales, nunca ha dejado de referirse a una corriente de ideas conocida como “hispanoamericanismo”. En su sentido más amplio, éste supone el reconocimiento, por parte del gobierno español, de su incapacidad material de emprender nuevas conquistas territoriales, junto a la activación de los planteamientos que proponían la puesta en marcha de un nuevo tipo de relación con América, ya no basada en la tutela administrativa, sino en la reivindicación de la herencia *cultural*.¹ Con ella se identificaban la lengua castellana, la religión católica, ciertas costumbres y tradiciones compartidas a lo largo de una historia común, que habían producido una *raza* de connotaciones no biológicas sino *espirituales*.²

¹ Acerca de la idea de “cultura” en la intelectualidad española, valga introducir algunas reflexiones sobre esta idea en la generación del 98 proyectada en sus textos literarios. En su libro *Idea de la cultura*, Bolívar Echeverría clasifica las nociones de cultura en la modernidad esgrimidas por la burguesía francesa y la alemana. Para los primeros, es sinónimo de civilización: “marchar con el desarrollo de la ciencia, con la comprensión efectiva de lo que encierran las formas del universo, comprensión que capacita al hombre para modificarlas de acuerdo a sus necesidades”. Para los alemanes, la cultura adquiere un tono romántico en tanto que “se vuelve el ‘genio’ creador y reduce la civilización a mero resultado de una actividad intelectualmente calificada”. El genio creador es el ‘genio del pueblo’, “que se encontraría falseado y empequeñecido en las instituciones políticas de los estados” (Vid, Echeverría *Definición*, México, 2001, pp.32-33). Esta idea lleva emparejada la noción de “espíritu”, que fue empleada con gran soltura por la intelectualidad hispanoamericana. De hecho, es común en los clásicos *En torno al casticismo*, de Miguel de Unamuno, o *Idearium español* de Ángel Ganivet, en su búsqueda por definir los rasgos de la *españolidad* a través del costumbrismo y las expresiones más íntimas de la tradición popular. En la recurrencia de este llamado al “pueblo”, al “genio” español o al “espíritu”, podemos advertir las posibles influencias del pensamiento alemán en las obras literarias de la intelectualidad liberal española. Quizás ello se deba a la Institución Libre de Enseñanza y a su difusión del krausismo.

² Para el americanismo español, desde fines del siglo XIX, el concepto de *raza* tenía un sentido cultural que nada tenía que ver con el racismo pseudocientífico difundido en Europa por los trabajos de Gobineau y Gustave LeBon. El concepto de raza por parte del americanismo español denotaba una civilización o comunidad cultural, y surgió con un carácter defensivo hacia la *latinidad* francesa, por parte de España, y hacia el panamericanismo estadounidense, por los hispanoamericanos. Vid. Sepúlveda, *Sueño*, 2005, 188-190. Los elementos que sostendrían esa comunidad dentro de los usos retóricos de la época eran las “tradiciones, el idioma, la religión cristiana, la cultura material y el ‘sentir español’”. Granados, *Debates*, 2005, p. 146.

Emitido desde España, pero posibilitado por la amplia colaboración americana, el hispanoamericanismo tomó forma desde fines del siglo XIX con la apertura de canales diplomáticos, el diálogo intelectual, la celebración de tratados comerciales y migratorios, la realización de eventos culturales y educativos, la difusión de publicaciones. En palabras de Isidro Sepúlveda, este movimiento conceptualiza

La reunión de iniciativas y la propuesta de programas, ya de forma individual o colectiva, y la participación coordinada y solidaria en la idea de una cualidad especial y superior de las relaciones hispanoamericanas; buscando al mismo tiempo su potenciación con la promoción de elementos operativos con fines variados, desde políticos a culturales, religiosos, militares o económicos.³

Sin embargo, dentro del amplio espectro de actividades que conformaban este movimiento, la historiografía ha enfatizado en las de tipo *cultural*, con lo cual se entiende: intercambios universitarios, proyectos educativos, envío de publicaciones, organización de concursos literarios, viajes y otros eventos que activaran el diálogo entre sus promotores. Cabe destacar que a este grupo se deben las iniciativas más importantes del movimiento. Los casos de Rafael Altamira y Adolfo Posada desde la Universidad de Oviedo; o de Justo Sierra, Amado Nervo, Alfonso Reyes, y una pléyade más, lo confirman.⁴

El presente capítulo abundará sobre el hispanoamericanismo en su vertiente *cultural* desde fines del siglo XIX a las primeras tres décadas del XX. Teniendo en cuenta que esta corriente no fue de manera alguna homogénea en los planteamientos de sus impulsores, ni mucho menos estático a través del tiempo, trazaremos sus perfiles en momentos claves como la crisis de fines del siglo XIX española y el clima cultural “compartido” con América Latina; los que

³ Sepúlveda, *Sueño*, 2005, p. 93.

⁴ Carlos M. Rama destaca el papel de los intelectuales en este nuevo proceso de integración cultural. Siguiendo los planteamientos de este autor, dentro de este grupo se incluían una gran diversidad de profesionistas en quienes se depositaba la responsabilidad dirigir a sus propias sociedades: “El siglo XIX fue un siglo de escritores [...] En verdad, más que literatos (y también filósofos, pedagogos, críticos, historiadores, sociólogos, juristas), cuando no políticos en activo, se trata más bien de intelectuales que tienen, junto a la acción creadora, una actitud rectora en sus respectivas sociedades, y no sólo al nivel de la problemática cultural [...] Los nombres de Lucas Alamán, Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, José Martí, en América, y Emilio Castelar, Juan Valera y Marcelino Menéndez y Pelayo en España, son bastante elocuentes”, *Vid*, Rama, *Historia*, 1982, p. 14.

corresponden a la creación de la Junta de Ampliación de Estudios, así como a la guerra civil y la recepción del éxodo de refugiados en nuestro país.

Estas líneas marcarán la pauta para iniciar un análisis más profundo sobre el tipo de políticas culturales que desde España se emitieron hacia América Latina como parte de ciertos proyectos nacionalistas. Siguiendo la clasificación de Isidro Sepúlveda, podemos abordar el hispanoamericanismo español dividiéndolo en dos principales corrientes: la de la burguesía liberal, influida por el krausismo y el positivismo de la Institución Libre de Enseñanza, permeada por el clima regeneracionista finisecular; y la de corte conservador que algunos han calificado de “panhispanista”, cuyo componente americanista iba dirigido a legitimar los proyectos estatales al interior de España. Esto suponía un escaso o nulo interés en América que contrastaba con la exaltación, tanto a nivel nacional como internacional, de los valores tradicionalistas de la historia que ya fueran enunciados por Jaime Balmes y Donoso Cortés.

Paralelamente describiremos el ambiente cultural mexicano de principios de siglo que reformuló el hispanoamericanismo al entrar en contacto con sus promotores españoles. Tomando en cuenta que la “nostalgia” por España era parte de los debates nacionalistas que venían arrastrándose desde mediados y finales del siglo XIX, matizaremos los cambios que se fueron presentando en la primera década del XX como parte de un contexto de fructífero intercambio intelectual. Ello se debió en buena medida a las iniciativas de la Junta de Ampliación de Estudios y de la Universidad de Oviedo, y sobre todo, a las emprendidas por los múltiples mexicanos y españoles que viajaron, escribieron, dictaron conferencias o promovieron el diálogo de otras formas entre ambas orillas del Atlántico.

Estas referencias mostrarán un panorama general sobre la complejidad que revistieron las relaciones culturales entre España y México en los años que precedieron al período que nos ocupa. Volver a esos momentos nos permitirá comprender algunos motivos por los que los exiliados republicanos recibieron una amable recepción en nuestro país con motivo de la guerra civil al permitirnos observar las relaciones y convenios que se formaron con anterioridad. Asimismo,

permitirán reconocer las características del hispanoamericanismo que se formuló durante la dictadura franquista, donde el movimiento se reformula tras la influencia del pensamiento de la *hispanidad*.

1.2. Un movimiento a dos orillas.

Para aclarar algunas líneas generales sobre el sentido “cultural” de esta corriente a fines del siglo XIX, uno de los textos obligados en la materia, para el caso de México, es *Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX*, de Aimer Granados. Su perspectiva se dirige en dos sentidos tomando en cuenta los apegos ideológicos de los mexicanos frente a los españoles: la hispanofobia y la hispanofilia.

Si bien desarrolla el tema de los “desencuentros” y la propaganda de descrédito hacia todo lo “español” en México, interesa su contraparte, es decir, los tipos de “hispanofilia” y su reflejo en un hispanoamericanismo con distintos matices. Este se concretó en la actividad intelectual de españoles y latinoamericanos inducidos al diálogo con motivo de la nueva condición independiente de las repúblicas:

Un proyecto hispanoamericanista no estuvo completamente presente sino hasta que parte de la intelectualidad española y la americana del siglo XIX empezó a interesarse por restablecer una red de relaciones en diferentes ámbitos, rotos a raíz de las guerras de Independencia: comercial, cultural, de las ideas y, dada la nueva situación política de las ex colonias, diplomáticas.⁵

Y más adelante explica los motivos internacionales y nacionales que suscitaron esta serie de propuestas. Los primeros consistían en las transformaciones geográficas, económicas y políticas provocadas por el reparto colonial entre las potencias europeas. Entre los segundos estaba la incapacidad de España para incorporarse a tal división del mundo, quedando relegada del grupo de naciones “desarrolladas”. Eric Hobsbawm ha calificado a este momento como “la era del imperio”, y establece su temporalidad en los años 1875 a 1914. Granados retoma

⁵ Granados, *Debates*, 2005, pp. 17-18.

la tesis del autor inglés para ubicar los más destacados eventos internacionales que incentivaron los ideales hispanoamericanistas. Hobsbawm señala que:

Se amplió la distancia entre los países occidentales, base de la revolución económica que estaba transformando el mundo [...] la tecnología era una de las causas fundamentales de este abismo [...] Así pues, en 1880 no nos encontramos frente a un mundo único sino frente a dos sectores distintos que forman un único sistema global: los desarrollados y los atrasados.⁶

Esta tesis, fincada en la idea de la formación de imperios de países europeos y a la relegación de otras naciones como consecuencia de la expansión de aquellos, no deja de sujetarse a las caracterizaciones de las teorías económicas del imperialismo, que subordinan la política internacional a la economía, mencionando superficialmente el carácter político-sociológico de la expansión imperial.⁷ Si bien este modelo coloca a España en el grupo de los “atrasados”, y sugiere un motivo importante para explicar la crisis política finisecular que padeció este país, parece soslayar el nuevo tipo de imperialismo que tomaba forma en el mundo hispánico. Consiste no únicamente en la creación de mercados, factor de gran importancia para dar los primeros pasos en la formación de una comunidad de naciones, sino en la recuperación de los elementos culturales hispánicos, dando lugar a lo que en la retórica de la época empezó a denominarse “imperio” o “patria” espiritual.

Por su parte, en una América Latina ya independiente, pero donde prevalecían en ciertos círculos sociales hispanófilos herederos de la época colonial, nociones eurocéntricas en torno a la civilización y la “alta cultura”, la herencia hispánica fungía como un criterio de diferenciación frente al resto de la sociedad. En tal criterio “clasista”, la noción de cultura acusa el sentido de refinamiento “espiritual” aristocrático que había transmitido la religión católica, la pureza del idioma español, y una serie de costumbres y tradiciones.

Pero el mundo cultural de esta región a fines del siglo XIX encerraba una gran complejidad. Las primeras políticas para reanudar los lazos culturales emitidas

⁶ Hobsbawm, *La era*, 1989, pp. 15-16.

⁷ Entre ellas destaca la de John A. Hobson, quien afirma que el imperialismo es resultado del “empeño de los grandes controladores de la industria por ampliar el canal del flujo del superávit de riqueza, buscando mercados extranjeros e inversiones extranjeras para ubicar los bienes y el capital que no pueden vender o usar en su país” *Vid.* Dougherty, *Teorías*, Buenos Aires, 1993, p. 238.

desde el gobierno de Madrid⁸ se enfrentaron con nuevas generaciones de intelectuales latinoamericanos “que ya habían superado el romanticismo (y con más razón el clasicismo) y que se encaminaban al modernismo, mientras que en materia ideológica iban desde el positivismo al anarquismo pasando por el radical socialismo o la social democracia”.⁹

En este vasto panorama ideológico se agregaba la búsqueda por definir lo *nacional*, que a su vez formaba parte de un contexto polémico más amplio donde se discutían las implicaciones del panamericanismo, el panlatinismo, el hispanismo y otros *ismos*. La recepción del positivismo sociológico se presentaba como una opción científica para penetrar en la psicología colectiva de los pueblos, trayendo a colación el problema de los orígenes coloniales, la pugna de las razas, y la reflexión en torno a los cambios que podía aportar la inmigración.¹⁰

Sería redundante reafirmar la importancia de la guerra de 1898 y el miedo al panamericanismo como factor desencadenante de los afanes hispanoamericanistas, pero es importante subrayar este acontecimiento en la definición de los perfiles humanistas latinoamericanos. El *Ariel* de José Enrique Rodó es la apoteosis del entramado de valores que distinguen a la civilización latina (incorporando a la hispánica), de la materialista y protestante anglosajona. Paradigmático es también el caso de Rubén Darío, quien comparte el dolor de España en sus *Cantos de vida y esperanza* (1905) o en poemas como *Oda a Roosevelt*. El contenido hispánico reviste primordial importancia en esas creaciones discursivas, lo que explica su aprovechamiento por la intelectualidad española para emprender nuevos intercambios culturales. Este se reflejó en la creciente edición de obras literarias de autores latinoamericanos en España, entre quienes cabe citar a José Santos Chocano, Manuel Ugarte, Enrique Gómez

⁸ Entre ellas encontramos las que se ocupaban de restablecer la unidad del idioma, donde se distingue la Real Academia de la Lengua y en particular por autores como Benito Pérez Galdós, Juan Valera, Emilio Castelar, Marcelino Menéndez y Pelayo. *Vid*, Rama, *Historia*, 1982, p. 118.

⁹ *Ibid*, p. 118.

¹⁰ José Carlos Mainer desarrolla con más detalles este panorama ideológico en América Latina, y se refiere en particular al caso argentino, representado por Domingo Faustino Sarmiento en su descripción binaria de la sociedad argentina como “civilización y barbarie”, que le sirve de base para argumentar la pertinencia de la inmigración europea para “blanquear” a la población. *Vid*, Mainer, *Doma*, 2004, p. 144.

Carrillo, y los mismos Rubén Darío y José Enrique Rodó.¹¹ Más adelante nos referiremos a la concreción de estos vínculos que, a pesar de las difíciles condiciones comunicativas de la época, se llevaron a cabo en eventos como el IV Centenario del Descubrimiento (1892), el Congreso Económico y Social (1900), en los intercambios académicos que promovieron los viajes de Rafael Altamira y Adolfo Posada, o en la creación de instancias abocadas a ello como la Unión Iberoamericana (1885).

Siendo entonces el hispanoamericanismo un movimiento posibilitado tanto desde España como desde América Latina, profundizaremos en las dos grandes tendencias que englobaron sus iniciativas. Una de orden *progresista, liberal*, confiada en que la proyección americana sería la solución a los problemas españoles; y otra *conservadora, tradicional*, donde la idea de América sería tan sólo el componente de un nacionalismo con miras a lograr la deseada unidad nacional. Como ya hemos mencionado, no es posible hablar de un proyecto hispanoamericanista uniforme, sino que en él confluyeron varias modalidades e intereses, lo que podría dificultar su colocación dentro de esos dos perfiles. Sin embargo, el objetivo de esta clasificación será identificar las premisas que adoptaron los teóricos del franquismo en su formulación de la hispanidad junto a sus intenciones para proyectarla en América Latina.

1.3. El hispanoamericanismo “liberal” o “progresista”.

De acuerdo con los múltiples autores interesados en la España de finales del siglo XIX, ésta vivió una crisis en varios aspectos. Por un lado, la nación ibérica parecía mantenerse al margen del dinamismo del resto de las potencias europeas. Mientras éstas impulsaban su industria, formaban una burguesía financiera y comercial, incrementaban su producción y se expandían por el mundo, España aparecía como una nación de “segunda” con una limitada producción agrícola, una industria en ciernes y una burguesía débil. Por otro, la Restauración canovista era criticada desde ciertos sectores intelectuales con motivo de la pérdida de los últimos territorios coloniales, del partidismo y los crecientes nacionalismos vasco y

¹¹ *Ibid.*, p. 143.

catalán, que creaban un clima de constante expectación ante lo que parecía ser la paulatina disolución de la unidad nacional.

Pero como se entiende el término de *crisis* en su acepción médica, la que vivía España parecía tratarse del “cambio brusco de una enfermedad, ya sea para mejorarse o agravarse el paciente”. Sentido en el que un momento de transición implicó no sólo la descomposición de un sistema sino también el inicio de la reflexión, la crítica, y la emisión de múltiples propuestas que desde varios enfoques proponían la renovación de España.

Es en este contexto de inestabilidad donde se inscribe el “Regeneracionismo”: clima que describía una variedad de propuestas que van de la reorganización política a la racionalización económica o la activación cultural. Para Javier Tusell, el término “regeneración”, popularizado en los noventa:

Alcanzó un uso habitual y una extensión desmesurada, refiriéndose a los más diversos aspectos de la vida nacional. El imperativo de regeneración se sentía, como es lógico, respecto de los procesos de responsabilización originados a consecuencia del desastre, pero se aplicaba también a la necesidad de sanear la política, desarrollar al país desde el punto de vista económico, modernizar y europeizar los comportamientos sociales, hacer disminuir el analfabetismo o conseguir que el catolicismo fuera más auténtico, aunque también, por el contrario, había quienes querían hacer desaparecer su influencia en la vida nacional.¹²

Regeneracionistas eran entonces, para este autor, todos los españoles del reinado de Alfonso XIII, desde el Rey hasta algunos republicanos que conspiraron contra él. En común tenían la urgencia por conseguir una transformación del país, aunque no compartieran la misma opinión sobre los medios para alcanzarla. La Institución Libre de Enseñanza, fundada en 1876 por Francisco Giner de los Ríos, fue bastión del regeneracionismo, al que le confirió unidad por medio del positivismo y el krausismo.¹³

¹² Tusell, *Historia*, 1998, vol.1, pp. 81-82.

¹³ Miguel Rojas Mix se refiere al krausismo como una doctrina de influencias hegelianas y kantianas de la que se desprende la tendencia a la hermandad universal. La interpretación particular del panteísmo krausista, o *menshheitbund*, sustenta la idea espiritual que unía a la hispanidad, por lo que este autor la llama “filosofía de identidad”. *Vid*, Rojas Mix, *Cien*, 1991, p. 126. Carlos Mainer afirma que el krausismo fue “el más importante, pero no el único de los movimientos ideológicos que llenaron las revistas culturales, las discusiones del Ateneo, la labor de las cátedras de la Restauración”. Cuando de él se desprendió la formación de la Institución Libre

El ansia reformadora del regeneracionismo encontró su contraparte en la generación literaria del “98”, a la que pertenecían, según Ortega y Gasset: Unamuno, Ganivet, Valle Inclán, Vicente Blasco Ibáñez, Pío Baroja, Azorín, y una pléyade de escritores, políticos y filósofos que en palabras de Unamuno, “les dolía España”.¹⁴

Bajo estas expresiones, el regeneracionismo designaba el tránsito del siglo XIX al XX, aunque no dejó de estar presente en la voluntad modernizadora de la dictadura de Primo de Rivera y en sus proyecciones americanistas.¹⁵ Según indica Tusell, también puede reconocerse en algunos planteamientos de dirigentes republicanos como Manuel Azaña.¹⁶

En el contexto que sacó a flote estas ideas “el proceso económico estaba determinado por las comunicaciones, el paulatino ascenso del nivel de consumo y de concentración urbana, [que] dio entidad a un amplio espectro de clases medias cada vez más distanciadas de la oligarquía tradicional”¹⁷. De esas clases medias se desprendió el sector de intelectuales preocupados por la situación nacional que encontró en la vinculación de España con las repúblicas americanas el medio para alcanzar la solución a los problemas finiseculares.

Esta corriente “progresista” permitió conjugar múltiples matices sobre los elementos considerados compartidos entre los pueblos hispánicos, haciendo a un lado, por otra parte, la interpretación histórica de corte providencial que sí enfatizaba el tradicionalismo conservador. En otras palabras, siguiendo a Sepúlveda, “esta modalidad de hispanoamericanismo varió las bases de la

de Enseñanza, aparecían entre sus miembros los nombres de los discípulos de Julián Sáenz del Río, Gumersindo Azcárate, Giner de los Ríos, Joaquín Costa”. *Vid.* Mainer, *Edad*, 1983, p. 79.

¹⁴ Independientemente de las discusiones que ha suscitado la colocación de estos escritores dentro de una “generación”, lo cierto es que todos ellos vivieron lo que se ha llamado la “crisis” de la España de finales del siglo XIX. El desastre bélico de la guerra hispano norteamericana fue signo de una “mediocridad alarmante” que en el país se venía arrastrado desde años atrás, donde pese a todo no dejó de manifestarse una promoción literaria en contacto con las corrientes en boga en el resto de Europa. Caracteriza a todos ellos una actitud doliente y la pregunta por el “ser de España”, así como una voluntad crítica para lograr la “regeneración nacional”. Entre ellos podemos citar a Azorín, Ganivet, Unamuno, Pío Baroja, Ramiro de Maeztu, Ramón del Valle Inclán, entre otros. *Vid.* Ruiz, *Modernismo*, 1976, p.72-80.

¹⁵ Más adelante revisaremos los planteamientos en la dictadura primorriverista que han sido identificados por la historiografía como “regeneracionistas”.

¹⁶ Tusell, *Historia*, vol.1, 1998, p. 82.

¹⁷ Mainer, *Edad*, 1983, p.89.

‘identidad común’, dejando de lado gran parte de la historia (precisamente donde más hincapié hacia el tradicionalismo) y poniendo especial énfasis en la importancia de la comunidad de la lengua, el derecho y la filosofía”.¹⁸

Fue así como esta variante reactivó el acercamiento de España hacia sus antiguas colonias como parte esencial de su proyecto nacionalista. Así lo sostienen estudiosos como Sepúlveda, Granados y José Álvarez Junco¹⁹. Desde esta perspectiva, la idea de América ha sido componente básico en la legitimación de buena parte de los discursos estatales al articular los ejes de la comunidad hispanoamericana:

La idea del hispanoamericanismo obedecía prioritaria, aunque no exclusivamente, a proyectos políticos internos y, por lo tanto, mantenía un discurso dirigido a un proyecto nacional. Al mismo tiempo hay que señalar que, a pesar de la notable ausencia de plasmaciones prácticas, la proyección hacia América diseñada y puesta en ejecución por el hispanoamericanismo acabó vertebrando uno de los vectores más sólidos y estables de la identidad nacional española y uno de los valores más rentables y sostenidos de su política exterior, desde finales del siglo XIX hasta comienzos del XXI²⁰.

El nacionalismo español, con el hispanoamericanismo como uno de sus componentes, tenía por telón de fondo a una Europa cuyos países instrumentalizaban sus propios nacionalismos con base en una serie de elementos identificadores. Para Sepúlveda, estos podían ser simbólicos (que *representan* al conjunto de individuos de una comunidad como bandera, himno, escudo, fechas claves, personajes o “padres de la patria”; rituales (manifestaciones culturales, celebraciones, sociales, fiestas, deportes autóctonos); o míticos (fundamentales para basar la proyección intemporal de la nación, buscando en el pasado referentes sobre el origen o la persistencia de la identidad nacional, por lo que tienen que ver con la interpretación histórica, la exaltación de ciertas figuras, la erección de monumentos y la recreación de programas de enseñanza de un mismo sistema de referencias históricas).²¹

¹⁸ Sepúlveda, *Sueño*, 2005, p.126.

¹⁹ Álvarez, *Mater*, 2001.

²⁰ Sepúlveda, *Sueño*, 2005, p.15.

²¹ *Ibid*, p. 180.

La idea de “imperio” o “patria” espiritual, junto a la apelación al idioma, la religión, a la *raza* hispánica, fueron los elementos de los discursos nacionalistas de esa España de fin de siglo. Mucho se ha abundado sobre el uso que revistieron estos conceptos, y el libro de Aimer Granados es ejemplo de ello. De momento valga subrayar que la vertiente progresista y liberal del hispanoamericanismo, aún cuando advertía su interés por conocer y comprender la realidad americana, no dejó de reafirmar en cierto grado la superioridad española frente a sus “hijas” latinoamericanas. La noción de “madre patria” es uno de los signos que indica metafóricamente esta voluntad, sugiriendo una particular reinterpretación de la historia que apuntala acontecimientos que confirman el papel de esta nación como *civilizadora* de América.

El discurso pronunciado por Rodolfo Reyes ante la visita a México de Rafael Altamira a la Academia Central Mexicana de Jurisprudencia y Legación anunciaba con estas palabras el agradecimiento a la Madre Patria:

Creo en nuestra raza y en su destino, creo en España y en su fecundo renacimiento; y si como los habéis declarado creéis en la Hispano América, en su importante porvenir y en su gratitud para la madre patria, que siempre y a pesar de todo resultará en nuestra memoria con un inmenso saldo a su favor.²²

Esta actitud fue común en la intelectualidad latinoamericana como parte del cambio de percepción hacia la península a raíz de las intervenciones militares estadounidenses y la necesidad de diferenciación social al interior de sus países. Ya nos hemos referido a Rodó y a Darío como emisores del discurso “arielista”²³, quienes participaban, al igual que muchos otros españoles de su momento, en el movimiento cultural modernista. El dominicano Pedro Henríquez Ureña admiraba a

²² Reyes, “Discurso”, en Altamira, *Viaje*, 1911, p.363.

²³ La figura de “Ariel”, proveniente de *La tempestad* de Shakespeare, fue adoptada por Rodó para crear la metáfora modernista que representaría el acercamiento intelectual de los americanos a la *latinidad*. Como una respuesta a las constantes intervenciones estadounidenses en América Latina, y su aparente amenaza de imponer la democracia, el utilitarismo, el materialismo y el protestantismo, Ariel encarna el retorno a la espiritualidad y estética del mundo latino. Advierte además la importancia de la educación integral que no descuide el sentimiento de lo bello, con gran esperanza en la grandeza de las próximas generaciones. Ciertamente esta obra tuvo una recepción amplísima entre la intelectualidad latinoamericana de fines de siglo, especialmente entre quienes volvían los ojos hacia Europa y sus últimas tendencias literarias y artísticas, como ocurrió con el Ateneo de la Juventud y posteriormente El Ateneo de México. *Vid.* García, *Ateneo*, 1992, p.120.

estos dos autores, y advertía que “el modernismo había iniciado una transformación de gran alcance. Al liberar en profundidad el lenguaje literario, le dio a Hispanoamérica, acaso involuntariamente, la “independencia literaria” que habían ambicionado sus escritores desde 1810”.²⁴

En *La doma de la quimera*, José Carlos Mainer nos habla de un clima cultural compartido, o bien, de una “coincidencia regeneracionista” entre España y América Latina, donde el caso del modernismo es un ejemplo. Si bien los españoles herederos de la Institución Libre de Enseñanza, especialmente Joaquín Costa, Ángel Ganivet o Miguel de Unamuno utilizaban herramientas sociológicas para comprender los factores desencadenantes de la “derrota”, los latinoamericanos vivían su propia coyuntura reflexiva sobre sus propias definiciones tanto nacionales como internacionales.

Para ese entonces, varios países latinoamericanos se habían incorporado al mercado internacional como productores de materias primas, generando una continua dependencia con respecto a los Estados Unidos. Y por otro lado, la complejización de las relaciones económicas y el incremento demográfico de las ciudades también ampliaron el espectro sociológico de las clases medias en una estructura todavía muy estamentalizada.²⁵ En este proceso, el positivismo se había convertido en la ideología de las dictaduras paternalistas. En su versión más crítica, vinculada con el naturalismo y el modernismo, nos dice Mainer,

Desarrolló una suerte de 98 o de regeneracionismo americano, preocupado por los problemas de la psicología colectiva de los pueblos, por la crisis del latinismo y por los primeros esbozos de la sociología nacional crítica. Unas cosas y otras trajeron a primer plano el problema de los orígenes coloniales, la pugna entre las razas y, como telón de fondo no siempre explícito, la angustia nacionalista ante la nueva emigración, y más claramente, el reto económico del panamericanismo alentado por los Estados Unidos como máscara fácil de un nuevo espíritu colonial.²⁶

Las condiciones de España (la pérdida del imperio, su incipiente modernización y su lejana participación en el concierto internacional), parecían relacionarse con

²⁴ *Ibid.*, p.25.

²⁵ Mainer, *Doma*, 2004, p. 99.

²⁶ *Ibid.*, pp. 99-100.

la inquietante situación latinoamericana ante el avance del “coloso del norte”. Compartían miedos ante países más poderosos, inestabilidad interna, procesos modernizadores en ciernes, y paradójicamente, ciertos paralelismos intelectuales que diagnosticaban todos esos problemas y que sugerían un acercamiento más estrecho entre el mundo hispanoamericano.

El americanismo español, en su vertiente progresista, aparecía como solución a los problemas económicos y a la dispersión interna. El hispanismo latinoamericano, por su parte, recuperaba la herencia hispánica con fines de defensa cultural ante el avance sajón. Pero la distancia, junto a las limitaciones económicas y comunicativas, disminuyeron el alcance de las metas planteadas en los principales congresos y en ciertos tratados comerciales. Sin embargo, de ellas se desprendió una rica relación entre minorías culturales que promovería importantes iniciativas oficiales y privadas dirigidas a impulsar los intercambios entre ambas orillas del Atlántico. Las editoriales españolas, sigue Mainer, descubrieron el mercado cultural de la nueva América e incorporaron a sus catálogos a autores que, como Vargas Vila, Santos Chocano, Ugarte, Darío y Enrique Gómez Carrillo, alcanzaron gran popularidad.²⁷ Ya mencionamos los eventos más trascendentes: el Congreso Económico y Social Hispanoamericano de 1900, la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América (1892),²⁸ y pocos años más tarde, las emprendidas por la Junta de Ampliación de Estudios.

Personalidades como el cubano Rafael María de Labra²⁹ y los españoles Emilio Castelar³⁰ y Rafael Altamira fueron claves tanto en la organización de estos

²⁷ *Ibid.*, p. 100.

²⁸ La Unión Ibero-Americana, creada en 1884, fue la asociación americanista que programó las celebraciones del IV Centenario. Para ello desarrolló un ambicioso programa que incluía la construcción de un *Instituto Ibero-Americano* que albergaría museos, bibliotecas, oficinas. También proponía la declaración del 12 de octubre como fiesta cívica entre España y América así como la reconstrucción del sepulcro de Colón en La Habana.

²⁹ Rafael María de Labra se reconoce como el célebre cubano americanista que organizó el Congreso Pedagógico Hispano-Portugués-Americano llevado a cabo el mismo año de la celebración del IV Centenario del Descubrimiento. En este Congreso y en la nómina de sus firmantes, que incluía a Francisco Giner de los Ríos, Menéndez Pelayo y Rafael Altamira, salió a relucir el interés regeneracionista por la educación. Además de promover el interés por el nivel primaria, se incorporó el tema de la reforma universitaria y otros temas relacionados con la organización escolar. *Vid. Mainer, Doma*, 2004, pp. 106-107.

³⁰ Emilio Castelar fue, según Isidro Sepúlveda, el “primer hombre de gobierno español que expresamente formuló una política de acercamiento hacia América”. A su figura se acercaron

eventos como en el seguimiento posterior de sus objetivos. Pero su labor hubiera sido en vano sin la solidaridad de los latinoamericanos, que fue patente en el ánimo de formar sus propias comisiones para la celebración del Centenario. Valga recordar la disposición del gobierno de Porfirio Díaz colocando a Justo Sierra como la voz que inauguró los festejos. Un discurso que contrapunteó las nociones de “raza española” y “raza latina”, reafirmando la independencia pero sin negar la genealogía hispánica de las naciones americanas.³¹ Dignas de mencionar son también las actuaciones de otros latinoamericanos como el uruguayo José Zorrilla de San Martín o el peruano Ricardo Palma.³²

Para introducirnos a la participación del mundo académico en estos congresos, es digna de mencionarse la solicitud, en el marco del Congreso Hispanoamericano de 1900, por parte de un grupo entre quienes estaban Adolfo Buylla, Adolfo Posada, Leopoldo Alas, Aniceto Sela, Rafael Altamira y Melquíades Álvarez, del establecimiento de “una enseñanza superior internacional [...], la completa reciprocidad de títulos profesionales, el establecimiento de cátedras de geografía e historia de Portugal y América y la organización de intercambios de publicaciones”.³³ Rafael Altamira,³⁴ en particular, pasaría a la historia como uno de los más grandes americanistas de todos los tiempos al difundir sus propuestas de intercambio académico a través de sus viajes a América Latina. Podemos conocerlas en las publicaciones que compilaron sus escritos de viaje y ensayos personales como *Cuestiones hispanoamericanas*, *Últimos escritos*

Rubén Darío, Manuel González Prada, Ignacio Ramírez. Vid. Sepúlveda, *Sueño*, 2005, p. 67. Sus contactos con el español radicado en México Telésforo García, que dan cuenta del acercamiento cercano entre este político y nuestro país, pueden leerse en García, *Liberal*, 2003.

³¹ Aimer Granados analiza este discurso de Sierra como parte del debate sobre los orígenes de la nacionalidad que tenía lugar en la prensa mexicana finisecular. Frente a otros miembros del grupo *La Libertad*, como Francisco Cosmes, Sierra defendía la “latinidad” de los mexicanos que contrastaba con la defensa de la herencia hispánica o el indigenismo de otros intelectuales de la época. Vid. Granados, *Debates*, 2005, pp. 214-215.

³² Rama, *Historia*, 1982, p. 191.

³³ Mainer, *Edad*, 1988, p. 114.

³⁴ Rafael Altamira, alicantino (1866-1951) ha sido de los más grandes promotores de las relaciones culturales entre España y América Latina. Abogado de profesión, ocupó diversos cargos de responsabilidad como académico y jurista. Destacó su labor como catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad de Madrid o la de Historia de la Filosofía del derecho en la Universidad de Oviedo. Llevó la representación de esta universidad ante distintas universidades americanas, como “mensajero de paz y concordia entre los americanos y españoles”. Vid. Malagón y Zavala, *Rafael*, 1971, pp. 76-77.

hispanoamericanistas, o *Mi viaje a América*. En este último libro, el distinguido profesor describe las perspectivas y objetivos de la Universidad de Oviedo con respecto a América, emprendidas por su rector, el Sr. Fermín Canella:

La Universidad debía perseguir con toda amplitud dos ideales: el de la renovación y afianzamiento de nuestra influencia espiritual en América, y el de excitar, por el choque con los extraños, nuestras dormidas ansias de belleza y verdad. Para conseguir esto se dirigió a fines de diciembre de 1908, y en esta carta circular, a los ministros de Instrucción Pública, colaboraciones docentes, prensa y centros de las colonias españolas en las repúblicas hispanoamericanas, exponiéndoles y proponiéndoles la idea de enviar en misión intelectual al autor de este libro, como profesor de la Universidad de Oviedo.³⁵

La iniciativa de enviar a Altamira de viaje por Uruguay, Chile, Perú, Argentina y México de parte de la Universidad es uno de los ejemplos más significativos en la historia del hispanoamericanismo liberal y progresista. Procurando deslindarse de toda posible actitud de superioridad española, como ocurrió en momentos previos del hispanoamericanismo, Altamira marcó una nueva etapa en las relaciones culturales en su interés por vincular a la región.

En esta segunda etapa del hispanoamericanismo, [...] Su punto de partida ya no es España, sino América". Consiste en basar nuestro americanismo, no en el interés nuestro, sino en el de los países de nuestro idioma y de nuestra cultura inicial. Ahora, a quienes tenemos que convencer tan sólo es a los españoles y convencerles precisamente de que toda acción eficaz nuestra en América se tiene que ejercer de conformidad con los problemas e intereses especiales de los hispanoamericanos.³⁶

Argumentando la importancia e intensidad del idioma español en el mundo, el carácter y consecuencias de la emigración y colonización españolas, el enlace de condición y pensamientos comunes, la "comunidad incesante moral y docente", el recuerdo de la legislación común antigua, la federación de instituciones morales, políticas, pedagógicas y la propaganda y difusión de la Extensión universitaria;³⁷ Altamira hacía realidad lo que Ángel Ganivet llamó en su *Idearium español* "Comunidad espiritual". Trabajar, decía Altamira, en "direcciones espirituales" implicaba "penetrar en otros órdenes de la vida americana y platicar sobre

³⁵ Altamira, *Viaje*, 1929, p. 4.

³⁶ Altamira, *Últimos*, 1929, p. 74.

³⁷ Altamira, *Viaje*, 1929, p. 9.

cuestiones de acción y sentimiento en que es tan necesaria la intercomunicación [...] sin limitar aquel contacto a la esfera científica y técnica”.³⁸ La “espiritualidad”, a su vez, partía de la creencia en una cultura *latina*, en plena correspondencia con los argumentos heredados de mediados del siglo XIX, que marcaban una distinción entre el supuesto utilitarismo y materialismo anglosajón. Una *latinidad* que se sustancializa como una estética, una filosofía y un sentido trascendental de la vida que podía concretarse en el conocimiento de una historia en común, del idioma español, y promoviendo la difusión de las obras de las grandes personalidades de los pueblos hispánicos.³⁹

Su “hispanoamericanismo práctico”, como él decía, quedó expuesto en la serie de trabajos que realizó a lo largo de veinte años. Algunas de ellas se encuentran en los libros citados (*Mi viaje a América*, *Cuestiones hispanoamericanas* y *Últimos escritos hispanoamericanistas*), e incluyen el intercambio de profesores entre universidades españolas y americanas, concesiones de becas, la creación en América de escuelas para inmigrantes españoles, tratados de propiedad intelectual, la creación de bibliotecas.

En lo que respecta a su estancia en México, dividida en tres viajes desde 1909,⁴⁰ le fueron solicitadas varias conferencias en centros culturales, educativos, o vinculados a la colonia española. Entre ellos estaba el Ateneo de la Juventud, el Centro Asturiano de México, y el Casino Español. Presentaban sus discursos las personalidades más sobresalientes de la intelectualidad mexicana como Justo

³⁸ Altamira, *Últimos*, 1929, p. 53.

³⁹ Altamira hace un llamado especial a recuperar la herencia intelectual de los “grandes hombres” del mundo hispanoamericano. Este sería uno de los primeros pasos para sentar las bases de un clima cultural compartido bajo el sentido de la espiritualidad: “Es una lejanía infranqueable y una incomprensión total las que nos separan en el espacio y en el espíritu [ante la penetración estadounidense]. Nuestros grandes hombres son propiedad común latinoamericana, y todos a una nos enorgullecemos de Francisco García Calderón, Machado de Asís, José Enrique Rodó, Carlos Arturo Torres, Cuervo, Bello, Sarmiento, Montalvo, etc., y todos los queremos como algo propio latinoamericano. Pero a Norteamérica no llegan estos nombres que han logrado pasar sobre el Atlántico y hallar eco de amor en Europa. Y nosotros que sí conocemos a Poe, Emerson, Longfellow, James. *Ibid.* p.40.

⁴⁰ Altamira realizó tres viajes a México. El primero, en diciembre de 1909 y el segundo en enero 1910 respondieron al plan de la Universidad de Oviedo. El tercero marcó su estancia definitiva en nuestro país, donde continuó su labor docente en El Colegio de México y en la UNAM hasta su muerte en 1951. *Vid.* Malagón, y Zavala, *Rafael*, 1971, p. 61.

Sierra, los sres. Alfonso y Rodolfo Reyes, Pedro Henríquez Ureña y Telésforo García.⁴¹

La historia de la participación de mexicanos en el movimiento hispanoamericanista, como ya sugerimos con el caso de Sierra, puede rastrearse desde que España reconoció la independencia de México en 1836. Pero para fines del siglo XIX y principios del XX el espectro de personalidades que enriquecieron los contactos incluye a Carlos Pereyra, Luis G. Urbina, Amado Nervo, Luis G. Urbina, y muchos otros más.⁴²

El interés por España y su intelectualidad estuvo lejos de disminuir en el México de la Revolución. El Ateneo de la Juventud, convertido luego en El Ateneo de México, participaría en una nueva etapa en el intercambio intelectual entre ambos países. A pesar de la efervescencia política y social de 1910, este grupo presenció y colaboró en la creación de la Universidad de México tras las iniciativas de Justo Sierra. El ingreso de varios de sus miembros en la vida de esta institución, ya como académicos o incluso como rectores, marcó un dinamismo que en mucho se vería enriquecido por sus nuevas perspectivas iberoamericanistas⁴³ y por el consiguiente contacto con distinguidos españoles de la época. La participación de Federico de Onís⁴⁴ y el librero español León Sánchez al lado de HU en la creación de la Escuela de Verano son un ejemplo de ello.

Y así como españoles llegaban a México, ateneístas como Vasconcelos y Martín Luis Guzmán se exiliaban del caos revolucionario con destino a España sin

⁴¹ En *Mi viaje a América* se publica el informe de actividades que Altamira desarrolló en México, que incluye el discurso con el que Rodolfo Reyes lo recibió en la Academia Central Mexicana de Jurisprudencia y Legación. Para más información sobre su estancia y proyectos, ver el libro de Javier Malagón y Silvio Zavala.

⁴² El libro de Héctor Perea, *La rueda del tiempo*, presenta un amplio panorama sobre distintas personalidades mexicanas que contribuyeron a recrear la vida cultural española. Entre ellos se encuentran los ya mencionados además de Manuel Payno, Diego Rivera, Martín Luis Guzmán, Jaime Torres Bodet, Genaro Estrada, y muchos más. Esta larga lista sirve al autor para sostener la importancia que tuvieron estos intercambios como antecedentes de la amable recepción del gobierno mexicano a los exiliados republicanos con motivo de la Guerra Civil. A este libro se añaden los de Gabriel Rosenzweig, quien enumera a los personajes y presenta una relación más sucinta sobre sus actividades. *Vid.* Rosenzweig, "Presencia", en Blancarte, *Cultura*, 1994, y Rosenzweig, *Autores*, 1992.

⁴³ Henríquez Ureña, por ejemplo, recibió la influencia del pensamiento de Menéndez Pelayo, a quien dedicó algunos trabajos en la Sociedad de Conferencias, antes de que se formara el Ateneo de la Juventud. *Vid.* García, *Ateneo*, 1992.

⁴⁴ *Vid.* Naranjo, *Lazos*, 2002.

dejar de participar en su vida cultural. La Residencia de Estudiantes y el Ateneo de Madrid fueron las dignas casas que recibieron y se encargaron de fomentar estos encuentros. Héctor Perea y Gabriel Rosenzweig, a quienes ya citamos, dan cuenta de los eventos, conferencias, publicaciones, donde juntos, españoles y latinoamericanos, hacían realidad la fraternidad hispanoamericana.

Momento coyuntural para el fomento de esos intercambios a principios del siglo XX fue la creación de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), de la cual se desprendió la iniciativa de la Universidad de Oviedo de enviar a Rafael Altamira en su viaje por América.

Su fundación respondió a las peticiones de regeneracionistas como Francisco Giner de los Ríos, el mismo Altamira y Santiago Ramón y Cajal, quienes estimaban que “sólo la educación podía sacar a España de aquel marasmo y estancamiento generalizado”.⁴⁵ La Junta sería por eso una respuesta a las necesidades culturales del país, puesto que

Tendría a su cargo el servicio de ampliación de estudios dentro y fuera de España, las delegaciones en congresos científicos, el servicio de información extranjera y relaciones internacionales en materia de enseñanza, el fomento de los trabajos de investigación científica y la protección de las instituciones educativas en la enseñanza secundaria y superior.⁴⁶

De las entidades creadas por la JAE figura el Centro de Estudios Históricos (CEH), que junto a la Residencia de Estudiantes, el Ateneo de Madrid y la Institución Libre de Enseñanza fueron los espacios que atestiguaron el paso de importantes intelectuales mexicanos dando conferencias, publicando libros, siendo beneficiarios de becas de investigación, participando en eventos culturales diversos, o incluso como destacados miembros. Tal es el caso de Silvio Zavala, quien estudió en el CEH con Rafael Altamira; Carlos Pereyra, a quien se le concedió el cargo de director del Instituto Fernández de Oviedo, o Alfonso Reyes, nombrado presidente de la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo de Madrid.

⁴⁵ Formentín, Justo, *Relaciones*, 1992, p. 17.

⁴⁶ *Idem*.

Más tarde, en 1939, de regreso a México, el presidente Lázaro Cárdenas le confió la presidencia del patronato de la Casa de España.⁴⁷

Por otra parte, la Junta desplegó sus objetivos hacia América Latina creando sus extensiones. Para México dedicó el Instituto Mexicano de Intercambio Universitario (IHMIU) a fines de 1925, cuya misión sería “de verdadero intercambio, llevando maestros mexicanos a España, llevando y trayendo alumnos, instituyendo becas, organizando exhibiciones, pugnando, en fin, por el mutuo y serio comercio de cultura”.⁴⁸ Entre sus mayores logros cabe mencionar el envío a México de profesores de la talla de Ortega y Gasset, Américo Castro Quesada, María de Maeztu, Jorge Francisco Tello y Pío del Río Hortera.⁴⁹ Así fue como estas instancias consolidaron el intercambio universitario a principios del siglo XX, convirtiéndose en el hilo conductor que enlazó al exilio republicano a México con los procesos que lo antecedieron.⁵⁰

La otra etapa que forjó los cimientos de la solidaridad mexicana con la República, previa a la guerra civil, fueron las relaciones bilaterales desde que ésta se instaló el 14 de abril de 1931. El principio fue la elevación a embajadas de las antiguas legaciones. Con la llegada del embajador español Julio Álvarez del Vayo comenzó lo que José Fuentes Mares llamó la “luna de miel”⁵¹ entre ambos países basada tanto en afinidades ideológicas como en aquellos previos encuentros “intelectuales” o “espirituales”.

Las tendencias progresistas de los gobiernos revolucionarios mexicanos, que para la década de 1930 encarnaban en el Partido Nacional Revolucionario enarbolando la democracia, la reforma agraria, la educación, la separación entre

⁴⁷ Rosenzweig, “Presencia”, en Blancarte, *Cultura*, 1994, p. 163.

⁴⁸ El reciente artículo de Aimer Granados titulado *La corriente cultural de la JAE en México: El Instituto Hispano Mexicano de Intercambio Universitario, 1925-1931*, (texto inédito), documenta las condiciones de formación del IHMIU bajo el panorama de la creación de la JAE. Este autor presenta a sus miembros fundadores, entre quienes se encontraban Alfonso Pruneda, rector de la Universidad Nacional de México, Alejandro Quijano, Tomás G. Perrín, entre otros. Por su parte, desarrolla los objetivos del Instituto con una misión “de verdadero intercambio, llevando maestros mexicanos a España, llevando y trayendo alumnos, instituyendo becas, organizando exhibiciones, pugnando, en fin, por el mutuo y serio comercio de cultura”. *Vid*, Granados, *Corriente*, 2007.

⁴⁹ Formentín, *Relaciones*, 1992, p. 158.

⁵⁰ Así lo afirman quienes han elaborado los estudios más recientes sobre la JAE y el IHMIU, especialmente Aimer Granados. Por su parte, Consuelo Naranjo y José María López Sánchez reparan nuevas investigaciones al respecto.

⁵¹ Fuentes Mares, *Historia*, 1984, p. 118.

Iglesia-Estado y el bienestar social en diversas formas; parecían encontrar plena identificación con los objetivos del nuevo gobierno de Niceto Alcalá Zamora: republicanismo, libertad religiosa, educación laica, reformas agraria y laborales.⁵²

Por su parte, la buena relación entre el embajador Álvarez del Vayo con el ex presidente Calles y otros miembros de la élite política mexicana fue útil para superar la hispanofobia mexicana de otros tiempos, como su propuesta de construir en Cuernavaca un monumento dedicado a la “hermandad”⁵³ para calmar los ánimos de los ofendidos por los murales de Diego Rivera en el Palacio de Cortés de la misma ciudad. Un proyecto que a falta de presupuesto no se concretó. Tiempo después, ante la versión de la historia mexicana que se presentaba en los textos de primaria, supuestamente de tendencia indigenista y anti hispanista, el embajador propuso, conciliadoramente, enviar desde España lotes de libros para informar de la historia y cultura de este país.⁵⁴

Además de los tratados comerciales cobijados por Álvarez del Vayo, como el envío de barcos españoles a México, este embajador intercedió a favor del ingreso de México en la Sociedad de Naciones. Promovió también el reencuentro diplomático entre Perú y nuestro país una vez que sus relaciones se rompieron con motivo de la detención de Raúl Haya de la Torre.⁵⁵

Acuerdos entre la República española y México que no quedaron en manos exclusivas de este célebre embajador y de su contraparte en México, Genaro Estrada. Se involucraron también múltiples personalidades de la clase política e intelectual tanto mexicana como española en actividades que implicaban cierto grado de compromiso político o cultural. Martín Luis Guzmán fue uno de los célebres escritores aventureros que colaboró en la conspiración de los

⁵² En la Constitución Republicana de 1931 se declaran estos principios, además de la unidad Estatal compatible con la autonomía de municipios y regiones, la voluntad de acatar las normas del derecho internacional.

⁵³ Fuentes Mares y Pérez Montfort proporcionan mayor información sobre estos sucesos de encuentros y desencuentros a raíz de los murales de Rivera y de las versiones supuestamente anti hispanistas de los libros de texto.

⁵⁴ Pérez Montfort, *Hispanismo*, 1992, p. 111.

⁵⁵ *Ibid.* p. 111.

republicanos españoles, dentro del círculo de Manuel Azaña, dirigiendo los diarios *El Sol* y *La Voz*.⁵⁶

Casi sería obvio insistir en el interés de Alfonso Reyes por los sucesos españoles, quien aún después de su labor en el Centro de Estudios Históricos, el Ateneo y las principales revistas intelectuales españolas, mantuvo en la década de 1930 un fuerte compromiso con los republicanos. Su gestión de la Casa de España en México y su trabajo para facilitar la llegada de los refugiados son las pruebas contundentes de este interés.⁵⁷

Un capítulo aparte podría dedicarse exclusivamente a las relaciones entre los socialistas españoles y la izquierda mexicana, donde salen a relucir, del lado mexicano, los nombres del ya citado Alfonso Reyes, Vicente Lombardo Toledano, Narciso Bassols, Jaime Torres Bodet; y del lado español, Fernando de los Ríos, Max Aub, José Bergamín, Joaquín Xirau, y muchos otros más. El caso de Toledano es paradigmático en tanto que abogó enérgicamente en favor de los obreros españoles, en una lucha que se pensaba común del proletariado internacional contra la explotación burguesa. En los años de la guerra civil, el líder de la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM) estableció contacto con miembros del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), como Francisco Largo Caballero.⁵⁸ En su revista *Futuro*, equiparaba la revolución mexicana con el movimiento que en España se oponía a la monarquía, sosteniendo que sus partidarios eran todavía “encomenderos”, “gachupines” y “traidores a su clase”.⁵⁹

⁵⁶ Mateos, *Guerra*, 2005, p. 41.

⁵⁷ Para mayor información sobre la actividad de Alfonso Reyes en La Casa de España, *Vid. Enríquez, Alfonso*, 2005.

⁵⁸ Es de gran interés el estudio de Abdón Mateos dedicado a las relaciones políticas e intelectuales entre los republicanos españoles y la élite de los regímenes posrevolucionarios. Rastrea estas relaciones desde el comienzo de la revolución mexicana y particularmente en la proclamación de la república. Entre sus responsables españoles estaban Indalecio Prieto y Juan Negrín y por supuesto, los presidentes mexicanos Lázaro Cárdenas y Avila Camacho. *Vid. Mateos, Guerra*, 2005.

⁵⁹ Abdón Mateos nos dice que este personaje, quien “se proclamaba heredero del legado liberador de la historia mexicana desde las luchas de independencia”; “Distinguía entre el verdadero pueblo español, representado por los republicanos españoles frente a los miembros de la comunidad de emigrantes, que, además de filofranquistas, fascistas y enemigos del pueblo mexicano, eran ‘traidores a su clase’. *Ibid.* p. 39. Más información sobre las relaciones de Lombardo con la República, *Vid. Pliego, “Optimism”*, 2005, pp. 208-209.

Calificativos que acusan una interpretación del conflicto español como una lucha de los republicanos por su independencia, posible de relacionar, a su vez, con el movimiento de emancipación mexicano de 1810. La hispanofobia que venía arrastrándose desde la época colonial se proyectaba hacia los defensores de la España “Nacional”; y el apego a la República era, en buena medida, producto de una idealización de sus luchas contra la tiranía, de su búsqueda de libertad y progreso. Factor suficiente para hermanar a los dos movimientos.

Opiniones que nos llevan a pensar en las múltiples interpretaciones sobre el fenómeno español en México, en un contexto ideológico dividido y comprometido donde se permitían las visiones dualistas entre buenos y malos.⁶⁰ En este sentido, el interés por la guerra civil en nuestro país se vio permeado tanto por el discurso nacionalista gubernamental producto de la Revolución como por el tradicional conflicto entre hispanofilia e hispanofobia.

La permanencia de estas dos actitudes hacia lo español deben considerarse entonces dentro de los marcos del discurso nacionalista manido por el grupo en el poder, especialmente desde los años 20, para legitimarse frente a quienes habían colaborado en su favor: el “pueblo”. El nacionalismo de ese momento, en palabras de Ricardo Pérez Montfort,

En la educación, en el arte y la cultura, espacios en los que el discurso adquiere una particular relevancia [...] pretendió servir de factor fundamental en la rearticulación de aquel país que mostraba un cuerpo social y económico tan manifiestamente divergente. La reedificación posrevolucionaria, es decir, la vuelta a la unificación y la institucionalización del estado capitalista moderno mexicano, echó mano del instrumento ideológico del nacionalismo para legitimar la naturaleza propia de la cultura mexicana, a la vez que justificar las peculiaridades de sus propios vaivenes políticos y económicos.⁶¹

⁶⁰ José Antonio Matesanz dedica sendas páginas a esta guerra de opiniones, en la que el diario *Excélsior*, caracterizado por su oposición al gobierno y de tendencias conservadoras, matizó la gravedad de la situación. Por su parte, *El Nacional* acusaba tendencias republicanas. Entre las asociaciones obreras fue común la manifestación de solidaridad con la República, tal fue el caso de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) encabezada por Lombardo Toledano. Lo mismo haría la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR). Vid. Matesanz, *Raíces*, 1999, pp. 35-104. Publicaciones de la colonia española como *Vida Española* y *El Diario español* acusarían simpatías con el bando que se hacía llamar de la España Nacional; lo mismo que ciertos grupos de oposición a Cárdenas como la Confederación de la Clase Media, así como los anticomunistas e hispanistas Camisas Doradas. Vid. Pérez Montfort, *Patria*, 1993, p. 124-128. Entre la intelectualidad, las posturas fueron muy variadas. Ese será el tema de los posteriores capítulos.

⁶¹ Pérez Montfort, *Avatares*, 2000, p. 39.

Pero además de esta vertiente nacionalista popular - oficial, este autor reconoce la de los “caudillos culturales”, que empezando por Vasconcelos como ministro de Educación, pretendían “localizar en qué consiste el país... revelarlo por medio de la educación y pregonar épicamente los resultados de tal exploración”.⁶² Y para identificar los orígenes y sentido de la nacionalidad mexicana se retomó la discusión sobre el indigenismo, el hispanismo, y el latinoamericanismo.⁶³

Cuando los primeros refugiados llegaron a México encontraron un fuerte nacionalismo dividido en estas tres corrientes. De la sorpresa ante tal actitud nos habla Abdón Mateos:

En realidad, la actitud hacia España de los mexicanos era poliédrica. Junto a la fobia de las concentraciones contra lo gachupín y la retórica indigenista de la izquierda mexicana, había también un hispanoamericanismo conservador, que crecería desde la presidencia de Ávila Camacho [...], así como una hispanofilia implícita que permitió la elevación de los refugiados de varios peldaños en la pirámide social.⁶⁴

Tal ascenso social estaría determinado, en gran parte, por las contribuciones que en materia cultural aportaron al medio intelectual mexicano. Un hecho que no habría sido posible sin actitud solícita del gobierno mexicano a través de la Casa de España, convertida luego en El Colegio de México. Gracias a la iniciativa de Daniel Cossío Villegas para acoger a los intelectuales republicanos que habían visto interrumpida su labor con el ascenso del franquismo, pero sobre todo, al decreto presidencial que oficializó esta recepción, la Casa de España fue fundada el 1 de julio de 1938.⁶⁵ Su misión era “desarrollar y estrechar lazos entre la

⁶² Pérez Montfort, *Estampas*, 2003, p. 124.

⁶³ Estas tres corrientes conformaron las principales líneas de discusión en torno al nacionalismo mexicano. Cada una de ellas focalizaba el origen y sentido de la nacionalidad en elementos culturales de raíz ya fuera hispana, indígena o mestiza. Carlos Pereyra y Francisco Bulnes reconocerían en el componente hispánico el componente racial y cultural más importante en el mexicano. A ellos se opondrían los hispanoamericanistas como Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Taracena y Pedro Enriquez Ureña. Gamio, paladín del indigenismo, proponía la recuperación de las aportaciones indígenas y el rechazo de la “europeización” de la cultura. *Cfr.* Pérez Montfort, *Hispanismo*, 1992, pp. 34-36.

⁶⁴ Mateos, *Guerra*, 2005, pp. 58-59.

⁶⁵ Lida, *Casa*, 2000, p. 41.

comunidad académica, científica y cultural de México y los recién llegados, a través de los diversos cursos, conferencias, seminarios e investigaciones en laboratorios”.⁶⁶

Largos años de relaciones entre la intelectualidad de ambos países, en un hispanoamericanismo que siempre contempló la solución a los problemas nacionales a través de la solidificación de los vínculos a ambas orillas del Atlántico, finalmente tomó cuerpo en la creación de esta prestigiada institución. Con las simpatías que venían evolucionando desde el siglo XIX hacia una verdadera relación entre iguales, el sector liberal y republicano español, finalmente se instaló en México en el año de 1945.

La década de 1940 en la historia del hispanoamericanismo estuvo marcada por el conflicto entre esas dos Españas de las cuales sólo una sería reconocida por nuestro país. El grupo de intelectuales que fueron objeto de la cálida bienvenida mexicana, a raíz de la guerra civil, contribuyeron a enriquecer y enaltecer el panorama cultural mexicano en sus mejores instituciones. Todo ello, como ya lo vimos, no fue una iniciativa aislada, sino producto de un movimiento entre ambas orillas que desde mediados del siglo XIX evolucionó de una concepción de superioridad española, a una relación de fructuosa solidaridad ante nuevos enemigos.

1.4. Corrientes conservadoras y Acción Española

El nacionalismo español conservador varió sustancialmente desde fines del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX. Desde los planteamientos de Marcelino Menéndez y Pelayo, carlistas como Vázquez de Mella, Jaime Balmes y Donoso Cortés, este nacionalismo se identificaría con el tradicionalismo, la monarquía, la religión católica, y ciertamente, un hispanoamericanismo de poco interés en América, pero utilizando su imagen como recurso propagandístico al interior del país.

Las modalidades de estas corrientes conservadoras, tradicionalistas y católicas, nos dice Sepúlveda, se volvieron más radicales con el ascenso de los

⁶⁶ *Ibid.*, p. 75.

regionalismos vasco y catalán, produciendo un nacionalismo “agresivamente antirregionalista, unitarista e integral”.⁶⁷ A través de diversos grupos y partidos que dan cuenta de una amplia heterogeneidad ideológica, se fortaleció durante las primeras dos décadas de la dictadura (1923-1930), hasta eclosionar con la crisis de la monarquía y el ascenso de la II República (1931-1936). Fueron, en su momento, los más renombrados: Falange, de José Antonio Primo de Rivera, el Partido Nacionalista de Albiñana, la Confederación de Derechas Autónomas, y por supuesto, el grupo editor de la revista *Acción Española*, que en su momento sirvió de catalizador de todas las demás propuestas, conglomerándolas dentro del partido único que formaría Francisco Franco.

Raúl Morodo, en *Los orígenes ideológicos del franquismo*, sostiene que el grupo tradicionalista de *Acción Española* marcó la transición entre la dictadura primorriverista y el franquismo⁶⁸, puesto que en este grupo político, revista y editorial, colaboraron los teóricos del pensamiento de la *hispanidad* que se convertiría en la ideología del nacional - catolicismo y su peculiar proyección americana. En síntesis, esta corriente fungió como el instrumento de legitimación del cual se valió el franquismo para consolidar la unidad nacional y evitar los separatismos. Serviría al mismo tiempo para programar nuevos ideales imperialistas y distanciar su nacionalismo de los fascismos en boga. Apelando a una historia gloriosa, lineal y providencialista cuya época de oro se situó en la unión de los reinos de Castilla y Aragón, pronunciarían la necesidad de reivindicar la religión católica, el idioma castellano así como una sociedad estamental y jerárquica que hiciera posible un orden público dirigido por el “generalísimo”. Esto iba de la mano con una visión maniqueísta del mundo donde eran señalados cinco principales enemigos: el liberalismo, el comunismo, la democracia, el materialismo y la masonería.

La *hispanidad* propagó una nueva modalidad de hispanoamericanismo. Miembros de *Acción Española* como José María Pemán, Ramiro de Maeztu y José Pemartín retomaron la propuesta de Ganivet, de organizar una “comunidad

⁶⁷ Sepúlveda, *Sueño*, 2005, p. 52.

⁶⁸ Morodo, *Orígenes*, 1985, p. 22.

espiritual” que en mucho se debe al reconocimiento de la incapacidad material de programar nuevas conquistas territoriales. Esta reformularía otra vieja idea: la de formar un “imperio” o “patria” espiritual, y América sería su campo de proyección.

El presente apartado retomará las líneas que en materia hispanoamericanista programó la dictadura de Primo de Rivera, distinguiendo los principios panhispanistas que anunciaban los primeros indicios del pensamiento de la hispanidad. Siguiendo un orden cronológico, trazaremos un esbozo sobre los principales grupos que han sido colocados historiográficamente dentro de la oposición conservadora a la República, para finalmente ubicar los principios teóricos que sentaron las bases de la política exterior franquista hacia América Latina.

1.5 El americanismo de Primo de Rivera

Varios autores afirman que las expectativas oficiales españolas hacia Hispanoamérica se reactivaron desde la declaración de neutralidad en la primera guerra mundial, incentivándose los intercambios comerciales y las comunicaciones entre la región.⁶⁹ Isidro Sepúlveda afirma que “la incidencia de la guerra se insertó en el enfrentamiento general de los intelectuales por sus simpatías con los imperios centrales o con el bando aliado”, lo que dividió las opiniones entre las que promovían las alianzas españolas a nivel mundial, las que discutían el papel de Estados Unidos entre España y América, o las que matizaban los distintos objetivos con el mantenimiento de la neutralidad.⁷⁰

Pero aún en estos conflictos, la neutralidad permitió a España y América verse como un islote “pacífico” dentro un contexto bélico, donde se vislumbraba la oportunidad de estrechar vínculos por medio de ambiciosos planes que iban del refuerzo de la política exterior al incremento del comercio intercomunitario. Todo ello aunado a una fuerte campaña publicitaria que retomó premisas del hispanoamericanismo para legitimar las pretensiones de una dictadura que veía

⁶⁹ Entre estos autores encontramos a Lorenzo Delgado Gómez Escalonilla y a Juan Carlos Pereira Castañares, *Vid. Delgado, Diplomacia*, 1988, Pereira, *Primo*, 1986.

⁷⁰ Sepúlveda, *Sueño*, 2005, p. 110.

con optimismo la posibilidad de modernización nacional haciendo uso de una bien estructurada proyección americana.

El programa modernizador de la dictadura ha llevado a autores como Javier Tusell a señalar su carácter *regeneracionista*. Como tal apuntaba a la europeización, la industrialización, la activación española fuera de sus fronteras así como una renovación “moral”. Los escritos de José María Pemán, en particular *Los valores históricos de la dictadura española* describen los programas que este pensador proponía a Primo de Rivera en materia de modernización interna, política exterior, etc. Asimismo, coloca en primer plano la necesidad de una política americanista como parte esencial del programa regenerador:

Yo creo que el problema del hispanoamericanismo, más que problema americano, es un problema español. Es decir, si sabemos continuar trabajando, organizándonos, siendo un pueblo de orden, próspero y fuerte; si sabemos aumentar en grado extraordinario nuestra cultura, dotar a nuestros sabios de todos los medios para el desarrollo de su ciencia, hacer de nuestras universidades centros modernos de gran investigación y de luminosa enseñanza, proteger a nuestra industria, para que pueda adquirir los medios más modernos y competir con las demás naciones; si procuramos a nuestro comercio las instituciones modernas que necesita para su desarrollo en América; si favorecemos nuestra navegación para ponerla a la altura de otras naciones, y nuestra comunicación aérea o inalámbrica en el mismo sentido, lo más importante estará hecho.⁷¹

Así, con el objetivo de hacer de España una potencia de primer orden fortaleciendo la economía y la reputación nacional, aunque reconociendo la incapacidad de competir con los acercamientos panamericanistas de Woodrow Wilson, la dictadura instrumentó propuestas concretas en materia hispanoamericanista que comenzaran a hacer factible lo que anteriormente sólo era posible en un terreno “espiritual”.

El artículo de Juan Carlos Pereira y Castañares titulado *Primo de Rivera y la diplomacia española en Hispanoamérica: el instrumento de un objetivo*⁷² resume las principales metas de la dictadura en los campos diplomáticos, culturales, administrativos y económicos hacia la región. La legitimidad de estos objetivos se sustentan en un estudio de prensa por parte de este autor donde descubre que la

⁷¹ Pemán, *Valores*, 1929, p. 604.

⁷² Pereira, “Primo”, 1986.

opinión pública española, desde 1921, se mostraba favorable a establecer “una entrada entente con las repúblicas latinoamericanas”, y la razón era la de hacer de España una potencia de primer orden en el concierto de las naciones.⁷³

Uno de los reclamos en esta revisión de opiniones era la visita del rey Alfonso XIII a Hispanoamérica, que podía marcar la pauta de una diplomacia *directa* entre la región. Luego de que el Parlamento discutiera esta posibilidad, y de elaborar un diagnóstico sobre la situación de debilidad de la presencia española en América, la primera necesidad era reorganizar la política exterior. De ahí que el primer paso fuera la creación de la *Sección Política de América y Relaciones Culturales*, a fin de que fuera el “órgano propulsor de nuestras relaciones con los hermanos del nuevo mundo”, que contribuyó a configurar una política más específica hacia América hasta el año de 1928. Y a la embajada en Buenos Aires, que databa de 1917, se agregaron las de Chile y Cuba; y de 27 diplomáticos al principio del mandato, aumentaron a 34.⁷⁴

Además de acrecentar el presupuesto a las agencias diplomáticas, se privilegió al cuerpo consular incrementando su número y elevando el rango de algunos de ellos. Al final, se percibió un aumento de 176 cónsules en 1923, a 291 en 1931.

Otros instrumentos fueron la organización de exposiciones y congresos, como la Exposición Española en La Habana en 1926, el Congreso Iberoamericano de Aeronáutica, el de Prensa Latina, y los célebres actos conmemorativos como la Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929 y el vuelo del *Plus ultra*. También se enviaron misiones militares a Hispanoamérica para organizar los ejércitos nacionales y las fuerzas policiales, se desarrollaron las comunicaciones y se firmaron tratados y acuerdos de diversa índole, como los de arbitraje entre Chile y Uruguay o el de reconocimiento de títulos profesionales y académicos.⁷⁵

Aparte de estos intentos se rearticuló una política económica. El citado Pemán destacaba la importancia del Banco de Comercio Exterior para agilizar el movimiento de las mercancías y sus pagos, como también del Seguro de Crédito Exterior para “incentivar la política del hispanoamericanismo práctico y laborar

⁷³ *Ibid.*, p. 139.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 149.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 152.

para el mayor acercamiento entre los intereses españoles y los de ultramar.⁷⁶ Y junto a la reestructuración financiera, se firmaron acuerdos aduaneros, se aumentó el presupuesto para las misiones comerciales, se concedieron créditos a las naciones hispanoamericanas, se creó la Junta Nacional de Comercio de Ultramar.⁷⁷

Medidas todas que apuntaban a objetivos precisos y viables para ir consolidando una unión más estrecha, se distinguían del hispanoamericanismo de años anteriores en su potenciación de la diplomacia, su programación de medidas económicas claras, y en la organización de eventos dirigidos a proyectar, dentro de las posibilidades que brindaba su época, una imagen de la España otrora civilizadora de América.

A esto cabe agregar que el desarrollo tecnológico y comunicativo marcaba una distancia importante con las posibilidades de los programas de fines del siglo XIX. La nueva infraestructura marítima y luego aérea fueron factores que propiciaron tanto el intercambio comercial como el éxito de congresos, conmemoraciones y otros eventos hispanistas.

Esta plasmación práctica del americanismo primorriverista iba acompañada de la insistencia por parte de España de ser el “portavoz del bloque hispanoamericano de naciones.”⁷⁸ En este sentido, Isidro Sepúlveda enfatiza en el exceso de focalización en los planteamientos panhispanistas del discurso oficial, que reforzaban la presencia española en América negando toda pretensión de expansión material o de imperialismo económico.

Retomando los planteamientos hispanoamericanistas que ya fueran enunciados por instancias como la Unión Iberoamericana y las propuestas de Rafael Altamira, se propuso instaurar celebraciones simbólicas, especialmente la del “Día de la Raza”. Sepúlveda indica que esta celebración tenía un doble carácter: “por una parte, era un homenaje a la figura de Colón y a todos los hombres que llevaron la colonización americana, además de poner de manifiesto

⁷⁶ Pemán, *Valores*, 1929, pp. 606-607.

⁷⁷ Pereira, “Primo”, 1986, p. 154.

⁷⁸ Sepúlveda, *Sueño*, 2005, p. 114.

la 'intimidad espiritual'"⁷⁹ Raza con su sentido retórico que ya se anunciaba años atrás, sin aparentes connotaciones étnicas ni apego a las teorías de superioridad biológica. El objetivo del festejo, era más bien promover "aquellos aspectos comunes que hacían partícipes de una misma comunidad a los habitantes de una veintena de países y dos continentes"⁸⁰. No quedaba, por lo tanto, lugar a una lucha de razas en una región donde la pretensión era mitigar las diferencias. Por otra parte, la presencia del debate en torno a la *raza latina* y la *raza española* seguía vigente en tanto que los llamados a erradicar el término de América latina eran tema recurrente en las publicaciones de este período. En una de las páginas de apertura de *La Gaceta Literaria* expresa así su fobia al título de América Latina:

Eliminemos, pues, de una vez para siempre, en nuestro vocabulario, los espurios términos de «América Latina» y de «latinoamericanismo». Darles validez entre nosotros equivaldría a hacernos cómplices inconscientes de las turbias maniobras anexionistas que Francia e Italia vienen realizando respecto a América, so capa de latinismo [...] De ahí la necesidad urgente de proponer y exaltar a Madrid como el meridiano intelectual de Hispanoamérica. A nuestro juicio, las nuevas generaciones de estudiantes e intelectuales debieran romper con la corriente errónea de sus antepasados, apresurándose a penetrar en la atmósfera intelectual de España, seguros de que aquí pueden hallar, no sólo una cordial acogida, sino hasta merecer una atención auténtica.⁸¹

Desde otras opiniones, Hispanoamérica era un estímulo para una España que no estaba en condiciones de ejercer un imperialismo económico ni político, pero ello sin dejar de reafirmar la superioridad *cultural*⁸² con fuerte tono panhispanista. La gran diversidad de escritos que exaltan la *cultura* española desde las apologías

⁷⁹ *Ibid.*, p. 203.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 205.

⁸¹ *La Gaceta Literaria*, Madrid, 15 de abril de 1927, año I núm. 8 p. 1.

⁸² El mismo Américo Castro se manifestaba así: "Algunos ingenuos, deslumbrados por la política imperialista que los grandes estados de Europa proyectan sobre esa América, que para sus conveniencias de ellos llaman «latina», se ponen a soñar en una «expansión» española, siendo así que, fuera de los emigrantes (que ya es mucho), no tenemos demasiado que «expansionar». Digamos la verdad, que en este caso la mayor habilidad creo que es no tenerla. Contemplemos desde Buenos Aires o Méjico la nación española. Encontramos: un pueblo numeroso, enérgico y dispuesto a andar las siete partidas del mundo, como hace tres siglos, pero, en general, inculto e ignorante; una minoría bastante valiosa (toda Hispanoamérica junta, téngase muy presente, no posee científicos, escritores y artistas comparables a los de España); una organización pública de tipo arcaico, muy poco influida por esa minoría, que no tiene fuerza ni aptitud para modelar el país. Los españoles de América, y en ocasiones los mismos hispanoamericanos, al conocer esta o la otra manifestación de progreso iniciada en España, han comenzado a dirigirse a ella desde hace pocos años". Castro, "Hispanoamérica", 1926, pp.98-100.

a la raza, al idioma, a la religión, y a la historia común nos lleva a pensar en una clara reminiscencia del hispanoamericanismo progresista en sus pretensiones de encontrar salidas a problemas internos mirando al exterior.

Así, fines de la década de 1920 y a principios de los 30, esta vocación de enlace se reformuló desde revistas como la ya mencionada *Gaceta Literaria* y de la *Revista de las Españas*, ambas con la participación de Ernesto Giménez Caballero.⁸³ Este filósofo, escritor y político, según ciertos autores, fue quien vinculó el pensamiento de la hispanidad con la ideología fascista, siendo uno de sus principales móviles la aversión al liberalismo y al comunismo presente en las páginas de *La Conquista del Estado*, publicación conjunta con Ramiro Ledesma. En uno de sus artículos, afirmaba:

Teníamos que ser nosotros, surgidos de lo más hondo del coraje hispánico, fieles a nuestra época, con un programa postliberal en cada mano, quienes con mejor eficacia combatiésemos la sociedad y el Estado comunistas. Odiamos el espíritu liberal burgués, trasnochado y mediocre, pero nuestro enemigo fundamental, aquel cuyo mero estar ahí significa siluetearse el combate con nosotros, es el comunismo. Frente al comunismo, con su carga de razones y de eficacias, colocamos una idea nacional, que él no acepta, y que representa para nosotros el origen de toda empresa humana de rango airoso. Esa idea nacional entraña una cultura y unos deberes históricos que reconocemos como nuestro patrimonio más alto.⁸⁴

Los vínculos con el fascismo que se hacían presentes en *La Conquista del Estado* tenían su contraparte en grupos políticos como el Partido Nacionalista Español de José María Albiñana, mismo que tras la instalación de la República se convertiría en una de las más importantes manifestaciones de la derecha. Pero no fue sino hacia 1932 año de la sublevación del general Sanjurjo, y con mayor fuerza en 1933, con la obtención de la mayoría de escaños parlamentarios por parte de la Confederación de Derechas Autónomas (CEDA), que estos grupos conservadores dejaron ver la fuerza y organización que ya habían adquirido.

⁸³ Filósofo, escritor y político, reconocido por colaborar en el órgano de difusión de la Unión Ibero-Americana, la *Revista de las Españas* (1925). Un año más tarde fue director de *La Gaceta Literaria*, donde, según ciertos autores, elaboró las bases conceptuales que vincularon el pensamiento de la hispanidad con la ideología fascista. Sus planteamientos fueron retomados por Ramiro de Maeztu y José María Pemán.

⁸⁴ Giménez, "Frente al comunismo", en *La Conquista del Estado*, Madrid, 28 de marzo, 1931, núm 3 p. 2.

La CEDA, dirigida por Gil Robles, constituía la coalición mejor organizada de ellos. Reconocida por la condición católica de sus miembros, ya anunciaba su aparición desde tiempos de la monarquía tras las páginas del diario *El Debate*. Su variada composición integraba personas de distinta procedencia. Había colaboradores de la Dictadura, tradicionalistas, clericales y simpatizantes del fascismo. A su vez tenía una estrecha conexión con el partido Acción Popular, antes Acción Nacional⁸⁵, así como con los carlistas y la Confederación Católica Agraria. Afirma Frederick Pike que, lo que unía la heterogeneidad de la CEDA el problema no era si España sería una monarquía o una república. Lo importante era evitar la propagación del marxismo.⁸⁶

Por su parte, la expresión más acabada del fascismo en España fue el ensayo de José Antonio Primo de Rivera en su Falange Española (FE), con el que concilió el ideario de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS) formadas por Ledesma y Onésimo Redondo. En la revista *El Fascio*, coordinada por Primo, aglutinó a los diferentes sectores fascistas, con quienes convino que España necesitaba un régimen autoritario y que era necesaria la ayuda extranjera para impulsarlo. La prioridad, en un primer momento, era declarar los principios que debían regir en el nuevo Estado:

Todas las aspiraciones del nuevo Estado podrían resumirse en una palabra: «unidad». La Patria es una totalidad histórica, donde todos nos fundimos, superior a cada uno de nosotros y a cada uno de nuestros grupos. En homenaje a esa unidad han de plegarse clases e individuos.⁸⁷

El llamado a la unidad se vinculaba a las referencias a ideas imperiales, más retóricas que reales.⁸⁸ Pero en sus planteamientos principales sobresalía un nacionalismo agresivo regido por el nacional sindicalismo con referencias especiales a la religión católica.

⁸⁵ Este partido fue formado por José María Gil Robles y Ángel Herrera, quienes a través del diario *El Debate* impulsaban desde 1922 los programas de la juventud de Acción Católica. En 1932 cambiaron el nombre de Acción Nacional por el de Acción Popular, enarbolando los principios de la religión, la familia, el orden, el trabajo y la propiedad.

⁸⁶ Pike, *Hispanismo*, 1971, p. 300.

⁸⁷ "Hacia un Nuevo Estado", en *El Fascio*, Madrid, 16 de marzo de 1933, núm. 1, p. 2.

⁸⁸ Pérez Montfort, *Hispanismo*, 1992, p. 83.

En 1934 las JONS se fusionaron con la FE y apareció la Falange Española Tradicionalista y de las JONS. Incorporaban tanto las propuestas de Giménez Caballero y Ledesma como las de Acción Española, insistiendo en el ideal conservador de reactivar el imperio donde España se erigía en el “eje espiritual del mundo hispánico”.⁸⁹

Interesa destacar el papel de Acción Española en la configuración de estos principios, por lo que vamos a profundizar un poco más en ellos. Su revista promovía un movimiento ideológico contrarrevolucionario monárquico donde los supuestos liberales fueran sustituidos por esquemas tradicionalistas, autoritarios y corporativos. Iniciaron esta labor Ramiro de Maeztu, Eugenio Vegas Latapié y el marqués de Quintanar. Tomando como referentes del tradicionalismo a Donoso Cortés, a Juan Vázquez de Mella y a Marcelino Menéndez y Pelayo, reivindicaron una visión de la historia estrechamente vinculada con el catolicismo. Maeztu, vuelto a España luego de ocupar el puesto de embajador en Buenos Aires, publicó, bajo el título *Defensa de la hispanidad*, una serie de ensayos que resumían este ideario. En ellos recupera el concepto de *hispanidad*, que atribuye al jesuita Zacarías de Vizcarra, que más tarde determinaría los referentes de la definición nacionalista del franquismo, como el llamado a la unidad del mundo hispánico a través los valores de la *raza* española, tras la creencia en la grandeza histórica de su cultura. En uno de sus artículos titulado *Una obra incomparable*, Maeztu afirma:

No hay en la Historia universal obra comparable a la realizada por España, porque hemos incorporado a la civilización cristiana a todas las razas que estuvieron bajo nuestra influencia. Verdad que en estos dos siglos de enajenación hemos olvidado la significación de nuestra Historia y el valor de lo que en ella hemos realizado, para creernos una raza inferior y secundaria.⁹⁰

Y en *La hispanidad y su dispersión* enuncia los principios a través de los cuales podían darse los primeros pasos en la construcción de ese imperio, ya no territorial, sino espiritual, dado que:

⁸⁹ *Ibid.*, p. 84.

⁹⁰ Maeztu, “Obra”, *Defensa* 2006.

La Hispanidad no habita una tierra, sino muchas y muy diversas [...] La variedad del territorio peninsular, con ser tan grande, es unidad si se compara con la del que habitan los pueblos hispánicos [...] Todos los pueblos de la Hispanidad fueron gobernados por los mismos Monarcas desde 1580, año de la anexión de Portugal, hasta 1640, fecha de su separación, y antes y después por las dos monarquías peninsulares, desde los años de los descubrimientos hasta la separación de los pueblos de América. Todos ellos deben su civilización a España y Portugal. La civilización no es una aventura. Quiero decir que la comunidad de los pueblos hispánicos no puede ser la de los viajeros de un barco que, después de haber convivido unos días, se despiden para no volver a verse. Y no lo es, en efecto. Todos ellos conservan un sentimiento de unidad, que no consiste tan sólo en hablar la misma lengua o en la comunidad del origen histórico, ni se expresa adecuadamente diciendo que es de solidaridad, porque por solidaridad entiende el diccionario de la Academia, una adhesión circunstancial a la causa de otros, y aquí no se trata de una adhesión circunstancial, sino de una comunidad permanente.⁹¹

Bajo este nuevo relato de la historia española y su creencia en la permanencia de valores comunes en todas las naciones que otrora formaron parte del imperio español, el grupo Acción Española pretendía incorporar los principios del tradicionalismo católico en un programa "imperial", aún con todas sus limitantes.

Pero independientemente de las *posibilidades* de realización de los planes de Maeztu, lo que sí logró el grupo fue catalizar a muchos otros enemigos de la República. Por una parte integró a alfonsinos (Pemán, Vegas, Quintanar, Sáinz Rodríguez), miembros de la CEDA (Ruiz del Castillo, Lozoya, Ibáñez Martín, Serrano Súñer), falangistas (Ansaldo, Eliseda). Juntos perfilaron la idea de un bloque nacional, lo que aparecería hasta 1934 y se consolidaría con el ascenso de Franco al poder, que permitió a muchos de ellos obtener puestos importantes en la nueva Junta Técnica.

Acción Española fue acusada de haber participado en el levantamiento del general Sanjurjo en el año de 1932, razón por la que fue disuelto ese mismo año. Sus ideales, sin embargo, fusionando planteamientos del fascismo y recreando el pensamiento de la hispanidad, articularon un proyecto estatal que insistió en la unidad nacional bajo el amparo de la Iglesia católica, aunado a esas viejas

⁹¹ *Idem.*

intenciones imperialistas que en materia de relaciones exteriores esconderían una gran ambigüedad.

1.6. Los mitos de la Hispanidad

Raúl Morodo afirma que Acción Española (1931-1937), fundada en un contexto internacional marcado por el ascenso de los fascismos y una situación interna donde la monarquía estaba en declive, buscó establecer un “dispositivo ideológico que pudiera expresar y legitimar la derecha y extrema derecha”. Convirtiéndose así en una plataforma o laboratorio doctrinal que asentó una nueva ideología antiliberal, corporativa, autoritaria y católica que sirviera de sustento al proyecto de monarquía tradicional.⁹²

Los lineamientos consecuentes con estos principios fueron la vuelta a los valores tradicionales católicos tomados de las obras de Menéndez y Pelayo, Donoso Cortés, Aparisi y Guijarro, Balmes y Vázquez de Mella. De ellos se desprendía una concepción histórico teológica de la historia de España cuyo providencialismo reconstruyó mitos sobre un pasado glorioso cuya época de oro se ubicaba en el reinado de los Reyes Católicos. Su recompensa divina fue el “descubrimiento de América”, a lo cual respondieron agradecidos introduciendo de la fe católica en el Nuevo Mundo.

La historia de España, advertía la lógica de este discurso, podía leerse como una batalla eterna entre el bien y el mal. Analogando a los musulmanes del siglo XV con las fuerzas demoníacas contra las que tuvieron que hacer frente aquellos “divinos” reyes, la República era vista como el nuevo reto a vencer. Así, para Acción Española estos “enemigos de la religión habían ido ocupando todos los puestos, desde los que habían logrado socavar los fundamentos del trono provocando el derrumbe inopinado de la monarquía”.⁹³ Situación cuyo origen podía ubicarse en el siglo XVIII con la llegada de los Borbones y la introducción de ideas extranjeras o “liberales” que desvirtuaban la pureza de la tradición hispánica.

⁹² Morodo, *Orígenes*, 1985, pp. 45-46.

⁹³ Juliá, *Historias*, 2005, p. 277.

El enemigo en el siglo XIX había sido la introducción del krausismo a través de la Institución Libre de Enseñanza, fiel imagen de los intelectuales “traidores”.

Valga mencionar que el *intelectual*, dentro de la jerga de la época, era todo aquel pensador contrario a lo “nacional” y lo “cristiano”, todo escritor de izquierda. Sin embargo, historiadores como Santos Juliá califican a estos críticos intransigentes como *intelectuales católicos*.⁹⁴

La voluntad de estos hombres por conquistar posiciones políticas era lo que los vinculaba a los principios fascistas. Para ello no se limitaban a la simple acción colectiva, la escritura de un manifiesto contra el gobierno, lanzando convocatorias, o redactando periódicos o revistas; sino en “cultivar el espíritu para pasar a la acción”⁹⁵. Siguiendo la tesis de las minorías selectas de Ortega, el primer paso era organizarse en grupos donde confluyeran totalistas y gradualistas⁹⁶, lanzando una ofensiva propagandística que se concretó en la creación de Renovación Española. Más adelante se convertiría en el partido Acción Nacional.

Juliá sustrae las características de este discurso donde se perfila la idea de la hispanidad. Una visión metafórica sobre *dos Españas* que a lo largo de la historia habían vivido en conflicto: una liberal, otra tradicional. La primera veía a España como una nación decaída que habría de levantarse cuando el pueblo alcanzara su libertad; la segunda recuperaba el sentido metafísico y religioso que luchaba a muerte contra la Anti España, en un enfoque que daba a esta retórica una gran originalidad.⁹⁷

La guerra civil, en esta perspectiva, devino en una “guerra de principios, de doctrinas, de un concepto de la vida y del hecho social contra otro, de una civilización contra otra, una obra de redención”.⁹⁸ Todo el problema consistía en

⁹⁴ *Ibid.*, p. 275.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 281.

⁹⁶ Juliá indica que Totalistas y Gradualistas, dentro de los nuevos reacomodos de poder, se distinguían por sus pretensiones ante el poder. Los primeros buscaban alcanzar todos sus objetivos sin pretender negociar. Los segundos se conformaban alcanzando alguna de sus demandas.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 289.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 290.

encontrar un ensamblaje, una síntesis entre el estilo fascista y el fondo sustancial de la religión, que era la vida histórica misma de España.⁹⁹

El derrumbe del liberalismo, la unidad de la patria y de raza, así como el destino imperial como logro de una nueva cruzada, son las premisas que unían a las fuerzas dispares conglomeradas en torno al nuevo tipo de fascismo de Acción Española. El componente americanista volvía a ser integrado dentro de las perspectivas nacionalistas de esta filosofía de Estado.

La idea de *imperio* representaba un “simple tópico de la retórica empleada” al hacer mención a una suerte de presencia cultural y moral de España más allá de sus fronteras. No obstante, también revestía otra significación “de carácter estrictamente territorial y expansiva vinculada a un programa de acrecentamiento de la capacidad ofensiva y con una visión bélica del futuro de Europa”.¹⁰⁰

Pero en la proyección hacia la América hispana, en su “destino universal permanente [...], ésta aparecía como un campo prioritario en la continuidad de irradiación espiritual y cultural”.¹⁰¹ América era pensada entonces no con interés por sus procesos internos, sino como mera abstracción discursiva para articular un movimiento defensivo de una España consciente de su debilidad frente al resto del mundo.

Ramiro de Maeztu advierte que la centralización del interés español en el desarrollo de su propio proceso político interno supuso un alejamiento de América. Mientras que los intelectuales americanistas del siglo XIX, sobre todo los más progresistas, habían considerado la proyección americana como una respuesta y posible solución a los problemas internos, los pensadores de la hispanidad reconocían la absoluta debilidad española frente a Europa, misma que debía contrarrestarse con una “cruzada” americanista que reivindicará la pleitesía de los americanos a su “madre patria”.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 299.

¹⁰⁰ Si bien la España franquista se declaró neutral al inicio de la conflagración europea, la firma del pacto Anti Komintern y los acuerdos con Alemania mostraron una actitud beligerante. Pretendiendo alinearse con el Eje, dado el desgaste militar y la escasez de recursos materiales del régimen tras la guerra civil, la España “nacional” contempló la posibilidad de beneficiarse del próximo ‘botín’, comenzando por el repliegue en el estrecho de Gibraltar. *Vid. Delgado, Diplomacia*, 1988.

¹⁰¹ *Ibid.*, p.30.

El rechazo tajante al liberalismo y materialismo, representados por los Estados Unidos; al comunismo de la Unión Soviética así como a las manifestaciones culturales autóctonas de los países americanos, distinguía a la hispanidad de un hispanoamericanismo que nunca se había sentido ofendido ante las independencias de los americanos. Por otra parte, en lo relativo a sus referentes simbólicos más comunes, los intelectuales del siglo XIX dilataban su aceptación de miembros en la comunidad hispana por medio de la polisemia de su concepto de raza, en la que cabían todos los que hablaran castellano, se reconocieran en las tradiciones, o practicaran la religión católica. Para la hispanidad de Maeztu sólo uno de esos elementos integraba a todos los demás: la religión católica.

Y como última comparación, el hispanoamericanismo supone un sentido elitista a través del paternalismo, tratando de expandir una noción de *cultura* (reconocimiento en los valores, la historia y tradiciones hispánicas), a través de la educación. La hispanidad, al contrario, en estrecha relación con los fascismos, procura acercarse a las *masas*, frente a las que cobra un sentido de conducción. La dirección de una minoría selecta podía llegar a mitigar el desenfreno de las masas, tutela que sería transportada a América, al menos en el discurso.

La hispanidad, siguiendo a Eduardo González Calleja “se comportará como la idea que aglutine y de trabazón a conceptos tan dispares como Patria, Nación, Estado, Raza, Imperio o Religión, hasta tal punto que se convertirá en uno de los objetivos o valores referenciales de la ideología-cultura del régimen franquista en formación”¹⁰²

Así, para que las repúblicas americanas alcanzaran la unión debían reconocer el ascendente hispánico que las identificaba, este sería la clave del éxito de todo proyecto a futuro. En *Acción Española*, Maeztu anunciaba que:

Un ironista llamó a las Repúblicas hispanoamericanas «los Estados Desunidos del Sur», en contraposición a los Estados Unidos del Norte. Pero más grave que la falta del órgano es la constante crítica y negación de las dos fuentes históricas de la comunidad de los pueblos hispánicos, a saber: la religión católica y el régimen de la Monarquía católica española.¹⁰³

¹⁰² González Calleja, *Hispanidad*, 1988, p. 8.

¹⁰³ Maeztu, “Hispanidad”, en *Acción Española*, Madrid, 15 de diciembre de 1931, tomo I, núm. 1, pp. 8-16.

Y a través de esta noción de raza se desprendía la imagen de América como el territorio sobre el cual dirigir la vocación imperial. Podemos ver que estos principios fueron incorporados al programa de Falange Española en su conocido “tercer punto”:

Tenemos voluntad de imperio.[...] Respecto a los países de Hispanoamérica, tenderemos a la unificación de su cultura, de intereses económicos y de poder. España alega su condición de eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia en las empresas universales.¹⁰⁴

Sin embargo, estos llamados se matizaron a lo largo de la década de 1940. A sus inicios, como han remarcado varios autores, la confianza en el sustento ideológico y material por parte de los países del Eje daba pie a estos llamados agresivos a la hispanidad, pero conforme este bloque comenzó a declinar por el curso de la guerra, el discurso se atenuó, aceptando incluso ciertas manifestaciones panamericanistas. En el capítulo siguiente desarrollaremos el desenvolvimiento de la política exterior con base estas líneas, haciendo énfasis en las medidas concretas decretadas hacia América Latina, en particular, en las políticas de corte *cultural* en las que se percibieron los ecos de este discurso.

¹⁰⁴ “Nacionalsindicalismo”, en *El Diario Español*, 23 de marzo de 1939.

CAPÍTULO II

PROYECCIONES DEL FRANQUISMO EN MÉXICO

2. Introducción

El gobierno mexicano nunca reconoció al franquismo. Por el contrario, mantuvo una lealtad a la República que lo llevó a apoyarla con la venta de armamento, atenciones a sus diplomáticos en otros países, y con la cálida actitud filantrópica hacia sus emigrantes. Mucho se ha hablado de la recepción y acomodo de los niños de Morelia y de la integración de intelectuales en la Casa de España. Pero el broche de oro que confirmó el absoluto apego a este gobierno fue la instalación de la República en el exilio en nuestro país, en 1945.

Cuando mucho, el gobierno mexicano se mostró tolerante hacia las actividades de la delegación de Falange en tiempos de la Guerra Civil, y ya consolidado el franquismo, dio algunas señales de estar planeando la reconciliación. El primer caso tuvo lugar durante el gobierno de Cárdenas, quien permitió a los sectores conservadores de la colonia desplegar sus labores de propaganda, hasta que su discurso intransigente, cuya manifestación más evidente fue el incidente del Casino Español,¹ obligaron al gobierno no sólo a sancionarla, sino a expulsar a sus miembros y reiterar su apego a la República. El segundo fue con Ávila Camacho, quien tras su programa conciliador proporcionó a Falange cierta confianza en la reanudación de relaciones diplomáticas, provocando miedo entre los republicanos a perder los privilegios de los que gozaban en nuestro país.

¹ Tras los festejos por el triunfo de Franco convocados por el Casino Español, en los que algunos falangistas agredieron a miembros de la CTM, el presidente de México decretó la suspensión de relaciones con el nuevo gobierno español. *Vid.* Pérez Montfort, *Hispanismo*, 1992 p.145. Esta determinación se emitió por parte de la Secretaría de Gobernación y se difundió en la prensa mexicana, incluyendo al *Diario Español*. Sus palabras textuales fueron: 'POR ACUERDO DEL Sr. Presidente de la República, y en relación con las ceremonias efectuadas en el Casino Español, con fecha de ayer, esta secretaría declara que las autoridades mexicanas no reconocen personalidad alguna a la Falange Española Tradicionalista y de las JONS [...] 'De conformidad con sus bases constitutivas, la plenitud imperial de España, mediante su expansión en Hispanoamérica 'tendiendo a la unificación de cultura, de intereses económicos, y de poder, con carácter de 'eje espiritual' del mundo hispano como título de preeminencia en las empresas universales, estima el gobierno de México que sin desconocer la histórica obra social de la vieja España en el Nuevo Mundo, ni el necesario intercambio de valores espirituales y mercantiles entre los países, es esencial a su soberanía y a su régimen democrático: formar sus generaciones, organizar su economía y constituirse políticamente, libre para siempre, de toda intromisión extranjera y de toda penetración imperialista", *El Diario Español*, 6 de abril de 1939.

Ricardo Pérez Montfort, quien ha reseñado las actividades de Falange en México, advierte que a falta de relaciones diplomáticas, los vínculos se dieron a través de representantes oficiosos y una campaña *cultural*, impulsada tanto por la colonia española, como por ciertas personalidades mexicanas con los emisores de la política exterior franquista. Adolfo Prieto y Carlos Pereyra con el Consejo de la Hispanidad son un ejemplo.

Las relaciones *culturales* fueron entonces una de las principales fórmulas para establecer contacto entre el nuevo gobierno español y el mexicano. Si entendemos lo *cultural* en un sentido amplio podemos incluir el intercambio de obras cinematográficas, parafernalia taurina y futbolística, información turística, eclesiástica, además de toda la gama de eventos y proyectos estrictamente académicos que ya venían organizándose desde fines del siglo XIX.² No está de más mencionar que la extensión del término *cultural* mucho debe al desarrollo de las comunicaciones, que para la década de 1940 ya planteaba la posibilidad de establecer una emisora de radio para poner en contacto a todos los pueblos de la hispanidad,³ dinamizar el transporte a ambas orillas del Atlántico, dar mayor rapidez en el envío de publicaciones, poner en contacto a un mayor número de personas, entre otras.

Pero si nos atenemos a una connotación más específica sobre este campo, particularmente la emitida desde políticas estatales encaminadas a reproducir y exaltar la serie de valores que daban cuenta de una comunidad hispanoamericana, como la historia en común, la religión católica, el idioma, las tradiciones; éstas tuvieron una muy escasa recepción en México. Podemos afirmar

² Los artículos que componen la compilación de Clara Lida, *México y España en el primer franquismo, 1936-1950* esclarecen ampliamente el panorama sobre las distintas facetas que asumieron las relaciones entre ambos países. Desde las acciones de los representantes oficiosos, estos estudios dan cuenta de otro tipo de relaciones que también podrían incluirse en el ámbito de las relaciones culturales, como los intercambios de material cinematográfico o la introducción de documentos fotográficos de inmigrantes españoles en México. Por su parte, la propaganda taurina y futbolística aparece en casi la mayor parte de las revistas españolas que circulaban en México durante el período de estudio.

³ Una noticia de *El Diario Español* anunciaba que ya se había construido “una emisora de onda extra corta con potencia suficiente para ser oída en todos los rincones del mundo donde viven y trabajan españoles y donde existen todos los valores de la hispanidad”. Sin embargo, la falta de seguimiento de esta noticia parece indicar que no hubo continuidad en el proyecto. *Vid., El Diario Español*. 7 de enero de 1939.

que sus únicos logros fueron los de haber sido publicadas en los diarios de la colonia española y de haber contribuido a producir ciertas imágenes del franquismo en torno a su vocación “imperial”.

Por esta razón sería de gran interés profundizar en el impacto de los proyectos culturales emitidos desde España a México a través de la prensa escrita. Desde *El Diario español* y *Vida Española*, de publicaciones de divulgación como *Mundo Hispánico*, de revistas académicas como *Revista de Indias*, e incluso desde prensa mexicana como *Excélsior* o *El Universal*, podemos conocer las percepciones que circulaban en México sobre el franquismo, sus fórmulas para convocar a la unidad, las opiniones sobre los americanos y sobre el “otro” republicano, difundidas desde España o por la misma colonia española. Además, los comentarios sobre eventos y programas culturales promovidos por el franquismo nos permiten evaluar los alcances de su expansión en nuestro país.

Tanto por estas notas como por los estudios ya existentes sobre las políticas culturales del franquismo, sabemos que fueron prioritarias para este gobierno. Quizás el estudio más completo sobre el tema sea el de Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla, quien las considera el instrumento de proyección de un “nacionalismo expansivo”. Bajo tal concepto este autor entiende la difusión de los principios del nacional catolicismo al interior de España con base en la promesa de reivindicar tanto posesiones territoriales en África como la fidelidad de los americanos.

Recién terminada la guerra, afirma este autor, tras el velo de una nueva perspectiva *regeneracionista* que buscaba consolidar un Nuevo Orden a través de la modernización de España, se vislumbraba una renovación *moral* que “fuera capaz de recomponer el agrietado consenso social sobre unos pilares más firmes y perdurables”.⁴

Sin embargo, tal objetivo fue mutando de acuerdo con la dinámica interna del régimen y el curso de los eventos internacionales. No era lo mismo, en este sentido, el uso agresivo del discurso imperialista de la hispanidad de principios de la década de 1940, bajo la plena confianza en el futuro triunfo de las potencias del Eje, que la dedicación a la cultura y la educación que caracterizaron a los

⁴ Delgado *Diplomacia*, 1988, p. 24.

proyectos de posguerra mundial. Mucho tenía que ver, además, la recepción de este discurso en América Latina. Sólo Argentina se encontraba volcada hacia el régimen. Tanto México como Guatemala, Venezuela y Panamá se mantuvieron leales al gobierno republicano. Otros, simplemente, no tomaron ninguna iniciativa, como Chile, Uruguay y Cuba. Los demás sólo se atuvieron a los dictados norteamericanos, claramente en contra del régimen español.

Las publicaciones de la colonia española dan cuenta de los variados grados de adopción y reproducción de estas políticas, así como de las cambiantes opiniones en torno a ellas de acuerdo a las transformaciones que vivía el franquismo en lo que Nuria Tabanera ha llamado su “proceso de adaptación”.⁵ Observando los eventos políticos que incidían en las determinaciones en materia de cultura, el presente capítulo se dedicará a su plasmación dentro de los medios de difusión de los grupos de españoles en México mejor vinculados a la España Nacional.

En un primer apartado describiremos las repercusiones de los acontecimientos internacionales en la definición de las políticas culturales españolas hacia América. Siguiendo las coyunturas de la década de 1940 que señalan Lorenzo Delgado e Isidro Sepúlveda,⁶ la primera corresponde a los primeros años posteriores a la Guerra Civil, cuando la expansión alemana y las ambiciones territoriales franquistas en África redundaron en la formulación del discurso de la *hispanidad*. La segunda estuvo marcada por el ingreso de los Estados Unidos en la guerra mundial, que obligó al gobierno español a ceder en sus ambiciones “imperiales” y a reiterar su apego al catolicismo y su fobia al comunismo. Finalmente, una tercera, donde el cerco internacional a este gobierno lo obligó a buscar en Iberoamérica una posible legitimación reiterando su vocación estrictamente “cultural”.

⁵ Nuria Tabanera afirma que la Segunda Guerra Mundial impuso al franquismo condiciones de supervivencia a las que debió adaptarse. Éstas determinaron tanto su política exterior como su política interior. Vid. Tabanera, *Amigos*, en Lida, *México*, 2001, p.23. Siguiendo a esta historiadora, en el presente trabajo se mostrarán los cambios en las determinaciones hacia las políticas culturales hacia América Latina, en función de tal adaptación al concierto mundial.

⁶ Nos referimos a los textos ya mencionados: *El sueño de la madre patria* de Sepúlveda y *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica (1939-1953)*, de Lorenzo Delgado Gómez- Escalonilla.

En el segundo apartado focalizaremos las temáticas más frecuentes en cada uno de esos períodos y su reflejo en las transformaciones discursivas. Como tales identificaremos las características con las que reconocían al enemigo republicano, especialmente su extranjerismo, su incapacidad de gobernar y su supuesta “inmoralidad”. Por otro lado, señalaremos los principales símbolos e ideas que sobre la persona de Franco y de su gobierno difundía la colonia española en México. Destacaba la afirmación de que éste había iniciado transformaciones profundas en España, generando el orden y la vuelta a los valores tradicionales. Además de hacer llamados a reivindicar el imperio del siglo XVI, en consonancia con la idea de estar emprendiendo una nueva cruzada, se convocaba a los países iberoamericanos a reconocerse en sus raíces hispánicas para fundar los cimientos de una comunidad de idioma, de raza, de religión y de tradiciones.

En el tercer apartado nos acercaremos al discurso del bando contrario para conocer las miradas negativas al franquismo. Esto podrá ayudarnos a comprender, con mayores elementos, las distintas proyecciones sobre los grupos contendientes españoles que circulaban en nuestro país. Las acusaciones de uno hacia el otro motivaban la opinión pública, por lo que cabe referirnos, aún brevemente, a las características de estas críticas.

Dado que ciertos mexicanos se integraron a estas discusiones, adelantaremos, en un cuarto apartado, las opiniones de algunos de ellos como Carlos Pereyra, Alfonso Junso, Rodolfo Reyes o José Vasconcelos, que a su manera reformularon el discurso de la hispanidad en las publicaciones de la colonia española. La intención será comprender interpretaciones particulares en torno a las proyecciones del franquismo y tratar de discernir los intereses que los llevaban a inscribirse en su defensa. Así podremos tener un panorama general del contexto ideológico en torno a la situación española y reconocer las aristas en las opiniones de los intelectuales mexicanos que han sido señalados por haber respaldado la dictadura española.

2.2. Las relaciones culturales como eje de la política exterior franquista hacia América Latina

Desde mediados del período que duró la Guerra Civil Española, el bando sublevado sentaba las bases de su política exterior, buscando obtener apoyo político y económico de otros países. A este respecto, Falange Española dedicó un organismo en 1935 para coordinar sus trabajos fuera del país “renunciando a toda organización de tipo militar y bajo las órdenes de respetar a los gobiernos de los países donde se encontrara”.⁷ Lo llamó “Falange Exterior”.

No obstante las restricciones que cada país le impuso, el Servicio de Prensa y Propaganda realizó una extensa misión para divulgar el hispanismo conservador que anunciaba José Antonio Primo de Rivera: lograr el reconocimiento de España como la guía espiritual que llevó lo mejor de la civilización a los pueblos con los que tuvo contacto.

Pérez Montfort nos dice que la actividad de Falange Exterior en México se empezó a percibir “oficialmente” desde 1937 a través de una circular de la Delegación Nacional del Servicio Exterior de la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista.⁸ Sin embargo, desde tiempo atrás, su presencia se anunciaba a través de la oposición al cardenismo en grupos como la Asociación Española Anticomunista y Antijudía, la Confederación de la Clase Media y la Unión de Veteranos de la Revolución.⁹ La primera de ellas terminó integrándose a la delegación mexicana de la Falange.

Una vez formalizada su personalidad ante los mexicanos, emitió una propaganda que consistía en el envío de revistas, carteles, folletos, boletines de prensa, además de la creación de una oficina para el apoyo a españoles inmigrantes. Otras secciones se dedicaban a “organizar colectas, tómbolas, cenas, bailes fiestas y banquetes conocidos bajo el nombre de ‘Plato Único’”.¹⁰

Pero sabemos que, a pesar de estas declaradas intenciones de difusión y filantropía, ni siquiera de grandes alcances, las constantes acusaciones de las que

⁷ Pérez Montfort, *Hispanismo*, 1992, p.94.

⁸ En ella se incluía el programa del Nacional Catolicismo junto a la invitación a la colonia española a vincularse a él. *Ibid.*, p.135.

⁹ *Ídem.*

¹⁰ *Ibid.*, p. 136.

fueron objeto, por parte de quienes veían en ellos a representantes de la Alemania nazi o la Italia fascista, fueron un factor de peso para que el gobierno mexicano suspendiera sus actividades. Ciertamente estaban de por medio la fidelidad mexicana hacia la República y los comportamientos intransigentes por parte de ciertos seguidores de Falange en momentos de efervescencia política en España, especialmente durante la instalación del gobierno de Franco en abril de 1939.

Pese a las limitaciones que impuso la falta de reconocimiento en México de este gobierno, la difusión del hispanismo conservador continuó. La prensa cumplió un papel fundamental al motivar el amor a la “madre patria” con artículos de interés histórico, convocatorias a concursos literarios, eventos y encuentros culturales, visitas de intelectuales españoles en nuestro país. Los contactos personales, como quedó dicho, no cesaron sino que quedaron en manos de representantes oficiosos como Augusto Ibáñez Serrano, distinguidos miembros de la colonia española, como Adolfo Prieto o Arturo Mundet, o intelectuales como Alfonso Junco, Carlos Pereyra, Rodolfo Reyes, etc. Por su parte, las peticiones al gobierno mexicano para reactivar la diplomacia con el franquismo fueron también un punto de discusión importante entre la opinión pública, de manera que los asuntos de España nunca dejaron de ser ajenos a la vida nacional.

Mientras en México Falange veía cortadas sus alas a finales de la Guerra Civil, del otro lado del Atlántico, en la Península Ibérica, se estaban fraguando nuevos proyectos para reactivar los vínculos con Iberoamérica. Tras la ilusión, en serios tonos nazi fascistas, de construir una “Nueva España”,¹¹ el gobierno del

¹¹ En sus discursos iniciales, Franco prometía, mesiánicamente, construir una “Nueva España” donde se eliminara la organización legada por la República. Este proyecto, según autores como Javier Tusell, se homologaba con el fascismo italiano, especialmente en los puntos dirigidos a eliminar la sociedad de clases y sentar una nueva organización sindical. *Vid.* Tusell, *Historia*, 1998, vol.1, pp.106-121. Por otra parte, los demás proyectos que la harían posible consistían en la modernización a través de planes de desarrollo en obras de infraestructura, educación, orden social, europeización, erradicación del marxismo, y paradójicamente, imposición de la religión católica. Palabras como las siguientes dan cuenta de estas intenciones: “Antes de que comenzara el movimiento nacionalista había en España tuberculosos sin sanatorios, casas sin luz, hombres sin pan. Luchamos ahora por una nueva España que será grande. Nuestra Nueva España será una gran familia nacional, sin amos ni siervos, sin pobres ni potentados. Imperará la justicia y no habrá lucha de clases. En la industriosa y trabajadora España no tendrán sitio los mendigos ni los holgazanes. Tendremos una España sin cadenas, sin marxismos, sin comunismo. Será un estado para el pueblo y no un pueblo para el estado. El progreso de la España nueva será firme y sin

conglomerado de partidos encabezado por Francisco Franco reestructuró los antiguos instrumentos de la política exterior. Desde enero de 1938 se sustituyó la Secretaría de Relaciones Exteriores por el Ministerio de Asuntos Exteriores (MAE), que retomó las directrices americanistas primorriveristas.¹² El MAE estaba ligado directamente al Ministerio de Interior y a las Reales Academias.

Junto con el Ministerio de Educación, el de Asuntos Exteriores buscó legitimar ideológicamente al gobierno de Burgos combinando, según afirma Lorenzo Delgado “la revitalización de los elementos progresivos y forjadores de la historia nacional, una imprescindible reactivación interior y la recuperación del prestigio exterior.”¹³ Las prioridades del nuevo gobierno, que iniciaron afianzando la unidad nacional, buscaban colocar a España en un lugar privilegiado dentro del concierto internacional. La vinculación con las potencias fascistas, que parecían llevar la ventaja en los primeros años de la conflagración mundial, daban seguridad a la consecución de este objetivo. Y analogando sus esquemas imperialistas, la nación ibérica no dejó de manifestar ambiciones territoriales, especialmente hacia los protectorados franceses en África.¹⁴

Por su parte, Iberoamérica suscitaba otro interés imperial, no territorial sino como campo de proyección de la hispanidad. Si el franquismo se apoyaba en esta región, según los visionarios del Ministerio, traería consigo el visto bueno del resto de Europa, una vez que España quedara en el papel de puente entre ambos continentes. Sin embargo, el deslinde de los proyectos expansivos sobre esta

vacilaciones, España respetará todas las Iglesias de territorio español, incluso las árabes”. Franco, en *El Diario Español*, 6 de feb de 1937.

¹² Junto con otros ministerios, el de Asuntos Exteriores fue producto de la Ley Orgánica de Estado del 30 de enero de 1938, y a su cabeza fue colocado Francisco Gómez Jordana, quien había sido presidente de la Junta Técnica de Estado. De él dependía la Junta de Relaciones Culturales, a cargo del Ministro de Educación Pedro Sáinz Rodríguez. *Vid.* Delgado, 1988, p. 40.

¹³ *Ibid.*, p. 24.

¹⁴ Lorenzo Delgado explica con detalles el juego de intereses internacionales en los que España se insertó durante la Segunda Guerra Mundial. Este autor abunda en las acciones del franquismo para con las potencias del Eje, hacia las cuales mostró un apego innegable aún tras su declarada “neutralidad”. Su alineación quedó de manifiesto en la firma del pacto AntiKomintern, los acuerdos con Alemania y la denuncia de los pactos de la Sociedad de Naciones. Las ambiciones del gobierno de Franco eran, por una parte, de imagen, y por otra, territoriales. En cuanto a las primeras estaba el deseo de asumir un papel protagonista en las relaciones internacionales retomando la vocación “imperial”. La proyección americana era esencial. En cuanto a las segundas, España obtendría los protectorados franceses en África. De ahí que la campaña de la Hispanidad se emitiera con fuerza hacia esta región. *Ibid.*, p. 51.

región no obedecían a un mero interés ideológico para reivindicar el “imperio espiritual”, sino que la debilidad material de España al haber salido de una devastadora guerra civil, la falta de un consenso interno, y su dependencia de las naciones del Eje, volvían absurda cualquier otra ambición.

Algunos autores han sostenido la influencia del inspector general de las Fuerzas Armadas argentinas, W. von Faupel,¹⁵ en la determinación de esta actitud hacia América. Según este militar, el hispanoamericanismo se constituiría como un medio útil a Alemania para introducirse ideológica y políticamente en la región. Además, su país podía reforzar el control sobre las fuentes de materias primas, así como también inmovilizar a los Estados Unidos frente a la guerra.

Pero independientemente de la influencia de Von Faupel, el discurso de la hispanidad, que en un principio se destinó a un público interno, se programó para exportarse hacia América Latina por diversos mecanismos. Sin palpar las posibilidades de recepción, la hispanidad permaneció atrincherada en sus intenciones de imponer unilateralmente una visión de la historia impregnada del discurso católico integrista, el idioma español sin variantes, la religión católica y la organización social jerárquica. Así se emitió desde la guerra civil y especialmente durante los primeros años de los 40.

La inserción de algunos miembros de Acción Española como Maeztu, Pemán, Pemartín, dentro del nuevo aparato cultural franquista, mucho tuvo que ver en la aplicación de estos principios. Combinados con la línea fascista que fuera divulgada por Giménez Caballero, el fortalecimiento estatal impulsado por Ramiro Ledesma y el Nacional Sindicalismo de la Falange de Primo de Rivera, dieron lugar a una nueva modalidad de proyección hacia América en la que ésta sólo existía en función de su reconocimiento de la herencia hispánica.

Por eso se ponía el acento en la misión imperial, en la superioridad de cultura y en su papel relevante como civilizadora de los americanos. Se unían las críticas a

¹⁵ Lorenzo Delgado considera las opiniones de Von Faupel como factores determinantes en la proyección americana del franquismo. Sin embargo, valga recordar que el papel de este militar fue sobrevalorado por el periodista Allan Chase en su famoso libro *Falange*, donde lo acusa severamente de introducir las perspectivas nazi fascistas en la proyección americana y de dar los primeros pasos para conformar el “imperio espiritual” en su sentido más intransigente. Pero tales intenciones, a pesar de todo, no se sustentan con pruebas ni argumentos firmes, por lo que la verdadera influencia de Faupel queda en entredicho.

otras potencias que competían con España para dilatar su influencia en la zona: Francia, Gran Bretaña y especialmente Estados Unidos.

Tal discurso se institucionalizó a través del Consejo de la Hispanidad (CH), creado en noviembre de 1940 como dependencia del MAE, a la sazón dirigida por Serrano Suñer. Múltiples textos dedicados a él recuperan la frase programática que postulaba “Serán de cuidado y providencia de este Consejo todas aquellas actividades que tiendan a la unificación de cultura, de los intereses económicos y de poder relacionados con el mundo hispano”.¹⁶ Como asesor y rector de la política franquista hacia América Latina, afirma María A. Escudero, “el Consejo tenía potestad para decidir sobre la política americanista que esta institución debía seguir. Así, se intentaba adecuar a las actividades de las diversas instituciones que mantenían relaciones con esa región”.¹⁷

A pesar de que en él se agrupaban algunas de las personalidades más destacadas del mundo intelectual, político y mercantil hispánico, como Manuel García Morente, Ramón Menéndez Pidal, José Ortega y Gasset, el general Millán Astray, Adolfo Prieto, Eugenio Vegas Latapié, Eugenio Montes, Julián Pemartín;¹⁸ la retórica que empleó, centrada firmemente en el concepto de “imperio”, costó al Consejo la censura por parte de la mayoría de los países latinoamericanos.

En la ley de creación del CH se expresaba la preocupación por la constante intromisión de los Estados Unidos en América Latina, por lo que hacía un llamado a reivindicar la presencia cultural de España en sus antiguos territorios negando las manifestaciones culturales autóctonas, y colocando el acento en su historia providencial:

¹⁶ Pérez Montfort, *Hispanismo*, 1992, p. 161.

¹⁷ Escudero, *Instituto*, 1994, p. 43.

¹⁸ Delgado, *Diplomacia*, 1988, p.162. Como podemos ver, estos personajes procedían de campos disímiles. Algunos eran filósofos (García Morente, Ortega, Montes), un filólogo (Menéndez Pidal), un militar (El general Millán Astray), y miembros del ala tradicionalista monárquica de Acción Española (Pemartín y Vegas Latapié). Los filósofos mencionados venían de una tradición liberal, y algunos dieron o tomaron clase en la Institución Libre de Enseñanza. Por motivos políticos terminaron incorporándose en el aparato cultural franquista. Ortega y Gasset y García Morente, por ejemplo, fueron fundadores del Consejo de la Hispanidad. Por su parte, militares como Millán Astray fueron integrados en la administración. En su caso, ocupó el puesto de jefe de Prensa y Propaganda. Adolfo Prieto, según afirma Pérez Montfort, fue el vínculo entre los empresarios españoles en México y las instituciones franquistas. El mismo llegó a colaborar con el Consejo de la Hispanidad.

Los designios de Dios señalaron el destino de España con la gloria del descubrimiento y la civilización del nuevo mundo, asignándole una trascendental personalidad histórica que debe asumir siempre, y más aun a esta hora nuestra de revisiones y también de rectificaciones. [...] Sólo el espíritu puede salvar distancias.

Pero como los pueblos hispánicos son un desdoblamiento de España en el mundo, resulta evidente que España no puede estar ausente de sí misma. Ni lo estará jamás, porque allí acusará siempre su presencia histórica consubstancial con el ser mismo de estos pueblos. [...] la historia, con severidad de hechos exactos, marca las trazas de su obra inexorable.

España, después de la estremecedora sacudida de su reciente tragedia, ha recuperado la clarividencia de sus mejores días y se busca a sí misma en la eterna verdad de su esencia católica.¹⁹

La creación del Consejo de Investigaciones Científicas, y en particular el instituto Fernández de Oviedo, tuvieron como objetivo activar los estudios sobre la América hispana para reafirmar todos los puntos de confluencia en materia de cultura, de historia, de tradición. Tras la sólida afirmación de que España guardaba la responsabilidad de reforzar su herencia en aquella región, estas nuevas instancias agruparon historiadores, científicos sociales, geógrafos y otros especialistas para encontrar los aportes civilizatorios que transmitió esta nación al resto de su antiguo imperio. Por eso fundó en Madrid, a mediados de 1940, la Asociación Cultural Hispanoamericana, que se proponía “gestionar en todas las naciones hispanoamericanas el establecimiento de entidades correspondientes para fomentar las relaciones culturales entre España y los países de América”.²⁰

Por otra parte, el Instituto Fernández de Oviedo publicó la *Revista de Indias*, se creó la Universidad de Verano de la Rábida, dependiente de la Universidad de Sevilla, y posteriormente, en el año de 1942, se organizó la Escuela de Estudios Hispanoamericanos (EEH).

Es interesante observar, en los primeros números de la *Revista de Indias*, cómo se planteaba la visión histórica que debía predominar en sus artículos. En sus primeros números, la columna editorial anunciaba que la Revista quería

¹⁹ “Ley de creación del Consejo de la Hispanidad”, en *Revista de Indias*, año 1, núm. 1, 1940, pp. 6-7.

²⁰ Delgado, *Diplomacia*, 1988, p. 61.

“abarcar todos los aspectos de la expansión de España en las tierras descubiertas o colonizadas por nuestra estirpe”, y como tales, los temas privilegiados en sus páginas fueron las hazañas de los conquistadores y evangelizadores, trayectoria de las instituciones, historia de la evolución del derecho indiano, arte colonial y geografía de los pueblos de América.

Buscando “luchar ideológicamente contra todas aquellas doctrinas y formas de gobierno que de una u otra manera hayan servido a la destrucción de los principios inmutables sobre los cuales haya de descansar el concepto de misión de los pueblos en el mundo que España sustentó”,²¹ la EEH formalizó investigaciones y cátedras sobre temáticas dirigidas a subrayar tales aspectos. Los cursos americanistas, en este sentido, eran “Descubrimiento y conquista”, “Historia de la colonización de la América contemporánea”, “Historia del arte colonial”, “Historia de España moderna y contemporánea”, entre otras.

Este americanismo predicaba un “indigenismo” que mostrara el trato humanitario y justo que dieron los españoles a estos grupos humanos facilitando su adaptación al mundo occidental. Resultaba de interés también esclarecer biografías de conquistadores y establecer el “origen de sus linajes, puntualizar algunos aspectos de sus gestas o de los primeros actos de gobierno que realizaron”. También se argumentaba la necesidad de crear monumentos, y de resaltar la dignidad de la labor de los misioneros como creadores de “un espíritu hispano”.²²

Tal impulso a la historia se basaba en el reconocimiento de estar emprendiendo una labor misional, e iba implícita en él la voluntad de encontrar verdades que sustentaran la amplitud de los valores hispánicos. Por ello se subrayaba el apego a marcos científicos donde predominara el “interés y el trabajo del investigador para encontrar lo inédito, esclarecer lo dudoso y rectificar los errores e incomprendiones de propios y extraños”.²³ Por eso el trabajo de Carlos Pereira, por citar un ejemplo, fue tan aplaudido por la revista. Su amor a España y

²¹ *Ibid.*, p. 168.

²² “Escuela de Estudios Hispanoamericanos”, en *Anuario de Estudios Americanos*, año 1, núm.1, 1944.

²³ *Ibid.*, p. 7.

sus afanes por mostrar el alto nivel de la civilización que legó a América hicieron de él uno de los autores predilectos de la historiografía de la hispanidad.

Pese a todo, el CH y sus instancias mantuvieron un contacto muy estrecho con los mexicanos. La falta de relaciones diplomáticas, así como un contexto ideológico en México que tenía poco interés en reconocer la exclusividad del componente hispánico de la nacionalidad, impidieron que el Consejo alcanzara algún logro en nuestro país. *El Diario español* publicaba reseñas sobre eventos promovidos por este Instituto, así como algunos de sus proyectos en materia cultural. Pero aparte de eso, no hemos encontrado informes que den indicios de su actividad en suelo mexicano.

Seguramente la limitada presencia del CH en México, aún a través de los diarios de la colonia española, se explica por la cautela que mantenían los franquistas ante la posibilidad de obtener el reconocimiento de Franco por parte del gobierno de Manuel Ávila Camacho. Abdón Mateos afirma que, aún previo a las elecciones de 1940, en un contexto internacional donde ascendían los fascismos, y uno nacional donde el activismo de los extranjeros podía ser juzgado como labor de propaganda de estas ideologías; hasta los republicanos tuvieron cuidado de hacer ver como culturales sus actividades políticas. Esto obedecía tanto al miedo que provocaba, por una parte, la xenofobia mexicana, y por otra, la amenaza del artículo 33 de la Constitución, que restringía todavía más sus capacidades de acción en nuestro país.²⁴

Así, las restricciones mexicanas por un lado, junto con la avalancha de acusaciones de nazi fascismo por parte de la prensa norteamericana, obligaban a los filofranquistas a restringir considerablemente su margen de acción. Por eso se acercaron con mucha prudencia al gobierno mexicano sólo en ocasiones especiales. Cuando Ávila Camacho ascendió a la presidencia, por ejemplo, el Casino Español organizó su famoso banquete dirigido a promover la reanudación de relaciones diplomáticas. Otro evento de grandes alcances fue el celebrado en

²⁴ Cfr. Mateos, *Guerra*, 2005, p. 153. Valga recordar que en el artículo 33 de la Constitución Republicana de 1931, se establece que "El Ejecutivo de la Unión tendrá la facultad exclusiva para hacer abandonar el territorio nacional, inmediatamente y sin necesidad de juicio previo, a todo extranjero cuya permanencia juzgue inconveniente".

Puebla, al que fue invitado su hermano Maximino, donde alguien solicitó indirectamente la aceptación de Franco.²⁵ Sin embargo, como sabemos, todo fue en vano para los franquistas cuando en 1945 se instaló oficialmente en México el gobierno de la República Española en el exilio.

Pero si bien el CH encontró dificultades en México, dentro de España y hacia otros países latinoamericanos, exageró su beligerancia desde 1941. Nubia Tabanera y Lorenzo Delgado afirman que esto ocurrió cuando los Estados Unidos ingresaron en la guerra al lado de los aliados tras el ataque japonés a Pearl Harbor. El Consejo emitió con más fuerza sus llamados a hacer frente al panamericanismo y a reforzar el “imperio espiritual”, con miras a aislar a los Estados Unidos de la región y a evitar que la influencia hispánica fuera erradicada. Esta era la respuesta a la fuerte campaña de prensa por medio de la cual los Estados Unidos buscaban evitar cualquier intromisión del Eje en los países americanos. Eran momentos de tensas acusaciones de “quintacolumnismo” a toda actividad que pareciera utilizar símbolos nazi-fascistas.²⁶ Por su parte, la España franquista interpretó esta campaña, más que como un intento por deslindar a la región del influjo de las potencias del Eje, como una reiterada embestida del panamericanismo. Estas acciones se asociaban directamente con la Doctrina Monroe, que anunciaba la voluntad de terminar con toda injerencia española en América. Razón suficiente para que España redoblara sus esfuerzos para recomponer la antigua unidad que en otro tiempo conformó su imperio.

Sin embargo, el declive del Eje, en que la nación ibérica afianzaba su prepotencia, la obligaba a bascular hacia posiciones menos comprometedoras. Esta circunstancia internacional enmarcó las administraciones del conde de Jordana y de José Félix Lequerica en el MAE, quienes decidieron restringir la acción exterior casi únicamente a la esfera cultural.

Publicación de libros, formación de un fichero artístico e histórico, remisión a América de lotes de obras, confección de un Anuario de la

²⁵ *Ibid.*, p. 156.

²⁶ Uno de los ejemplos paradigmáticos de estas acusaciones es el libro de Allan Chase, titulado *Falange, el ejército secreto del Eje en América Latina*. Este comienza por acusar al alemán Von Faupel de introducir el fascismo en América Latina, y país por país, señala a múltiples intelectuales y políticos iberoamericanos de apoyar las intromisiones del Eje en la región. *Vid.* Chase, *Falange*, 1944.

Hispanidad, organización de certámenes y conmemoraciones, programación de ciclos de conferencias, etc., fueron su campo de atención en lo sucesivo.²⁷

Fue entonces cuando se intensificó la difusión de las actividades del CSIC y de la EEH, y por el énfasis que colocaban en la difusión de la cultura y de la investigación histórica, como ya argumentamos, parecían querer borrar de un brochazo toda connotación imperialista.

El Diario Español publicaba múltiples noticias sobre ellos. Hacia 1944, en primeras planas aparecían las declaraciones del secretario de la EEH, Florentino Pérez Embio, quien afirmaba que en ese momento se desarrollaba “una ardua tarea para intensificar las relaciones culturales y espirituales con Universidades americanas”.²⁸ Durante los primeros meses de 1945, en el mismo tenor se daba cuenta de eventos académicos y publicaciones de obras que contribuían al acercamiento iberoamericano. Una de ellas se refería a la edición, por parte del Consejo de la Hispanidad, de la “Iconografía” de Celestino Mutis, que en palabras de Gastón Baquero, autor de la nota, anunciaba “un suceso que ha de levantar profunda alegría en los corazones de cuantos aman la cultura española”. Y con la intención de promover la obra frente a los americanos, Baquero elogiaba a Mutis anotando sus datos biográficos, asegurando que este científico español estuvo “íntimamente ligado al proceso de incorporación de una cultura tan espléndida y generosa como la española al suelo de América [donde] comenzó a demostrar que Dios le había escogido para llevar el papel principal en una grandísima empresa”.²⁹ El mismo día también se elogiaba la obtención del premio Nobel de literatura por parte de Gabriela Mistral, que “nunca antes se había concedido a ningún hispanoamericano”.³⁰

Conforme se acercaba el final de la Segunda Guerra Mundial y los aliados comenzaban a sentar las bases de una nueva organización mundial, todos los países anteriormente vinculados con el Eje quedaron marginados. Este fue el caso

²⁷ Delgado, *Diplomacia*, 2005, p. 75.

²⁸ *El Diario español*, 19 de febrero de 1944.

²⁹ *El Diario español*, 1 de enero de 1945.

³⁰ *El Diario español*, 1 de enero de 1945.

de España, que fue castigada en primero la Conferencia de Yalta,³¹ y después en la de Postdam,³² aún cuando había declarado su neutralidad en el conflicto.

Poco tiempo después, la ONU se negó a aceptar a España entre sus integrantes, lo que marcó un ostracismo internacional que sólo se rompió con una diplomática labor por parte del franquismo hasta los años de 1950.

Pero volviendo a la etapa final de la Guerra, una vez que el franquismo alcanzó a distinguir las consecuencias que le traería el aislamiento internacional, procuró acercarse de manera más “amistosa” a los países latinoamericanos y a los Estados Unidos. Por ello sus campañas se volvieron más cautas y procuraron exhibir casi exclusivamente su carácter *católico* y *cultural*. Las situaciones fueron propicias, en ese sentido, cuando el clero español aprovechó el IV Centenario de Francisco de Vitoria para realizar un evento internacional. Lo mismo apoyando los congresos “Universistas” y “Pax Romana”, en Salamanca y El Escorial.

La administración de Alberto Martín Artajo en el MAE se caracterizó por hacer a un lado los viejos sueños imperiales para dar al régimen una actitud claramente defensiva:

Se pretendía potenciar sus rasgos anticomunistas y desplegar una imagen dinámica del régimen, capaz de homologarse progresivamente con las democracias occidentales, maquillando sus inclinaciones antiliberales, y así, ir ganando espacios de actuación y, principalmente, aceptación internacional en el contexto de la guerra.³³

Fue entonces cuando se potenció el anterior discurso de la Hispanidad, pero depurado de las connotaciones imperiales “agresivas” hacia América Latina que anteriormente le valieron la censura tanto en esta región como en Europa. La estrategia más importante, en lo que concierne a las políticas culturales, fue la disolución del CH y la creación, en su lugar, del Instituto de Cultura Hispánica (ICH).

³¹ Esta conferencia, celebrada del 4 al 11 de Febrero 1945, por parte de los “tres grandes”: Churchill, Roosevelt y Stalin, anunciaba medidas contra todos los estados que habían apoyado al Eje. En ella se dictaban los acuerdos que posteriormente darían lugar a la creación de la Organización de las Naciones Unidas, a la que España no estaría invitada. *Vid.* Delgado, *Diplomacia*, 1988, p. 103.

³² También convocada por los mismos países que la de Yalta, del 17 de julio al 2 de agosto de 1945, concluyó que no era deseable el ingreso de la España franquista en la ONU por sus antecedentes ligados al Eje.

³³ Tabanera, “Amigos”, en Lida, *México*, 2001, p. 27.

La creciente aceptación de la dictadura por parte de los latinoamericanos, en la que Argentina dio el primer paso, se convertía en un elemento de prestigio hacia el interior, y el ICH, al limitar la esfera de acción española sobre América Latina a las políticas culturales, sería el medio para lograrlo.

Se establecía en su reglamento que los fines del Instituto eran:

El estudio, la defensa y la difusión de la cultura hispánica; el fomento del mutuo conocimiento entre los pueblos hispánicos y la intensificación de su intercambio cultural; la ayuda y coordinación de todas las iniciativas públicas y privadas conducentes al logro de los anteriores fines.³⁴

A cargo de su director Joaquín Ruíz Jiménez, el Instituto organizó su aparato burocrático e inició sus primeras actividades, entre las que estaban la administración de ediciones como *Mundo Hispánico*, *Cuadernos Hispanoamericanos* y *Correo Literario*. Posteriormente, bajo la dirección de Alfredo Sánchez Bella, a fines de 1948, gozó de mayor libertad. Esto se debía a que la situación internacional había variado considerablemente, dado que los desacuerdos entre los aliados aliviaron la tensión sobre el régimen franquista. La existencia del ICH se prolongó hasta entrada la década de 1970, cuya proyección en *El Diario Español* conoceremos más adelante.

Entre las primeras políticas del ICH estuvo la creación del Instituto de Cultura Iberoamericana. Integrado por los participantes del Congreso de Pax Romana, su finalidad, en plena correspondencia con los ideales católicos, se enunciaba como:

La pronunciación de la verdad teológica, filosófica e histórica en la cual los pueblos iberoamericanos fundamentan su concepto espiritual y su cultura; afirmar y defender la personalidad cultural de la comunidad iberoamericana para el mantenimiento y desarrollo del catolicismo; vincular la vida intelectual de los católicos de Iberoamérica con los de España y Portugal.³⁵

En concordancia con las motivaciones iberoamericanistas, se colocó en la presidencia al nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, y su primer congreso plenario se celebró en la Ciudad de México.³⁶ Dentro de la misma instancia se instalaba el

³⁴ Escudero, *Instituto*, 1994, p. 113.

³⁵ *El Diario español*, 8 de agosto de 1946.

³⁶ *Ídem*.

también católico Instituto de Cultura Luso Americano, que en palabras del mismo Cuadra funcionaría “bajo la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe”³⁷

Por otro lado, la Junta de Relaciones Culturales (JRC) publicaba el *Índice Cultural Español*³⁸, que daba cuenta de la normalidad en que funcionaban las instituciones españolas y sus aportes culturales y científicos. Sus objetivos eran también de imagen, puesto que ante los ojos de sus promotores era “un ejemplo revelador para aquellos que intentan presentar a España como un pueblo sumido en la oscuridad y la barbarie”³⁹.

El Índice Cultural Español correspondiente a las actividades culturales de España durante el mes de mayo próximo [...] se edita mensualmente, para dar a conocer al Mundo cómo en España se incrementa el trabajo cultural en un momento histórico en que la humanidad boga a la deriva en un mar de confusión tal que hace pensar en que cualquier augurio tiene que ser desafortunado. Las múltiples Academias y centros docentes que en la península funcionan, desarrollan normalmente sesiones en las que, con mayor liberalidad, se exponen teorías y se elaboran tesis de los más variados tópicos, sin el menor control gubernamental, en un ambiente de positivo mérito por las aportaciones científicas de hombres de concepciones ideológicas disímiles pero afines en pensamiento: el engrandecimiento cultural de España.⁴⁰

Entre otras noticias publicadas por *El Diario* para poner en marcha las iniciativas del ICH en América, estaban las convocatorias a concursos literarios, periodísticos o de otro tipo en el ámbito de las letras, que enaltecieran el idioma castellano y la historia compartida de la región. Este era el caso del “Certamen sobre la liberación de América”, que ofrecía un premio de 25,000 pesetas “al mejor libro que se publique acerca de las ‘causas, caracteres y consecuencias de la independencia americana’”. Por su parte premiaba “al mejor artículo haciendo resaltar el valor del idioma castellano en la formación cultural de los pueblos de estirpe hispánica”.⁴¹ Se difundían también las convocatorias de otras instituciones, como las de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, que en una

³⁷ *El Diario español*, 15 de agosto de 1946.

³⁸ Esta revista, de la cual sabemos sólo que se indica en *El Diario Español*, fungía como un canal informativo en América sobre los eventos culturales que se llevaban a cabo en España. Simultáneamente buscaba afirmar que en la península se fomentaba intensamente la cultura, lo que hasta 1939 habían estado negando los refugiados republicanos.

³⁹ *El Diario español*, 13 de marzo de 1947.

⁴⁰ Bélmez de la Moraleda, “La cultura en España”, *El Diario español*, 17 de septiembre de 1946.

⁴¹ *El Diario Español*, 13 de marzo de 1947.

ocasión, ante la cercanía del 12 de octubre promovía un concurso entre los escritores hispanoamericanos “Para coadyuvar a la brillantez de la fiesta hispanoamericana de 1946”.⁴²

Muy celebradas fueron por su parte, las actividades de la Cátedra Ramiro de Maeztu, en la Universidad Central de Madrid, bajo la tutela de María de Maeztu, hermana del filósofo. Ésta promovía el intercambio de profesores hispanoamericanos y el estudio de temas de interés común a la región. Un día, el *Diario* publicó una conferencia pronunciada en la cátedra que elogiaba la vida del célebre autor de *Defensa de la hispanidad*.⁴³

Como éstas, *El Diario español* anunciaba muchas otras actividades en materia cultural que promovían las mencionadas instancias españolas. Así, estas políticas, en el marco de un contexto internacional definido por los países contendientes en la Segunda Guerra Mundial, serán útiles para comprender la evolución del discurso de la hispanidad en los años más álgidos de 1940. Este será el tema del siguiente apartado.

2.3. La hispanidad en la prensa de la colonia española

José Antonio Matesanz, en su amplio estudio sobre las relaciones entre México y España durante la guerra civil, afirma que, dentro de las divergentes opiniones en nuestro país sobre el conflicto español, “el corazón de la colonia española estaba con los rebeldes”.⁴⁴ Esta conclusión fue producto de un seguimiento de opiniones manifestadas tanto en prensa como en reuniones de los principales centros de la vida social, como el Casino Español, el Círculo Vasco, el Orfeó Catalá, el Club España y el Centro Asturiano. En ellas fue evidente, indica este autor, su distancia frente a la representación diplomática de Félix Gordón Ordás tras una aparente neutralidad que acabaría por bascular sus preferencias hacia la España Nacional.

Observando los diarios que difundían noticias de interés para esta colonia, el apego a este bando fue muy claro. *El Diario español* es el mejor ejemplo que

⁴² *El Diario Español*, 9 de diciembre de 1947.

⁴³ A ella asistió, incluso, el director del ICH, Joaquín Ruíz Giménez, y una pléyade de escritores americanistas, *Vid, El Diario Español*, 20 de febrero de 1947.

⁴⁴ Matesanz, *Raíces*, 1999, p. 88.

constata el desprecio profundo de la colonia hacia los republicanos, a quienes no dejaba de calificar de ladrones del tesoro nacional y representantes del amenazante comunismo, que contrastaba con una devoción religiosa a Franco y a sus proyectos de unidad nacional e *imperio espiritual*.

El *Diario* reseñaba los eventos sociales de mayor interés para esta colonia, como bodas, bautizos, fiestas, noticias de clubes, notas taurinas y futbolísticas. Pero estas secciones se acompañaban de noticias y múltiples artículos de opinión sobre la vida política española. En tiempos de la guerra abundaban los llamados a la unidad y las loas a los sublevados. Cuando se consolidó el franquismo, dedicaba sendas páginas aclarando que en España se estaba gestando un progreso material sin precedentes bajo el amparo del proyecto de “reconstrucción nacional”. El hambre, según las noticias cablegrafiadas que recibían de la península, había sido finalmente erradicada. El proceso de industrialización, que otrora había iniciado Calvo Sotelo en la dictadura primorriverista, tenía continuidad y daba sus primeros frutos⁴⁵. Todo iba viento en popa con la llegada del “generalísimo” al poder. Mejor aún, se agradecía la política de neutralidad que España mantenía en la guerra sin hacer grandes menciones a los vínculos con la Alemania nazi y la Italia fascista. Se aplaudían los avances sobre el comunismo, la masonería y el liberalismo. Y se atendían, muy especialmente, los eventos que en materia cultural estaban siendo promovidos en una España que, desde la lejanía del otro lado del Atlántico, se veía pacífica, estable y profundamente religiosa.

Las imágenes que del franquismo promovía esta publicación será el tema de nuestro interés. Para ello, buscaremos definir los factores por los cuales la colonia encontraba viabilidad en él, comenzando por sus creencias sobre el bando contrario. Más adelante se evaluarán los recursos discursivos con los cuales se construía una determinada imagen del franquismo en México para darle credibilidad.

⁴⁵ En una declaración de Franco a un “ex ministro” afirmó que “La reconstrucción nacional de España ha superado considerablemente en todos los órdenes de la economía, la industria y la producción, los récords alcanzados hasta 1936. La industria pesquera, la química, la eléctrica, y la producción de carbón, así como la construcción de edificios y viviendas, han conseguido los resultados más importantes”, *El Diario español*, 14 de febrero de 1936.

2.3.1. Señalando al enemigo

Uno de los lugares comunes de la hispanidad franquista, sobre todo en sus momentos de mayor vinculación con el fascismo, fue la reafirmación de su exclusividad ontológica frente a un enemigo. A fines del siglo XIX, como ya hemos visto, sus antecedentes en el panhispanismo exaltaban los valores “espirituales” con respecto a los “materiales” del mundo anglosajón. Siguiendo la dinámica ideológica que se arrastraba desde ese siglo, la hispanidad programada por Maeztu, Pemán, Pemartín, y los demás pensadores que colaboraron en su creación, señalar enemigos fue fundamental en la definición de un proyecto identitario que se pensaba difundir tanto al interior como al exterior de España.

Si bien los Estados Unidos, con mayor o menor intensidad a lo largo de la década de 1940, continuaban siendo el “enemigo común”, la mayor parte de las descalificaciones caían sobre adversarios de dos tipos: los que introducían ideas extranjeras, que a su modo de ver eran los republicanos, y los separatistas nacionalistas, especialmente vascos y catalanes.

Los reproches a republicanos tuvieron su mayor efervescencia durante la guerra civil, en la que primaba la incertidumbre con respecto al bando que obtendría el triunfo. Posterior a ella, las críticas se dirigían al gobierno y las personas de Negrín, Prieto y Azaña, al uso de los fondos monetarios españoles que los republicanos hacían en México, la impertinencia de su proyecto, la incapacidad de llevar a buen término sus reformas, entre muchas otras.

Por lo general, tales acusaciones carecían de una base empírica, y esto se aplica tanto a seguidores del franquismo como a los del bando republicano. Los franquistas encontraban “bolcheviques”, “marxistas”, “comunistas” o fieles al gobierno soviético, en cualquiera vinculado a la República española. Los republicanos veían franquistas en cualquier visitante a la colonia española, fuera cual fuera su labor. Más adelante dedicaremos un acápite a las versiones difundidas por este grupo.

Esto nos habla de un verdadero desconocimiento del otro en su complejidad ideológica, en el móvil de sus intenciones o en la factibilidad de sus proyectos. Una opinión binaria que partía de una base común: el mito de las *Dos Españas*.

Recordando la caracterización de Santos Juliá sobre la intelectualidad católica, en ella primaba la creencia de estar cumpliendo un papel mesiánico. Tras el convencimiento de que el enemigo, representado por la “masonería” y el “judaísmo”, había conquistado “todas las posiciones”, cobraba sentido el llamado a la organización en grupos selectos para convocar a la Unidad nacional.⁴⁶ Ciertamente no todos estos intelectuales compartían métodos tan radicales, pero en lo que sí convergían era en una visión teleológica teñida de nostalgia al antiguo imperio con el que determinaban su papel en función del “otro”. A fin de cuentas, en sus múltiples mecanismos de difusión se reconoce su intención de descalificar a ese “otro” y justificar la cruzada para hacer posible la misión imperial.

En este sentido, uno de los principales juicios a los republicanos, a quienes calificaban de “rojos”, era su *amoralidad*. Luego de afirmar que en el gobierno de Franco se estaban sentando las bases de una “España Nueva”, basada en la rectitud, en su retorno al orden social a través de la familia; los “rojos”, indistintamente, eran todo lo contrario: lo inmoral, lo indisciplinado, vinculados a la materia y carentes de un sentido “espiritual”.

Luchamos contra una masa de hombres que hace tabla rasa de todas las tradiciones, que carece de sentido moral. Comprenderá usted que un conglomerado de apetitos, sin disciplina, sin ideal, no puede formar ni formará jamás un ejército, aunque les proporcionen toda clase de armamentos. Antes de ser físicamente abatidos están espiritualmente minados, condenados, aterrorizados. La materia no puede luchar contra el espíritu. Y estamos dispuestos a extirpar hasta los últimos vestigios del materialismo marxista y seguros de triunfar.⁴⁷

Se trataba de una visión que no concedía matices, en la que el oponente se entendía como el “no yo”, el contrario a la interpretación tradicionalista sobre la moral, el orden, la misión y devenir de España. Como tal, los “rojos” sólo podían ser destructores, desordenados, desunidos, mentirosos y carentes de juicio como para oponerse a los dictados de la Unión Soviética. En este sentido, una nota de *El Diario español* pretendía mostrar esta manipulación: “El plan de soviétización de

⁴⁶ Juliá, *Historias*, 2004, p. 281.

⁴⁷ Marcel Chaminade, “El hombre que salvo Europa”, *El Diario Español*, 1 de enero de 1937.

España ha sido minuciosamente establecido por el VII Congreso del Komintern, congreso histórico de donde ha salido toda la táctica del Frente Popular”.⁴⁸

Por su parte, dada su condición de seres manipulados, los “rojos” españoles no eran capaces de unirse, ya que su finalidad última no era otra que la destrucción:

Nuestros enemigos no están unidos nada más que en una finalidad exclusiva de destrucción y en tal grado que cuando cesen de pelear contra nosotros, comenzarán a pelear entre ellos respondiendo a este propósito, mientras que nosotros no solamente perseguimos destruir el comunismo en España, sino también construir los cimientos justos y permanentes de la Nueva Nación.⁴⁹

Del mismo modo, artículos de *El Diario español* criticaban a la España republicana por enarbolar la “democracia”, la “libertad del pueblo” o la “fraternidad humana”, siendo que “esta democracia verbalista y formal del estado liberal en todas partes fracasada, con sus ficciones de partidos, leyes electorales y votaciones, plenas de fórmulas y convencionalismos que, confundiendo el medio con el fin olvidan la verdadera sustancia democrática”.⁵⁰

El avance de tales principios, de acuerdo con esta visión tradicionalista, predecía un final apocalíptico: “El marxismo se hace más poderoso en España, ya que el propio gobierno lo favorece generosamente. España se encamina rápidamente hacia el desastre final”.⁵¹ Ante una fatalidad así proliferaban los artículos que defendían la llegada de los rebeldes al poder para evitar tal desastre. De ahí la fuerza que adquirió la propaganda misionera que reivindicaba el pasado glorioso de la historia de España en momentos clave en la lucha entre unidad y separatismo. Esta lucha era la que había dado solidez a su existencia como nación:

Factor indispensable para la vida de una nación es que ésta tenga conciencia de que la razón de su existencia es servir a una misión histórica. La nación que no cumple esta misión es una nación desnacionalizada [...] y acaba tarde o temprano en sucumbir ante las nacionalidades y las civilizaciones en marcha. [...] La Historia de España es un constante batallar de dos principios opuestos: unidad y dispersión. Esto es: imperio y separatismo. Estos dos principios son la clave de la

⁴⁸ *El Diario español*, 8 de febrero de 1937.

⁴⁹ *El Diario español*, 20 de febrero de 1937.

⁵⁰ Francisco Franco, “Discurso de inauguración de FET y de las JONS”, *El Diario español*, 29 de mayo de 1937.

⁵¹ *El Diario español*, 20 de junio de 1937.

historia española [...] Apenas en los albores de Roma ya quería España ser más romana que Roma [...] Los Austrias, no obstante su absolutismo militar y exótico, fueron los herederos y los continuadores gloriosos de la tradición imperial, y en su época, la grandeza material fue nada en comparación con el gran principio de unidad católica y latina que constituye en el siglo XVI el alma de nuestra raza. Así llegó a su cenit el pueblo español, que no fue nunca un imperialismo.

Y procurando mostrar la vigencia de este particular imperialismo, en una suerte de continuidad histórica entre las batallas de España contra sus enemigos en el siglo XVI y las que padecía en el siglo XX, era menester revivirla para acabar con el marxismo:

En tiempos pasados la religión fue para España su mayor engrandecimiento cultural y patriótico. En el futuro será su más fuerte baluarte contra la invasión del materialismo extranjero. Hubo épocas en que fue preciso imponer métodos crueles para sostener la unidad religiosa que era la base de la unidad política y he aquí que ese momento histórico en que la lucha y la diferencia en las ideas religiosas es el origen de la lucha y las diferencias de ideas políticas.⁵²

El llamado a la acción, quizás armada según ciertos sectores del franquismo, se justificaba según sus emisores por las acciones brutales que, según ellos, cometían los republicanos: quema de templos, destrucción de obras de arte, y sobre todo, asesinatos de personalidades como José Calvo Sotelo y Federico García Lorca. Estos actos fueron señalados y duramente criticados, aún sin comprobar su autenticidad. Esto hacía de ellos un factor de peso para desmotivar toda opinión favorable respecto a la República Española.⁵³

Otros escritos dirigidos a desprestigiar al enemigo frente a los mexicanos, eran los que se referían directamente a intelectuales de ese bando que habían mostrado algún comportamiento ominoso en el país anfitrión. Ese fue el caso de la acusación a Vicente Blasco Ibáñez y a Marcelino Domingo por “denostar dura y cruelmente a México y a respetables mexicanos”⁵⁴ Recriminaciones mucho más

⁵² *El Diario español*, 18 de enero de 1937.

⁵³ En el *Diario español* aparecieron múltiples noticias para denostar actitudes vandálicas por parte de los republicanos. Entre ellas, una se refería a “Detalles de obras de arte que fueron destruidas en España por los enemigos de la religión”, *Vid. El Diario español*, 14 de junio de 1937. Otra, que ocupó toda la primera plana, afirmaba que “Los rojos asaltaron y profanaron el monasterio de la Rábida”, en *El Diario español*, 20 de febrero de 1937.

⁵⁴ *El Diario español*, 6 de marzo de 1937.

burdas plagaban las planas de *El Diario*, como las que sostenían, de manera tajante que “Alcalá Zamora es el culpable de la guerra”, que “el gobierno de Valencia está haciendo cuentos como siempre”, o las que pretendían mostrar la incapacidad e ignorancia del bando contrario.⁵⁵ La columna de Braulio Suárez era una de las principales tribunas que recriminaba estas acciones, permitiéndose los comentarios más disparados sin fundamento real. Estos iban de la mano con la reiteración en la misión imperial de España, de las loas a Franco, de las apologías a otros colaboradores de la dictadura y sus intelectuales.

Al término de la guerra las acusaciones disminuyeron por obvias razones del repliegue enemigo. Desde ese momento se concedieron mayores espacios a la reivindicación imperial, aunque, como hemos dicho, estos variaron en intensidad a lo largo de toda la década. Sus variaciones discursivas serán el tema del siguiente apartado.

2.3.2. *Proyecciones del imperio: vicisitudes de la hispanidad*

En momentos de gran sensibilidad como los de las guerras, una mundial y una civil, la República parecía haber llevado a España a la total inestabilidad. Frente a ello, el programa de la España Nacional representaba el orden, la vuelta a los valores tradicionales, la capacidad de conducir al país por la senda de la paz y la estabilidad. Los discursos de Franco denotan una visión teleológica y lineal de la historia que pronosticaba un futuro donde el enemigo era derrotado y se instauraba la deseada tranquilidad. De hecho, varias voces clamaban por la instauración de una dictadura que pusiera fin al comunismo en el país:

Si triunfa la Revolución se implantará una dictadura militar, ya que tal es el deseo del general Franco [...] Si por el contrario, el Gobierno se impone por la fuerza de las armas, el comunismo grabará su funesta huella en el mapa moral, político y geográfico de España, con todos los vergonzosos procedimientos que se utilizan en esta clase de regímenes.⁵⁶

⁵⁵ Era el caso de algunas notas que buscaban difamar a algunas personalidades sobresalientes del bando republicano destacando su ignorancia y falta de talento. Una de ellas, por ejemplo, sostenía que “El discurso que ha pronunciado el señor embajador de don Manuel Azaña en esa reunión, don Félix Gordón Ordás, fue una de esas piezas ramplonas, llenas de lugares comunes, sin una sola idea original y sin una expresión elevada”, *El Diario español*, 6 de marzo de 1937.

⁵⁶ Mario Fernández, “¿Dictadura militar?”, *El Diario español*, 20 de agosto de 1936.

A esto se unía el llamado a emprender la misión secular de España que otrora correspondió a los reyes católicos: consolidar la unidad nacional y ser portavoces de la civilización ante el mundo. Debemos señalar que estas ideas iban de la mano con la creencia en que Europa estaba viviendo una decadencia moral, en un diagnóstico muy parecido al de la generación de 1898. La diferencia, a mediados del siglo XX, era que la España franquista, aún descabelladamente, vislumbraba la posibilidad de intervenir en la regeneración universal.

Los diarios de la colonia española en México no dejaban de reproducir ese deseo puntal de la hispanidad: la acción civilizadora a través de una cruzada, donde España comenzara a erradicar los intereses materiales que predominaban en el mundo, ejerciendo su destino histórico, que en palabras de Gabriel García Morente se debía a que “un pueblo entero hace lo que hace *porque es quien es y para ser quien es*”.⁵⁷

Como ya lo anunciara también Ramiro de Maeztu, la expansión hispánica era posible por el carácter incluyente de la *raza*, que no entendía de supremacías ni de prejuicios raciales. Tras este principio flexible, la encomienda del pueblo español, su destino histórico, era proyectar la *Patria*. Una patria a la que pertenecían, para la derecha española, todos los pueblos que manifestaran su adhesión al proyecto ecuménico de la hispanidad. Todos los que se reconocieran en los valores cristianos, en la sociedad corporativa y en las tradiciones derivadas de una historia compartida.

⁵⁷ Con marcado tono noventayochista, el filósofo Manuel García Morente forma parte de los autores que contribuyeron con sus escritos a formar el ideal humanista de la hispanidad franquista. Este argumenta, a través de la historia de España, los distintos momentos en que esta nación contribuyó a forjar la “civilización occidental” con un *estilo* manifiesto en “un idioma común, un territorio común, un pasado común, «glorias y remordimientos» comunes, un porvenir común; y, sin duda, también [...] en la íntima adhesión que cada buen español tributa al pasado, al presente y al porvenir de España. El filósofo fue también autor de la idea del “caballero cristiano”, que simboliza la apropiación de este estilo en un *modo de ser*: “El caballero cristiano expresa en la breve síntesis de sus dos denominaciones el conjunto o el extracto último de los ideales hispánicos. Caballerosidad y cristiandad en fusión perfecta e identificación radical, pero concretadas en una personalidad absolutamente individual y señera, tal es, según yo lo siento, el fondo mismo de la psicología hispánica. El español ha sido, es y será siempre el caballero cristiano. Serlo constituye la íntima aspiración más profunda y activa de su auténtico y verdadero ser –que no es tanto el ser que real y materialmente somos, como el ser que en el fondo de nuestro corazón quisiéramos ser”. *Vid.* García Morente, *Idea*, 1947.

Los discursos de José Antonio Primo de Rivera eran una fuente obligada para todos aquellos que proclamaban el llamado a la unidad de la patria. Recordando sus palabras, el hijo del dictador se refería a tal voluntad con estas palabras:

Lo que queremos es que todos los del pueblo participemos de nuestra Patria grande, de nuestra Patria noble, de nuestra Patria única, y que con nuestro esfuerzo podamos sacarla a flote, corriendo todos la misma suerte, a semejanza de los que caminan en un barco, que, si éste naufraga, pierden todos la vida, y si alguno consiguiese llegar a puerto seguro, todos llegarán con él a ese puerto seguro. A eso venimos nosotros. A devolveros la fe para esta empresa común en que todos somos lo mismo.⁵⁸

Numerosos artículos publicados en *El Diario español* insistían en la necesidad de expandir la *patria* para regenerar un mundo que se consideraba corrupto, pero donde se pensaba que el marxismo y el materialismo, especialmente al finalizar la guerra mundial, habían sido erradicados. Franco asumía que la mesa estaba puesta para iniciar la gran obra espiritual a la que estaba destinada España tras una larga historia de glorias y sufrimientos en nombre de Dios. Todo estaba listo para emprender la cruzada:

El Marxismo ha fracasado en el mundo; el marxismo que Rusia exporta no es igual al comunismo que practica. [...] Lo más importante para nosotros es la unidad de España y la razón y justicia de nuestro movimiento. [...] Yo sé que no ha de tardar mucho tiempo en que el mundo salga de su materialismo y vuelva a los valores del espíritu. Tendrán que venir a nuestro solar a revivir la historia gloriosísima de una nación ganada en tantos palenques; a la historia caballeresca del Quijote que traspasa las fronteras, no sólo por sus indudables bellezas literarias sino por los hechos de un pueblo hidalgo que sabe sacrificarse por el honor, que sabe lo que la historia debe y que conoce el papel que Dios le ha asignado en la civilización y en la cristianización del continente.[...] Nuestra cruzada busca la redención y la libertad de España en todos los escalones sociales.⁵⁹

El punto de partida, antes de emprender este llamado providencial, era la reconstrucción nacional interna que pusiera fin a los remanentes del demonizado gobierno anterior y sentara los cimientos de la grandeza nacional. Los discursos del generalísimo, fielmente transcritos por *El Diario español*, dan cuenta de la voluntad de gloria internacional que subyacía a toda iniciativa con miras a

⁵⁸ José Antonio Primo de Rivera, *Discurso*, 1934.

⁵⁹ *El Diario español*, 22 de julio de 1946.

modernizar el país. Podemos decir que las tendencias regeneracionistas volvían a ser parte de los programas de gobierno.

España, llegada la paz que ya está próxima, ha de atender, no sólo a su reconstrucción interna, sino que con la mirada puesta en el exterior forjará un elemento de fuerza que la haga ser respetada y que le permita oír su voz en la política internacional[...] Porque España volverá a ser grande. Lo abona su espíritu, este espíritu suyo recio, que la llevó a dar la batalla al marxismo, al judaísmo y a la masonería internacionales y a vencerlos, este espíritu que revive ahora en ella y que la llevará a extraordinarias empresas. Es el mismo que animó a la España de otros tiempos, y que la hizo Imperial, el que acució a nuestros misioneros y a nuestros santos, a nuestros conquistadores; es el espíritu de la España inmortal.⁶⁰

Como varios autores sostienen, estas máximas tan trilladas en los discursos del Caudillo y en sus teóricos, estaban destinadas a un público interno que fortalecería el nacionalismo español y dotaría de legitimidad al nuevo proyecto. Pero la colonia española en México, aún lejos de España, era de los principales receptores en tanto que reproducía y comentaba con halagos las noticias oficiales que recibía desde la península, al mismo tiempo que utilizaba todos los recursos estilísticos e informativos para contribuir en la credibilidad de estas noticias.

Es curioso advertir que la publicación no parecía impulsar ningún tipo de diálogo con los mexicanos, como tampoco mostraba mucho interés por los acontecimientos nacionales. Las únicas noticias sobre este país que le interesaban eran las que incumbían directamente a la colonia, como la celebración de eventos sociales donde concurrían personalidades de la política mexicana, felicitaciones presidenciales a instituciones filantrópicas como el asilo Mundet, la Beneficencia Española, o las relativas a colaboraciones directas en *El Diario español* por parte de reconocidos intelectuales mexicanos. Esta falta de comunicación, aún dentro del territorio nacional, daba lugar a la publicación de artículos que sin base empírica exageraban el apego hispanoamericano al proyecto franquista, como también generalizaban la opinión de la misma colonia española en torno a las bondades de los sublevados y la amenaza republicana:

Esta revolución militar contra el gobierno español tiene entre los españoles en México un gran número de simpatizadores, porque fueron

⁶⁰ Franco, "España", *El Diario Español*, 1 de mayo de 1939.

tantas las excitaciones al odio entre hermanos, fueron tantos los actos de brutalidad y de barbarie cometidos a la sombra del grupo de triunfó en las elecciones de febrero, que, francamente, el espíritu y la conciencia de la colectividad hispana en México, cree que en ese movimiento militar está la salvación de la patria.[...] Pero lejos de fomentar la pacificación de los espíritus, se ha cultivado la hostilidad entre hermanos, abriendo entre ellos abismos que habían de hacer imposible la concordia y que culminaron con ese acto de rebelión de los generales Franco, Mola, Queipo de Llano y Godet.⁶¹

Tras los halagos al proyecto de la España Nacional, las acusaciones a republicanos y los falseamientos en torno a los balances de opinión, el *Diario* publicaba, prácticamente en todos los ejemplares del período correspondiente a la guerra civil y de los primeros dos años posteriores a la toma de poder de Franco, artículos que defendían los valores clásicos de la hispanidad. Llamados que colocaban siempre el acento en el carácter incluyente de esta raza, reiterando la voluntad ecuménica del catolicismo y anunciando el distanciamiento frente las teorías raciales biológicas que sí formaban parte, en cambio, de las tesis nazi fascistas.

Esta actitud “amistosa” y paternalista era precisamente la mejor arma del nacional catolicismo español para convocar a la unidad por medio del convencimiento y evadir, así, una posible intervención directa. De cualquier forma, esta posibilidad era impensable dadas las condiciones materiales con las que contaba este gobierno. La necesidad de proyectar esta actitud “generosa” llevaba a ciertos articulistas del *Diario*, como Fermín Izurdiaga, a retomar las palabras de José Antonio Primo de Rivera:

La esencia del catolicismo es antirracista.[...] A la esencia "racista" que exige exclusión de otros pueblos en la mezcla de la sangre, opone España su generosidad de cruce con todas las gentes y razas conquistadas. Para España, el problema judío no será nunca un problema de raza, sino un Artículo de fe.⁶²

Por ello se reseñaban todos los eventos que dieran cuenta de la voluntad de los españoles por acercarse a los americanos y de la realidad de la comunidad. Un ejemplo ocurrió con la visita del general Millán Astray a México y sus

⁶¹ Mario Fernández, “La Revolución en España”, *El Diario Español*, 27 de julio de 1939.

⁶² Fermín Izurdiaga, “Con las cinco flechas en el yugo”, *El Diario español*, 22 de abril de 1939.

declaraciones ante Radio Málaga, que fueron publicados en los espacios más visibles del *Diario*. Sus palabras reflejaban una gran emotividad frente al conflicto español, una clara intención de convencer a los hispanoamericanos de la conveniencia de ver llegar a Franco al poder, así como una fuerte necesidad de reconocimiento por parte de los mexicanos haciendo gala de un heroísmo de corte romántico:

Gracias a Franco, el Caudillo, el enviado de Dios para salvar a España y para dar la gran batalla decisiva en defensa de Dios, de la humanidad, de la civilización cristiana y en defensa de la libertad de los hombres, que fue la libertad que primero predicó Cristo Redentor [...] Por México, ¡mi México tan amado!, por tí, México querido, pido, pido a Dios que te ayude y te salve, míranos a nosotros, contempla nuestro dolor, contempla nuestra ruina, pero contempla también nuestra gloria que la hemos ganado con el heroísmo, con el sacrificio.⁶³

El llamado a los hispanoamericanos con escritos de gran calidad literaria, añorando los valores y tradiciones hispánicos, y revestidos de una gran ambigüedad en torno a sus intenciones, estuvieron a cargo de articulistas como Eduardo Quiñones, Belmez de la Moraleda y Braulio Suárez. Podemos advertir sus tonos más enérgicos en momentos que ya anunciaban el final de la guerra civil y que prometían el triunfo del bando nacionalista. Un artículo de Quiñones, por ejemplo, subrayaba la existencia de lazos comunes, anunciando un posible principio para el “imperio espiritual”.

España debe mirar a América como ésta debe volver sus ojos a España. Son muy fuertes y muy estrechos los lazos que nos unen a Españoles e hispanoamericanos y estos lazos, no cabe duda, se irán estrechando cada día más y más con el tiempo.[...] Poseemos este rico y hermoso idioma que dio a la humanidad numerosas obras de incomparable mérito.⁶⁴

Pero a pesar de esta revaloración humanista a través del idioma, seguía en pie el tradicional reclamo a la denominación de América “latina”. Fue común en estos dos autores, como en muchos otros más, la advertencia sobre la impertinencia de este título, que se oponía, como ya lo dijeran los pensadores de mediados y fines del siglo XIX, a la obra de España en América:

⁶³ Millán Astray, *El Diario español*, 8 de junio de 1939.

⁶⁴ Eduardo Quiñones, “La América Española disfrutará también de los esplendorosos días que le esperan a España”, *El Diario español*, 8 de febrero de 1939.

La campaña que se hizo para que la América de nuestra raza se le llamara Latino América carece por completo de lógica y de sólido fundamento. Como estaba basada en el odio contra España se atendió más a satisfacer aquel que a proceder razonablemente. [...] España dio cuanto había que dar para que la empresa se llevara a buen término. Fueron España y Portugal los que dieron a los países americanos descubiertos por ellos su savia, su vida, sus costumbres. ¿Por qué entonces llamarlos latinoamericanos? [...] No creo que haya cosa más lógica, más llena de justicia, ni más razonable que llamar Hispanoamérica a la parte del continente americano descubierto, conquistado y colonizado por aquellos dos países.⁶⁵

Así se articulaban en México las perspectivas del nacionalismo español con el argumento de que en España existía un consenso en torno al grupo legítimo que debía llegar al poder. Los principios básicos de la hispanidad que acusaban la presencia cultural y moral española en América, especialmente en los años de la guerra, enfatizaban la existencia de ese imperio opuesto al “material” o “del dólar” estadounidense.⁶⁶ En la misma línea de estos reclamos estaban los intentos por desarticular la “leyenda negra”,⁶⁷ mostrar una división tajante entre la “Patria” y la “Antipatria”, reforzar el idioma y mostrar una imagen deificada sobre la figura del Caudillo. Para ello se publicaban de manera recurrente escritos de Ramiro de Maeztu, José María Pemán, José Pemartín, y otros reconocidos intelectuales miembros de Falange o de Acción Española. Hacia 1943, año en que la agresividad del discurso de la hispanidad había disminuido considerablemente, y que el acercamiento a Hispanoamérica se planteaba en términos casi meramente

⁶⁵ Eduardo Quiñones, ‘No es admisible el nombre de Latino América’, *El Diario español*, 9 de noviembre de 1939.

⁶⁶ En este sentido, abundaban los artículos que acusaban a los Estados Unidos y reclamaban al “imperio espiritual” español. Belmez de la Moraleda, ejemplo paradigmático, afirmaba: ‘Quienes trabajan en esa tarea propaladora de una mentira semejante, son mancebos al servicio de ese otro imperio “material, por monetario (dollar), que durante muchos años nos fue lamiendo el espíritu para comernos un lado y desfigurar la misión evangélica de nuestro Imperio Espiritual. la voz de España debe ser interpretada en sentido ecuménico, trascendente, metafísico [...] No es una forma de decir la dialéctica del imperio, es la expresión de un estilo de vida en la que “imperio” en espíritu’, *El Diario español*, 27 de noviembre de 1939.

⁶⁷ En primeras planas se publicaban continuamente denuncias hacia lo que se consideraba una campaña por parte de los europeos para desprestigiar la “obra de España en América”, en lo que Julián de Judeñas llamó la “leyenda negra”. En un artículo titulado “Masonería, protestantismo y traición”, Fernando González afirmó en tono colérico que “España pasa actualmente por un período de leyenda negra, que deja en ínfima categoría a la obra tan sutilmente escrita de Julián de Judeñas. Las fuerzas del averno se aglutinan en haz para imponer un régimen de robo, asesinato y descatalogación de la Patria.”, *El Diario español*, 18 de febrero de 1946.

culturales, destacaban los textos literarios que convocaban a los hispanoamericanos a acercarse a España más por convencimiento que por obligación. Es el caso de los llamados a reivindicar la “raza” española, pero con intenciones amistosas e incluyentes. Un largo escrito de Pemartín, por ejemplo, rezaba así:

Nuestro patriotismo no puede caer en la herejía de la sangre, que establece la absoluta superioridad de una raza sobre las demás, y encuentra en esto la suprema razón para sus actividades en la historia. Nosotros creemos que para ser español, para sentirse atado al maravilloso destino de España, no son necesarias determinadas cualidades étnicas. Nosotros afirmamos el derecho de España a la unidad, ya que ella fundió en la misma gloria a muchas sangres distintas.⁶⁸

Y así como el llamado a la “raza” enfatizaba sus pretensiones universales en los números del *Diario* posteriores a 1942, en otras publicaciones, tales formalidades eran más evidentes. Este era el caso de *Mundo hispánico. Revista de veintitrés países*,⁶⁹ donde las pretensiones hegemónicas hacia Iberoamérica se habían abandonado, aunque no dejaban de aparecer clamores a la hispanidad tras aparentes fines de divulgación cultural y recreación literaria.

El nuevo curso que habían tomado las relaciones entre la España franquista y las repúblicas latinoamericanas, según lo refleja esta publicación, se había orientado al fomento turístico, los eventos sociales entre miembros de la clase política, intelectual y religiosa de distintos países, las convocatorias a participar en

⁶⁸ Julián Pemartín, “Superioridad de la sangre a fin de imponer una raza sobre las demás”, *El Diario Español*, 19 de abril de 1943.

⁶⁹ *Mundo hispánico, revista de veintitrés países*, era una publicación ilustrada que difundía una miscelánea de temas cuyo principal objetivo era promover una imagen amistosa del régimen franquista hacia los países latinoamericanos (los veintitrés que anunciaba su portada eran: Argentina, Bolivia Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, Perú, El Salvador, España, Filipinas, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Portugal, Puerto Rico, R. Dominicana, Uruguay, Venezuela). Con ricas ilustraciones, la revista fomentaba el turismo en la región hispanoamericana, publicaba artículos sobre moda, sociales, decoración, cine, y de interés histórico y cultural. De claros tintes ideológicos, sus notas “sociales” reseñaban eventos donde asistía el círculo allegado a Franco así como la clase política latinoamericana que lo veía con simpatía. Sus artículos, por otra parte, estaban firmados por personalidades de la talla de Julián Pemartín, José María Pemán, e incluso por los latinoamericanos José Vasconcelos y el argentino Juan Sepich. Brillaba su tono prohispanista, antinorteamericano y anticomunista.

concursos literarios, y por supuesto, a la difusión de escritos de reconocidos latinoamericanos a favor de ciertos usos conservadores de la hispanidad.

Al parecer, debido a la buena calidad de su impresión, sus artículos con tendencia a favorecer al grupo en el poder, el tipo de eventos sociales reseñados, los artículos destinados a la recreación y consumo aristocrático, *Mundo hispánico* no escondía sus preferencias profranquistas. Como tal, concedía grandes espacios a Pemán, Giménez Caballero, Alfonso Junco y José Vasconcelos, que entre líneas seguían aludiendo al “imperio espiritual” a través de la lengua, la historia, y sobre todo, el rechazo a los Estados Unidos.

Todavía resonaba la creencia, tan difundida durante el período de la gran conflagración mundial, de que sólo podía existir una forma de pensamiento. Aquella que caracterizaba a los pueblos hispánicos y que por excelencia había sabido agrupar en su seno a todos los grupos humanos. En ella debía unirse el concierto internacional, en una época que para las tendencias más conservadoras, estaba dominada por la confusión. Así lo anunciaba esta revista en su página editorial:

Los contornos del pensamiento moral y político hispanoamericano son cada día más precisos y están más claramente definidos dentro de la general confusión ideológica de nuestro tiempo. Estas ideas fundamentales que llamamos pensamiento hispanoamericano no han sido, naturalmente, formadas en ningún cuerpo de doctrina ni mucho menos constituyen lo que en el idioma de la política activa se suele llamar "un programa". Pero esas ideas, que ante la vida, una determinada manera de ser y de entender, una forma de pensar ante lo esencial y decisivo, que autoriza sobradamente la referencia a un pensamiento hispánico vivo y actual que opera sobre la presente coyuntura histórica. Es inútil que los enemigos del común destino de nuestros pueblos ahonden, o procuren ahondar, las diferencias, las particularidades y los matices que nos hacen distintos entre nosotros mismos. Justamente por esas particularidades, por esa diversidad que acampa en nuestro planeta, la hispanidad, es hoy como un aliento gigantesco, incomparable y único, capaz de impulsar por sí solo la marcha de la historia [...] Quizás el más grave síntoma de la crisis política universal sea el de que todavía nadie se ha puesto de acuerdo sobre media docena de ideas. [...] Falta hondura en el corazón de los hombres que tienen hoy entre sus manos el incierto destino de sus pueblos. Falta entereza y falta generosidad. Ni se está con los pies clavados en la tierra, varonil y tenazmente clavados en la tierra, ni se está con el alma puesta en el aire buscando a Dios entre las Estrellas. Porque los pueblos hispanoamericanos sin necesidad de patrones ni medidas, sí que estamos de acuerdo sobre esa media docena de ideas,

y en este acuerdo no puede haber jamás ni traición, ni infidelidad. De ese acuerdo nace frente a la dispersión de tantas cosas, el pensamiento hispánico que es ya hoy, en unas horas dramáticas y desalentadas, como un haz de esperanza que se abre camino entre la niebla.⁷⁰

La creencia en que el “pensamiento de los pueblos hispánicos” era único, legítimo, y válido como para ser difundido por todos los rincones del planeta, nos permite distinguir en *Mundo hispánico* reminiscencias imperiales, en plena identificación con la hispanidad conservadora. Sin embargo, esta hispanidad, que no reconocía las aportaciones de Hispanoamérica a España, se encontraba matizada por la presencia de numerosos artículos informativos sobre la vida y *folclor* latinoamericano. Si bien el interés que motivaba este tipo de artículos parecía ser meramente turístico, cumplía con la función de dar a conocer, en *veintitrés países*, aspectos culturales que seguramente no se hubieran reconocido antes. Esto nos permite confirmar que el final de la guerra, pero sobre todo el aislamiento en el que se vio inmersa la España franquista desde mediados de 1940, la llevó a promover el conocimiento de las particularidades del vasto mundo hispanoamericano. Para ello, al igual que en *El Diario español*, la participación de intelectuales de toda esta región revestía una importancia singular.

2.4. Visiones del franquismo en la prensa de españoles republicanos en México

Dada la preferencia del gobierno mexicano por los republicanos, éstos contaron con una mayor cantidad de publicaciones y otros medios de difusión. Resultan de gran interés, para los fines de este trabajo, los que nos permiten conocer las percepciones más beligerantes hacia el franquismo, como los del sector obrero y de la comunidad intelectual.

Sabemos que la emigración republicana no fue homogénea, y que de sus distintas tomas de posición en torno al gobierno triunfante en 1939 difícilmente pueden generalizarse. Sin embargo, para conocer otro tipo de proyecciones del franquismo, esta vez, las opuestas y las más enconadas hacia él, decidimos hacer una breve revisión de ellas en diarios como *España* y *España Popular*.

⁷⁰ Xavier de Echarri, “Política de ideas”, *Mundo hispánico*, 1948.

España era el órgano de difusión de la Junta Española de Liberación.⁷¹ Fundada por Indalecio Prieto luego de ocuparse de la ayuda a los refugiados, publicaba discursos de políticos e intelectuales que amén de agradecer al gobierno mexicano por su recepción, denostaban la hispanidad franquista oponiendo un hispanoamericanismo de corte liberal. Por su parte, el semanario *España Popular*⁷² fue fundado por el Partido Comunista Español, cuyos militantes colaboraban, a través de la española Unión General de Trabajadores (UGT), en la CTM mexicana.⁷³ En él sobresalían las participaciones de Lombardo Toledano a favor de la República y con fuerte encono hacia el franquismo.

En sus primeros tiempos, estas publicaciones reseñaban ampliamente los acontecimientos internacionales, en particular los que desencadenaba la segunda conflagración mundial. Pero la atención se centraba en sus repercusiones en la vida social y política española. Es muy notorio en ellas el temor a posibles invasiones por parte del Eje o a la animadversión de los aliados. También lo es la insistencia a los países latinoamericanos de no reconocer, o en su caso, de romper relaciones con el gobierno de Franco. En las siguientes líneas abordaremos estos y otros temas en torno a las percepciones negativas del franquismo que estos grupos difundieron en México.

Una vez que los países del Eje ya mostraban signos de declive, parecía que sus críticos no enfrentaban censura alguna. De ahí que tanto *España* como *España Popular* publicaran múltiples artículos e imágenes que ridiculizaban a las figuras más reconocidas de este bando, colocando a Franco como uno de sus

⁷¹ La Junta Española de Liberación estaba presidida por Diego Martínez Barrio, Álvaro de Albornoz e Indalecio Prieto. Los grupos que la conformaron eran: Izquierda Republicana, el Partido Socialista Obrero Español, Unión Republicana, Izquierda republicana de Cataluña, y Acción Catalana Republicana. Su objetivo era reivindicar el régimen “que España se dio libremente el 14 de abril de 1931”, dirigiéndose a la opinión española y a “todos los pueblos en lucha contra el totalitarismo”, *España*, 26 de noviembre de 1945. El diario *España* era su órgano de expresión. Difundía información sobre la situación política de España, analizaba las relaciones con los aliados, advertía de la propaganda franquista en América, anunciaba las próximas reuniones de la JEL en México y en otros países latinoamericanos.

⁷² *España Popular* órgano del Partido Comunista Español, se publicaba en la ciudad de México, dirigida por José Armisen. Reivindicaba el gobierno de Negrín y advertía a los obreros mexicanos de la actividad franquista en el país. Entre otros objetivos, también impulsaba la unificación de ese sector contra el gobierno español “usurpador” e informaba sobre nuevas las movilizaciones en España.

⁷³ *Ibid.*, p. 48.

más fieles títeres. Proliferaban llamados a los latinoamericanos a romper con este gobierno, advirtiendo que toda cercanía al mismo implicaba peligros. Seguramente se trataba de una actitud incitada por la campaña anti nazi de los Estados Unidos, cuyo producto más reconocido en su momento fue el libro *Falange* de Allan Chase. Esto se confirma tanto en las continuas menciones a Von Faupel⁷⁴ como por el estilo sensacionalista que adjetivaba al franquismo como fascista, verdugo, criminal y antipatriótico.

Una vez que se vislumbraba el cerco internacional a este gobierno, estos llamados se emitían desde tribunas internacionales. La recién creada Organización de las Naciones Unidas el 24 de octubre de 1945, fue la principal. *España Popular* publicaba las demandas de la España republicana hacia los países americanos por medio de esta instancia. Paradigmático, en este sentido, fue un discurso de Juan Negrín exhortando a la unión de fuerzas contra el “pelele” de Alemania, que a su modo de ver, ya era un hecho consolidado en toda América:

Se ha incrementado en este último período de tiempo, el grito universal, reivindicativo que pide y exige la ruptura de relaciones diplomáticas y comerciales con el régimen de Franco. Resuena poderoso este grito desde Nueva York y Washington, en Londres y París, en La Habana y Montevideo, en Santiago de Chile y en Buenos Aires, en Lima y La Paz, en Quito y San José de Costa Rica, en Bogotá y Ciudad Trujillo. El significado reivindicativo de este grito está en que ¡por fin!, contra Franco y su Falange se concitan las mejores fuerzas de la democracia mundial para exigir que se acabe con la farsa monstruosa que supone el hecho de que el enano sangriento que sojuzga España tenga un reconocimiento que representa una parte de la vida y la existencia de su régimen.⁷⁵

⁷⁴ Varias notas advertían la influencia de este personaje, aunque sin contar con bases documentales que la comprobaran. Así, una de ellas rezaba así: “Franco y Falange son los medios de que se valen Berlín y Tokio, para la realización de sus planes largamente meditados. Son los agentes diligentes y disciplinados del sabotaje, del quintacomunismo, de la revuelta, y la desunión, del golpe de Estado, siempre al servicio de los hitleristas y del militarismo japonés. El estratega que moviliza, hasta en sus menores detalles, esta enorme y complicada maquinaria destinada a truncar los resultados de la victoria aliada, es uno de los hombres de confianza de Adolfo Hitler, es el Director del Instituto Ibero-Americano de Berlín, el general Wilhelm von Faupel. El viene preparando desde 1934, utilizando como agentes a los falangistas españoles, esta conquista incruenta de la América hispana para someter a sus pueblos al dominio y la esclavitud”, *Vid*, “Falange, instrumento de Hitler en América”, *España popular*, 28 de abril de 1944.

⁷⁵ Antonio Mije, “El gobierno de Negrín ante las Naciones Unidas”, *España Popular*, 9 de febrero de 1945.

Y ante la cercanía de la Conferencia de Yalta, este mismo artículo convocaba a los latinoamericanos a “mantener su instinto de conservación de la democracia para preservarse de Falange”, ya que América era el “principal punto de apoyo para los planes nazis”. Así, solicitaba que:

Los pueblos de América aumenten la lucha contra el régimen de Franco hasta conseguir que de una punta a otra de este continente se logre desconocerlo como la representación de España. Cuando hacemos esta petición sabemos que solicitamos la aportación de los pueblos de América para resolver un problema español, eminentemente español, pero que por su significación y por los lazos que unen a España con Latinoamérica y con todo el continente, es al mismo tiempo, un problema interno de cada uno de estos países.

Podemos observar que estas palabras guardan una gran similitud con las del hispanoamericanismo liberal de fines del siglo XIX. Recordemos que, en los esquemas regeneracionistas, la proyección americana era fundamental para hacer frente a las dificultades de la península. De este modo, haciendo partícipes a los pueblos de América dentro de una situación meramente española, se colocaba el énfasis en los lazos comunes y en la igualdad.

Las peticiones de auxilio y de formación de un frente internacional contra el franquismo iban acompañadas de una intensa campaña para advertir sobre el peligro de las actividades de Falange en nuestro país. Ejemplo de ello eran los constantes avisos sobre la presencia de sus agentes, aunque sólo pocas veces contaran con evidencias. Los argumentos eran que tales personas contaban con el beneplácito del gobierno español, que tenían vínculos con grupos acomodados en México o que poseían algún título nobiliario. Uno de los anuncios de la CTAL, por ejemplo, denunciaba en Puerto Rico la presencia del “falangista” Demetrio Carceller, ex ministro de Industria y Comercio del gobierno de Franco, quien “fue recibido por elementos falangistas, a quienes se asegura transmitió instrucciones de Falange para su trabajo de espionaje en América.[...] También la prensa cubana ha venido denunciando la llegada a Cuba de numerosos religiosos, con actividades políticas bien definidas y de algunos jesuitas”.⁷⁶

⁷⁶ “Peces gordos de Falange llegan a América”, *España popular*, 21 de diciembre de 1945.

La presencia del marqués de Olay en México también fue muy vituperada desde la prensa. Participó en ello *El Popular*, diario de la CTM, junto con *España Popular*:

La prolongada presencia del llamado marqués de Olay nos está resultando sumamente ingrata y se debe impedir para lo sucesivo. Pelayo García es un espía de la Falange y de los nazis, y por consiguiente, su estancia en México representa un atentado a la política democrática del Sr. Presidente de la República, ya que Falange es un centro de conspiración contra las instituciones mexicanas.⁷⁷

Otros personajes, como el marqués de Rialp, el articulista de *Excélsior* Rafael Miralles Bravo, y varios colaboradores de *El Diario Español*, eran señalados como espías de la Falange y como un peligro latente para el país.

Asimismo, se emitían reproches a las políticas culturales franquistas hacia América. Según los datos anunciados, se habían invertido “trece millones de pesetas a la creación de escuelas e institutos culturales en distintos países de América especialmente en México y Estados Unidos”, con lo cual se trataba de “extender en América lo que ya existía en España. Una red de instituciones seudoculturales que (*obedecieran*) a una misma dirección y al propósito de Von Faupel [...], que fue enviado desde su Instituto de Hamburgo donde dirigía el espionaje y la propaganda fascista hacia los países americanos de habla española”.⁷⁸ Otras notas afirmaban que el Consejo de la Hispanidad era dirigido directamente por este personaje,⁷⁹ y cuando se creó el Instituto de Cultura Hispánica, una nota decía sobre él que:

El régimen lo ha puesto en pie para proseguir a la turbia labor de organización de quinta columna falangista en la América de habla hispana. Y es que el franquismo tiene mucho interés en "reconquistar mandos", puestos de dirección (que ellos llaman "espirituales") en la vida hispanoamericana.⁸⁰

Y de manera similar, toda iniciativa en materia de cultura por parte del franquismo se consideraba como una ofensiva a la República y a los países latinoamericanos. De acuerdo con esta visión, no se trataba más que de una

⁷⁷ “Contra los espías falangistas”, *España popular*, 1 de septiembre de 1944.

⁷⁸ “Falange quiere educar a América”, *España popular*, 3 de agosto de 1945.

⁷⁹ “El 12 de octubre y la hispanidad franquista”, *España popular*, 19 de octubre de 1945.

⁸⁰ *España popular*, 1 de noviembre de 1946.

ofensiva nazi que debía ser contrarrestada a través de estos medios informativos. Así ocurrió, por ejemplo, con el envío de libros a América por parte del Consejo de la Hispanidad, que en realidad estaban difundiendo los ideales alemanes.

Esa cultura dirigida por Franco es la cultura nazi, la kultura con K, la cultura del hacha del verdugo. Revisados por el Consejo de la Hispanidad, fueron enviados a América durante el año de 1943, libros por valor de 9 millones de pesetas. Los libros aprobados por el Consejo de la Hispanidad no se ven por ninguna parte; sí se notan, en cambio, sus efectos. Son esos brotes pro-nazis que se han producido en ciertos países de América del Sur. La introducción por parte de Franco, de las propagandas fascistas, nazis, en América, es otra forma de la beligerancia franquista y no de las menos importantes. Contra la propaganda del virus nazi en América hay que luchar, y luchar intensamente.⁸¹

La repugnancia al proyecto de la hispanidad emitido por esos mecanismos contrastaba con las propuestas de acercamiento de los distintos grupos republicanos liberales. Ya mencionamos que estos tenían un fuerte componente regeneracionista, especialmente en su intento por dar cuentas de una fraternidad hispanoamericana que nada tenía que ver con la búsqueda de pleitesía a la Madre Patria. En ello es paradigmático el diario *España*, que publicaba constantemente discursos de los intelectuales y políticos más interesados en fortalecer los nexos entre la región. Unas palabras de Manuel Azaña, en el marco de la Asamblea Nacional de Acción Republicana el 14 de septiembre de 1931, expresaban así esta voluntad:

Es hora de abandonar el tópico de la Madre Patria y de las hijas amantes de la madre patria. Nosotros, en América, no somos ya la madre patria. A mí me parece que a los pueblos americanos no les concedemos el aprecio y la estimación que merecen cuando tenemos la pretensión de llevar a América esta especie de jerarquía superior sobre aquellas repúblicas, presentándonos todavía en un plano más elevado que los pueblos americanos. A mí esto me parece un error, una falta de observación. Lo que hay que establecer con las repúblicas americanas es la colaboración en principio de igualdad, en defensa de los intereses superiores de la cultura española y americana. Y con esta fraternidad verdadera, que no sea tópico de discurso de final de banquete, y con esta llaneza, que no sea la arrogancia del conquistador. Con esto podemos hacer en el mundo un peso sin par, no por ninguna situación privilegiada sino por aquellos lazos que establecen los idiomas, la

⁸¹ *España popular*, 7 de abril de 1944.

comunidad de raza y una comunidad de historia que ha sido igual durante algunos siglos.⁸²

La mayor parte de los representantes de la República Española en México criticaban en ese tono la hispanidad y advertían la necesidad de un acercamiento entre iguales, sin superioridades ni voluntades imperiales: Indalecio Prieto, Diego Martínez Barrio, Álvaro de Albornoz, y muchos otros más. Sin embargo no dejaban de lucir su mirada dicotómica de las *dos Españas*, que como hicieran los miembros del bando contrario, lo descalificaban tajantemente sin mayores razones que la apreciación valorativa. En este sentido, Álvaro de Albornoz pronunciaba el acercamiento a América con base en la existencia de una raza opuesta a otra:

No necesito decir que la España liberal y republicana tiene puestas sus mejores esperanzas en estos pueblos de América. [...] Yo os digo que no hay más que dos razas, la raza de Abel y la Raza de Caín; la raza de los hombres honrados, buenos, leales, justos y pacíficos, y la raza de los hombres protervos, facinerosos, y bandidos, que aman la violencia y el mal, la raza de los hombres que son instrumento miserable y oprobioso de la tiranía, contra la cual luchan todas las naciones y hombres de la primera.⁸³

En otro discurso pronunciado en Santiago de Chile distinguía entre la hispanidad liberal, respetuosa y fraternal, y la de corte reaccionario:

La hispanidad reaccionaria es la conquista y el coloniaje; es la intervención, el no resignarse a contemplar como un hecho definitivamente histórico la independencia. La hispanidad liberal, en cambio, no sólo respeta el hecho de la independencia de estos pueblos; los sigue, paso a paso, en su desenvolvimiento y en su desarrollo; ama y admira sus instituciones, estudia las grandes manifestaciones de su pensamiento; se enorgullece de sus progresos y de sus triunfos, y al contemplarlos, al sentirse hermana de todos ellos, con los sentimientos más fraternos y desinteresados abriga la esperanza de que todos juntos en una magnífica constelación espiritual sean una de las grandes fuerzas que determinen la historia del mundo en el futuro.⁸⁴

España también recuperaba los escritos de estadounidenses y otros extranjeros que daban mayores argumentos a favor de la República y que mostraban las dificultades en las que el franquismo se veía inmerso. Con recursos

⁸² Citado por Roberto García Peña, "Hispanismo e hispanidad", *España*, 1 de julio de 1944.

⁸³ "Un acto magnífico de homenaje a la República Española", *España*, 28 de octubre de 1944.

⁸⁴ "República o monarquía en España. Discurso pronunciado por Álvaro de Albornoz en el Teatro Municipal el 25 de junio de 1944", *España*, 5 de agosto de 1944.

sensacionalistas, daban peso a palabras como “imperialismo”, “reaccionario”, “fascista” y otras más. Este recurso permitía anunciar un peligro latente en el franquismo, aunque subestimando sus posibilidades reales de llevarlo a cabo. Lorwin Lewis y Thomas Hamilton eran dos de los recurrentes exponentes de estas ideas:

Hoy, las ambiciones imperiales de España se resumen en las ideas algo vagas de la hispanidad. De acuerdo con algunos apóstoles de la hispanidad, España está llamada por su situación geográfica y sus tradiciones culturales, a llevar a cabo una empresa imperial en el mediterráneo Occidental, en Asia y en la América Latina. [...] España ha de llevar a cabo (este) programa mediante la reorganización de su sistema económico social nacional mediante las directrices falangistas. [...] Por el momento, tanto el falangismo como la hispanidad se enfrentan con extraordinarias dificultades económicas y sociales. España ha salido de la guerra civil debilitada y desunida. Han quedado sin cultivo grandes zonas; ha sido destruida, cuando menos, una tercera parte del ganado del país; miles de obreros han sido muertos, encarcelados o desterrados., Se carece de alimentos y de las necesarias materias primas; los precios son altos [...] Entre los seguidores de Franco se cuentan muchos elementos y factores contradictorios. Hay los carlistas y monárquicos, los tradicionalistas.[...] Los sueños imperiales de España son incompatibles con semejantes condiciones internas [...] En estas condiciones, pensar en el imperio de la hispanidad sería más que soñar despierto, si no es por el apoyo nazi. Los nazis encuentran conveniente estimular la hispanidad para contrarrestar el imperialismo italiano y esbozar, al propio tiempo, su penetración en la América latina. Las necesidades presentes y la inseguridad con respecto al futuro, mantienen a España en una situación de dependencia con respecto al Eje.⁸⁵

Y no podían faltar los escritos de Vicente Lombardo Toledano, el popular líder obrero que mantenía sólidas relaciones con socialistas españoles y que tanto en su revista *Futuro*, como en *El Popular* de la CTM y *España popular*, pronunciaba su afinidad con los gobiernos de Negrín y Giral junto con su aversión al franquismo.

Es interesante observar que sus críticas a este gobierno se planteaban en términos muy distintos que las de intelectuales españoles. Como mexicano, y como buen nacionalista, equiparaba la lucha de la República española con la independencia mexicana. Con un concepto muy particular de la historia entre México y España, relacionaba a los conquistadores del siglo XVI con los

⁸⁵ Lorwin T. Lewis, “España y la hispanidad”, *España*, 11 de marzo de 1944.

franquistas del XX, utilizando una retórica plagada tanto de términos marxistas como ilustrados. En su discurso sobresalía entonces el repudio a la monarquía, opuesta al “pueblo”, la “libertad” y la “democracia”. Con ello se valía para hacer un llamado a todo el mundo y defender a España, la que consideraba la verdadera España.

El régimen de Franco llega a su fin; por eso está empleando la violencia en forma feroz. Su enemigo no es sólo el pueblo español, sino los pueblos de todos y cada uno de los países del mundo, que están lejos del alcance del tirano. [...] Si Franco es reemplazado por un monarca, no habrá cambio en España y el régimen fascista seguirá imperando. Y en este caso, tanto el pueblo español como los demás pueblos del mundo lucharán contra la monarquía española. Porque en España la lucha por la libertad y la democracia ha sido siempre una lucha contra el régimen feudal y clerical, contra el régimen de privilegio, de la autoridad ilimitada, del abuso, de la ausencia de libertades individuales.⁸⁶

Estas eran, en líneas generales, los principales recursos utilizados en prensa por los adeptos a la República para reforzar la existencia de dos proyectos encontrados: uno liberal, otro reaccionario. Su campaña de descrédito colocaba el acento en la peligrosidad del enemigo, lo cual fue visible particularmente en los primeros años de 1940. Hacia 1942 ó 1943, las posibilidades de ridiculizarlo aumentaron, aunque las advertencias hacia la extensión de su propaganda en América, las acusaciones de espionaje y los llamados a los americanos para romper relaciones o desconocer al franquismo se convirtieron en el tema común.

Interesa destacar ahora cómo, a pesar de estas advertencias y acusaciones, muchos mexicanos se mostraron convencidos por el gobierno que desde 1939 en España detentaba el poder.

2.5. Voces de mexicanos en la hispanidad

Es de gran interés observar en estas publicaciones la participación de hispanoamericanos recreando del discurso de la hispanidad. En las plumas de Alfonso Junco, Vito Alessio Robles, Carlos Pereyra, Rodolfo Reyes, Jesús Guisa y Acevedo, Pablo Antonio Cuadra, se distinguen distintas percepciones y perspectivas ante el influjo de esta corriente de ideas sobre la herencia de España

⁸⁶ Palabras de Lombardo Toledano en un mitin organizado por la FOARE, *España popular*, 22 de febrero de 1946.

en América. Algunos de ellos reforzaban los llamados al imperio espiritual en un sentido más literario que fáctico, especialmente en forma de apologías al idioma y a la historia. Pero el llamado a la unidad hispánica, en el caso de muchos de ellos, era una repuesta a las manifestaciones de inquietud por parte de los españoles ante los constantes vínculos entre la América del Norte y sus antiguos territorios. En este sentido, el estilo de evocar el hispanoamericanismo en referencias como “las dos Américas” no se distanciaba demasiado de los discursos decimonónicos, o bien, de las palabras de Maeztu. Rodolfo Reyes, en un discurso en la Sociedad Económica de Amigos de Madrid, procuraba convencer al público español de que la situación de guerra hacía necesarios los nexos entre México y la América del Norte, sin que esto interfiriera en la histórica “amistad”:

La guerra encuentra unidas a las dos Américas, lo que ha hecho pensar a algunos que eso destruye la personalidad hispanoamericana, cosa que no es cierta. La antigua amistad entre la América latina y los Estados Unidos, acentuada por la geografía y la economía. Con Europa, por medio de España y Portugal, los lazos son tan fuertes, o más fuertes.⁸⁷

Amén de otras frases que resultan de interés en su discurso, la anterior muestra el afán de este mexicano por limar asperezas ante la posible incomodidad de los españoles frente a la relación necesaria entre los Estados Unidos y las repúblicas latinoamericanas. De ahí que para algunos, como también lo expresara Jesús Guisa y Acevedo⁸⁸, resultaba operante enfatizar que la relación con Norteamérica era estrictamente económica, mientras que el corazón, la “cultura”, sólo estaba con España.

Como la *cultura* se convertía en el factor primordial de unión, la participación de quienes la extendieran era apoyada de manera muy especial por este diario. Tal era el caso de Alfonso Junco. Fiel asistente en eventos de la colonia española, comentarista muy solicitado en otras publicaciones y prolífico escritor de tendencia católica, la obra de este intelectual regiomontano fue particularmente difundida en *El Diario español*. Sus artículos en defensa del idioma castellano, de la herencia

⁸⁷ Rodolfo Reyes, “La amistad con los Estados Unidos no es incompatible con el amor a España”, *El Diario español*, 7 de junio de 1943.

⁸⁸ Guisa y Acevedo publicaba en *El Diario* varios artículos comentando eventos internacionales, destacando la importancia del triángulo entre América Latina, España y Estados Unidos.

civilizatoria española en el sentido más conservador, así como sus apologías directas a Franco, eran los preferidos. Su presencia se volvió frecuente desde 1942, ya fuera en reseñas que daban cuenta de su participación en eventos sociales de la colonia o en escritos que llegaban a ocupar extensas cuartillas en la difusión de las “bondades” españolas en América. Así como Rodolfo Reyes calmaba la inconformidad ibérica ante la cercanía estadounidense, Junco haría lo posible por “conciliar” las actitudes nacionalistas mexicanas que aparentemente contrarrestaban el componente hispánico. El referente inmediato de esta oposición, como lo ha sugerido ampliamente Pérez Montfort, era el indigenismo.

En un evento convocado por la Beneficencia española, por ejemplo, fue muy aclamada su actitud panegírica de la obra civilizatoria española que comenzó con la llegada de las carabelas. Muy loadas también fueron sus palabras que unificaban las dos corrientes en pugna en la definición identitaria del ser del mexicano.

El mantenedor de los juegos florales, Alfonso Junco, pronunció una bellísima pieza oratoria, en la que después de un premio en el que reunió a la España que hace cuatrocientos cincuenta años empujó con sus carabelas a este continente para incorporarlo a la civilización y al cristianismo, con la obra realizada por la Beneficencia y la poesía, se refirió a la Hispanidad, signo unitario que no borró, por el contrario, levantó los valores autóctonos de los pueblos americanos. Dijo que la hispanidad, no sólo para México, sino para otros pueblos, el denominador común de que integra lo fraccionado, lo conexo, lo quebrado, en una suma generosa, afirmando más tarde que el hispanismo auténtico es el mejor indigenismo. Dijo también que el hispanismo católico, único entero y verdadero, ama al indígena como cosa propia y no mira al indio como bicho raro, sino como a un hombre. [...] No existe oposición entre indigenismo e hispanismo.⁸⁹

Y así como fue popular su apego a la hispanidad más conservadora, nunca escondió su actitud positiva por el gobierno de Franco. Sus palabras nunca mostraban temor y su actitud radical lo llevó a tener serias polémicas con Indalecio Prieto, a quien acusó de ser “colaborador de la República roja”⁹⁰, así como con otros partidarios de este bando en México. Siguiendo la tendencia del *Diario* a

⁸⁹ “Los juegos florales de la Beneficencia española”, *El Diario español*, 19 de octubre de 1942.

⁹⁰ Alfonso Junco, “Mentar la sogá”, *El Diario español*, 14 de noviembre de 1946.

enaltecer las hazañas del dictador, Junco hacía constar, aún con fuentes pobres y subjetivas, que el apoyo a Franco estaba generalizado en España y que este gobierno realmente estaba emprendiendo su obra regeneradora. Así lo hizo con la “carta de un hombre a su hermano”, que citaba de manera textual sin citar siquiera los nombres de los implicados:

Dentro de pocos años Franco pondrá a España de las primeras filas de Europa. No se fija en ideales: creo que atiende mejor a los contrarios que a los suyos.[...] He aquí la expresión, limpia y llana, de lo que el pueblo mira, de lo que al pueblo le consta. Tiene un gobierno "como nunca hubo en España que con extraordinaria eficiencia consuma tareas de reconstrucción, y progreso para bien de todos, que "edifica muchos miles de casas para obreros, a poca renta y hasta que ya son de su propiedad", esto es, que resuelve con hechos y no con discursos los problemas sociales y levanta el nivel y procura la independencia económica de los trabajadores.⁹¹

Con el mismo ímpetu intercedía en favor del dictador ante la escena internacional hacia finales de la gran conflagración, desaprobando el desconocimiento del que era objeto por parte de los países que encabezaban la condena al franquismo. Igualmente, este personaje mostraba una fidelidad que no requería pruebas. Sus afirmaciones pretendían sacar a la luz una supuesta injusticia que se estaba cometiendo en perjuicio de un gobierno que a su modo de ver, no mostraba tacha alguna. De la misma manera, sorprende que, siendo mexicano, afirmara que su gobierno sólo defendía “a unos cuantos refugiados”,

Avívanse en estos días los rumores de la maniobra internacional contra el gobierno de España. La aversión de Stalin es natural, pero ¿qué pueden invocar contra el los gobiernos de Inglaterra y los Estados Unidos? Libremente lo reconocieron, antes de que de la guerra mundial; con él mantuvieron relaciones durante la conflagración y las mantienen ahora, sin haber recibido un solo agravio de aquel régimen. ¿Por qué irían, de la noche a la mañana, a romper esas relaciones y a injuriar a quien nunca les hizo injuria?[...] ¿Por qué tanta hiel para el que se mantuvo ecuánime y amigo, y tanta miel para el que fue brutalmente enemigo cuando así plugo su avidez? [...] Por lo demás, toca exclusivamente a los españoles decidir si quieren monarquía o república, y desligar al que ha de ser rey o presidente. ¿Por qué nuestro gobierno ha de inmiscuirse y tomar partido en la cuestión , a favor de unos cuantos refugiados - ni siquiera de todos - y tal vez en contra de lo

⁹¹ Alfonso Junco, “Lo que pasa en España”, *El Diario español*, 12 de enero de 1945.

que sienten millones de españoles? hacia el cual mostró una gran deferencia y se vio dispuesto a defender ante las embestidas de opinión contraria.⁹²

En la misma línea, otro de los acérrimos defensores del franquismo era Pablo Antonio Cuadra, el uruguayo que para agosto de 1946 dirigía el Instituto de Cultura Iberoamericana. En los años de la guerra civil era retomado por columnistas de *El Diario* que reescribían algunas de sus notas, especialmente las que defendían el “imperio espiritual”, en plena identificación con las palabras de Maeztu, con una pleitesía hacia España inusual en América. Un escrito de Beremundo Ruidíaz, quien remitía constantemente artículos de interés histórico, argumentaba en favor de la misión histórica de España y su proyecto unitario, para lo cual traía a colación las palabras de Cuadra:

Para Estados Unidos era necesaria la independencia porque estaban sujetos a Inglaterra. Para América, la independencia era la negación de su independencia... Nosotros no éramos colonias de España. Éramos el imperio. En el imperio todos los miembros son iguales y la cabeza dirige. El imperio se fundaba en Dios, en la jerarquía, en la caridad. El imperialismo se basa en la fraternidad, la igualdad, la fraternidad. El imperio llegó por Dios a las libertades; por las jerarquías, al orden y la justicia, por la caridad, al amor, al servicio y a la hermandad [...] La España nueva que forja otra vez su deshecha conciencia nacional en el duro yunque del sacrificio y del heroísmo viene también, como la España vieja, voluntad de imperio. Y voluntad que es la manifestación de la vitalidad de un pueblo que resurge después de siglos de abandono o de mediatización extranjera. Imperio no sólo territorial o mercantil o militar sino ante todo, espiritual y moral.⁹³

Más adelante abordaremos con mayor profundidad, y desde otras publicaciones, la hispanidad de Junco y Cuadra. De momento, valga traer a colación a otro intelectual de gran talla que se colocó del lado del bando que enarboló el símbolo del yugo y las flechas: Carlos Pereyra. El *Diario Español* siempre se mostró pendiente de las opiniones este historiador que le fueran propicias, especialmente sus comentarios sobre la guerra civil donde mostraba su

⁹² Alfonso Junco, “España y el intervencionismo”, *El Diario español*, 1 de enero de 1945.

⁹³ Citado por Ruidíaz y Fernández, Beremundo, “La España imperial”, *El Diario español*, 12 de junio de 1937.

desconfianza hacia las acciones de los republicanos.⁹⁴ Al igual que Junco, Pereyra formulaba juicios con base en fuentes de gran contenido subjetivo. Su falta de datos, por otra parte, le impedía contrastar la información que llegaba a sus manos, por lo que sus acusaciones delataban ignorancia sobre los dos bandos en pugna. Así se notaba en un artículo donde criticaba duramente el texto del general Maurice Duval, *Enseñanzas de la guerra en España*, que a su parecer estaba plagado de mentiras y calumnias:

La propaganda roja -lo había dicho y lo repetiré - hábilmente dirigida y espléndidamente remunerada, se mostró eficaz con la adulteración de los hechos para presentar sus derrotas como victorias, y en la calumnia para atribuir a las fuerzas nacionales los crímenes que cometían sus propias chusmas.⁹⁵

Pero no todos los artículos de Pereyra que resultaban de interés para *El Diario Español* eran de carácter político. Como historiador, se rescataban sus narraciones sobre los eventos gloriosos de la historia de España, especialmente los referentes a las hazañas de soldados y religiosos en los primeros tiempos de la conquista. También se citaban continuamente sus reconocidos libros *El mito de Monroe* y *Hernán Cortés*. Esto parecía obedecer, en gran parte, a la nueva actitud de acercamiento hacia los latinoamericanos aprovechando el miedo que suscitaba la intervención de los Estados Unidos en la guerra mundial, así como el ya crónico llamado a España con motivo de ese mismo fenómeno.

Por lo general, los intelectuales mexicanos de interés para *El Diario* eran quienes tenían fuertes vínculos con la colonia, quienes emitían opiniones favorables al gobierno que se volvió oficial en 1939 y que daban mayores argumentos a la expansión de la hispanidad. Vito Alessio Robles, por sus discursos y actividades a favor de este grupo, también fue muy elogiado por la publicación. Sus palabras mostraban gratificación por la obra "civilizatoria" de España en América, alababan la presencia de los españoles en México,

⁹⁴ El diario *Arriba*, órgano difusor de Falange, publicaba continuamente estos escritos de Pereyra durante los años de la guerra civil. El *Diario Español*, aún después de la muerte de este reconocido intelectual, retomaba sus artículos tomados de las páginas de aquel para argumentar el triunfo de la España Nacional. *El Diario español*, 13 de mayo de 1946.

⁹⁵ Carlos Pereyra, "De la guerra en España. Las sorprendentes deficiencias del general Duval", *El Diario español*, 3 de julio de 1939.

especialmente los miembros del sector empresarial, y mostraban su sesgo partidista al emitir juicios negativos hacia las influencias comunistas.

Ningún pueblo del Continente americano debe olvidar lo que España ha hecho por nosotros. Pero no solamente por nosotros sino por el mundo entero. No hay nación en el mundo que tenga la gloriosa historia de España y nunca la ha manchado con traiciones y con felonías. Necesitaríamos que se hubiera borrado de nuestra alma el más elemental sentimiento de moral y de gratitud para dejarla abandonada en las garras pavorosas de la barbarie del comunismo soviético.⁹⁶

Tales expresiones de pleitesía por parte de este historiador y periodista iban acompañadas de su opinión sobre la situación internacional que vivía o padecía España en distintos momentos. Cuando los informes anunciaban algún peligro por parte de países no afines, Alessio Robles reiteraba no sólo su compromiso, sino el de todos los latinoamericanos para ayudar a esa nación “que tanto había hecho por nosotros”: “Las autoridades españolas han declarado que existe un pacto secreto entre Francia y Rusia, pacto por medio del cual quedan autorizados los rusos a pasar por Francia para invadir el territorio de España. No habría, en este caso, un solo pueblo de América que no estuviera al lado de España, inclusive los Estados Unidos”⁹⁷.

Para mediados de la década de 1940, en *Mundo hispánico* se percibe que la participación de mexicanos hacía coro a los llamados a la unidad por la cultura, el idioma, el destino. Como el ideario de la revista anunciaba que en su tiempo existía una “confusión ideológica”, que invitaba a un resurgir de los “pueblos hispánicos”, los reclamos en toda la región, en torno al panorama internacional, revestían una nueva importancia. En este sentido, un artículo de José Vasconcelos, titulado “Defensa de Hispanoamérica”, acusaba la debilidad económica y militar de estos pueblos frente a los “más fuertes”. Pero una debilidad que a su parecer no debía ser también “espiritual y moral”, lo cual ocurrió en el momento en que las nacientes repúblicas latinoamericanas declararon su emancipación. La “desespañolización”, según este pensador, dejó a los nuevos países “a merced de las penetraciones económicas y militares de Inglaterra y

⁹⁶ Vito Alessio Robles, “México, España y Rusia”, *El Diario español*, 25 de abril de 1946.

⁹⁷ *Ibid.*

Estados Unidos”, llevándolas a la “pérdida de la conciencia colectiva”.⁹⁸ Sin embargo, reconoce que ese error ya se estaba enmendando por medio de los tratados recíprocos entre la región, ya fueran económicos, diplomáticos, aduaneros o de navegación. Por lo tanto, convoca a la unidad de Hispanoamérica, por una parte, y por la otra, a abrazar el proyecto norteamericano contra la Unión Soviética.

Otros reconocidos latinoamericanos, como el argentino Juan Sepich, no quedaron de lado en la reivindicación de la unidad hispanoamericana. Por su parte, Alfonso Junco colaboraba en la publicación por medio de artículos de interés literario, algunos de los cuales se retomaban de diarios mexicanos, como el *Excélsior*. Es interesante observar que en una de sus colaboraciones, llamada “El uso de la jota”, aún tratándose de un escrito de corte tema gramatical, su autor introducía elementos que daban mayor prestigio a las expresiones españolas que a las aportaciones americanas: “Con un poco de buen ejemplo, que ya empieza a darse en diarios y revistas, gradualmente y sin forzar a nadie, se sustituirá el uso anacrónico de la equis por el uso progresista de la jota”.⁹⁹

Podemos decir, luego de las anteriores líneas, que la presencia de plumas mexicanas en las publicaciones leídas por la colonia española se intensificó a partir de 1942. Un fenómeno que confirma el interés por fortalecer los vínculos culturales una vez que todo propósito de reconquista territorial era impensable. Tal interés, como hemos visto, fue aumentando conforme transcurrían los años de 1940.

Como parte de este nuevo acercamiento, eran noticias para *El Diario* los eventos de la colonia donde tomaban parte los intelectuales más afines al nuevo gobierno de la península. Sus discursos que recreaban la hispanidad, en su sentido más conservador, llegaban a ocupar no sólo primeras planas, sino extensas columnas de la publicación. Al parecer, cualquier comentario de su parte que pudiera beneficiar los intereses de la colonia llegaba a tener su lugar, especialmente cuando mostraban afinidad hacia el franquismo.

⁹⁸ Vasconcelos, “Defensa”, 1948, p. 14.

⁹⁹ Junco, “Uso”, 1948, p. 36.

Por las opiniones anteriormente descritas, puede decirse que las intenciones de los mexicanos al declamar o lanzar apologías a la obra de España en América obedecía a propósitos no siempre similares. En un contexto de fuerte tensión internacional, donde la opinión estaba atendida a los fenómenos de la guerra mundial primero, y al aislamiento español después, vemos que estaba de por medio la presencia estadounidense en las reivindicaciones de la unidad hispanoamericana.

Así, algunos agradecían la herencia cultural hispánica, pero con cuidado de aclarar que la necesidad de las relaciones con Estados Unidos no afectaría nada este vínculo secular. Hacia fines de 1940, ya no hay miedo al coloso del norte. Por el contrario, se privilegian las convocatorias a acompañar su lucha en contra de la Unión Soviética. Esto es lo que se percibe en *Mundo hispánico*, que aún presentando expresiones muy cercanas a la hispanidad de principios del franquismo, se convocaba a la unidad de pensamiento para hacer un frente a la “confusión mundial”. Por eso, la voz de los latinoamericanos no podía dejarse a un lado. Estas expresiones serán el tema del siguiente capítulo.

Instituto

Mora

CAPÍTULO III

PROYECCIONES DEL FRANQUISMO EN CUATRO INTELLECTUALES MEXICANOS

3. Introducción

Antes de abordar las ideas y modalidades de participación, junto a las razones de algunos intelectuales mexicanos que consideraron positiva la llegada de Franco al poder, es oportuno trazar algunas líneas sobre el panorama ideológico que México vivía desde fines de la guerra civil y a mediados de la década de 1940.

Con panorama ideológico nos referimos al heterogéneo entramado de ideas que se expresaba desde tribunas ya fueran oficiales o no oficiales. El nacionalismo revolucionario, impulsado desde el Estado, dotó de un nuevo sentido al indigenismo, dando lugar a nuevos debates en torno a otros componentes de la nacionalidad como el yanquismo, el hispanismo o el hispanoamericanismo.¹

En nombre de la reivindicación de la nacionalidad, en términos de la nueva valoración del indio y el mestizo, se emitieron políticas en materia de cultura y educación. Sus mecanismos, como sabemos, fueron la educación popular, el muralismo y otras expresiones artísticas; y sobre todo, la creación y reestructuración de las instituciones académicas más renombradas: la Universidad Nacional de México, el Instituto Politécnico Nacional, la Escuela Nacional de Antropología e Historia, El Colegio de México.

La colaboración de españoles en estas y otras instituciones, así como en proyectos de difusión no oficiales, le dio nuevas características a este panorama. Colaboración que, como hemos afirmado en los anteriores capítulos, no inició en el exilio de 1939 sino que databa de mucho tiempo atrás. En las relaciones personales entre la élite intelectual, en las publicaciones conjuntas, en los intercambios organizados por la JAE, y en muchos otros eventos organizados a ambas orillas del Atlántico, tal colaboración fue fundamental en el desenvolvimiento de la vida cultural mexicana.

¹ La bibliografía sobre el nacionalismo mexicano es cuantiosa. Ya nos hemos referido a los trabajos de Pérez Montfort, *Estampas*, 1994; y *Avatares*, 2000. Para conocer su historia, es paradigmático el texto de Brading, *Orígenes*, 1988.

Los trabajos de Héctor Perea, Dolores Plá, Clara Lida, José Luis Abellán, Isidro Sepúlveda, entre muchos otros, dan cuenta de esa integración española en la cultura mexicana desde los enfoques de la historia social, intelectual, política y cultural. Para los fines del presente trabajo cabe presentar algunos temas que enmarcaron el debate en torno a la definición de la identidad nacional, en el cual se inscribe la discusión en México sobre la situación que vivía España en ese momento.

Para dar inicio a este capítulo presentaremos un esbozo de algunas corrientes que conformaron el clima cultural previo e inicial a la década de 1940, considerando los marcos ideológicos que precedieron a las políticas cardenistas en materia educativa, en particular los ya mencionados indigenismos, hispanismos, panamericanismos.

Por otro lado, nos referiremos brevemente a las características de la participación de ciertos intelectuales en el período revolucionario en relación con las esferas oficiales. Esto nos permitirá comprender el apego a las posturas hispanistas que muchos cobijaron durante las décadas de 1930 y 1940, y los particulares motivos que los llevaron a ello.

3.1. El clima cultural durante el cardenismo

Cuando los refugiados españoles llegaron a México encontraron un país dividido entre quienes apoyaban su acogida y los que la rechazaban, en un contexto donde las antiguas posiciones hispanofóbicas e hispanofílicas habían resucitado con el advenimiento del indigenismo estatal.

Es muy útil traer a colación la reflexión de Soledad Loaeza sobre el contexto nacional e internacional en el que se reformularon nuevas opciones frente a las políticas cardenistas. La década de 1930 europea estuvo marcada por el desencanto con el liberalismo y el capitalismo, resultado de la crisis del 29. Movimientos nacionales como la Revolución rusa, o el ascenso de la derecha civilista y laica española de los años 20 emitían referentes que eran asumidos en América Latina: “la división entre izquierdas y derechas, la división entre

revolución y contrarrevolución.”² Por otra parte, la ampliación del mundo urbano traía consigo la confianza en el ideal democrático, multiplicando las demandas por el sufragio universal y las organizaciones sindicales, trayendo consigo reacciones elitistas heredadas del Antiguo Régimen.

El panorama se complejizaba aún más si tenemos en cuenta que los ecos de la Encíclica *Rerum Novarum*, que impulsó la doctrina social de la Iglesia,³ inspiró movimientos religiosos y no religiosos que compartían la hostilidad al liberalismo, y pronto, al comunismo que comenzaba a extender sus redes mundiales.

Dentro de México, como sabemos, el cardenismo mexicano emprendió reformas sociales revolucionarias, pero hizo a un lado a muchos otros actores que encontraron en aquellos referentes europeos posibles soluciones para definir su situación, promoviendo nuevos movimientos que desembocarían ya fuera en la oposición directa al gobierno⁴ o en la creación de partidos políticos.⁵

Las políticas de este gobierno, como ya decíamos, fueron fieles a nuevas reinterpretaciones del indigenismo, lo cual provocó la reacción de un hispanismo con fuertes raíces históricas. Para comprender el resurgimiento de este hispanismo, es muy útil traer a colación el texto de Isidro Sepúlveda: “Hispanismo e hispanofobia en el nacionalismo del México revolucionario”, donde afirma que existía un nacionalismo mexicano *tradicional*, opuesto a uno *revolucionario*. El primero consideraba al hispanismo como parte consustancial de la identidad mexicana (perteneciente a las élites criollas del virreinato), y en el segundo “no

² Loaeza, Soledad, *Partido*, 1999, p. 109.

³ La carta Encíclica *Rerum Novarum*, decretada por el papa León XIII, asumía una conciencia social revolucionaria en la Iglesia considerando la situación “miserable y calamitosa” de las “clases” trabajadoras. Imbuida en el materialismo histórico, la encíclica clamaba por la justicia denunciando la explotación del hombre por el hombre, acusando al socialismo de “atizar el odio de indigentes contra ricos”, al individualismo, por no procurar los bienes de la tierra a la “común utilidad de todos”; y promueve, en cambio, una organización social que empieza valorando la familia, la igualdad, el respeto a la condición humana, y en general, todos los dictados de la religión católica.

⁴ Ricardo Pérez Montfort ha sido el principal estudioso de los movimientos de “derecha” opuestos al cardenismo. En su libro *Por la patria y por la raza. La derecha secular durante el gobierno de Lázaro Cárdenas*, al que ya nos hemos referido en otros apartados de este trabajo, rescata los casos de tres diferentes grupos que formaron un frente social de clases medias opuestas a este gobierno. *Vid.* Pérez Montfort, *Patria*, 1993.

⁵ Los partidos de oposición más reconocidos fueron el Partido Acción Nacional y el Sinarquismo. Para estudiar al primero, el estudio pionero es el de Soledad Loaeza, y para el segundo caben citar *El Sinarquismo, ¿un fascismo mexicano?*, de Jean Meyer y *La batalla del espíritu: el movimiento sinarquista en el Bajío Mexicano, 1932-1951*, de Pablo Serrano.

sólo es negada esta integración sino que el hispanismo pasa a ser considerado como un componente *a contrario*, un enemigo, dando lugar al componente antihispanista que ocupa el puesto anterior como un factor definitorio del nuevo nacionalismo”.⁶

Si bien las esferas oficiales proyectaban un nacionalismo que fomentaba el aprecio a manifestaciones culturales consideradas autóctonas por encima de lo europeo, particularmente lo hispánico, el sistema educativo provocaba ciertas expresiones de hispanofobia popular. Al respecto nos dice Patricia Fagen:

La mayoría de los mexicanos sólo sabían de España lo que les habían enseñado en las escuelas primarias y secundaria, y los educadores mexicanos consideraban que la función principal de la educación era la de inculcar un sentimiento de “mexicanidad”, una identidad mexicana aparte. Los españoles eran, así, tratados históricamente como conquistadores, no como patriotas padres fundadores de la nación mexicana. Los españoles a quienes mejor conocían los mexicanos eran los inmigrantes que habían llegado a México en los siglos XIX y XX para hacer fortuna, y que rara vez se mezclaban con los mexicanos. Históricamente se hace referencia a ellos como *gachupines*.

Por lo tanto, el gobierno hacía a un lado a quienes se sentían herederos del criollismo colonial, enarbolando un indigenismo que en cierta forma ya se encontraba en los ateneístas, como sus acusaciones al porfiriato por denigrar al indígena y fomentar la atomización nacional.

Pero nuevas obras proveyeron importantes elementos al arsenal ideológico del cardenismo. Cabe citar la de Manuel Gamio, quien introdujo el “relativismo

⁶ Como también lo hiciera Aimer Granados en *Debates sobre España*, Sepúlveda se refiere a los orígenes históricos de la hispanofobia en México, que se remontaban a la Independencia. Su articulación tenía como bases dos ramas: una proveniente de la Ilustración y otra del indigenismo. Desde el Siglo de las Luces, y luego del positivismo decimonónico se heredó la visión de una España “despótica, absolutista, intransigentemente católica, enemiga de todo progreso modernizador, cruel y egoísta”, opuesta a un mundo “progresista, racional, científico, liberal, dominador de la naturaleza”. Por otra parte, la Revolución Mexicana impulsó oficialmente una versión del indigenismo que consideró a España como “destructora de civilizaciones y culturas”, provocando un estado de dependencia. Conformando una visión metahistórica del indio, haciéndolo contemporáneo heredero directo de la sociedad precortesiana, pretendía hacer a un lado toda relación con el pasado hispánico. El “antigachupinismo”, que se tradujo en confiscaciones, extradiciones o agresiones directas a inmigrantes españoles, provocó inmediatamente la respuesta defensiva de los hispanófilos en términos de resguardar su raza, la lengua, la religión. Sepúlveda, “Hispanismo”, 1997, pp.58-88.

cultural” de Franz Boas,⁷ y el libro sobre la cuestión agraria de Andrés Molina Enríquez.⁸

Además del plan modernizador de ese gobierno, léase nacionalización petrolera, repartición de tierras, unificación campesina y obrera; sus políticas sociales atendieron de manera especial la educación. Su objeto era asegurar la integración nacional con factores identificadores tangibles, o en otras palabras, crear una *comunidad* o una *cultura nacional*.⁹

Annick Lemperière afirma que, a diferencia del liberalismo triunfante del siglo XIX, que buscaba imponer desde lo alto, por medio de una escuela basada en la educación cívica, una cultura patriótica que la mayoría de la sociedad no entendía; el nacionalismo del siglo XX solicitó, de las culturas tradicionales, los elementos que favorecieran el sincretismo. Este factor incorporaría a los indígenas en la comunidad nacional.¹⁰ De ahí que se pensara en una *cultura* sincrética que también pudieran adoptar los grupos urbanos, por lo que las prioridades recayeron en la educación, único medio que se consideraba más efectivo para alcanzarlas.

⁷ Dentro del clima de interés por la cuestión indígena en México, este antropólogo y arqueólogo mexicano, siguiendo a Boas, condena los “prejuicios con los que frecuentemente se considera la aptitud intelectual de las diversas agrupaciones humanas”, comprobando que “no existe la pretendida inferioridad innata que se atribuye a algunos de esos grupos con relación a otros, sino que es producida por causas de origen histórico, biológico, geográfico, es decir, causas de educación y medio, que al variar, hacen desaparecer aquella inferioridad”. De ahí sostiene que “el indio tiene iguales aptitudes para el progreso que el blanco, “sucede que determinados antecedentes históricos, y especialísimas condiciones sociales, biológicas, sociales, del medio en que vive, lo han hecho hasta hoy inepto para recibir y asimilar la cultura de origen europeo” Vid. Gamio, *Forjando*, 1916, pp. 37-38.

⁸ Arnaldo Córdova, en su prólogo a la obra de Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales*, afirma que la importancia de este libro radica en que se convirtió en “la verdadera plataforma de principios con la cual la Revolución dio la batalla ideológica al antiguo régimen”. De ahí que sus ideas fueran incorporadas a los documentos más destacados de la Revolución, como la ley del 6 de enero de 1915, de Luis Cabrera, y el artículo 27 de la Constitución. Vid. Córdova, “El pensamiento social y político de Andrés Molina Enríquez”, en Molina, *Grandes*, México, Era, 1991.p.23. Se trata de una obra con fuertes tendencias positivistas, especialmente spencerianas (debidas a la influencia escolar de esta doctrina en la edad escolar del autor), que argumenta científicamente el proceso evolutivo del territorio mexicano, llegando a utilizar los conceptos de “raza” y “evolución” para dar sentido a la pertenencia a una patria. Su crítica incide contra el sistema de la gran propiedad por su “acaparamiento improductivo” o amortización, que entre otros problemas perjudica a los *rancheros*, los verdaderos productores, constituyendo la mayor traba del desenvolvimiento nacional.

⁹ Para conocer mejor esta propuesta son muy útiles: Medin, *Lázaro*, 1987; y Buenfil, *Cardenismo*, 1994.

¹⁰ Cfr. Lemperière, *Intellectuals*, 1992, p. 65.

La “cruzada” vasconcelista, que desde el período de Plutarco Elías Calles tuvo en la mira la extensión educativa, fue uno de los eventos de mayor resonancia que retomó el cardenismo para formular su proyecto de “educación socialista”. Las apologías al mestizaje del autor de *La raza cósmica* legitimaron una empresa que se aparecía dotada de un carácter místico.¹¹ La Secretaría de Educación Pública (1925) fue el instrumento gubernamental encargado de ejecutar estas acciones, fungiendo como “laboratorio”, en palabras de Lemperière, para proyectar las nuevas imágenes, libros y símbolos con los que los mexicanos aprenderían a reconocerse.¹² Aparejados a la flamante secretaría estarían el Departamento de Cultura Indígena, el Departamento de Bibliotecas y el de Publicaciones (1921).

Para llevar a buen término estas aspiraciones, el nacionalismo cultural oficial se apoyó en la revista *Crisol*, donde confluían miembros del Bloque de Obreros Intelectuales (BOI) como Narciso Bassols o Juan de Dios Bohórquez además de los reconocidos pintores muralistas, grabadores y propagandistas como Diego Rivera, el Dr. Atl y Fermín Revueltas.¹³ Pero antes de continuar con otros elementos que contribuyeron a forjar o difundir el nacionalismo oficial debemos detenernos en el papel que los intelectuales estaban desempeñando en la formulación de la identidad nacional.

Varios estudiosos de este grupo en México, como los ya mencionados Lemperière, Roderic Ai Camp, Enrique Krause, Javier Garciadiego o Fernando Curiel,¹⁴ han observado que en las décadas de 1920 y 1930, los llamados

¹¹ Sobre la empresa educativa vasconcelista, véase: Fell, *Vasconcelos*, 1989, Skirius, *Vasconcelos*, 1982.

¹² Lemperière, *Intellectuals*, 1992, p. 69.

¹³ En sus primeros números se establecían los propósitos del BOI: 1) Contribuir a definir y aclarar la ideología de la Revolución, 2) No producir vana literatura sino discutir o señalar problemas de interés nacional o internacional, 3) Dar preferencia a los estudios sociales políticos o económicos, aunque también digamos de otras ciencias y de las bellas artes. *Vid.* *Crisol*. Revista de Crítica, Año 2, núm. 13, enero 1930, p. 2.

¹⁴ Desde distintos enfoques, estos autores coinciden en que el intelectual mexicano de principios de siglo no podía deslindarse de la política. Retomando las palabras de Octavio Paz, que también recuperan Krause y Garciadiego, “Una vez cerrado el período militar de la Revolución muchos jóvenes intelectuales – que no habían tenido la edad ni la oportunidad de participar en la lucha armada – empezaron a colaborar con los gobiernos revolucionarios- El intelectual se convirtió en el consejero secreto o público del general analfabeto, del líder campesino o sindical, del caudillo en el poder. La tarea era inmensa y había que improvisarlo todo. Los poetas estudiaron economía, los juristas sociología, los novelistas derecho internacional, pedagogía o agronomía. Con excepción de los pintores – a los que se protegió de la mejor manera posible: entregándoles los muros públicos –

intelectuales encontraron su función enarbolando la causa de ciertos caudillos. Actitud, si se quiere oportunista, que en ausencia de reglas democráticas parecía ser el único mecanismo de generar los medios de discusión sobre el nuevo régimen que estaba por crearse.

En la medida en que dicho régimen se “civilizaba”, en tanto que se organizaban las primeras instituciones y concluía la lucha de caudillos, involucraba una mayor parte de civiles en la administración gubernamental. Así fue como la nueva elite intelectual encontraba cabida en el nuevo sistema. Entre ellos, algunos habían sido ateneístas o estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria, que se integraban ya fuera por vía de la burocracia, o del Ministerio de Educación, dirigido por José Vasconcelos.¹⁵

Así, entre los colaboradores de Vasconcelos en la SEP se encontraban Antonio Caso (quien fuera su sucesor como rector de la Universidad de México), Pedro Henríquez Ureña (como director de la Universidad de verano) o Julio Torri (director del Departamento de Publicaciones). Los “Siete Sabios”¹⁶ tomarían la estafeta de aquella inicial camada que inauguró las primeras funciones institucionales en materia de cultura. Antonio Castro Leal, Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva Herzog, se integrarían también en el Departamento de Publicaciones de la SEP. Manuel Gómez Morín hablaría de la “generación de 1915”, de la que él mismo se sentía parte. Herederos de la reivindicación cultural ateneísta, pero conscientes de la necesidad de *reconstruir* el país, los miembros de esta generación se incorporaron

el resto de la “inteligencia fue utilizada para fines concretos e inmediatos: proyectos de leyes, planes de gobierno, misiones confidenciales, tareas educativas, fundación de escuelas, y bancos de refacción agraria. La diplomacia, el comercio exterior, la administración pública, abrieron sus puertas a una inteligencia que venía de la clase media”, *Vid. Paz, Laberinto*, 1995, p. 170.

¹⁵ En su biografía colectiva sobre los intelectuales revolucionario y su relación con el poder, Enrique Krause afirma que “En el entusiasmo que les provocaba el hecho de ser llamados a colaborar con los hombres del poder, por los generales que habían hecho la Revolución “con sus propias manos”, no sólo participaban los “Sabios”. Quienes no entraron en el interinato de De la Huerta a los puestos administrativos, lo hicieron por el ancho espacio abierto en la Secretaría de Educación de José Vasconcelos”, *Vid. Krause, “Caudillos”, 1976, p. 104.*

¹⁶ Tomando irónicamente el nombre de los “Siete Sabios” de Grecia, que comenzó siendo “una mofa estudiantil”, pero que después se convirtió en una referencia de prestigio, *Vid. Castillo, Gómez, 1994, p.9;* los “Siete Sabios” de México habían integrado juntos la Sociedad de Conferencias y Conciertos bajo la iniciativa de Antonio Castro Leal. El acta constitutiva de este grupo incorporaba, además de este último, a Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Alberto Vázquez del Mercado, Teófilo Olea y Leyva y Alfonso Caso y Jesús Moreno Baca. Sobre ellos, véase Calderón, *Siete*, 1988.

a las tareas de la administración, centrando discusiones en materia de infraestructura económica, o legislación.¹⁷

Pero conforme el panorama institucional mexicano se complejizaba, hacia la segunda mitad de la década de 1920, ocurría lo mismo con la actitud de estos personajes hacia el régimen. De ahí que aparecieran las primeras manifestaciones de discordia frente al nuevo partido que había alcanzado su consolidación en el poder. Además de la actividad de Lombardo Toledano como líder de la Confederación Obrera (CROM), el citado Vasconcelos, oponiéndose a la iniciativa obregonista de llevar a Calles al poder, encabezaría su campaña a favor de la autonomía universitaria, retomada en los años 30 por Gómez Morín.

Entre los grupos culturales que tomaron distancia frente a las políticas nacionalistas, pero que también discutían el sentido de la identidad nacional, cabe citar la revista *Contemporáneos* (1920). Su carácter independiente, aún cuando recibía el patrocinio estatal, y su marcado europeísmo, la definieron como uno de los primeros intentos de opinión fuera del marco de la ideología oficial. Estaba integrada por quienes en otro tiempo estudiaron en la Escuela Nacional Preparatoria, como Jaime Torres Bodet, Bernardo Ortiz de Montellano, Carlos Pellicer, José Gorostiza y otros más. La influencia de la *Revista de Occidente* y *Hora de España* en ella indica uno de los puntos de confluencia intelectual hispanoamericanos más interesantes en la década de los 20. La colaboración de españoles también se veía en publicaciones literarias como *La Falange. Revista de Cultura Latina* (1922-23), creada por el mismo Torres Bodet y Ortiz de Montellano, *Ulises: Revista de curiosidad y crítica* (1927), dirigida por Javier Villaurrutia y Salvador Novo; o *Antena* (1924).

¹⁷ Esta generación, que corresponde a la inteligencia que en palabras de Octavio Paz fue utilizada con “fines concretos e inmediatos”, estaba formada por quienes todavía eran jóvenes en los tiempos del Ateneo de la Juventud, o que ingresaron a la carrera en esa fecha o en otra cercana. Su rasgo característico era su análisis y crítica de la herencia de la Revolución, que muchos veían caótica, corrupta, pero con solución. En su célebre ensayo, *1915*, Gómez Morín afirma que “Los que eran estudiantes en 1915, y los que, entre el mundo militar y político de la revolución, lo sufrían todo por tener ocasión de deslizar un ideal para el movimiento, y los que apartados, han seguido los acontecimientos tratando de entenderlos, y los más jóvenes que nacieron ya en la Revolución, y todos los que en la dura experiencia se estos años han llegado a creer o siguen creyendo en que tanto dolor no será inútil. Todos forman una nueva generación mexicana, la Generación de 1915, *Vid*, Gómez, “1915”, en Castillo, *Gómez*, 1997, p. 56. Más adelante abordaremos con mayor amplitud la propuesta reconstructiva de Gómez Morín, en la que proyectaba la *técnica*.

Ahora que llegamos a las revistas y a la colaboración de españoles en la actividad cultural mexicana, nos detendremos aquí. Además de las citadas publicaciones mexicanas donde se involucraban las plumas de reconocidos intelectuales ibéricos, no podemos dejar de mencionar el caso de *Taller*, la célebre revista fundada por Octavio Paz, Rafael Solana y Quintero Álvarez en 1938. Su importancia radica en haber sido uno de los principales espacios de creación y difusión literaria separados de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR), que acogió la opinión de antiguos miembros de la generación del 27 y de las ya mencionadas *Revista de Occidente* y *Hora de España*, como María Zambrano, Enrique Díez Canedo y Antonio Sánchez Barbudo. Sus colaboraciones iban desde ensayos, notas bibliográficas y críticas, hasta su labor directa dentro del Consejo de Redacción.

Durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, que como sabemos, acogió a la intelectualidad republicana española exiliada, la participación de españoles se ampliaría y diversificaría mucho más. En la compilación de José Luis Abellán titulada *El exilio español de 1939*, el texto de Manuel Andujar, quien dirigiera *Las Españas* junto a José Ramón Arana, traza una visión panorámica sobre las principales revistas españolas que circularon en Iberoamérica. Entre las que se publicaron en México, además de la última mencionada, estaban *España Peregrina* (1940), *Ultramar*, *Romance* (1940) y *Litoral*.

Las Españas fue de las más longevas. Su objetivo era crear un foro de reunión de los españoles de la diáspora, esbozando una imagen armónica ante la comunidad internacional para encontrar apoyos frente al franquismo. Tenía como colaboradores a los hermanos Carlos y Juan Marichal, Ramón Xirau, Manuel Durán, Luis Rius y José de la Colina.¹⁸

El caso de *Cuadernos americanos*, que en palabras de Lemperière representa “la institucionalización de la vida intelectual”, en tanto que surgió como una revista autónoma de las actividades políticas o administrativas; fue, más que hispanoamericanista, universalista. Durante la Segunda Guerra Mundial publicaron

¹⁸ Un estudio completo sobre la evolución de esta revista, sus tendencias, mentores y tipo de publicaciones, es *Las Españas. Historia de una revista en el exilio (1946-1963)*, de James Valender y Gabriel Rojo Leyva.

en ella todo tipo de refugiados europeos en México: españoles, franceses, alemanes. La importancia de esta publicación ascendió durante las décadas de 1940 y 1950, llegando a obtener la fama de “no suscitar polémicas y de guardar unanimidad sobre su carácter indispensable”.¹⁹

Además de las revistas, no era nada desdeñable la participación de españoles como editores y libreros. Ibéricos eran los dueños de Porrúa hermanos y Botas e hijos. Por otro lado, el Fondo de Cultura Económica incorporó a algunos en su personal, lo que fue crucial para el desarrollo de esta empresa. Lo mismo reconocidas librerías como *Madero*, *Góngora*, *Librería de Cristal*, *Cide*, *IDEEA*, como también editoriales: *Séneca*, *EDIAPSA*, *Costa AMIC*, *Finisterre*, etc. En cuanto a sus empresas educativas constan los casos del Colegio Madrid, el Instituto Luis Vives o la Academia Hispano Mexicana, apoyadas por contribuciones de la JARE y el SERE.²⁰

La actividad profesional y las aportaciones en materia reflexiva de estos peninsulares marcaron un hito en las instituciones académicas mexicanas. Sabemos que, como parte de sus políticas en materia de educación, Cárdenas elevó el prestigio de las instituciones superiores y favoreció la investigación en ciencias sociales. Además de dar nuevos financiamientos a la UNAM, creó el instituto Politécnico Nacional (1937), la Escuela Nacional de Antropología e Historia (1939), la Universidad Obrera (1936) y El Colegio de México (1940).²¹ La actividad de españoles se concentraría, básicamente, en este último y en la UNAM.

Hablar de sus aportaciones en el campo del pensamiento sería una tarea que desbordaría los fines de este trabajo. Además, existen muchos estudios que desde múltiples enfoques abordan sus obras literarias, filosóficas y políticas. Puede decirse, en términos generales, que gran parte de su producción reivindicaba un concepto de hispanidad distinto al franquista, dispuesto a revivir

¹⁹ Lemperière, *Intellectuals*, 1992, p. 202. *Cuadernos americanos* estuvo dirigida, en sus inicios, por Jesús Silva Herzog. Actualmente es una de las principales revistas mexicanas en torno a cultura, pensamiento e historia hispanoamericanas.

²⁰ Para mayor información sobre la participación de españoles en estos ámbitos, *Vid.* Fagen, *Transterrados*, 1975.

²¹ Entre los múltiples textos que desarrollan el tema de la creación de estas instituciones y el papel de los intelectuales en ellas se encuentran el de Camp, Roderic A., *Intelectuales*, 1988, y Lemperière, *Intellectuals*, 1992.

todo aquello que compartían los pueblos que tuvieron contacto con España, deslindándose de toda voluntad imperial. Un factor básico de su hispanismo, nos dice Patricia Fagen, era “la idea de que existen dos Méxicos y dos Españas: el México de la Revolución y el México de la reacción; la España de la República y la España de la ortodoxia y el fascismo”.²² Difundiendo esta visión dualista de la política, que consideraban común a ambos países, los intelectuales republicanos agradecieron al gobierno mexicano su recepción y pronto se integraron de múltiples maneras en la vida cultural y académica del país.

Conocemos el impacto de sus trabajos en la Casa de España, luego convertida en El Colegio de México, que comenzó invitando a reconocidos profesores españoles por iniciativa de Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes, quienes mantenían relaciones de amistad con intelectuales y políticos españoles. Luego organizó sus primeros seminarios, cursos conferencias y publicaciones, para también fungir como “centro de irradiación de talento republicano hacia las distintas esferas profesionales mexicanas en que pudiera ejercitarse con mayor fruto” .²³ Desde 1940 se convirtió en el centro de investigación y estudio que es actualmente.

Fueron vastos los campos en que dejaron su grano de arena. Tanto en El Colegio como en la UNAM no sólo se desarrollaron en el área literaria y filosófica, sino también en las ciencias, la historia y la antropología.²⁴

En lo que concierne a las aportaciones filosóficas, digna de mención es la influencia de Ortega y Gasset, que por distintos canales, siendo uno de ellos su mismo discípulo Samuel Ramos, introdujo su “filosofía de la circunstancia” en

²² Fagen, *Transterrados*, 1975, p. 139.

²³ Vid. Lida, *et.al.*, *Casa*, 2000, p. 83. Estos autores desarrollan ampliamente el proceso de formación de la Casa de España, luego Colegio de México y reseñan sus principales actividades desde 1938 hasta el año 2000, en este texto. Para citar algunos de los más relevantes, cuando su creación era reciente, estaba el seminario de Gaos, al que se incorporaron algunas personalidades de gran talla intelectual como Octavio Paz, Federico Gamboa, Samuel Ramos, Enrique Díez Canedo, León Felipe, entre muchos otros.

²⁴ Patricia Fagen hace un inventario de las múltiples contribuciones de los españoles refugiados en México. Entre los filósofos más reconocidos estaban el ya citado Gaos, Joaquín Xirau, Eduardo Nicol, Juan Roura-Parella, Luis Recaséns Fiches o Juan David García Bacca. Entre los antropólogos: Juan Comas, Pedro Carrasco Pizana, Pedro Armillas, Santiago Genovés. Entre los historiadores: Salvador de Madariaga, Victor Alba, América Castro, Ramón Iglesia, Pere Bosch Gimpera, José María Gallegos Rocafull.

México. Colocando en sintonía la reflexión en España sobre el ser nacional, con el análisis psico social del mexicano, Gaos dio nuevos bríos a la historia de las ideas y propició la formación de nuevos grupos. Quizás el más importante haya sido el de sus alumnos, el Hiperión.²⁵

Todos estos intercambios y diálogos se impulsaban en sociedades culturales, de las cuales fue el Ateneo Español la más importante. Fundado en 1949 por los patrocinadores de la revista *Las Españas*, fue el agente de una intensa actividad cultural y punto de encuentro entre los pensadores iberoamericanos más célebres. Se le reconoció por destacar el valor de estos hombres y concederles espacios para impartir conferencias, organizar mesas redondas, recitales y lecturas, cursos de historia de España, concursos y premios al mérito artístico, etc.²⁶

Pero no todo fue miel sobre hojuelas para ellos, pues como sabemos, no fueron bien recibidos por todos los mexicanos. Si bien la política pro republicana cardenista fue en sus inicios bien acogida por la mayor parte de la intelectualidad mexicana, cuando éste declaró públicamente su decisión de que los transterrados españoles se instalaran en México, ésta ya no fue vista con tan buenos ojos.

Sabemos que había motivos de orden económico o laboral, político e ideológico para mirar con recelo esta inmigración, y ya nos hemos referido a algunos de ellos. En los obreros se percibían los reclamos más fuertes debido al temor a la competencia por sus empleos. Tal miedo no pudo ser erradicado aún cuando Toledano, desde las líneas de *El Popular*, insistía en la “hermandad obrera”. En cuanto a los miedos políticos, la posible introducción de ideas radicales de izquierda, por parte de los elementos republicanos que ejercían el poder en España en tiempos de la guerra civil, también era tema de discusión. Esto se intensificó conforme crecían las advertencias, primero desde Europa, y

²⁵ El grupo Hiperión estuvo formado por un grupo de profesores y alumnos de la UNAM, entre quienes estaban Emilio Uranga, Jorge Portilla, Luis Villoro, Ricardo Guerra, Joaquín Sánchez Mc Grégor, Salvador Reyes Nevares y Fausto Vega. Sobre ellos nos dice Guillermo Hurtado: “No se conformaban con conocer las raíces más profundas de México, sino que deseaban cambiarlo, sacudirlo, liberarlo. El grupo pretendía no sólo comprender mejor a su objeto de estudio, México y lo mexicano, sino efectuar transformaciones profundas, definitivas”, *Vid.* Hurtado, “Prólogo”, en *Hiperión*, 2006, p.XI.

²⁶ De la Loma, “El Ateneo Español de México”, en Abellán, *Exilio*, 1976, pp. 288-289.

luego de Estados Unidos, de que el comunismo era un mal mundial que debía ser erradicado.

Pero interesa destacar, para cerrar con este apartado sobre el clima cultural de la época, los motivos ideológicos que promovían la discordia entre mexicanos y españoles, relacionados con la hispanofobia histórica y con el apego de ciertos grupos de tendencia conservadora que se sentían identificados con la propuesta de la España Nacional. Sabemos que las opiniones estaban divididas, y que muchos grupos rechazaban las políticas de Cárdenas poco favorables a buena parte de la sociedad. De ahí que algunos se permitieran defender abiertamente los principios católicos, tradicionalistas y jerárquicos abanderados por los rebeldes de España. Ya nos hemos referido a su defensa desde algunas tribunas de prensa. Además de la colonia española, con su interés directo en mantener el orden, los casos mexicanos ya han sido bien reseñados: el Sinarquismo y su movimiento con miras a rescatar la participación de la Iglesia católica en la definición nacional mexicana, o el Partido Acción Nacional que agrupó a las clases medias aisladas del proyecto gubernamental.

Los apartados siguientes abundarán en este tema desde la voz de los intelectuales. Así podrán conocerse los matices de este hispanismo ligado a la fobia a los Estados Unidos, a las políticas sociales más radicales, y a una situación internacional en cuyo ambiente se advertían los peligros del “comunismo”, la “masonería”, el “judaísmo” y más “ismos”.

3.2. Alfonso Junco: hispanidad y catolicismo

Dentro del grupo de pensadores católicos, opositores a la inmigración republicana, apologistas del franquismo y de la hispanidad, destaca Alfonso Junco. Desde la tribuna de *Excélsior*, *El Universal*, *Novedades*, y publicaciones españolas como *Mundo hispánico*. *Revista de veintitrés países*, de la colonia española como *El Diario Español*, además de la revista *Ábside*, que él mismo dirigió desde 1955, este regiomontano manifestó su pública aprobación de aquel régimen, sus vínculos con la intelectualidad española y el personal católico ligados a él, así como un humanismo en estrecha relación con las versiones más conservadoras

sobre la cultura mexicana en función de su reconocimiento de la herencia hispánica.

Nacido el 25 de febrero de 1896 en Monterrey, Nuevo León, México, Junco cursó sus primeras letras en un colegio católico. Obtuvo el título de contador y desempeñó esta profesión hasta que se dedicó de lleno a sus investigaciones. Perteneció a la Academia Mexicana de la Lengua desde 1931 y es miembro de la colombiana desde 1947. Participó en numerosos eventos católicos internacionales. En 1938, por ejemplo, representó a México en el Congreso Eucarístico de Budapest.²⁷

Sabemos que viajó por varios países de Europa y América Latina, andanzas de las que dejó constancia en las páginas de *Ábside* así como de los nexos que estableció en ellas con prominentes figuras de la cultura hispanoamericana.

Prolífico escritor, dejó más de cuarenta libros, entre los que hay obra poética, histórica, semblanza, crítica literaria, ensayo, crónica apologética, temas filosóficos y sociales, etc. Además se encuentran publicadas compilaciones de algunos de sus artículos periodísticos, de los cuales resultan de interés, para los fines de este trabajo, los que dan cuenta de sus ideas políticas, sociales y filosóficas que lo llevaron a apoyar libremente al franquismo.

A lo largo de muchos de esos escritos, Junco dejó en claro su firme voluntad de reafirmar el catolicismo. Reconoce que éste conforma la esencia de la identidad hispanoamericana y que cualquier intromisión cultural extranjera era inadecuada, repugnante y ajena a la realidad histórica de estos países. Asumiendo posturas ideológicas características de la época en que se desarrollaba la guerra civil en España, e inmediatamente la mundial, Junco relacionó al comunismo como una amenaza a los pueblos herederos de España, en tanto que nada tenía que ver con sus valores, su tradición, su visión del mundo o su organización política y social. Para este escritor, lo que llamaba la “influencia bolchevique” era algo así como un virus que, introducido en México a través de los miembros de la fallida República Española, amenazaba con dificultar todavía más las escasas posibilidades de

²⁷ Datos biográficos obtenidos de Ocampo de Gómez, Aurora M. y Ernesto Prado Velásquez, *Diccionario de escritores mexicanos*, UNAM, Centro de Estudios Literarios, 1967. p. 289.

alcanzar el orden social afectado por el cardenismo. Por otra parte, su rechazo al panamericanismo aludía a nociones parecidas. Tal como advirtiera la generación del 98, seguía viendo en él la expansión del utilitarismo materialista y la injerencia protestante en el mundo católico.

Podemos clasificar el pensamiento hispanista de Junco en dos ejes: sus posiciones políticas y sus ideas filosóficas. Entre las primeras ubicamos los argumentos con los que defendía la dictadura, como su eficacia para instaurar la paz erradicando el comunismo, acabar con el hambre en España, impulsar los transportes y comunicaciones; y sobre todo, por vincularse con la Iglesia católica. Sus opiniones negativas hacia los republicanos presentan otra cara del apego de Junco a la España Nacional. Como aparente seguidor del mito de las dos Españas, los considera fieles al “bolchevismo moscovita” y se permite las más severas críticas hacia Manuel Azaña, Martínez Barrio, Negrín, Indalecio Prieto y otros más. Con éste último mantuvo serias polémicas que pueden leerse en las páginas de *El Universal*.

En cuanto a sus ideas filosóficas, Junco se adhirió a las versiones más conservadoras de la hispanidad y dedicó muchas páginas a argumentar, con métodos teológicos, la permanencia de determinados valores entre los hispanos. El orden lógico de sus afirmaciones lo lleva a sostener que la adhesión a esos valores podía conducir a la armonía y la paz social, razón por la que debían universalizarse. Se trataban de los que predicaba la moral cristiana: unidad familiar, el recato de la mujer, el trabajo, la tolerancia, el sacrificio, la hospitalidad, etc. De ahí que, al unísono con los hombres de Acción Española, Junco abogara a favor de la unidad de los pueblos hispánicos en torno a tales valores. Sólo eso reviviría el imperio en un mundo que le parecía caótico y de costumbres relajadas.

A continuación presentaremos, desde algunos de sus textos, algunos puntos que nos permitan conocer el apoyo político y filosófico de Junco a la dictadura de Franco.

3.2.1. Posturas políticas

Desde el período de la guerra civil española, Junco siguió con interés sus acontecimientos, emitía opiniones, entablaba discusiones e incluso lanzaba, directamente, apologías a la dictadura. Sus fuentes eran los mismos discursos de Franco, palabras de sus allegados y de la intelectualidad que lo apoyaba (Pemán, Maeztu, García Morente, Pemartín, etc), la *Associated Press* norteamericana, cablegramas, la prensa de la colonia española en México o los más reconocidos diarios mexicanos.

Gran parte de los artículos donde el regiomontano publicó sus opiniones se encuentran en *Excelsior*, *El Universal*, *El Diario Español*, e incluso en revistas literarias como *Ábside* y *Mundo hispánico*. Otros fueron compilados y publicados por editoriales de sesgo hispanista como Botas, Jus o el Instituto de Cultura Hispánica de Monterrey.²⁸

Dentro de la complejidad de los eventos políticos españoles, Junco se detiene en los que le brindan mayores argumentos para sostener la necesidad de la dictadura. Sin dudar en ningún momento de la veracidad de los hechos que sostienen Franco o sus representantes, y negando toda afirmación que pudiera contradecirlos, Junco reafirma que este gobierno estaba emprendiendo una importante obra modernizadora; que su actitud era conciliadora y humanitaria con sus enemigos; que finalmente estaba acabando con el hambre y la miseria en las que quedó hundido el país después de la guerra; que con él quedaron resguardados los valores de la civilización hispánica, entre otras ideas más.

Sabemos que detrás de este firme apego al dictador estaba su vinculación con la Iglesia católica, representante de la verdadera esencia de los pueblos hispánicos, clave de su civilización y hermandad, de su gloria y de la continuidad de su imperio.

De ahí que el autor de *El difícil paraíso* lanzara apologías a Franco, debatiera con sus opositores, argumentara en múltiples ocasiones las diferencias

²⁸ Entre sus textos se encuentran: *España en carne viva*, 1946; *Inquisición sobre la inquisición*, 1959; *México y los refugiados: Las cortes de paja y el corte de caja*, Juárez: intervencionist; *Sangre de Hispania*, 1943; *La divina aventura*, 1938; *Gente de Méjico*, 1943; *Un siglo de Méjico: de Hidalgo a Carranza*, 1937; *Junco y la hispanidad*, 1980.

entre el nacional catolicismo español y los nazi fascismos; impugnara a los movimientos separatistas vasco y catalán; rechazara contundentemente la política cardenista de permitir la instalación en México de la República Española, debatiendo incluso con sus representantes más célebres: Prieto, Azaña, Negrín; y sobre todo, que apoyara y recreara desde la filosofía, la literatura y la poesía, las versiones más conservadoras de la hispanidad.

Ante todo, Junco consideraba que es digno de glorificar un gobierno interesado en el mejoramiento “anímico” de los españoles infundiéndoles la religión católica, empresa que no correspondía directamente a las funciones estatales, pero por lo mismo, era una acción caritativa y cristiana. Dado que la mayor preocupación de este católico era el mantenimiento de los valores de su religión, es de esperar que la propuesta de la España Nacional, con sus firmes intenciones de vincular al Estado con la Iglesia, haya representado para él el camino correcto.

En una amonestación que dirige a su allegado Pedro Gringoire, “el protestante”, por supuestos errores en sus interpretaciones sobre las palabras del cardenal Gomá, Junco celebra así la actitud franquista:

Todos sabemos que el Estado no tiene ni misión ni posibilidad de mover las almas y de infundirles la gracia divina y el fervor religioso; pero sí tiene misión y posibilidad de hacer lo que, meritoriamente, ha hecho el nuevo Estado español; dejar franca la puerta a la religión y a la moral cristianas, para que penetren y vivifiquen la institución familiar, la escuela, el campo, el sindicato, el régimen penitenciario, los servicios sociales, la vida toda de la nación.[...] es anómalo que un cristiano no encuentre loable esta actitud gubernamental, ciertamente dignísima de elogio.²⁹

El retorno al orden que el franquismo significaba para Junco estaba relacionado con su capacidad para erradicar el comunismo. Un comunismo que identificaba con la negación de la religión católica, la quema de templos, el asesinato de creyentes, la intolerancia y el fanatismo. A sus seguidores atribuía el origen de la guerra de España, porque “Lo que provocó el alzamiento nacional no fue una determinada forma de gobierno, ni mucho menos un republicanismo leal, sino la urgentísima defensa del ser hispánico ante una tiranía inexcusable, cada vez más

²⁹ Junco, *España*, 1946, p. 37.

influida y mangoneada por el comunismo internacional”³⁰. Y en la prensa mexicana advertía a su país los peligros de la infiltración de este “mal”:

La infiltración bolchevique – con su cauda de persecuciones, crímenes y bajezas -, fue una de las causas esenciales del levantamiento español. Y la propia infiltración llegó a ahogar al gobierno que con mano suicida le abrió las puertas [...]. El peligro comunizante sigue vivo en Méjico, donde nos inundó de vergüenzas y estragos, y donde ahora se recalienta y acurruca al fuego de la guerra, fingiendo solidaridad con las democracias que aborrece y esperando el momento propicio de volverse a descarar.³¹

A su modo de ver, este sistema, que en sus palabras más bien es una enfermedad, representa el mayor peligro para el orden católico y para la estabilidad mundial³². Veía que “la pasión roja es destruir: destruir vidas, destruir bienes, destruir pudores. Destrucción es la huella de su pie”. Por el contrario “la pasión católica es construir: la zona de Franco era de orden y florecimiento; y ahora, tras el triunfo, hay un ímpetu portentoso de reconstrucción: de las almas y de las cosas”. Pero el general gallego Franco salvó a España de aquel “salvajismo”.³³ En *El difícil paraíso*, Junco lo elogiaba por haberlo erradicado, pero también por sus “admirables cualidades personales”:

A mí me parece lo natural en todo hombre recto – no digamos en todo cristiano -, una actitud de admiración y simpatía para quien ha limpiado de la carroña bolchevista su patria; para quien ostenta designios y realizaciones de austera justicia y extraordinaria elevación; para quien fervorosamente aclamado por su pueblo, ya lo empuja al primer rango después de abatimiento secular; para quien tiene, en lo personal, una diafanidad de vida inexpugnable, una rara armonía de ecuanimidad e intrepidez, una admirable suma de excelencias militares y

³⁰ Alfonso Junco, “Méjico” y los refugiados: entre las cortes de paja y el corte de caja”, en *Excélsior*, 3 de diciembre 1939.

³¹ Junco, “El embajador Weddel”, *España*, p. 195.

³² Junco se empeñó, en numerosos artículos, en impugnar la llegada de Negrín y Prieto a México. Con éste último, en particular, sostuvo enconadas discusiones en prensa. En una de las más célebres, donde se inscribió con el artículo “Mentar la sogá”, acusó a éste último de tratar de negociar con Franco la repatriación de inmigrantes otorgándole fondos de “propiedad nacional”. Fue publicada en *El Universal* y recuperada por *El Diario Español*, el 3 de noviembre de 1939. El tema del manejo de los recursos españoles traídos a México por estos republicanos fue uno de los temas que más enojaban al regiomontano, tema constante de sus artículos, de los cuales, algunos están compilados en *México y los refugiados: entre las cortes de paja y el corte de caja*.

³³ *Ibid.*, p. 37.

gubernamentales, una humildísima sencillez en el combate y en la victoria.³⁴

Y no permite que Franco y sus seguidores sean criticados por haber cometido injusticias a su tiempo, ni mucho menos que los califiquen de totalitarios. Sin embargo, cabe traer a colación su defensa del cardenal Gomá, quien a pesar de ser un apologista del régimen, fuera censurado por haber cometido esa falta. Luego de que se prohibiera en España una pastoral escrita por él, donde presuntamente criticaba al “Estado totalitario” franquista,³⁵ Junco sale en su defensa advirtiendo que “no consta que fuera contra el Generalísimo” y que no hay base para afirmar “que ella sea contra el Estado totalitario”. Para ello le parece oportuno presentar las características de esta modalidad de gobierno, para luego contrastarlas con su propia concepción humanista del franquismo:

Si por totalitarismo entendemos – y podemos legítimamente entender, pues tal es la acepción más difundida -, absorción por el Estado de todos los derechos individuales, familiares y corporativos, erigiéndose el propio Estado en fuente única del derecho; si por totalitarismo entendemos lo que, con vocabulario anfibológico podríamos llamar estadolatría, el totalitarismo es plenamente reprobable. Y el régimen de Franco de ningún modo se identifica con el totalitarismo, al revés, lo repudia. [...] El totalitarismo niega la voluntad de la persona humana, Franco y los suyos – así José Antonio - afirman con radical tesón esa dignidad, y exaltan al hombre como “portador de valores eternos”.³⁶

³⁴ Junco, “Juicio”, *Difícil*, 1940, p. 22.

³⁵ El cardenal Isidro Gomá Tomás (1869-1940), arzobispo de Toledo y Primado de España, fue uno de los principales apologistas de la Hispanidad. El 5 de febrero de 1939 en el *Boletín oficial eclesiástico* de su diócesis publicó una pastoral titulada *Lecciones de la guerra y deberes de la paz*, en la que emitía una crítica al totalitarismo que profesaban las naciones aliadas del movimiento español. Pero cuando la carta fue dirigida a un periódico de Madrid para su reproducción, la Jefatura de Prensa puso veto a su difusión. Junco, sin reprochar nada al cardenal, sino tratando de conciliarlo con el régimen que le impidió difundir su texto, afirma que la prohibición no vino “por razones religiosas, sino por consideraciones políticas. En lo religioso, el cardenal y el régimen coinciden [...] En la pastoral se enfocaban problemas sociales y políticos de gran trascendencia [...] y es fácil que la extrema delicadeza de las relaciones internacionales con la imperiosa guerra europea encima y el afán del gobierno español por lograr el milagro de mantenerse fuera del conflicto, haya hecho que la censura juzgase prudente impedir la divulgación de juicios que pudiesen herir o predisponer adversamente a naciones que son actualmente amigas”. *Vid.*, Junco, “Se analiza un escándalo”, en *España en carne viva*, p.28. Por otra parte sostiene que la pastoral “exalta la dignidad de la persona humana, se sustentan todas aquellas egregias verdades político sociales de que el catolicismo ha sido gonfalon en el mundo, y que España posee en el tesoro familiar de sus teólogos y juristas, de sus reyes y su pueblo” *Vid.* Junco, “Juicio panorámico”, en Junco, *Difícil*, p.20.

³⁶ Junco, “Anfibología totalitaria”, en *España*, pp. 52-53.

En otra parte nuestro autor sostiene que el grupo en el poder no era homogéneo, lo que restaba fundamentos a la tesis de que éste estaba concentrado en una persona o un partido: “en Falange se hermanan todas las milicias cívicas que en la contienda convergieron, y todas las fuerzas sociales que hoy cooperan, con libre y fervorosa voluntad, al resurgimiento de España. Yo no veo en eso opresión”.³⁷ Veía al nuevo partido incluyente, “acorde con la tradición y el espíritu hispánicos”.³⁸

Si bien una de las características del totalitarismo es el uso de la fuerza con fines coercitivos, Junco no niega las acciones represivas que ese grupo, antes de consolidarse como Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista. Todavía más, las justifica por haber obedecido a una “defensa natural” frente a los ataques, y por haber adoptado la forma de una “guerra santa”. Esto la dotaba de un aura de justicia por tratarse de la defensa de la religión:

¿Por qué se le ha llamado guerra santa? Porque los motivos más intensos, más decisivos que la impulsaron fueron, aparte de la salvación de la patria, la salvación de aquellas libertades esenciales para la humana dignidad, de aquellas normas y prácticas directamente encaminadas al fin supremo del hombre, que es su vinculación con Dios. Vinculación personal y vinculación social [...] La agresión furibunda contra todo lo religioso y contra la idea misma de Dios, suscitó, por reacción naturalísima y honrosísima, la defensa correlativa. Y ciertamente, lo que con superior intensidad movió a la mayoría de los jefes y a la mayoría de las masas españolas fue la urgencia de salvar lo supremo [...] De ahí que surgiera, espontáneamente, aquella expresión: *Por Dios y por la Patria*. No era una consigna previa, no era un lema premeditado: era, sencillamente, una verdad que por sí sola se hacía palpable, se echaba a andar y se imponía”.³⁹

Tras estas consideraciones, que colocan el acento en el carácter católico del régimen y en su esfuerzo por mantener y reforzar el “espíritu hispánico”, el autor deslinda al franquismo de toda posible comparación con los nazi fascismos. Esa era su respuesta a quienes veían en aquél una fuerte concentración de poder, el uso de mitos, símbolos, banderas y uniformes, por lo que la relación era irrefutable. Ideas que le escandalizaban, puesto que influían en la opinión pública

³⁷ Junco, “Mosquito”, en *Difícil*, p. 65.

³⁸ “Desencanto”, en *Ibid.*, p.53.

³⁹ “Guerra” en *Ibid.*, p. 70.

internacional promoviendo el ostracismo que poco a poco encasillaba al régimen. De ahí que saliera en su defensa: “Franco y los suyos son católicos sinceros, y como tales repudian todo lo que en el nazcismo es repudiable. No hay quien condene el fanatismo racial y la idolatría del Estado, tan radicalmente como la doctrina católica. Condenación actualizada por el Sumo Pontífice Pío XI”.⁴⁰

Según él, la única relación entre estos sistemas era su voluntad de erradicar el comunismo. Su alianza sólo había sido eventual para alcanzar ese objetivo, pero aparte de eso no existía ningún vínculo ideológico ni político:

España recibió colaboración de Italia y Alemania, a cuya campaña anticomunista importaba y convenía el fracaso del bolchevismo en su incursión peninsular. Coincidían las tres naciones en su lucha a muerte con el comunismo. No coincidían en su ideario filosófico y político. En la alianza eventual, España recibía el apoyo necesario para contrarrestar los otros apoyos extranjeros del lado opuesto, pero mantenía incólumes su pensamiento y dignidad.⁴¹

Por otro lado, en *El difícil paraíso*, advierte que:

Cualquier persona con mediano dfato puede percibir que el eventual apoyo bélico de Italia y Alemania para el movimiento español, era necesidad o conveniencia recíproca del momento, nunca identificación de doctrinas, supeditación de la arrogante España a ninguna tutoría.⁴²

Otros principios que desde ciertos enfoques podían parecer similares entre esos gobiernos eran su creencia en la superioridad de la raza “nacional” o la concentración de poderes en el Estado. Junco se empeña en demostrar que nada tenían que ver con el nacional catolicismo español. El lema *Por Dios y por la Patria* no era una sólo consigna, advierte este hispanista, era “sencillamente una verdad que por sí sola se hacía palpable, se echaba a andar y se imponía”⁴³ Junco transcribe para ello las palabras de Franco:

¿Qué puede haber de común entre nuestro movimiento y el hitlerianismo, que fue, ante todo, una reacción de sentido alemán contra el estado de cosas engendrado por la derrota y la abdicación y la desesperación que lo siguieron? La mística racista no podría, además, complicarse más que por falta de unidad religiosa de Alemania: la idolatría del Estado o la idolatría de la Raza. [...] En cambio, nosotros

⁴⁰ Junco, “Juicio”, en *Ibid*, p.20.

⁴¹ Junco, “Preponderancia”, en *Ibid.*, p.83.

⁴² Junco, “Hechos y razones”, en *Ibid.*, p. 63.

⁴³ Junco, “Guerra”, en *Ibid.*, p. 70.

somos católicos ¡*En España se es católico o no se es nada!*, Nuestra unidad, nuestra fraternidad, la encontramos dentro del catolicismo. Allí encontramos también nuestra concepción del mundo y de la vida. Este carácter católico bastaría para distinguir del estadismo mussoliniano o del racismo hitleriano nuestra Revolución Española, que es una vuelta integral a la verdadera España.⁴⁴

Y nuestro autor concluye: “Sin que hablemos de impecabilidad ni perfección, inasequibles en lo humano, ciertamente el estado español respeta la doctrina católica y en ella inspira su actitud ante la persona, ante el matrimonio, la familia, ante la escuela y el trabajo”.⁴⁵ Sólo toma de esos regímenes lo que le parece más conveniente para hacer funcionar adecuadamente al gobierno y la sociedad:

El régimen español, tomando advertencia de los grandes experimentos ruso, italiano y alemán, se inspira en normas de autoridad y jerarquía, de corporativismo democrático, de avanzada reforma social que a muchos asusta y escandaliza, todo vivificado en una interna savia tradicional, hispánica, espiritualista, católica.⁴⁶

En otros ámbitos de la vida española, Junco también emitió juicios a favor de las propuestas del movimiento rebelde, especialmente en lo respectivo a los separatismos vasco y catalán. La voluntad de evitar el regionalismo para unificar España y revitalizar su carácter imperial, fue firmemente sostenida por nuestro autor. Y al igual que en éste, en otros temas, utiliza como referencias las afirmaciones de sus intelectuales tradicionalistas predilectos: Vázquez de Mella, Maeztu, Menéndez Pelayo, Pemán, etc.:

Fueron ellos, los vascos separatistas, quienes, desencadenada la lucha y clarísimos sus términos, cometieron la absurda monstruosidad de unirse a los rojos y combatir a sus hermanos. [...] El peligro separatista tenía que suscitar una reacción defensiva en todos los auténticos patriotas españoles. Y ello explica intransigencias y restricciones impuestas por circunstanciales imperativos del momento. Pero, limpio de lacras separatistas, un sano regionalismo está en la entraña de la tradición española y el actual movimiento hispánico, el cual reconoce pro maestros a Balmes, Menéndez Pelayo, Vázquez de Mella, Ramiro de Maeztu, propugnadores insignes todos ellos del respeto a las libertades y características regionales, dentro de la unidad de la patria común. Y en el propio sentido ha hablado, muy rotundo y explícito, el general Franco.⁴⁷

⁴⁴ Junco, “Nazi”, en *España*, 1946, p. 289.

⁴⁵ *Ibid.* p. 290.

⁴⁶ *Ibid.*, 291.

⁴⁷ Junco, “Vasco”, en *España*, 1946, p. 86-87.

Así como éstos, otros puntos de las propuestas franquistas que interesan a Junco serían dignos de mencionar, aunque lo más importante que cabe reafirmar aquí es que este pensador siempre se empeñó en mostrar que los afanes de la España Nacional eran los únicos acordes con el pensamiento y sentir hispánico. Su interés por este movimiento en tiempos de la guerra civil, y sus relaciones con la intelectualidad católica española a través de *Ábside* y otros medios, lo colocaban en una posición que le permitía comparar los procesos políticos españoles con los mexicanos, razón por la que tomaba la palabra, ante el gobierno de su país, para advertirle sobre la amenaza de la injerencia del bando republicano. Pero su apego a la doctrina de la hispanidad y sus nexos ideológicos con el catolicismo son trasfondo de su adhesión al proyecto franquista.

3.2.2. La hispanidad de Junco

Sin temor a ventilar su convencimiento y aceptación de los escritos de la intelectualidad tradicionalista cercana a Franco, Junco presenta la misma visión de la hispanidad defendida por ellos. La hispanidad como un “espíritu” o una “herencia” aportada por los peninsulares cuando llegaron a lo que luego sería América; o una “comunidad de pueblos” unidos por esa misma sustancia, es para este mexicano, como para Maeztu, la razón de ser del “Imperio hispánico”.

Las palabras de Junco parecen calcadas de los célebres *Defensa de la hispanidad* (Maeztu), *Idea de hispanidad* (García Morente), o la *Apología de la hispanidad* (Gomá), en tanto que se adhiere a la misma connotación del término y sostiene sus premisas más recurrentes. Una de ellas es la idea de raza. No la raza en su sentido biologicista, como ya lo hemos dicho, sino “raza” en función del componente cultural que la unifica. Otra es la unidad en la religión católica, consustancial en esta versión de la hispanidad, la preservación del castellano y toda la serie de valores que parecen universales a los ojos de nuestro autor.

Como hicieron los intelectuales españoles, Junco se empeña en advertir que los Estados Unidos nunca habían dejado de ser un peligro para el mundo hispánico. El caso de la independencia de Panamá, que considera un ejemplo del

panamericanismo monroísta,⁴⁸ lo escandaliza. De ahí que haga un llamado a reivindicar la comunidad de pueblos de herencia española, no para enfrentarse con los norteamericanos, sino para iniciar una relación entre iguales, sin afanes de superioridad desde una sola de las partes.

Incúmbenos apretar y vivificar la hermandad con todos los pueblos americanos de nuestra estirpe, con la España que hoy renace, impetuosa y magnífica. Nos conviene unirnos, fortalecernos, intensificar nuestra vinculación cultural, económica y política. Integrar en un bloque poderoso y en un organismo actuante, la gran verdad de la Hispanidad. Entonces tendremos amistad auténtica con los Estados Unidos. Amistad de igual a igual; sin mermas serviles ni desplantes grotescos. Amistad con respeto y estimación; amistad con influjo recíproco de lo mejor de cada quien. No tutelas monroístas ni infundios panamericanos.⁴⁹

Uno de sus textos más célebres publicado por *Ábside*, dirigido a “las juventudes hispánicas” de Bogotá, es otro ejemplo de sus llamados a reivindicar la comunidad. En una terminología de clara inspiración católica y claramente influida por los discursos decimonónicos de la hispanidad, predica que el mundo de su época estaba amenazado por el materialismo, al cual se oponían los valores de la hispanidad.

Con disfraces variados y aún antitéticos, es un ardiente materialismo el que nutre la hoguera de la pugna mundial y el relajamiento de las costumbres. Por eso al cristiano – singularmente al cristiano por cuyas venas juveniles cunde la savia del futuro – tócale alzar la bandera del espíritu y luchar por una auténtica recristianización: en el orden cívico e internacional; en el orden íntimo y social.⁵⁰

En los años en que la segunda conflagración mundial devastaba Europa, Junco advierte, como muchos otros hispanistas, que el mundo de su tiempo estaba viviendo una decadencia. Por ello apela al exclusivismo de los valores más tradicionales, a las formas de vida y de conciencia que heredó España en los territorios de su antiguo imperio:

⁴⁸ Junco anuncia que la independencia de Panamá fue una farsa apoyada por los estadounidenses para controlar el canal: “Panamá era una provincia de Colombia, y el 3 de noviembre de 1903 los Estados Unidos patrocinaron una revolucioncita dizque de independencia que triunfó el mismo día, y apenas pasados tres reconocieron al nuevo Gobierno... Todo naturalmente, para abrir el canal que ellos querían y les daba la llave de ambos océanos. *Vid.* Junco, “Panamá como símbolo”, *Difícil*, p.156.

⁴⁹ Junco, “Panamá como símbolo”, *Difícil*, pp. 161-162.

⁵⁰ Junco, “Mensaje a las juventudes hispánicas”, en *Ábside*, vol. 5, núm. 9, septiembre 1941.

Ante la crisis del estado y del Derecho, ante la opuesta sollicitación de interesadas propagandas, tócanos a nosotros, católicos e hispánicos, mantener nuestra propia identidad y no ser influidos sino influyentes. Tócanos afirmar y robustecer la dignidad de la persona humana, la santidad de la familia, la justicia social, todas aquellas redentoras verdades que el catolicismo ha sido gonfalon en el mundo y que Hispania posee en el tesoro familiar de sus teólogos y juristas, de sus reyes y su pueblo. No necesitamos mendigar teorías de extranjis, cuando tenemos, hecha sangre de nuestra estirpe, la doctrina señera en que se hermanan y equilibran autoridad y libertad, reverencia y osadía”.⁵¹

Ciertamente, al afirmar que “toca a nosotros [...] no ser influidos sino influyentes”, estaba anunciando su voluntad de revivir el imperio tal y como si fuera el mismo Maeztu. Así, en otro párrafo afirmaba:

Nos incumbe, por eso, en el orden cívico e internacional, ser apóstoles. Y también las costumbres estragadas, exigen, en la última hondura y en el campo social, un anhelo operante de recristianización [...] Repudiar lo mediocre, amar lo heroico, pedir sublimidades: propia definición de juventud; propia definición de cristianismo”.⁵²

Pero como éste pensador, Junco recupera una serie de textos que le sirven para sostener que en este imperio no existían afanes de conquista territorial, sino meramente espirituales. Con ese fin, transcribe el ideario de Falange, las palabras de José Antonio Primo de Rivera, de José María Pemán, de Franco y de otros. Las parafrasea subrayando sus intensiones encaminadas a buen fin.

Así, en “La hispanidad en pie”, afirma:

Me parece que nadie puede creer en serio, a poco que en ello recapacite, el que la España Nueva pretenda reconquistar la América o mermar a las naciones de acá su autonomía. Es algo tan obstuso y ridículo, que el solo enunciarlo es refutarlo. Cuando en la España nueva se habla de imperio, se alude a una resurrección de pujanza y prestigio, que facilite y acelere el triunfo de la Hispanidad. Hasta suelen decir, puntualizando: “Imperio de la Hispanidad”. Ésta no será entonces una abstracción inoperante, sino un espíritu encarnado en una gran comunidad de pueblos – fraterna y libre -. Que pese en la balanza del mundo.⁵³

⁵¹ *Ibid.*

⁵² *Ibid.*,

⁵³ Alfonso Junco, “La hispanidad en pie”, en *El Universal*, 21 de octubre de 1939.

Y trayendo a colación las palabras de Franco, se adhiere a su proyecto. Un proyecto dirigido a fortalecer a España, vincularla a Europa y sentar las bases de la comunidad fraternal que desea:

Revivir la interior grandeza de España; reintegrarla a su sitio de honor en Europa y el mundo; poner en obra y valor el espíritu de la Hispanidad. Para esto último, intensificar el intercambio cultural y económico, apretar, así, en lo espiritual y lo material, los vínculos con la América española, y llegar a alguna manera de pacto, confederación o anfictionía [...] que unifique y erija ante el mundo, como una fuerza actuante, esa enorme realidad que se llama mundo hispánico.⁵⁴

Y como reconoce que en México prevalecían ideas que podían oponerse a la recepción de la hispanidad, especialmente el indigenismo, Junco se muestra conciliador. Como recurso de convencimiento sugiere que esta corriente es particularista y exclusivista, que no reconoce la dignidad del indio, mientras que la hispanidad lo incorpora, lo reconoce dentro de una comunidad humana más vasta. La conmemoración del Día de la Raza es la coyuntura perfecta que le permite publicar estas ideas en los diarios de mayor circulación nacional:

El indigenismo – cierto indigenismo al uso, que hoy quiere monopolizar el título, - suele prescindir del hispanismo y aún repudiarlo, quedarse con el indio en vivas plumas, encantarse con su exotismo pintoresco.

El hispanismo, en cambio, al afirmar lo hispánico, afirma precisamente lo indígena, que no es cosa contrapuesta ni ajena a la Hispanidad, sino fundida a ella en una totalidad étnica e histórica objetivada por veinte pueblos.

El hispanismo católico – único hispanismo entero y verdadero, porque lo católico es la entraña misma de lo hispano – ama y siente al indígena, como cosa propia. No lo segrega, sino lo incorpora. Quiere su mejoría y exaltación integral, como persona humana.

Ese indigenismo adorador del dialecto y de la orejera y el collar que busca ejemplares de indios como buscaría ejemplares de fauna exótica, huele mucho a novelaría y mentalidad de “reservation”.

El hispanismo, al revés, nutrido de católica savia, no entiende al indio como mitotería pintoresca, sino como dramática humanidad.

No ya hispanistas sino hispanos, son cuantos arraigaron en América el conocimiento y la dignificación del indígena, su incorporación fraterna y sin repulgos a una comunidad más vasta y a una cultura superior. Todo ello respetando cuanto en los modos y costumbres indígenas era bueno o indiferente; corroborando con amor sus peculiares aptitudes y sus gustos nativos; y sólo repudiando las cosas inhumanas o inferiores sacrificios sangrientos, antropofagia, idolatría, poligamia. [...]

⁵⁴ *Ibid.*

Nosotros, justamente por nuestra herencia hispánica, jamás hemos sentido diferencias por el color de la piel: indios, mestizos, criollos, convivimos naturalmente y sin reparar en ello; nunca es la raza motivo de acrimonia ni de exclusión: lo mismo en la escuela que en la oficina, en la mitra del prelado que en la silla del presidente, pueden alternar y alternan, sin asombro ni repulgo de nadie, todos los “pigmentos”. [...] Para avalorar esta excelencia, genuina y medularmente cristiana, que nos pasa inadvertida por lo mismo que es connatural, no tenemos que volver los ojos a los Estados Unidos, donde, a despecho de la libre igualdad que en otros órdenes reina, vemos que los indígenas fueron destruidos”⁵⁵.

Por el carácter incluyente de la hispanidad, por dotar de sentido a los futuros vínculos entre naciones con fines de protección territorial frente a ambiciones extranjeras, por prometer el engrandecimiento “espiritual” al reivindicar los valores católicos, es uno de los temas más frecuentes en los artículos de Junco. Estaban presentes, además, en las múltiples conferencias que pronunció en eventos de la colonia española en México, que quedaron publicados en *El Diario Español*.

Las páginas de *Ábside*, especialmente cuando este regiomontano la dirigía, se convirtieron en tribuna de los pensadores más célebres del franquismo, aún cuando se tratara de textos publicados en España mucho tiempo atrás. La actividad de Junco en eventos que fomentaban el hispanismo, como fue el Encuentro Eucarístico de Bulgaria, u otros donde entraba en contacto con la grey católica, dan cuenta de su interés por llevar a su patria ideas que contrastaban con las posturas oficiales. Queda mucho por estudiar aún sobre sus andanzas, sus amistades, así como el impacto que llegaron a tener sus ideas hispanistas entre una población que no siempre estuvo de acuerdo en favorecer a la República española.

3.2.3. Junco y las derechas

Compartiendo con muchos otros pensadores de las décadas de 1930 y 1940, la idea de que el mundo pasaba por una etapa de caos y desorden, Alfonso Junco fue un fiel representante de las posturas católicas que vislumbraban la posibilidad de emprender una renovación moral universal. Ésta consistía en consolidar los

⁵⁵ Junco, “Entraña y símbolo de la hispanidad”, en *Ábside*, vol. 4, núm. 12, 1940.

valores de la doctrina cristiana, especialmente los relacionados con la unión familiar, el recato, la disciplina, y otros que contribuirían a un buen funcionamiento social para consolidar el progreso nacional.

Los enemigos de estos valores, según esta visión, eran el comunismo, el liberalismo y la masonería. Los motivos los había dado la historia: no sólo la experiencia mexicana, sino la mundial, había demostrado la incapacidad de estos sistemas para organizar la política, la economía y la sociedad. Pero sobre todo, tras ellos quedó una estela de discordia, guerras, miseria y envilecimiento humano por haber privilegiado los caprichos del hombre antes que la espiritualidad de Dios.

Ciertos sectores de las derechas mexicanas, como se clasificó a los opositores a los gobiernos revolucionarios,⁵⁶ compartieron y difundieron tal “diagnóstico”. Las políticas sociales de Cárdenas, para ellos fieles a la Rusia soviética, sólo beneficiaban a obreros y campesinos sin contemplar a muchos otros actores tradicionalmente implicados en los distintos ámbitos de la vida nacional. Como sabemos, las políticas en materia de repartición agraria afectaron a pequeños y grandes propietarios; la educación socialista y las limitaciones impuestas al clero dificultaron sus mecanismos de reproducción. Esta parece haber sido la causa de que surgiera una reacción cada vez mejor organizada con el objetivo de mantener las prerrogativas y goces que como grupo habían heredado del pasado novohispano, amenazadas por influencias extranjeras que nada tenían que ver con la verdadera identidad y funcionamiento de la sociedad mexicana.

Para el caso de la derecha religiosa, con la que pueden identificarse los planteamientos de Junco, debemos atender a algunos detalles. Sabemos que durante la década de 1920, Plutarco Elías Calles fue particularmente intransigente hacia los sectores católicos. El afán por centralizar la educación en manos del

⁵⁶ Hugh Campbell introduce la connotación de la “derecha radical” mexicana, indicando que “presentó un rostro generalmente negativo contra la Revolución Mexicana y los cambios sociales que prometía, en especial contra el giro marxista adoptado durante los años treinta”. Por otro lado, “se caracterizó por su xenofobia y su exacerbado antiextranjerismo que se manifestó en el odio a Norteamérica, que encerró, en diversos grados, cierto antisemitismo”. *Vid*, Campbell, *Derecha*, 1979, p.7-9. Campbell identifica, por un lado, a una derecha radical religiosa, y por otro, a una derecha radical secular”. De aquí en adelante retomaremos su clasificación para ubicar a los más sobresalientes sectores de la derecha en nuestro país.

Estado a través de la reforma al artículo 33⁵⁷, el cierre de templos, la expulsión de sacerdotes y las restricciones a los oficios religiosos, terminaron por enemistar al gobierno revolucionario con los sectores que consideraba contrarios al progreso. El resultado fue guerra cristera.

La llegada de Cárdenas contribuyó a atizar las desavenencias al insistir en la educación socialista y decretar las políticas agrarias, poco favorables a pequeños y grandes propietarios. La historiografía ha considerado a la Unión Nacional Sinarquista (UNS) como uno de los más importantes bastiones de oposición por parte de la derecha. En ella se encontraban antiguos cristeros bajo el amparo de la Liga Nacional de Defensa de las Libertades Religiosas (NDLR); y sus líderes eran Salvador Abascal, José Antonio Urquiza, José y Antonio Trueba Olivares y Manuel Zermeño.

Fundada en 1937 en Guanajuato, región conocida por haber conservado las antiguas estructuras de la jerarquía virreinal, la UNS se creó con el objetivo de reivindicar las prerrogativas de los católicos sin llegar a la lucha armada. Tras la idea de que la civilización estaba en constante decadencia, veían con nostalgia la Edad Media, en la que encontraban un modelo de orden basado en un Estado corporativo perfectamente reglamentado donde no existía la movilidad social.⁵⁸ Con el anhelo de volver a instaurar este sistema, algunos de sus miembros plantearon la necesidad de llegar al poder, otros la resistencia armada. Confluían en que se requería instaurar un Estado teocrático que implantara un orden cristiano, y así corregir paulatinamente los vicios de la sociedad.

Acontecimientos como la represión a los católicos por parte del gobernador de Veracruz, Adalberto Tejeda, y la codificación del papel central del Estado en la impartición de educación promovieron la multiplicación de adeptos al Sinarquismo por todo el país. Para principios de la década de 1940, una vez que adquirió importancia nacional, se vio fortalecida por el miedo al comunismo que muchos

⁵⁷ La tesis del intervencionismo estatal, afirma Tzvi Medin, es la principal en el Plan Sexenal. En lo que se refiera a la política educativa, planteada en las modificaciones al artículo 33, se propuso continuar con la educación laica, a la que se daría una interpretación socialista y antirreligiosa, pero sin intentar fijar una orientación ideológica o doctrinaria. Basada en una interpretación racionalista-científica, era fundamentalmente antirreligiosa. Ese fue el factor que desencadenó el malestar de los sectores católicos. *Vid. Medin, Cárdenas, 1997, p.48.*

⁵⁸ Campbell, *Derecha*, 1979, p.98.

atribuían al cardenismo. Miedo que, como sabemos, tenía como principal impulsor a la prensa norteamericana.

Y en un momento en el que abundaban las acusaciones de quintacolumnismo, las prácticas sinarquistas como el uso de uniformes, los saludos, la organización, eran relacionadas directamente con injerencias nazi fascistas. Independientemente de que estos vínculos hayan sido reales, el triunfo de las fuerzas nacionalistas en España atrajo nuevos partidarios a la UNS, si bien siempre se deslindaron de apoyar los totalitarismos. Era su admiración al estado corporativo franquista y su capacidad de erradicar al comunismo lo que les parecía un modelo posible para recrear en México.

Dentro de su ideología, la UNS defendía una Hispanidad a la que los mexicanos debían volver los ojos. La herencia hispánica representaba la verdadera identidad, los verdaderos valores y el único modelo en el que podía sustentarse un orden nuevo. Eran ideas compartidas entre una intelectualidad que se dio a la tarea de difundir las bondades del catolicismo, del peligro al comunismo y el panamericanismo, de la añoranza de la paz.

Alfonso Junco, al igual que otros intelectuales como Gabriel Méndez Plancarte y Jesús Guisa y Acevedo, compartían ese pensar y sentir de los grupos de derecha. El primero se manifestó en los artículos que ya conocimos; los segundos dirigían revistas que ponían en contactos a pensadores, políticos, y miembros de la curia católica que tenían en común la perspectiva de iniciar la regeneración moral, erradicar el comunismo, la masonería, el judaísmo, y en general, toda influencia ajena a la tradición hispánica.

Por otra parte, es pertinente recordar que en Monterrey, tierra de origen de Junco, se organizaban grupos que Hugh Campbell caracterizó como la “derecha radical secular”. Hacia 1929, la depresión mundial condujo a Luis Sada, industrial de Monterrey, a organizar una unión patronal para apoyarse en los estragos de la crisis.⁵⁹ Más adelante, para hacer frente a las políticas cardenistas, especialmente la creación de la CTM, se formó la Confederación Patronal de la República Mexicana (CPRM), encaminada a conseguir el bienestar de sus miembros con

⁵⁹ *Ibid.*, p. 55-56.

respecto a los trabajadores. Campbell afirma que gracias a sus recursos financieros este grupo alcanzó cierto grado de dirección global. Hacia 1934, con motivo del enfrentamiento entre patrones y esta organización obrera, de la CPRM se formó la Acción Cívica Nacionalista, que subsidiaron a otros grupos de derecha, como las Camisas Doradas.

Lo que cabe destacar en este punto es que la capital de Nuevo León fue una región que focalizó tanto a la derecha secular como a la derecha religiosa. Ahí se creó, además, una filial del Instituto de Cultura Hispánica, que se encargó de promover la obra de autores católicos como Junco.⁶⁰ La relación con la colonia española, a la que pertenecían importantes empresarios, también tenía estrechos vínculos tanto con los empresarios regiomontanos como con las derechas religiosas. Ambos eran grupos bien organizados que por sus recursos, materiales los primeros, ideológicos los segundos, fueron un punto de apoyo para el resto de las derechas en el país, especialmente las que se vieron atraídas por los principios de la hispanidad.

3.3. Carlos Pereyra: historiografía con vocación hispanista (1871-1942)

Uno de los prologuistas más reconocidos de Carlos Pereyra, Martín Quirarte, afirma:

Un juicio muy generalizado sostiene que don Carlos fue en México un antiespañol radical, y que más tarde, en España, dominado por el resentimiento, se convirtió en un obsecado hispanista. La afirmación carece de fundamento. Los gérmenes de una gran admiración a Portugal y a España, están muy desarrollados desde que su vocación histórica comenzó a manifestarse antes de que efectuase su primer y único viaje a Europa.⁶¹

Ciertamente, esta consideración partía de una lectura poco cuidadosa de la obra de este historiador, que sólo notaba la “mexicanidad” de sus primeros escritos en contraste con el interés en la historia de España de sus trabajos posteriores. El argumento era que en sus primeras obras, especialmente en

⁶⁰ Sabemos de la creación de un Instituto de Cultura Hispánica de Monterrey porque publicó la serie de artículos *Junco y la Hispanidad*, a los que ya nos hemos referido. Sin embargo cabría realizar una investigación más amplia sobre su evolución y funciones.

⁶¹ Quirarte, “Prólogo”, en Pereyra, *Hernán*, 1971, pp. (IX-XLIII).

Historia de Coahuila (1906?), su autor ponía de manifiesto los abusos a la población nativa cometidos por los conquistadores. Otro punto era que impugnó con severidad a quienes atribuían inferioridad a los mexicanos, comparando las características de la colonización de esta tierra con las conquistas de otras regiones. Como historiador del porfiriato se le atribuye el “haber sido un sumiso absoluto del positivismo, un antiespañol y un liberal inflexible”⁶².

Y sobre todo, la idea se desprendió de las biografías más célebres de este autor. La de Ángel Dotor, en claros tonos apologéticos, lo reconoce como “el historiógrafo más representativo de la Hispanidad”,⁶³ cuya obra “constituyó algo de importancia excepcional en orden a la reivindicación de las glorias españolas”;

Dijérase que tal tributo esclarecedor entraña, pues, una preciada restitución que América ofrenda, por obra de uno de sus hijos más insignes, al país genitor que la descubrió y la hizo entrar en la vida de la cultura, cosa que, por mucho que se haya pretendido desfigurar, no olvidan aquellos pueblos, quienes con el dictado de la Madre Patria siguen rindiendo a España su pleitesía espontánea y reverenciosa.⁶⁴

Otros criterios, menos relacionados con su obra historiográfica y más con su vida profesional, han acusado a Pereyra de haber apoyado al franquismo. Estas se basan en que sus condiciones laborales mejoraron cuando ingresó en el CSIC, específicamente como redactor de la *Revista de Indias* editada por el Instituto Fernández de Oviedo en el año de 1940. Por otro lado, sus artículos tanto en la prensa española como en la mexicana, dejaban claro el rencor de este historiador hacia los “rojos”, así como un cierto alivio al ver que la España donde vivía y de la cual ya se sentía parte, había encontrado la paz al final de la guerra civil.⁶⁵

⁶² Martín Quirarte desarrolla esta idea relacionada con las injustas críticas que se han hecho a Pereyra. Al igual que otros biógrafos, como Ángel Dotor y Edberto Óscar Acevedo, se propone desarticular estas desmesuradas opiniones por medio de un análisis serio sobre la vida y obra del célebre historiador. Quirarte también presenta otros ejemplo que dan cuenta de su supuesta mexicanidad, como su colaboración en la obra *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México* (1905-6), en *Correspondencia secreta de los principales intervencionistas mexicanos* (1905), entre otras, así como sobre el hispanismo que se le ha atribuido en *La obra de España en América e Historia de América española* (ambas de 1920).

⁶³ Dotor, *Carlos*, 1948, p. 9.

⁶⁴ *Ibid.* pp. 10-11.

⁶⁵ Los diarios en los que aparecían estos artículos eran, en México, *El Diario Español*, *Excelsior* y *El Universal*, entre otros.

Pero como nada es mejor para salir de dudas que un estudio concienzudo, los estudiosos de Pereyra han dado elementos que permiten elaborar conclusiones más profundas sobre su obra, más allá de adjetivarla como mexicanista o hispanista. Desde agudas observaciones, se dieron cuenta de que estudiaban a un investigador “desinteresado”, serio, a quien sólo le complacía “explicar, aclarar, demostrar y exponer los puntos oscuros de la historia, las cuestiones candentes, los “tabúes”, los criterios estereotipados”, para luego “proceder por medio de la crítica que tenía por base su gran información, a romper los clichés, los moldes y las frases hechas, demoler las supercherías y aventar las quimeras, buscando siempre la verdad más clara y diáfana, aunque tuviera que contradecir, ironizar y dejar mal colocados a pretendidas autoridades antiguas y modernas”.⁶⁶

Simplemente, encontraron a un Pereyra que estaba lejos de emitir juicios sin reflexión previa, incapaz de adoptar una postura ideológica y transportarla acríticamente en su obra. Un erudito que respaldaba sus opiniones en amplísimas lecturas, y cuyo trabajo minucioso, quizás adelantado a su época, no podía enmarcarse dentro de una “ideología” o una corriente de opinión cerrada, corta de visión y sin matices.

Por ello, las biografías y estudios sobre él presentan muchos detalles. Pero por lo que parece, éstos son tantos que han tenido que ser soslayados. Lo más importante, para los fines de este trabajo, es destacar cómo estos autores han contribuido a difundir la imagen de un Pereyra que en su obra historiográfica contribuyó a revitalizar el hispanoamericanismo. Según algunos, como su biógrafo más célebre, Ángel Dotor, ésta revaloraba las glorias de la Madre Patria y desarmaba la leyenda negra. Para otros, más atentos a su compleja metodología, y con un conocimiento más amplio sobre su autor, la obra se adelantaba a su tiempo por sus muestras de erudición, capacidad de análisis y flexibilidad para dialogar con otras disciplinas. Reconocen además en Pereyra a un serio estudioso, difícil de involucrar acríticamente en entramados ideológicos, que conocía a conciencia los procesos derivados de la llegada de los españoles a América y las muy variadas y cuantiosas herencias que dejó en este continente.

⁶⁶ Óscar, *Carlos*, 1986, p. 112.

Podemos adelantar que la calidad de su trabajo fue reconocida por el centro de estudios americanistas más importante del franquismo, y que los artículos que incorporó a su revista contribuían (ahora sí, con fines ideológicos), a exaltar la ideología de la hispanidad. Pero este es un tema que será matizado más adelante.

De momento, antes de comenzar a comprender su hispanismo, es pertinente precisar algunos datos biográficos.⁶⁷

Carlos Pereyra nació en Saltillo, Coahuila, en el año de 1871. Cursó sus estudios superiores en la Escuela Nacional Preparatoria y en la de Jurisprudencia, y antes de terminarlos inició su vida pública como miembro de la Comisión Codificadora del Estado de Coahuila (1895). En 1904 ingresó al Ministerio Público como agente, cargo que dejó para dedicarse a su vocación de docente y escritor. Dirigió el diario *El Espectador* de Monterrey, y de vuelta a la capital colaboró en *El Imparcial* y *El Mundo ilustrado*. También ejerció la docencia en la ENP (1906) como Profesor de Historia Patria y de sociología. En 1907 fue nombrado diputado al Congreso de la Unión y en 1909 comenzó sus actividades diplomáticas en los Estados Unidos como segundo secretario de la Embajada de México.

Desde 1910 recibió importantes títulos en prestigiosas academias. Se convirtió en miembro de la *American Academy of Political and Social Science*; luego de la Academia de Ciencias Sociales y de la Academia Central Mexicana de Jurisprudencia. Su vida diplomática transcurrió hasta que fue llamado por Madero. En 1913, tras el golpe de estado de Huerta, recibió el nombramiento de subsecretario de Relaciones Exteriores. Poco después, el de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México en Bélgica y Holanda. En Bruselas se le designó como miembro de la Corte Internacional de la Haya. Pero cuando estalló la guerra en Europa se alejó de la carrera diplomática.

Fue entonces que salió de Bélgica para instalarse en Laussane, Suiza, donde permaneció hasta 1916 para dirigirse a Madrid. Ahí se dedicó plenamente a su vocación de historiador. Esta es la etapa que reviste mayor interés para

⁶⁷ Estos datos serán retomados de la obra de Dotor, que ha sido la referencia principal de la mayoría de los que ha estudiado a este historiador. Otros datos secundarios los obtuvimos del estudio crítico de Óscar Acevedo.

nosotros, puesto que en ella escribió sus principales obras y entró en contacto con la intelectualidad española, de manera que llegó a obtener la cátedra del Ateneo de Madrid (1917) y luego la presidencia de la Sección de Ciencias Históricas del mismo. Tuvo la oportunidad de publicar sus principales libros en la editorial “América” del venezolano Rufino Blanco Fombona. También dictó conferencias en diversas instituciones y clubes tanto en este país como en Portugal⁶⁸, además de que escribió en diarios de tendencia conservadora como *El Debate*, *El Sol y Mundo* de Madrid, en *El Universal* de México, o en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo* y *El Diario Español* de Buenos Aires.⁶⁹ Ciertamente, sus temáticas y la complejidad de los métodos para abordarlas eran de lo más propicias para el mundo académico del país donde se encontraba, por lo que pronto pudo vivir con cierto decoro y mejor aún, dedicarse de lleno a sus labores intelectuales.

Por sus méritos recibió nombramientos de prestigio: Caballero de la Orden de Alfonso XIII (1927), vocal del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (1929), Miembro de la Academia Americana de la Historia (1930), Académico de mérito de la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias y Artes de Cádiz, el mismo título en la Academia Dominicana de la Historia (1934). Y desempeñó sus últimas actividades en el Instituto Fernández de Oviedo del CSIC, como redactor de la *Revista de Indias*, hasta que lo sorprendió la muerte en 1942.

El primer libro que anunció su vocación de historiador fue su *Historia de Coahuila*, que le encargó el gobernador de ese Estado, el licenciado Miguel Cárdenas. Obra que, al igual que las siguientes, delatan su influencia positivista. Esto se explica tanto por la formación de Pereyra en las instituciones que difundieron esta corriente como por su cercanía a Sierra y a otros de sus predicadores en México. Trabajando con este mismo prestigioso intelectual mostró sus dotes de investigador reuniendo los *Documentos inéditos muy raros para la*

⁶⁸ Algunas de las más célebres fueron la que impartió en la Unión Patriótica, en 1924, sobre “Menéndez y Pelayo en su aspecto americanista”; en Portugal, en 1926 causaron revuelo sus palabras sobre “el sentido universal de la obra colonizadora de los pueblos peninsulares de América”; en Cáceres, con motivo de la celebración del primer aniversario de la fundación de su Ateneo, habló nuevamente sobre la conquista; entre muchas otras más. *Vid.* Dotor, *Carlos*, 1948, p. 135-144.

⁶⁹ Óscar, *Carlos*, p. 62.

historia de México (1905-1906). Y su actitud crítica sorprendió a la academia al debatir con Francisco Bulnes en reconocidos trabajos⁷⁰. En esos tiempos porfiristas, según apuntan algunos de sus biógrafos, nuestro autor ya mostraba cierto anti españolismo, especialmente en *Lecturas históricas mexicanas. La conquista del Anáhuac* (1906), o en *Historia del pueblo mexicano*, del mismo año.

Para las primeras décadas del siglo XX, y sobre todo cuando llegó a España, ya era un historiador consagrado. La elección de sus temas de estudio estaba en estrecha relación con sus preocupaciones en materia de política internacional, en tanto que buscaban explicar el sentido de la expansión estadounidense a lo largo del tiempo y el uso de sus discursos más célebres para justificarla. Son casos ejemplares *El mito de Monroe* (1916), *El crimen de Woodrow Wilson* (1917), o *La constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática* (1919). Desde diferentes ángulos, estas obras dan cuenta de su interés por comprender las políticas expansionistas de este país, enmascaradas por “fórmulas” que ocultaban “sus anhelos de seguridad, sus propósitos de expansión y sus ambiciones de hegemonía”⁷¹. Y así, dejando ventilar cierto temor al panamericanismo, Pereyra quedaría, en palabras de Dotor, “Bien caracterizado como el más severo censor de los expeditivos procedimientos yanquis en todo lo atingente en política internacional americana.”⁷²

Fue también en esos primeros años del siglo XX cuando comenzó a publicar sus estudios sobre la influencia de España en América. Se lo debía a la editorial de su amigo Blanco Fombona, aunque conforme crecía su prestigio en España, otras casas lo hicieron gustosas.

Tratando de probar que la acción de la nación ibérica había constituido las bases culturales de los territorios que formaron parte de su imperio, muestra su erudición y capacidad de movimiento en diversas áreas de la historia y en otras disciplinas.

⁷⁰ Óscar Acevedo nos habla de este debate, en el que Pereyra, en su libro *De Barradas a Baudin*, responde a ciertas afirmaciones, supuestamente falsas, de Bulnes en *Las grandes mentiras de nuestra historia* (1904). La discusión se prolongó a otros textos, cuando éste último se levantó contra la figura de Benito Juárez, a quien Pereyra defendió en *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio*, también de 1904.

⁷¹ Pereyra, *Mito*, 1931, p. 279.

⁷² Dotor, *Carlos*, 1948, p. 39.

El caso de *la obra de España en América* es paradigmático. Comenzando con una duda, que consiste en ¿cómo fue que los Estados Unidos se hayan convertido en un país poderoso mientras que no ocurrió lo mismo ni con España ni con sus territorios?, responde describiendo el medio geográfico de las colonias sajonas, la organización productiva y los medios de trabajo, la composición y cantidades numéricas de los llegados a América, sus perfiles raciales y culturales, sus conocimientos tecnológicos, así como las coyunturas internacionales que afectaron el desarrollo de una y de otra. Así involucraba la historia social con la economía, la sociología, la geografía, el derecho y otras disciplinas auxiliares.

Su herencia positivista se reflejaba en sus minuciosos métodos que podían iniciar en una pregunta y desarrollar su respuesta en varios niveles, en manejar las fuentes de manera diligente y en su afán por develar verdades. Varios de sus biógrafos, como ya lo mencionamos, señalaron su actitud revisionista sustentada en amplios y detallados estudios, de manera que logró desmentir a varias autoridades en los temas así como desmontar leyendas y estereotipos generalizados. Tales fueron las características de *La obra de España en América* (1920), *Humboldt en América* (1916), *Hernán Cortés y la epopeya de Anáhuac* (1916), *La conquista de las rutas oceánicas* (1923), *Descubrimiento y exploración del nuevo mundo* (1920), etc.

Con respecto a su hispanismo, nos dice Óscar Acevedo que Pereyra “nunca iba a intentar desmontar una leyenda negra con otra rosada, ni a comulgar con ruedas de molino”.⁷³ Su amor a España se desprendía de un estudio crítico en su historia. Un amor que en sus propias palabras “nace del objetivismo, del estudio ecuánime de los hechos, emprendido con espíritu desinteresado”.⁷⁴ Uno de los párrafos que da inicio a *La obra de España en América* es contundente para demostrar el apego intelectual de Pereyra a esta nación:

La obra de España fue colosal. Lo fue militarmente. Pero se muestra más grande aún en el orden económico y en el orden moral. Todo ello aparece aquí con el propósito de señalarlo francamente, para despertar sentimientos de admiración. Pero como esos sentimientos no existían en el autor antes de comenzar sus estudios, y como le fueron sugeridos

⁷³ Óscar, *Carlos*, p.47.

⁷⁴ Pereyra, *Obra*, 1920, p.5.

por vía tan indirecta que muchos de ellos nacieron revisando afirmaciones anti españolas de historiadores a quienes consideraba en posesión de la verdad, tienen toda la desinteresada pureza de su origen intelectual.⁷⁵

De ahí que iniciara un juicio casi humillante a autoridades en la materia como Cunnington, cuyas afirmaciones, según Pereyra “resultaron ser totalmente falsas por el sofisma de aplicar a tres siglos un hecho que sólo se refería a cincuenta años”, como también lo hizo con Launay, Seignobos o Feyel. Equivocaciones que a su juicio habían sido fuente de la leyenda negra contra España. Sin embargo también reconoce los méritos de sus obras en tanto que “son una contribución para el conocimiento de la verdad histórica”, por lo que puede decirse que su crítica es equilibrada.

Pero por mucho que Pereyra advirtiera que su afinidad y amor a España eran desinteresados y apartidistas; muchos autores, como Ángel Dotor, le adjudicaron la pretensión de revocar la leyenda negra contra España y revalorar sus glorias pasadas. Este autor no dejaba de ver en Pereyra a un perfecto historiador de la hispanidad, en tanto que observaba con detenimiento las hazañas de los conquistadores, revaloraba las aportaciones culturales de los españoles en América, se refería a los adelantos tecnológicos, científicos introducidos, como también en materia humanista y espiritual. De ahí que su biografía esté plagada de elogios y observara cómo Pereyra, desde la historia social, se refería a cada uno de los hombres que “brillaron a la luz del nuevo descubrimiento [...] gente humilde y olvidada, prudente y laboriosa”. Así como afirma, refiriéndose a *La conquista de las rutas oceánicas*, que

El tema de la obra es por demás sugestivo e importante para el español. Sugestivo porque nada puede haber para los españoles más enorgullecedor que destruir toda la labor de insidias y errores que han acumulado sobre sus obras el egoísmo y la ignorancia; interesante porque todo lo que contribuya a incorporarnos espiritualmente a América repercutirá en nuestros intereses nacionales, ya que nuestra incorporación al mundo no podemos conseguirla sino estrechando nuestros brazos con América.⁷⁶

⁷⁵ *Ibid.*, 1920, p. 6.

⁷⁶ Dotor, *Carlos*, 1946, pp. 86-87.

Y con el mismo objeto, la biografía recupera textos de otros autores que también reconocen en Pereyra al “historiador de la hispanidad”. Uno de los amigos del autor, el conde de Doña Marina, publicado en *Raza Española* en 1924, afirma que:

Carlos Pereyra es de los autores hispanoamericanos que más honran la literatura patria. Erudito, filósofo, historiador, enamorado de la verdad y de la España verdadera, la grande, la católica, la pluma de Carlos Pereyra es vencedora espada, diestra y valerosamente manejada contra los malsines que de allende aquende cometieron la insensatez de entornarnos el réquiem en los gloriosos días de nuestro espléndido resurgimiento.⁷⁷

Otro artículo que publica el biógrafo, sustraído del diario ABC en el año de 1925, cuyo autor es el escritor Andrés Révész, sostiene al unísono que Pereyra contradecía a los impugnadores de la obra de España en América con base en su erudición:

No conozco a ningún escritor que haya contribuido como Carlos Pereyra a disipar la odiosa leyenda negra con la que el jacobinismo trata de envolver a España en la América hispana y en el extranjero. Que no se crea, sin embargo, que la hispanofilia de Pereyra sea lírica o apriorística; es, por el contrario, resultado de un largo trabajo de investigación; es decir, que tiene por base la ciencia y la lógica, base más sólida y más sincera que el lirismo tropical.⁷⁸

Por lo tanto, en la obra del prestigioso historiador se encontraban los argumentos para sostener que la calumniada España, lejos de ser “atrasada y bárbara”, había aportado a América lo más valioso de sus recursos, de su espiritualidad, de sus científicos y pensadores quienes se adaptaron a las nuevas condiciones; así como en América no existían previo a su conquista pueblos dispersos, sino “emporios de cultura”:

Los conquistadores establecieron artes e industrias, como la del azúcar, que todavía son la base de naciones enteras; llevaron a las Indias morales de seda, animales de labranza, árboles, viñedos, trigo, arroz y molinos [...] Pasma ver lo que España construyó en poco más de un siglo. Geógrafos, cosmógrafos, mineros, exploradores, industriales, lingüistas, naturalistas, metalúrgicos, civilizadores, en fin, fue el contingente que aportó para atraer a la vida la porción del nuevo mundo

⁷⁷ *Ibid.*, p. 87.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 103.

que algunos boquirrubios todavía se rehusan llamar América española, y se empeñan en apellidar latina.⁷⁹

Como podemos ver, las ideas de Pereyra convinieron adecuadamente al pensamiento de la hispanidad. Sus formas de dignificar el pasado de España y de ensalzar sus aportes en América, sustentados en serios estudios, daban sólidos argumentos a quienes reivindicaban una historia providencial de la nación ibérica. Sus eventos preferidos, en orden de reivindicar sus glorias pasadas, eran la unión de los reyes católicos, la hazaña colombina en América, las grandes gestas de los conquistadores y la introducción de la civilización hispánica en todos sus ámbitos. La obra de Pereyra, que en todos sus ángulos desbordaba amor a la otrora Madre Patria, brindaba los elementos críticos que podían utilizarse para justificar la presencia de un gran imperio que podía revivirse.

Podríamos afirmar que su trabajo lo condujo al Instituto Fernández de Oviedo del CSIC, para cuya revista colaboró con importantes trabajos. Ya mencionamos en anteriores capítulos que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, aunado al Consejo de la Hispanidad, fue parte medular de las políticas culturales del franquismo hacia América Latina en momentos en los que sus llamados a la hispanidad eran particularmente intransigentes. Su presencia como redactor en la *Revista de indias*, lo sentó en la tribuna ideal para difundir los acontecimientos más ilustres de su país huésped, a la vez que contribuía a alcanzar los fines políticos con los que se planteó la creación del CSIC.

Como sabemos, Pereyra colaboró en la Revista poco tiempo debido a su fallecimiento en el año de 1942. Sin embargo, dejó una huella profunda en sus editores, quienes le dedicaron una nota necrológica a manera de homenaje.

Los temas históricos que conformaban las páginas de la *Revista de Indias* estaban dirigidos a fortalecer la interpretación providencialista de la historia. En este sentido, los temas más comunes eran la conquista de América y las aportaciones de España en materia de cultura y religión. Por lo tanto, entre los favoritos estaban los referentes a la acción caritativa de los reyes católicos; a la vida y obra de los hombres que contribuyeron a concretar la obra de España en

⁷⁹ *Ibid.*, p. 104.

América: filósofos, conquistadores, religiosos, científicos; a reseñar la trayectoria de las primeras instituciones europeas en el Nuevo Continente; datos museográficos; información al día sobre los avances del gobierno en sus políticas americanistas, especialmente en su sección “Crónicas del Mundo Hispánico”, entre otros.

De ahí que la obra de Pereyra cayera como anillo al dedo en la voluntad americanista de la *Revista*, en tanto que sus temáticas predilectas correspondían con las de la publicación.⁸⁰ Interesaban de manera especial las que enfatizaran la importancia de la introducción de elementos culturales hispánicos en América.

En el primer número, por ejemplo, el artículo titulado *El Guadalquivir en la Historia de América* supera los intereses de la geografía física para señalar a este río y sus puertos como el punto de contacto más dinámico entre Europa y América. A través de anécdotas de navegantes, comparaciones físicas con los ríos del Nuevo Continente, cartas privadas de la nobleza y otras fuentes, sostiene que el río era enclave de América, de donde partía la esencia de España para fructificar en las nuevas tierras, el primer sitio de encuentro hispanoamericanista:

Era ya un pie en el Nuevo Mundo. El viajero no veía en las ondas del Guadalquivir las aguas de un río cosmopolita, impersonal y mercenario. Ni las de una región española. Las naves que partían, llevaban costumbres, léxico y arte. Iban con un cargamento de alma: el perfume femenino de una España meridional que supo ser toda España.⁸¹

Nuestro autor presenta su amor a España en tonos románticos que no dejan de atenerse al rigor histórico. Con un hábil manejo de fuentes y utilizando recursos de disciplinas como la geografía, la historia cuantitativa, o incluso de mentalidades, Pereyra dedica su empeño a hacer ver a este río, no como un río, sino una zona donde iniciaba la fusión que históricamente daba cuentas de la existencia de innegable hermandad espiritual a ambas orillas del Atlántico.

Con un objetivo similar, Pereyra introducía en otro número de la *Revista* un tema que bien podía formar parte de los debates decimonónicos en torno a la

⁸⁰ Así, los artículos de Pereyra se publicaron en cada uno de los números en los que participó, desde 1940 hasta 1942. Entre los que vieron la luz estaban: *El Guadalquivir en la historia de América*, *Propaganda roja de barras y estrellas*, *Lucero en el Vaticano*, *Un yanqui amigo de España*, *Hernán Cortés*, y otros.

⁸¹ Pereyra, “Guadalquivir”, en *Revista de Indias*, No.1, vol. 1, 1940, p. 19.

nacionalidad mexicana: Hernán Cortés como su creador. Deslumbra por su atrevimiento la frase: “Es tiempo ya que le hagamos justicia y, honrando su memoria nos honremos a nosotros mismos”.⁸² En un párrafo ejemplar declara toda su admiración a este personaje y ubica sus actos dentro de una concepción gloriosa del pasado en el que fluyó lo mejor de la nación ibérica hacia México:

Es Cortés no sólo uno de los capitanes más notables de todos los tiempos, sino el símbolo de esa España grande, noble y ubérrima. Y sobre todo, es, como se deja apuntado, uno de los forjadores de la nacionalidad mexicana que es la feliz conjunción indivisible y magnífica.⁸³

Y lo más interesante es que en la figura de Cortés distingue la presencia de una España atemporal, una esencia inmortal a la cual hay rendir culto:

Al reivindicar a Cortés, rendimos homenaje a la Madre España. No a la de hoy ni a la de un reciente ayer, sino a la España eterna, artífice de pueblos, generadora de repúblicas que florecen en estas ardientes tierras de América y una de las más altas concreciones del espíritu humano.⁸⁴

No extraña, por lo tanto, que en el mismo artículo Pereyra promueva que se coloque el nombre del conquistador en un espacio distinguido en la sede legislativa y en algunas calles de la ciudad.⁸⁵

Por otro lado, en este mismo artículo reafirma el elemento hispánico en contraste con el indígena, al cual reconoce sus aportaciones en la formación de la nacionalidad mexicana, tal como hiciera Justo Sierra medio siglo antes. Pereyra las rescata, pero no deja de aplicarles el apelativo de “primitivas” y de colocar frente a ellas la herencia de España, que según él predominaba en el México de su tiempo:

Nos deslumbran como al que más las virtudes preclaras de la raza indígena y sus realizaciones magnificentes a través de las décadas atormentadas de nuestra Historia. Somos sinceros y fervientes admiradores del indio y de las grandiosas culturas autóctonas. Pero el

⁸² Pereyra, “Hernán Cortés”, en *Revista de Indias*, No. 1, vol. 1, 1940, p. 194.

⁸³ *Idem*.

⁸⁴ *Idem*.

⁸⁵ El autor lo enuncia así: “Grábese con letras de oro, en el salón de sesiones de la Cámara de Diputados, el nombre de Hernán Cortés. Sugerimos además. Como complemento de lo anterior, que se hagan las gestiones necesarias para que una de las principales calles de la ciudad lleve el nombre del conquistador”, *Idem*.

México actual, el de esta hora de renovación fecunda, no es el conglomerado de las razas primitivas, sino la síntesis de su amalgama con el elemento hispano, que nos trajo su sangre generosa, las más puras esencias de la civilización occidental y un nuevo sentido de la vida, envueltos en el manto del más suntuoso idioma de la modernidad.

⁸⁶

Esta percepción en torno a los elementos hispánicos en América justificaba la publicación de sus estudios sobre la conquista y sus actores, a quienes reconocía como los “ejecutores de la magna empresa”. Artículos de interés histórico que no constituían los únicos temas que publicaba Pereyra en la *Revista de Indias*. En ella expresaba además su animadversión a los republicanos españoles, a quienes no dejaba de llamar “rojos”.

Nuestro autor vivió en España en tiempos de la II República y de la Guerra Civil, y nunca dejó de manifestar su inconformidad hacia los representantes de ese gobierno, que en palabras de Dotor, “nunca reconocieron su labor”, y peor aún, afirma el mismo historiador, llegaron a amenazarlo de muerte.⁸⁷

Tanto en *Revista de indias* como en muchos otros espacios de prensa, tanto mexicana como española, Pereyra manifestó su rechazo a los republicanos mientras dedicaba elogios al gobierno que tomó el poder en 1939. Además de su experiencia personal, que se vio afectada por aquellos, reprobaba las supuestas atrocidades que durante la guerra civil ese bando cometía en las cárceles y en las “checas”, espacios donde se daba rienda suelta a la tortura y otros crímenes. Una compilación de artículos de Pereyra, Junco, Rodolfo Reyes, Fernando de la Riva, Manuel Herrera y Laso, entre otros, titulada *España está despierta*,⁸⁸ anunciaba el

⁸⁶ Pereyra, “Hernán Cortés”, en *Revista de Indias*, No. 5 Año 2, p. 194.

⁸⁷ Así lo afirma en su artículo “Madrid, la ciudad rescatada”, donde elogia a las tropas nacionales por haber “liberado” una ciudad que ya se encontraba agobiada por el hambre y la represión “roja”, en la que “fue peligroso, y hasta temerario, llevar apuntes”, *Vid.* Pereyra, en *El Universal*, 31 de julio de 1939.

⁸⁸ Este libro fue publicado en 1946, en México, sin indicar el nombre del editor ni mayor referencia para ubicar su procedencia. Acusando a los “enemigos de la libertad”, por parte de escritores “cultos, honrados y patriotas”, el prólogo advierte a “quien leyere” que “España está siendo juzgada arbitrariamente, sin tomarla en cuenta, como si no existiera en el planeta”. Y enuncia su finalidad en términos de “desenmascarar a los farsantes antiespañoles mal llamados republicanos, que andan por el mundo, con México como cuartel general y bajo las órdenes de Moscú, mendigando enemigos para su patria [...] Interminable sería la enumeración de los crímenes cometidos por esa jauría; desde la orden de ‘¡Tiros a la barriga!’ dada por Azaña en Casas Viejas, hasta la de ‘¡Echadlos por la borda encadenados’ de Giral”, “Prólogo” en *España está despierta*, 1946, s/p.

rechazo de estos escritores a la política mexicana de asilar a esos “criminales”, informando sobre la situación de España en guerra con lujo de cifras, nombres y lugares. Con esos datos pretendían corroborar las injusticias que se estaban cometiendo contra partidarios de la España Nacional.

Varios artículos de Pereyra en este libro delatan los acontecimientos funestos en la cárcel Modelo o en reductos de la España nacional como el santuario de Santa María de la Cabeza. Basándose en cifras de otros autores, especialmente norteamericanos, presenta datos tales como que en el mencionado presidio “Se inmolaba cada noche a doscientas o trescientas personas”, o que los gobiernos de Francia, Estados Unidos y Gran Bretaña acusaban que el saldo de muertos tras la “liberación” de Madrid había sido de sesenta mil personas.⁸⁹ Según el célebre historiador, en un artículo que publicó en *El Universal*, “el régimen de asesinato no tuvo otras limitaciones que las impuestas por las exigencias de su propio funcionamiento. Era imposible seguir matando en la misma escala”.⁹⁰

Con lujo de detalles presenta casos particulares de militares presos que sin juicios previos eran apresados o quizás condenados a muerte. Eso le permite afirmar que “Había más sangre del lado de los rojos”.⁹¹

Lo que más irritaba a Pereyra, en sus propias palabras, era la expansión del comunismo, y según su interpretación, era la razón que motivó el movimiento nacional, ya que “no se hacía la guerra para derrocar al gobierno sino para impedir que triunfara el marxismo”. Como era idea común entre los pensadores tradicionalistas, marxismo y comunismo eran sinónimos de ateísmo: “Ya no hay Dios’. Era algo equivalente a ‘Dios está prohibido’”. Sólo se autorizaba su existencia para la blasfemia, estimulada prodigiosamente”.⁹² Además del ateísmo, el sistema de gobierno contra el cual se pronunciaron los nacionales prometía tanto la destrucción como la corrupción moral:

⁸⁹ Entre los libros de cabecera en los que Pereyra basa sus argumentos, que cita directamente en sus artículos están los libros *The Spanish Arena*, de William Foss y Cecil Gerarthy, *Valence sous la botte rouge*, de Ives Dauton; noticias publicadas por el *Times* de Londres, “cablegramas”, además de información de primera mano por parte de los afectados.

⁹⁰ Pereyra, “Cárceles y tribunales”, en *El Universal*, 9 de octubre de 1939.

⁹¹ Pereyra, “El carácter militar de la guerra”, en *España*, 1946, p. 71

⁹² Pereyra, “La siniestra parodia”, en *España*, 1946, p. 45.

Lenin introdujo la doctrina bolchevique a un manual de acción. Para obtener los fines que se buscan hay que destruir, esto es, quemar y matar. Para destruir se emplea el terror, “basado en principios”. No sólo se incendia, sino que se quebranta la moral de los perseguidos. No sólo se mata, sino que se atormenta. Y no sólo se atormenta a los que han de perecer, sino a los que sobreviven.⁹³

Al igual que Alfonso Junco, acusa a Negrín, Prieto, Giral, y otros representantes de la República por malversar los fondos del “pueblo español”, como también rechaza la política de asilo del gobierno de Cárdenas a hombres que considera algo más que delincuentes. En una carta que dirige a un Mr. Rutledge Southworth, norteamericano que publica un artículo en *The Publishers Weekly*, declarándose en contra del franquismo por “erradicar la capacidad creadora”, responde que los exiliados llegados a México “arrojaban del país (España), como animales dañinos, a millones de personas, obligadas a buscar, en los Estados Unidos, un refugio”.⁹⁴ Y pronunciándose en contra de las decisiones oficiales, sigue diciendo a Mr. Southworth:

En México, donde no todo el mundo se llama Lázaro ni se apellida Cárdenas, y la presidencia de Lázaro Cárdenas es ya un doloroso recuerdo, hay una opinión independiente de hombres capacitados que le dirán a Mr Southworth lo que son, lo que valen, lo que pesan esos emigrados”.⁹⁵

La revista *Lectura*, de Jesús Guisa y Acevedo, también le ayuda a sostener sus argumentos en contra de la creación de la Casa de España y otras instancias que favorecían a los recién llegados españoles por restringir los beneficios de los intelectuales mexicanos:

La casa de España es un invento de la burocracia para su propio provecho y para el de los asilados. Los enormes sueldos y las frecuentes dádivas con innumerables pretextos, son indignantes. [...] México es tan pobre, que un profesor universitario eminente, como D. Antonio Caso, con más de veinte años de enseñanza, gana setenta pesos al mes. A los asilados se les dan cuatrocientos y seiscientos.⁹⁶

⁹³ Pereyra, “La siniestra parodia”, en *El Universal*, 11 de septiembre de 1939.

⁹⁴ Pereyra, “Propaganda roja de barras y estrellas”, en *Revista de Indias*, No. 3 Año 2, 1940, p. 210. Este dato, a su vez, lo obtiene del libro *Red Mexico*, del periodista Mc Cullagh. No encontramos datos sobre él ni sobre su publicación.

⁹⁵ *Idem.*

⁹⁶ *Idem.*

Es de sorprender que, siendo un intelectual mexicano residente en España, Carlos Pereyra afirmara que el paso del gobierno de la República al de Franco le haya resultado benéfico. Que aquellos habían dejado a España hambrienta, en ruinas, devastada material y económicamente; y que el franquismo estaba por comenzar un plan modernizador, encaminado a mejorar las condiciones sociales de todos y a restaurar la moral pública. Frente a quienes acusaban la existencia de un cerco informativo, de la restricción a la lectura y la educación, Pereyra se opone afirmando que “ya existe un Consejo Superior de Investigaciones Científicas en relación de intercambio con los centros similares de otros países”; y ante la supuesta prohibición de algunos libros, desde su propia experiencia: “yo recibo todos los que me envían de América, que no son muchos pero sí lo suficientemente numerosos para no pensar que el correo hace una excepción”.⁹⁷

Sin embargo no niega que se haya restringido la circulación de algunas obras, de hecho, se coloca del lado de la posición oficial: “Por primera vez, los kioscos y las librerías no venden literatura obscena, que era una de las especialidades rojas más florecientes”.⁹⁸

Con estas afirmaciones encontramos a un intelectual cuya obra resultó de gran utilidad para privilegiar las versiones tradicionalistas de la historia que el nuevo gobierno pretendía impulsar. Al mismo tiempo, a un singular apoyo político que en su constante recriminación al comunismo brindaba mayores argumentos para desprestigiar a la República y enaltecer al franquismo.

3.3.1. *¿Un historiador de derecha?*

No cabe duda de que Pereyra guardaba una opinión política mucho más favorable al franquismo que a la República, y que aún estando en España se mostró reacio a las políticas cardenistas y más afín al hispanismo tradicional de los grupos de derecha a los que ya hemos hecho mención.

Hemos visto que sus ideas y su rigor profesional lo condujeron a ocupar un lugar privilegiado en los centros de difusión cultural franquista. Proveniente de una

⁹⁷ *Idem.*

⁹⁸ *Idem.*

tradición historiográfica positivista, adecuando sus métodos heurísticos y metodológicos en aras de la búsqueda de la verdad, se convirtió en uno de los más grandes estudiosos de la obra de España en América. Esto proporcionó herramientas invaluable a los centros difusores de la hispanidad franquista para deslindarse de la leyenda negra y reivindicar la supuesta grandeza hispánica.

De hecho, sus temáticas marcaron el rumbo de la *Revista de Indias*. La profundización en las biografías de los conquistadores, los estudios sobre la evolución de las instituciones jurídicas, los aspectos geográficos, etnológicos, culturales, artísticos, desde diversas disciplinas, fueron los que pretendían revalorar la amplitud y complejidad de los aportes hispánicos en América. Recordemos que el objetivo por el cual se creó el Consejo de la Hispanidad era “cumplir la misión que a España incumbe en los estudios de historia americana”, y para ello, nada mejor que buenos argumentos históricos que avalaran científicamente el peso de la influencia ibérica en aquella región.

De cualquier forma, como afirma Aimer Granados, la presencia de estos llamados a la victoriosa historia hispánica puede detectarse desde mediados del siglo XIX en los discursos de las juntas patrióticas y en *El Correo Español*. Los motivos que en aquel tiempo los promovieron habían sido la intervención de los Estados Unidos en la guerra de Cuba en 1898, difundiéndose la convicción “en muchos sectores de la colonia española en México [...] de un batallar de España por siglos y siglos”.⁹⁹

Y en quienes permanecieron estas creencias, las batallas de España continuaban a mediados del siglo XX. De ahí la revaloración de la idea de cruzada que también retomaron grupos mexicanos de derecha, como el movimiento Sinarquista, baluarte de la hispanidad en México”, que veía en Franco la figura en que se apoyaban “la cultura, la tradición y la civilización históricas de un pueblo que durante tres siglos se viera iluminado continuamente por la luz del Sol”.¹⁰⁰

Por eso, las ideas a las que Pereyra otorgó mayor fuerza, como la que predicaba el papel providencial de España en los destinos de América, llegaron a

⁹⁹Granados, *Debates*, 2005, p. 164.

¹⁰⁰ Carta enviada a Francisco Franco de parte de las Juventudes Nacionalistas de México dirigidas por David Márquez, en “El Sinarquismo”, en García, *Pensamiento*, 1997, pp. 143-161.

confluir en algunos puntos con ciertos grupos de derecha mexicanos. Con los católicos compartía la visión de una España civilizadora, con su historia gloriosa y tradición humanista anclada en siglos.

Igual que ellos, tampoco aceptaba que en su país se difundiera un indigenismo exacerbado, llegando incluso a calificar, como en el lenguaje de la época, que el cardenismo estaba permeado de tintes comunistas. Su oposición a este gobierno, quizás por encontrarse lejos del país, se centraba en la recepción a los republicanos. Los artículos revisados nos hablan de una inconformidad irrevocable debida a los tratos tan crueles que daban al bando contrario, a los malos manejos monetarios de Prieto y Negrín, a su inmoralidad e incapacidad para mantener el orden. Por eso se convirtió en escritor recurrente en *El Diario Español* y prensa de oposición como *Omega* y *El Hombre Libre*.

Podemos decir que fueron los intereses ideológicos de la dictadura los que dieron a la obra de Pereyra la categoría uno de los más grandes monumentos de la hispanidad. Pero conociendo su obra, atendida a una firme voluntad científica de develar verdades y profundizar en el conocimiento, se vuelve difícil afirmar que sus intenciones se encaminaban a revalorar aquellos principios. Más bien, Pereyra se mostró agradecido con el franquismo por haberle facilitado el desempeño de su profesión, mientras que impugnó con severidad al grupo de republicanos que en nada favorecieron, a su modo de ver, la difusión cultural.

3.4. José Vasconcelos o el timón de Ulises (1882-1959)

Varios autores han afirmado que el pensamiento de José Vasconcelos era contradictorio, opinión que se confirma al leer sus escritos. Tanto el periodista norteamericano Allan Chase como Ricardo Pérez Montfort han quedado desconcertados con el contraste entre la obra de juventud de este pensador y las tendencias nazi fascistas de la revista *Timón*, que publicó en los albores de su vida. De ahí que haya resultado fácil, a aquellas plumas, sostener que Vasconcelos favoreció al franquismo.

Estamos de acuerdo en que las ideas de este pensador fueron cambiantes, sin embargo, ningún artículo de la revista postula abiertamente un criterio como tal.

Junto a las apologías a Hitler y a Mussolini, sólo encontramos ciertos escritos que promueven la celebración del Día de la Raza o la recuperación de la Hispanidad en su versión conservadora. Pero no aparece ninguna opinión política que defienda abiertamente a la dictadura española.

La única prueba que parece existir, no tanto como apego al franquismo sino como una recomendación para reanudar las relaciones comerciales con España, es la carta que dirigió al presidente Miguel Alemán, donde le hablaba de las cualidades del dictador español,¹⁰¹ haciendo notar que Vasconcelos veía en él a un modelo a seguir. Es este escrito, y ningún artículo en *Timón* ni en otra publicación, la única que brinda una remota posibilidad del aprecio de este pensador al gobernante español. Por otra parte, también se ha señalado su participación como presidente del Patronato en el Instituto Cultural Iberoamericano junto con Pablo Antonio Cuadra, que según Ricardo Pérez Montfort, se inauguró en 1948 con “varios intelectuales anticomunistas y cristianos”, aunque también se incluían algunos liberales para evitar que lo llamaras reaccionario o fascista”.¹⁰²

Al leer las memorias y varios escritos del autor de *La raza cósmica*, descubrimos que en la mayor parte de su vida, independientemente del accidente de *Timón*, se convirtió en el paladín del hispanoamericanismo. Tanto en su obra educativa, en sus propuestas políticas o en su obra filosófica, procuró vincular amistosamente a los países hispanoamericanos no sólo para formar un frente defensivo ante los Estados Unidos, sino para promover lo más espiritual y refinado de la cultura en común. Ciertamente, esta cultura tenía sus bases de la herencia

¹⁰¹ Esta carta, proveniente del Archivo General de la Nación, rescatada por Eric Lobjeois, era un informe que Vasconcelos presentó al presidente Miguel Alemán el día 29 de octubre de 1947, con motivo de su viaje a España. En ella afirma que “El régimen de Franco tiene suficiente firmeza para perdurar, a menos de que ocurriese una situación exterior de extremada violencia. Dentro de los factores interiores de España tiene todas las condiciones necesarias para perdurar, no porque sea popular y querido, sino porque representa una solución tolerable, mientras subsista el peligro de una reacción que pudiera favorecer a lo que llaman por allá “los rojos”, o sea, el elemento republicano exiliado. [...] Se reconoce, a pesar de todo, en Franco una honestidad personal a prueba de codicia y de intervención en los negocios y conducta privada irreprochable, acompañada de religiosidad extrema. [...] Pero no se compara el descontento contra Franco con la animadversión exaltada en todos los ánimos en contra de los republicanos en el exilio. [...] El sentimiento de amistad con México no es fingido. Tanto el pueblo como el gobierno lamentan el actual estado de cosas. De parte de los altos funcionarios del Gobierno, existe el deseo de que se reanuden las relaciones comerciales en toda su plenitud.”Citada por Lobjeois, “Intelectuales”, en Lida, *México*, 2001, pp. 194-195.

¹⁰² Pérez Montfort, *Hispanismo*, 1992, p. 176.

de España, que el autor defiende en sus obras, y va de la mano con su rechazo al indigenismo más intransigente junto a su repudio a las múltiples caras de la intervención estadounidense en Hispanoamérica.

Por demás, Vasconcelos mantuvo relaciones estrechas con intelectuales españoles de las más diversas posturas políticas. Esto se comprueba en su correspondencia, en sus escritos de vida y viajes, en sus revistas, etc. Pero lo más importante a destacar aquí es que su postura fue más conciliadora que unilateral. Si bien defendió algunos valores que pueden identificarse con versiones conservadoras de la hispanidad (defensa de la religión católica, la raza “incluyente”, un anti panamericanismo acérrimo, una visión providencialista de la historia), las intenciones de Vasconcelos apuntaban a fortalecer un hispanoamericanismo creativo, unificador, que transmitiera lo mejor de sus valores por medio de la educación, para mejorar en un futuro las perspectivas de la humanidad.

Estos aspectos del hispanoamericanismo de Vasconcelos serán los que desarrollaremos a continuación. Nos permitirán matizar una opinión que desde ciertas interpretaciones han colocado a este filósofo dentro del cajón de los intelectuales de “derecha”. ¿De verdad fue así?

3.4.1. Sobre su vida

Contrariamente a la escasa producción biográfica sobre los otros autores arriba mencionados, la personalidad de Vasconcelos invitó a muchos a interesarse por escribir su vida. Si bien para conocer sus intereses y hazañas no hay nada mejor que leer su pentalogía autobiográfica: *Ulises criollo*, *La tormenta*, *El desastre*, *El Proconsulado* y *La flama*, gran parte de las publicaciones que se ocupan de él desde múltiples enfoques presentan algún tipo de reseña sobre sus hazañas.¹⁰³

¹⁰³ Muchos textos biográficos sobre Vasconcelos son de corte apologético, como el *Vasconcelos* de Luis Garrido (1963), el de José Joaquín Blanco *Vasconcelos, educador y filósofo* (1970), el de John Haddox, *Vasconcelos of Mexico: philosopher and prophet* (1967) o la *Antología* de Genaro Fernández Mac Grégor (1980). A ellos se añaden ciertos prólogos a sus obras, como el de Martha Robles en *Entre el poder y las letras: Vasconcelos en sus memorias* (1991). Entre los que han realizado investigaciones más documentadas sobre su vida y obra son Enrique Krauze en *Caudillos culturales en la Revolución mexicana* (1976), o el reciente libro de Javier Garcíadiego, *Cultura y política en el México revolucionario* (2006). Otros se remiten a aspectos centrales de su

Por la amplitud de estudios que ya existen, resumiremos sólo algunos datos relevantes. Del prólogo a la *Antología* de Genaro Fernández Mc Grégor retomamos los siguientes.

José Vasconcelos nació en Oaxaca en el año de 1897. Estudió derecho cuando llegó a la capital, aunque, como sabemos, su profesión nunca se limitó a la abogacía, sino que se repartió en distintas áreas: filosóficas, sociológicas, históricas, o políticas. Ya hablamos de su participación con El Ateneo de México, luego llamado Ateneo de la Juventud, pero para referirnos a sus actividades políticas, fue partidario de Madero. Más adelante se incorporó al carrancismo, y cuando su líder entró triunfante en la capital, Vasconcelos se convirtió en el Director de la Escuela Nacional Preparatoria.

Como crítico que siempre fue de los distintos gobiernos, Carranza lo persiguió. Luego de ser apresado se fugó a la convención de Aguascalientes, a la que elogió por su “legalidad y soberanía”. Cuando los constitucionalistas obtuvieron su triunfo, y Eulalio Gutiérrez llegó al poder, Vasconcelos se convirtió en el encargado de difundir la quizás mayor obra de la Revolución: la educación. Su plataforma fue ni más ni menos que el Ministerio de Educación Pública.

Su espíritu disidente lo obligó a salir a América del Sur y luego a los Estados Unidos, desde donde se enteró del triunfo de Obregón. Por eso pudo volver a México y ocupar un lugar prominente en la nueva administración. Su nuevo puesto fue la Rectoría de la Universidad Nacional, y su primer objetivo, crear la Secretaría de Educación Pública. Corría entonces el año de 1925.

Desde estos puestos inició su “misionera” labor dividiendo esta sección gubernamental en tres departamentos (Escuelas, Bellas Artes, Bibliotecas), y dependiente de ellos, los dedicados a la educación indígena y a la desanalfabetización.

filosofía, de su obra educativa o de su participación política. Por citar los más conocidos están el de John Skirius, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929* (1982), el de Margarita Vera y Cuspinera *El pensamiento filosófico de José Vasconcelos* (1976). Sin embargo, los estudios sobre él no se limitan a los mencionados. La amplitud e importancia de sus hazañas lo han hecho figura imprescindible en la historiografía revolucionaria, particularmente la que se ocupa de la vida intelectual de principios del siglo XX.

Pero volvió a enemistarse con el poder, además de mostrarse inconforme con quien se perfilaba como el favorito de Obregón para sucederle. Entonces renunció a su puesto para iniciar su aventura política postulando su candidatura a la presidencia. Como sabemos, falló en su intento cuando el elegido fue Plutarco Elías Calles.

La publicación de la revista *La Antorcha* colocó nuevamente a Vasconcelos dentro de la lista de enemigos del régimen. Por eso debió abandonar el país de nueva cuenta, aunque, como siempre, sus recorridos por el mundo nunca fueron ociosos. Regresó a los sitios europeos donde ya había estado y conoció otros nuevos, dejando una agradable bitácora de ellos.

Esta puede leerse en sus memorias, especialmente en *El desastre*. Además de haber aportado ricas joyas a la literatura universal, brinda elementos de gran importancia para conocer los rasgos de su hispanoamericanismo. En las descripciones sobre la geografía de España y de América del Sur, así como de las características y tradiciones de su población, encontramos a un Vasconcelos enamorado de la cultura en común de estas naciones. Ese amor fue el que lo llevó a ser llamado “maestro de América” cuando reunió a las juventudes de América una vez que pudo volver a su país.

También conocemos su oposición al cardenismo, razón por la que no piso México durante el tiempo en que ese gobierno duró. Volvió en el período de Ávila Camacho para ser nombrado presidente de la Biblioteca Nacional y comisionado para crear una nueva biblioteca.

Como ya dijimos, la publicación de *Timón* marcó sus últimas actividades. Después de haber escrito su *Raza cósmica*, donde acusaba ciertas reminiscencias positivistas, esgrimiendo teorías históricas sobre los grupos humanos con sus rasgos específicos, en la citada revista terminó apoyando ciertas posturas intransigentes. Ciertamente éstas no tenían que ver con la creencia en la superioridad de unas “razas frente a otras”, lo que Vasconcelos negó toda su vida. Más bien, su apego a las doctrinas nazi fascistas se relacionaba con un firme rechazo al comunismo, al liberalismo y al panamericanismo. Podemos decir, con buenas razones, que el caso de *Timón* no es una mancha en la vida de este

personaje, sino que obedece a una continuidad y radicalización del resto de su obra. Más adelante profundizaremos en ello, de momento, valga resaltar las características de su hispanoamericanismo.

3.4.2. *El hispanoamericanismo*

La postura conciliadora y fraternal de Vasconcelos entre la comunidad de países que otrora pertenecieron al imperio español puede conocerse tanto en sus memorias como en su obra filosófica.

Ya dijimos que las descripciones de sus viajes, donde el autor no sólo narra sus experiencias sino que plasma sus opiniones sobre múltiples temas, son prueba contundente de su voluntad por promover la unidad hispanoamericana. En el caso de sus vínculos con la intelectualidad de ambas orillas del Atlántico, este autor describe las situaciones que vivió publicando o escribiendo en revistas, así como sus conversaciones con las grandes personalidades de la literatura, la filosofía y la política.

Sus buenas relaciones con la colonia española le permitieron financiar su viaje a España en 1928 y ser bien recibido allá, según nos cuentan las páginas de *El desastre*. Sus buenas migas con la intelectualidad de este país le permitieron ingresar libremente en él, lo que no le hubiera sido fácil tras las declaraciones que emitió tiempo atrás contra la dictadura primorriverista en *La Antorcha*. El motivo era reclamar por las persecuciones de que eran objeto tantos intelectuales.¹⁰⁴

¹⁰⁴ Un artículo publicado en 1925, titulado "A su excelencia el Marqués", mostraba sarcásticamente la opinión de Vasconcelos contraria a la dictadura. Las palabras fueron las siguientes: "El señor Marqués de Estella que usurpó el poder con el pretexto de que los gobiernos civiles no podían con la campaña de Marruecos, más derrotado ha regresado a Madrid, pero no para presentar dimisión, sino para avivar las persecuciones contra los enemigos del régimen espurio, que es su obra. Acaba de ser aprehendido, por ejemplo, nuestro bien recordado amigo el escritor y tribuno socialista D. Marcelino Domingo; otros muchos intelectuales ilustres están desterrados, la prensa sigue amordazada, en Vasconcelos, "A su excelencia el Marqués", en *La Antorcha*, tomo I, núm. 15, 10 de enero de 1925, p. 4.

Desde esa tribuna ya había entrado en contacto con personalidades como Azorín, Enrique Díez Canedo, o latinoamericanos como Víctor Raúl Haya de la Torre, quienes publicaron sus escritos en ella con cierta frecuencia. Estos vínculos, como sabemos, venían de mucho tiempo atrás, en las conferencias y eventos promovidos por el Ateneo de la Juventud. Revistas españolas de renombre también contaron con su participación. *La Gaceta literaria*, publicada en la década de 1920 por Ernesto Giménez Caballero, fue una de ellas.

En aquel viaje a España se relacionó con partidarios de muy distintas corrientes: liberales, monárquicos, republicanos, socialistas, separatistas e incluso tradicionalistas. Recordemos que el país ibérico estaba viviendo momentos de gran tensión ideológica, entre quienes proponían disolver la monarquía, modificarla, o imponer otro sistema que revolucionara las estructuras vigentes hasta ese momento. Predominaba, nos dice Vasconcelos, un clima favorable a la República en las famosas tertulias del Café Regina y en la Granja del Henar:

El republicanismo era el credo de los intelectuales, a tal punto que hacían el ridículo unos cuantos tradicionalistas que pretendían formar un círculo literario pro dictadura. Avanzados en ideas aunque ya distanciados del grupo republicano, estaban Eugenio D'Ors y Ramiro de Maeztu. A Eugenio d'Ors lo conocí en una cena que nos ofreció Chacón y Calvo, por entonces secretario de la legación en Cuba [...] Eugenio D'Ors y yo congeniamos enseguida. Se hallaba aislado porque empezaba a congeniar con la dictadura a través de su amistad con el duque de Alba.

Sus glosas formaban ya libros y eran el atractivo central del ABC, el excelente periódico popular y monárquico. Uno de mis amigos en México, el español José de la Machorra, me había recomendado con el mencionado diario, que me trató con gran deferencia, como siempre lo hacía con todos los visitantes de la América española.

El Sol, diario izquierdista, fue mi mejor aliado, y lo hubiera seguido siendo si no riño con todo el izquierdismo cuando se puso ostensiblemente de parte de Calles.¹⁰⁵

Más adelante afirma haber conocido en esos medios a Rafael Alberti, Pérez de Ayala, Pío Baroja, e incluso visitó a Ortega y Gasset en la redacción de la *Revista de Occidente*. Por su parte, Julio Álvarez del Vayo le pidió declaraciones para el diario *La Nación* de Buenos Aires, en las que describió la situación de México

¹⁰⁵ Vasconcelos, "Desastre", en *Memorias*, 1984, pp. 339-340.

bajo el callismo, como una traición a la doctrina revolucionaria. También lo recibió el mayordomo del rey para mostrarle el Alcázar de Sevilla.

Pasó unos días con Blasco Ibáñez en Valencia, quien le mostró sus viñedos. En Barcelona se encontró con separatistas catalanes, con quienes difería por su estricto apego al idioma catalán: "Para mí lo patriótico hubiera sido borrar la diferencia del idioma. Y de todas las medidas drásticas de Primo de Rivera, la que tenía mi secreto aplauso era la exigencia de la enseñanza del castellano en todas las escuelas".¹⁰⁶

En la Asociación de Amigos del Arte de Madrid leyó páginas de *La raza cósmica* antes de que fuera publicada, que por cierto, fueron muy aplaudidas por la audiencia hispana: "El llamado al surgimiento en América de una cultura de base española surtió un efecto magnético"¹⁰⁷

Y otro evento de gran importancia, que muestra su gran espíritu partidario de la unidad hispanoamericana, fue la cena de homenaje en el Hotel Ritz que organizaron múltiples intelectuales en su honor. Relatando su experiencia en una carta dirigida a Manuel Gómez Morín, Vasconcelos sostiene sus perspectivas para el futuro de la región Hispanoamericana y ciertos acontecimientos que ya anunciaban la próxima caída de la monarquía.

Afirma el Sr. Puga y Acal, sin fundamento alguno, que yo afirmé la necesidad de que España y la América española tuviesen instituciones comunes y que después contradije esta opinión. Ni él, ni nadie podrán citar una sola frase o una palabra mía que contradigan mis declaraciones terminantes dadas al diario "La libertad" en fecha posterior a la fiesta cuya reseña publicó el Universal, un té servido en el Hotel Ritz; reseña que, como es natural, se publicó en México después de mis declaraciones a "La Libertad", ya que la reseña fue por correo y mis declaraciones se transmitieron por cable. [...] Un amigo - un caballero español - supo por mí mismo de mis propósitos. Yo había oído hablar, muy vagamente, de un proyecto de Universidad Hispanoamericana De Sevilla y pensé que acaso podría servir de algo en esa empresa que me parecía contaba con mis simpatías. Al amparo de un trabajo en esta institución podría yo entonces quedarme uno o dos años, tal vez más tiempo en España, dedicado a estudios que la vida hasta ahora no me ha dejado tiempo de concluir. [...] Había yo soñado, pues, en una temporada de vida modesta y tranquila en una España maternal. Y no es culpa de los españoles el que yo haya podido lograr mis ilusiones., Desde que llegué a Madrid, me acogieron con

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 364.

¹⁰⁷ *Idem.*

singular benevolencia inclusive los encargados del proyecto de dicha universidad, lo que me hizo comprender que mi amigo, como buen español, aún antes de decírmelo, había llevado su gentileza al grado de procurar y lograr lo que yo había soñado. Recién llegado a Madrid, se me invitó a dar una conferencia. La di, se me toleraron críticas duras a la monarquía en el pasado; no había para qué hablar del presente de una manera concreta, dentro del tema desarrollado. Yo no pretendí, ni por un instante, acercarme al gobierno; yo mismo me había cerrado las puertas del gobierno publicando en el entonces semanario mí, La Antorcha, determinados artículos que estaban a la vista del que quiera consultarlos; así es que al ser invitado para comer en el Hotel Ritz, no obstante ser ese el local más elegante de Madrid, si sospecharon algunos de los colaboradores del homenaje, que aquello obtendría cierto carácter oficial. [...] La prueba de que realmente estábamos a ciegas de lo que iba a ocurrir está en que asistieron personas como D. Ramón del Valle Inclán, quien se retiró, solo en el instante en que un general del Directorio se levantó de su asiento, para ofrecer la fiesta. En efecto, a todos nos había sorprendido la presencia de ese caballero, por eso al contestarle el discurso tuve cuidado de hacer constar mi agradecimiento y la complacencia con que veía que personas de tan diversa manera de pensar pudieran juntarse. Agregué que la España con la cual nosotros convivíamos era la España de los intelectuales y de los artistas, de manera de pensar moderna; pero que me era grato comprobar que, para el efecto de mostrar su cariño a la América española, todos los españoles de todas las tendencias estaban de acuerdo. [...] Aproveché la ocasión que me dio, muy amablemente, un redactor del diario republicano "La Libertad". la censura militar hizo algunos recortes a nuestro texto, pero tal como pasó, - y pasó en España - algunos diarios mexicanos, más papistas que el papa, no han querido publicarla. La entrevista dice: que el problema de España es tan sencillo como el de otras naciones, que consiste en licenciar soldados para pagar maestros, sólo que esto no pueden hacerlo los gobiernos impopulares, porque no tienen más sostén que el ejército, y que para lograr un verdadero y fecundo acercamiento con la América Latina, era menester que hubiese entre nosotros una igualdad institucional; es decir, agregué cándidamente, que no puede haber real entendimiento entre una monarquía y veinte repúblicas que se rebelaron, no contra España; nada más, contra la monarquía. Yo no comprendo que esta afirmación pueda molestar a algún español, pues supongo sería lo mismo que pensar que hay españoles que tienen en más la monarquía y en menos a España, lo cual es inconcebible. Y mucho menos puede molestar a los mexicanos que naturalmente descendemos de los rebeldes al trono. Y la prueba de que los españoles hallaron natural mi afirmación es que la dejaron pasar por las estrechas mallas de la censura. [...] Se anunció que hablarían Valle Inclán, América Castro, Araquistáin, delegados estudiantiles, obreros. En fin resultó que aquello tomaba proporciones de mítin, y entonces fue prohibido, por orden de la autoridad. La única protesta, que yo por mi parte, pude expresar en contra del ataque a la libertad de reunión, fue dar por canceladas todas las conferencias que me habían pedido, y había prometido dar, en Madrid mismo, en Andalucía, Asturias, Valencia, Salamanca y Cataluña. Pensé salirme

enseguida de España. No lo hice porque las personas que me habían invitado a los lugares ya dichos insistieron muy amablemente en que yo visitara sus ciudades aún cuando no hubiese ceremonias públicas.¹⁰⁸

En esta carta podemos notar que Vasconcelos apoyaba la consolidación de la República en España, pero sin mayores motivos que para poder equipar su gobierno a los existentes en América y propiciar más fácilmente la organización comunitaria. En este sentido se sirve apoyar que las independencias americanas “no fueron contra España, sino contra la monarquía”, con el objetivo de apaciguar los ánimos y difuminar los odios históricos. Esto nos habla de una seria voluntad por erradicar la nostalgia, por parte de ciertos tradicionalistas españoles, de una edad de edad de oro que vivió la península antes de que los separatismos la llevaran a la decadencia. Y sobre todo, deja en claro su postura conciliadora cuando, ante la tensión que provocó la presencia del representante de la dictadura, el invitado los felicitó por reunir en una misma mesa a personalidades de tendencia distinta.

Otro punto interesante es que ya se anunciaba el proyecto de la Universidad Hispanoamericana de Sevilla, que muy probablemente fue el antecedente de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de la misma ciudad creada durante el franquismo en 1942. Podría investigarse la posible participación de Vasconcelos en ella, puesto que participó en el Instituto Cultural Iberoamericano al que ya nos hemos referido.

El hispanoamericanismo de Vasconcelos debe analizarse en el resto de sus obras. Ya hemos visto su carácter conciliador, aunque de momentos haya adoptado perfiles relacionados con una visión un tanto conservadora de la hispanidad. Su defensa de los valores cristianos, de una “raza” donde todas confluyen, y de un anti norteamericanismo intransigente, son los elementos que permiten calificarlo como tal.

¹⁰⁸ Archivo Manuel Gómez Morín (en adelante AMGM), Sección: Correspondencia particular, José Vasconcelos, exp. 1024.

En *Bolivarismo y monroísmo* (1935) promueve su ideal de una federación de todos los pueblos hispánicos, que justifica con motivos históricos relacionados con la cultura en común; y motivos pragmáticos de defensa frente al vecino del norte.

Como saben todos los estudiosos de Vasconcelos, éste fue un ferviente impugnador de los Estados Unidos. Por eso fue muy solicitado en revistas difusoras de la hispanidad. Tanto el citado libro como sus memorias u otros escritos dejan constancia de ello. Argumenta la necesidad de recuperar el “bolivarismo”, entendido como este proyecto de federación, describe el ideal que desde principios del siglo XIX impulsaba a los norteamericanos a “incorporar las viejas naciones hispánicas al imperio nórdico: el monroísmo”.

Sin dejar atrás las viejas teorías decimonónicas sobre la existencia de dos Europas: una latina y otra sajona, así como la prolongación de esta dualidad en América, Vasconcelos afirma que el liberalismo en México representó la introducción de influencias norteamericanas. “Juárez es el héroe máximo del panamericanismo. Representa la idea sajona en la conciencia hispánica”.¹⁰⁹ Fueron ellos quienes pretendieron borrar el pasado hispánico en América, sustituyéndolo con ideas ajenas a su realidad histórica. En *Timón*, un artículo firmado por Luciao Alexander sostiene que

Todos los presidentes de México han sido masones a partir de Benito Juárez, y si han sido masones han jurado obediencia absoluta en todos sus actos a una fuerza internacional enemiga de la patria [...] Estados Unidos ha echado su nauseabunda garra sobre México por medio de la lucha de clases, por medio del protestantismo, por medio de la educación socialista, por medio de esos abortos del Partido Revolucionario Mexicano que se denominan planes sexenales. Pero México no está perdido, a pesar de que erigimos estatuas a Zapata y a obregones y denigramos la memoria de Hernando Cortés y la de Porfirio Díaz.¹¹⁰

En Norteamérica, afirma Vasconcelos, el liberalismo permitió la libre determinación religiosa de los distintos grupos. Por el contrario, en México condenó el colectivismo decretando la desamortización, invalidando las

¹⁰⁹ Vasconcelos, *Bolivarismo*, 1935, p. 15.

¹¹⁰ Alexanderson, Luciao, “Influencia de Hernando Cortés sobre la nacionalidad mexicana”, en *Timón. Revista continental*, vol. 1 núm. 6, 30 marzo 1940, pp. 30-31.

estructuras económicas y políticas ya existentes, frenando todo progreso. Por eso, afirma:

Queremos un liberalismo criollo, despojado de ligas ostensibles o secretas con poderes ajenos a la nacionalidad y un catolicismo menos preocupado el rito y más dedicado a poner en obra los postulados que se van quedando nada más que escritos, los postulados de la encíclica *Rerum Novarum*, única manera de que la Iglesia reconquiste al pueblo.¹¹¹

Así, sin tomar distancia frente al catolicismo, Vasconcelos promueve

Un nacionalismo defensivo en el seno de los feroces nacionalismos que nos invaden y nos cercan. Un nacionalismo renovado que liquide el dualismo discordante nacional conservador del último siglo. Solución fraternal de los conflictos religiosos, para mengua del monroísmo destructor. La división de nuestros pueblos en liberales y conservadores fue obra de intenciones enemigas y extrañas y debe ser substituida por la paz religiosa.¹¹²

Atribuye entonces todos los conflictos internos a las influencias del monroísmo, considerando que para lograr la deseada unidad de países hispánicos, éstos deben volver a sus raíces culturales, que no son otras sino las heredadas de España. La religión católica es parte intrínseca de ellas, y este autor promueve la moralidad de este culto por encima de sus ritos: “para nosotros, la revolución es inseparable de la intención cristiana de amor al prójimo”.¹¹³

Es muy importante subrayar esta consideración de Vasconcelos, en la que la invoca a la religión católica como principio de convivencia, la esencia que permitiría iniciar cualquier vínculo entre hispanoamericanos. Por eso niega toda injerencia externa, llámese monroísmo, bolchevismo o liberalismo. Su participación en el movimiento de Madero obedecía a estos principios “espirituales”:

Desde que organizamos el maderismo por el mil novecientos diez, antes de que hubiera bolchevismo y sin necesidad de militar en ninguna secta del socialismo, decidimos trabajar por el beneficio material de los pobres, sin distinción partidaria y también en beneficio de una cultura que sepa subordinarse al espíritu. Después, la ola anticristiana que el marxismo inyecta en el socialismo creo el soviétismo rabiosamente

¹¹¹ Vasconcelos, *Bolivarismo*, 1935, p. 34.

¹¹² *Ibid.*, pp. 34-35.

¹¹³ *Ibid.*, p. 37.

antimístico y la revolución empezó a derrumbarse en el mundo. Se volvió asunto de clase, rico contra pobre, y pobre comunista contra pobre no comunista, y en el fondo, una corriente judaica que sentí la llegada de la venganza contra todo lo que es cristiano. La paz de los espíritus no podrá reconquistarse sino volviendo todos al seno de un cristianismo sincero.¹¹⁴

La moralidad católica podía sentar las bases de la comunidad hispánica. Era su respuesta a lo que él veía como influencias externas. Históricamente encontró que los liberales mexicanos habían sido los primeros en dejarse engañar por estas influencias. Incluso, opinaba este autor, el indigenismo extremo que oficialmente se promulgó en los años de 1920, había sido introducido por el monroísmo para dividir a la América.

Por demás, encontramos que ya en este libro se perfilaba cierto antisemitismo, pero entendido como sinónimo de “monroísmo”, corriente contraria al verdadero espíritu católico de los iberoamericanos. En *Timón*, el antisemitismo que muchos creyeron encontrar en Vasconcelos calificándolo como adhesión acrítica al nazismo, parece no tener relación con la descalificación racial, sino como una expresión más de la injerencia cultural norteamericana en la América hispana.

Otros párrafos de *Bolivarismo y monroísmo* nos permiten conocer más a fondo este proyecto, más moral y promotor de la fraternidad, que nada tiene que ver con la defensa de la exclusividad biológica de ciertas razas frente a otras. Estos son los principios que vinculan a Vasconcelos con la concepción hispanista “inclusiva” de razas, que debía dirigir toda su propuesta educativa:

El pueblo necesita escuelas [...] serán escuelas con doctrina iberoamericana. En ella el concepto de raza ya no será, una adaptación del kuklux klan, corolario del darwinismo que ha engendrado el nazismo, predicando a *outrance* la superioridad del nórdico. Prevalecerá más bien la vieja tesis étnica de la igualdad de los hombres ante Dios. Tesis católica que hizo un todo de razas disímiles, y que de no haber sido cortada en su camino, ya habría realizado la unidad del continente español. Por eso mismo rechazamos como perversa toda esa propaganda indigenista que simulando ternuras a destiempo, crea entre nosotros lo que antes jamás existiera: el cartabón del color.¹¹⁵

¹¹⁴ *Idem.*

¹¹⁵ *Ibid.*, p.38.

Reconociendo estos valores y la necesidad de reivindicarlos, en *la raza cósmica* exaltará su nueva noción de raza lejana a todo exclusivismo, lo que sí es practicado por los norteamericanos. Promete la fusión total, la síntesis futura que daría lugar a la hermandad universal:

Acabarán de formar los yanquis el último gran imperio de una sola raza: el imperio final del poderío blanco. Entre tanto, nosotros seguiremos padeciendo en el vasto caos de una estirpe en formación, contagiados de la levadura de todos los tipos, pero seguros del avatar de una estirpe mejor. En la América española ya no repetirá la naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un solo color, de rasgos particulares, la que en esta vez salga de la olvidada Atlántida; no será la futura ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que de allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal.¹¹⁶

Como la base de esa nueva raza sería la herencia hispánica, este pensador la defiende, convirtiéndose en uno más de los impugnadores de la leyenda negra. Su forma de denostar el imperialismo norteamericano, su defensa de los valores católicos, del idioma, de la revaloración de las figuras de los conquistadores españoles en América, fueron los puntos que caracterizaron el hispanismo del sabio rector de la Universidad.

En la mayoría de sus libros adquiere presencia su amor a España así como una interpretación de la historia que da razones para exaltar su herencia. Su obra sobre la vida de Hernán Cortés, de claros tintes apologéticos, es más que una biografía, una invitación a reconocer el humanismo hispánico en tanto que promovió la unidad frente al enemigo:

En la Europa del siglo XV, ninguna nación podía mejor que España llevar adelante una cruzada civilizadora y constructiva. Y fue lo que llamamos hoy cultura occidental, lo que España definió con más exactitud y grandeza proclamando: un mismo Dios, una sola lengua, un solo rey. La España que arrojara de Europa a los musulmanes y en seguida había de salvarla del turco de Lepanto, se convertiría muy pronto, y durante la vida misma de Cortés, en el campeón de la idea católica, que era la idea de la unidad europea bajo la civilización latina y en contra del peligro luterano calvinista.¹¹⁷

¹¹⁶ Vasconcelos, "Raza", en Fernández, *Antología*, 1980, p. 105.

¹¹⁷ Vasconcelos, *Hernán*, 1941, pp. 14-15.

Hernán Cortés, como el brazo que ejecutaría esta magna empresa, debía ser reconocido como conquistador, pero sobre todo, como evangelizador. Lo más importante, sin negar las atrocidades que cometió, era que sus intenciones desbordaban los fines materiales para promover un ideal de mayores alcances, el de tipo espiritual: “Cortés buscaba no sólo almas en donde prolongar lo que era para él la patria, el idioma de Castilla, la religión y su credo [...] Ahora, iba a hacer también de apóstol [...] En Cortés se juntan ‘el guerrero con el estadista y el predicador’”.¹¹⁸

Vasconcelos reconocía en la figura del extremeño las cualidades tan vastas de la integración de España en los americanos. Cualidades basadas en sus intenciones “caritativas”, distantes, por cierto, de todas las anteriores y posteriores formas de conquista:

Lo grande del sistema español es que poseía un tesoro y lo daba, o lo imponía, por su convicción de que al hacerlo causaba un alto beneficio al sometido. Actuaba el español según caridad en relación con el asimilado, en tanto que el romano lo juzgaba indigno del escepticismo elegante de sus procónsules; a diferencia también de ingleses y franceses que dejan a los explotados en su inferioridad y supersticiones para mejor asegurar las ventajas de su dominación.¹¹⁹

La experiencia de *Timón*, por lo tanto, no parece representar una ruptura tan radical si tenemos en cuenta las anteriores ideas. Ciertamente el hispanismo de Vasconcelos puede identificarse con algunas versiones conservadoras de la hispanidad, pero siempre y cuando tengamos en cuenta que su principal interés era promover la práctica de ciertos valores que propiciaban la unidad de pueblos.

Los editoriales de esta revista, en sus primeros números, anunciaban la presencia de una “nueva era” en la que era menester dar bríos a esa unidad. Recordemos que tanto Alfonso Junco como Pereyra y otros hispanistas también interpretaban su presente como una era de crisis, en la que era pertinente revalorar la hispanidad. *Timón* se publicó en función de estas ideas, que advertían de nueva cuenta el peligro sajón:

Una nueva era surgirá en la historia, a consecuencia de la guerra que se está librando hoy. Y en esa nueva era los pueblos de América hallarán

¹¹⁸ *Ibid*, p. 37

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 52.

renovada su oportunidad para organizarse conforme a su tradición y su sangre, y según sus antecedentes cristianos libres de las imposiciones francas o disimuladas del poinsettismo.

Por el momento, nuestro interés reside en el debilitamiento de la hegemonía anglosajona en el Planeta. Nuestra exigencia de pueblo en formación es que se derrumben todas las barreras que han estorbado a nuestro progreso.¹²⁰

El quizás único artículo que la revista dedica a la hispanidad, también reconoce que el mundo vivía momentos caóticos, pero momentos, finalmente, de redefinición:

En esta hora desesperada en que todo género de males agobian a la Humanidad, son más oportunas, más alentadoras e ideales que nunca, las viejas virtudes de la Hispanidad. En este desfallecer prolongado del espíritu, ya sea colectivo o individual, en esta bancarrota moral tan profunda, en esta crisis de desmoronamiento social y de naufragio de sistemas políticos, en esta agonía de una humanidad inferior a sus flaquezas, en esta decadencia que suponemos primordialmente de origen espiritual y moral, las normas de la Hispanidad se levantan firmes y sencillas, claras y generosas, impregnadas de una majestad que ha trascendido a través del tiempo, como una promesa de salvación humana.¹²¹

Si bien el imperialismo norteamericano era uno de los factores de este momento crítico, y quizás el mayor impulsor de esta revista, lo que ha llamado la atención de tantos autores ha sido su germanofilia. Ciertamente Vasconcelos es proclive al Eje y contrario a los aliados, apego que parecía obedecer a un interés por la cultura, pero también interesaba como un medio para deslindarse del comunismo materialista:

El pueblo de México puede ser en gran parte germanófilo y creemos que en efecto lo es; pero lo es precisamente porque ve en la ruptura del orden internacional contemporáneo una liberación. De Alemania queremos las ideas, la cultura, el arte y el comercio. Lo cierto es que el pueblo mexicano tiene simpatías germanófilas pero repugna en masa al comunismo.¹²²

¹²⁰ "Editorial", en *Timón. Revista continental*, vol. 1 núm. 6, marzo de 1940.

¹²¹ Paz, Eduardo, "El resurgimiento de la Hispanidad", *Timón. Revista continental*, vol. 1, núm, 5, marzo de 1940.

¹²² Vasconcelos, "Otro fantasma: el nazismo en la América española", en *Timón. Revista continental*, vol. 1, núm. 6, marzo de 1940.

Y en consonancia con su repudio al comunismo y a su creencia de que el destino mundial se debatía en Europa, nuestro autor anuncia la oportunidad que se presenta a los pueblos hispanos y católicos para renovar sus valores:

En Europa se debate el destino de los próximos siglos de la especie humana [...] Lo que parecía increíble se está consumando: la alianza de Roma, Berlín, Moscú [...] No estamos en consecuencia delante de unos de esos cambios históricos en que el poder pasa de un imperio a otro. La transformación es mucho más profunda y afecta a toda una ideología. En la nueva situación el poder cristiano, el poder católico, saldrá ganando. Y en consecuencia los pueblos latinos encontrarán una oportunidad nueva en la historia. Y por lo que hace a nosotros, los latinos del nuevo mundo, ¿qué debemos a la internacional que se derrumba, si no es el habernos forzado a aceptar una independencia mentirosa que en realidad, al destruir el imperio español, nos privó a nosotros los mexicanos de la posición de país dominante en América?¹²³

Y sin pronunciar ningún tipo de elogio al franquismo, Vasconcelos sólo afirma, en esta revista, su propuesta de festejar el 12 de octubre como Día de la raza. Y siempre como estrategia para desprestigiar al panamericanismo sajón:

Acaba de ser celebrado por el elemento oficial del país el día panamericano. Ningún entusiasmo despierta esta fiesta de creación reciente, ni en los que soñolientamente acuden a la ceremonia oficial por deber, ni mucho menos entre el público que se limita a ignorarla. En cambio, el día de la raza, el doce de octubre, declarado día de las naciones americanas de origen español, por el decreto del presidente argentino Irigoyen, se va convirtiendo año tras año en una fecha de general observancia y de hondas recordaciones, así como de intensa esperanza para el futuro de nuestra estirpe.¹²⁴

Ya mencionamos en otro apartado que estos temas fueron los que interesaron a revista favorables al régimen franquista, en particular a *Mundo Hispánico*, que publicó el artículo *Defensa de Hispanoamérica*.

Curiosamente, en uno de los artículos que publica en esta revista, en 1948, pesa más su miedo al comunismo soviético que al de Estados Unidos. Seguramente, al darse cuenta de que el final de la Segunda Guerra Mundial no trajo consigo la temida expansión imperialista del "poinsettismo", y donde la

¹²³ Vasconcelos, "Contra el comunismo", en *Timón. Revista continental*, vol. 1, núm. 7, abril de 1940.

¹²⁴ Vasconcelos, "El día panamericano", en *Timón. Revista continental*, vol. 1, núm. 10, abril de 1940.

prensa en Hispanoamérica recibía la influencia de la guerra fría, Vasconcelos vio favorable la incorporación al proyecto estadounidense:

En la América Hispana, todas las personas sensatas y aún la masa popular hállanse de acuerdo en que es preciso, urgente y patriótico ponerse del lado de Occidente en la lucha que los Estados Unidos encabezan contra la agresión soviética. Al mismo tiempo, la conciencia nacional hispanoamericana, libre de los errores del poinsetismo, vuelve los ojos al ideal de una independencia verdadera. No se puede afirmar, entonces, ni suponer siquiera, que el desarrollo de los pactos aduaneros locales, con la mira de unir más estrechamente alas naciones hispánicas, sea el antifaz de una tendencia contraria a los Estados Unidos.¹²⁵

Tales ideas no dejan de dar cuenta de la naturaleza contradictoria de este personaje. Sin embargo, lo que nunca contradijo fue su voluntad de unidad, aún tuviera que desmentir su rechazo a los Estados Unidos en los últimos años de su vida. A ese afán respondió siempre su revaloración de la herencia hispánica, en versiones más progresistas que conservadoras. Ya vimos que esta revaloración tenía el sentido de distinguir lo propio de Hispanoamérica para forjar un frente ante enemigos externos, a quienes les achacaba también los problemas internos.

Sólo en este sentido puede hablarse de la presencia del pensamiento de la hispanidad en Vasconcelos. Un apoyo político al franquismo, como tal, no fue tan amplio como se ha creído.

3.4.3. Un hispanismo contra revolucionario

Por su oposición al callismo y su postulación fallida como candidato a la presidencia en 1929, la historiografía ha atribuido a Vasconcelos ciertas actitudes de “derecha”. Esta opinión se refuerza si tenemos en cuenta, como ya hemos dicho, que desde las filas oficiales, toda fuerza u opinión contraria a la ideología y políticas de la revolución era señalada como la “derecha” o la “reacción”, independientemente de sus particulares intereses.

Vasconcelos se manifestó en contra de los gobiernos pos revolucionarios no pocas veces, llegando a acusarlos de “usurpadores”. Como contraparte enarbolaba un “maderismo” relacionado con los verdaderos principios

¹²⁵ Vasconcelos, “Defensa de Hispanoamérica”, en *Mundo Hispánico*, Núm. 9, 1948, p. 14.

democráticos, que en sus términos consistían en las libertades de conciencia, de enseñanza, de asociación y de imprenta.¹²⁶

Quizá otro aspecto de su vida que lo condenó a ser un miembro de la “derecha” en términos historiográficos, haya sido su cosmopolitismo, sus amplias relaciones con miembros de múltiples tendencias partidistas y su apertura para adoptar distintas perspectivas para observar la realidad mexicana.

Su apego a líneas hispanistas que podrían relacionarse con el conservadurismo español obedeció más a un interés por definir los rasgos específicos de la nacionalidad mexicana, que a una hispanofilia acrítica. Por esa razón debemos leer entre líneas los elementos de su propuesta universalizadora de la cultura través de una “raza cósmica”.

Sabemos que la revolución trajo consigo la irrupción masiva de las multitudes, lo cual obligó a los nuevos gobiernos a incorporarlas dentro de su proyecto nacional. Éste consistió en la redefinición de nuevos marcos ideológicos, políticos e institucionales donde adquirió relevancia la voluntad de reconfigurar las relaciones étnicas. Como sugiere Beatriz Urias Horcasitas, un proyecto como tal tenía sus raíces en las ideas eugenésicas que desde el siglo XIX predominaban en las burguesías, ideas ancladas en el cientificismo spenceriano y darwiniano, con las que pretendieron argumentar la superioridad de unas “razas” frente a otras.

En la revolución mexicana, sigue esta autora, tales ideas volvieron al ruedo, pero el nuevo grupo en el poder “vinculó la modernización y el progreso nacional a la ‘unidad de la raza’, creyendo que se alcanzaría a través de la aplicación de un abanico de medidas que favorecieran el mestizaje y la depuración racial”. Fue entonces que el indigenismo se hizo objeto de una revaloración como “una propuesta ‘no indígena’ que el nuevo Estado, investido en el papel de ‘árbitro’, utilizó como mecanismo ideológico clave para disminuir las desigualdades y reformular el equilibrio entre los actores sociales”.¹²⁷

¹²⁶ Vasconcelos, “Manifiesto”, en García, *Pensamiento*, 1997, p. 86.

¹²⁷ Urias, *Historias*, 2007, pp.15-16.

Vasconcelos, como crítico que siempre fue de distintos gobernantes revolucionarios, refutó las exageraciones del indigenismo estatal, readaptando el elemento hispánico de la nacionalidad. Como hemos visto líneas atrás, contribuyó durante el obregonismo a sentar las bases teóricas que explicarían el origen y evolución de los grupos humanos cuya base cultural partía de la herencia hispánica. Así, la “raza cósmica” tenía como antecedente esa herencia, y la religión católica era parte integral de ella. Esto contradecía a las ideas de modernidad impulsadas por el callismo centradas en la intención de borrar el “apego irracional a la religión y a las tradiciones comunitarias”¹²⁸ de la población.

La recuperación, en términos muy específicos, de la religión católica, fue uno de los puntos de quiebre entre Vasconcelos y el proyecto revolucionario, y una de las actitudes que hicieron a sus opositores colocarlo dentro del espectro de la derecha.

En los años que siguieron al callismo, y específicamente durante el cardenismo, Vasconcelos sería más reconocido por su anticomunismo. Con facilidad entonces podríamos decir que adoptó los referentes de los grupos reaccionarios de su época (entiéndase empresarios, profesionistas y clases medias de todo tipo), para ver en el cardenismo un peligro potencial para México. La posibilidad de una reivindicación social, que adoptara la forma de una nueva guerra civil, fue quizás el motor que lo impulsó a apoyar a representantes del gobierno de Hitler en nuestro país y a colaborar en proyectos tan sensibles como *Timón*.

Su anti norteamericanismo, por otra parte, fue la otra cara de su acercamiento a España. Como hemos visto, sus obras tempranas ya anunciaban un recelo ante el proyecto liberal mexicano que a su modo de ver estaba acriticamente influido por el sajonismo. En plena correspondencia con la semántica de mediados del siglo XIX, en sus distinciones entre *latinidad* y *sajonismo*, Vasconcelos se permitió volver los ojos a la península ibérica, ahí donde reconocía que estaba la esencia de la identidad americana y donde podía encontrarse la clave para la deseada unidad nacional.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 19.

Un hispanismo, o hispanoamericanismo, si se quiere, más resultado del miedo y de la reflexión que de la postura política. La extensa obra de esta autor vislumbra a un hombre constructivo, unificador, en constante búsqueda por comprender y diagnosticar la realidad histórica de su país, y de encontrar modelos y bases para consolidar un proyecto nacional pacífico, en plena potencia para alcanzar la modernidad.

3.5. Manuel Gómez Morín: un administrador fiel a España (1987-1972)

Como sucedió con Vasconcelos, Manuel Gómez Morín fue señalado como uno más de los representantes de Falange en nuestro país. Allan Chase lo acusó de ser “uno de los lugartenientes de Ibáñez Serrano en México”, junto a Alejandro Quijano y Carlos Prieto, además de “ser el inspector de las actividades de los grupos mexicanos organizados y controlados por la Falange”.¹²⁹ Eric Lobjeois y Ricardo Pérez Montfort también lo colocan dentro del grupo de los intelectuales de derecha que vieron con simpatía a Franco, ya fuera por su acercamiento con la Iglesia católica o por “haber sabido encauzar a su país por buen camino”.¹³⁰

Lo cierto es que, al igual que el autor de *La raza cósmica*, Gómez Morín mantuvo relaciones muy cercanas y de franca amistad con múltiples personalidades de la política y de la cultura española, por lo que no es muy aventurado afirmar que benefició, en cierta medida, las voluntades del régimen español en México. Sin embargo, tampoco cabe sustentar de manera absoluta que “fue inspector de Falange en México”, puesto que siempre mantuvo una postura mesurada y crítica, predominando su voluntad de encontrar los medios más adecuados para solucionar los problemas nacionales, evadiendo desavenencias e incluyendo un fraternal humanismo que ponía en contacto a todos los interesados en promover los vínculos culturales.

Para contrastar la disparada opinión que considera a este personaje como uno más de los falangistas en México, desarrollaremos algunas líneas que nos permitan desmenuzar con mayor exactitud cuál era su actitud frente a España,

¹²⁹ Chase, *Falange*, 1943, p. 159.

¹³⁰ Lobjeois, “Intelectuales”, en Lida, *México*, 2001, p. 189.

considerando los proyectos que ya tenía con españoles desde la década de 1920 como fórmula de propiciar los intercambios financieros y comerciales. Es muy importante, en este sentido, su interés en los aspectos técnicos y el desarrollo material que observó en la España de Primo de Rivera, estéticamente plasmado en su libro *España Fiel*. De ahí se desplegaron vínculos que ya en la década de 1940 lo pusieron en contacto con los representantes del Instituto de Cultura Hispánica y del Instituto Hispano Mexicano de Investigaciones Científicas. Al margen de sus grandes proyectos en materia económica y cultural de alcance internacional, también mantuvo una rica correspondencia con personalidades de férrea opinión pro franquista, tal es el caso de Richard Pattee, representante de una importante editorial católica de la que hablaremos después. Y siguiendo la línea en la que hemos presentado a nuestros anteriores autores, comenzaremos con los datos biográficos más sobresalientes.

Enrique Krause y Javier Garciadiego, aparte de algunos otros autores que se han introducido a la vida de Gómez Morín como corolario a antologías o textos especializados, han sido los más minuciosos reconstructores de la multifacética vida de este personaje.¹³¹ De la obra de Garciadiego retomamos las siguientes notas.

Gómez Morín nació en Batopilas, Chihuahua, en el año de 1897. Luego de realizar sus estudios básicos en colegios católicos en Guanajuato, llegó a la ciudad de México en 1913 para ingresar a la Escuela Nacional Preparatoria. Ahí tuvo como profesor a Antonio Caso, y conoció los “embates que sufrían los pensadores católicos a manos de los positivistas y los “librepensadores”, como también las “críticas pedagógicas al positivismo”.¹³²

¹³¹ Ya nos hemos referido al libro de Krause, *Caudillos*, 1973, en donde la vida de Gómez Morín se intercala con la de Vicente Lombardo Toledano, José Vasconcelos, entre una más amplia red de intelectuales durante las primeras tres décadas del siglo XX. Quizás el mayor mérito de Krause sea su búsqueda por desentrañar el mundo de las ideas en el que estos grupos estaban inmersos; sin embargo, la reciente publicación de Javier Garciadiego aborda con mayor profundidad la vasta vida de este personaje en las distintas áreas a las que dirigió su acción: como representante diplomático, como asesor financiero, como promotor cultural, docente y administrador de instituciones educativas, entre muchos otros campos. Pese a todo, este autor reconoce que tal biografía “sigue siendo desconocida en su plenitud y complejidad, *Vid.* Garciadiego, *Cultura*, 2006, p. 317.

¹³² *Ibid.*, p. 319.

En el año cabalista de 1915 ingresó a la Escuela Nacional de Jurisprudencia, en momentos en que la situación económica nacional padecía una crisis debida a las turbulencias políticas de la Revolución. Aún realizando sus estudios en condiciones difíciles, los concluyó satisfactoriamente, agregando muchas otras actividades en su currículum. La más importante fue quizás haber conformado al grupo de los *Siete sabios*, cuya mayor pretensión era conocer las problemáticas nacionales y encontrarles solución.

También laboró en la Secretaría de Fomento, además de cumplir labores periodísticas en *El Heraldo de México*, a la sazón dirigido por Salvador Alvarado. En esta área trabajó con Miguel Alessio Robles, quien influyó en su ascenso a la política.

Cuando Alvarado se convirtió en Ministro de Hacienda del gobierno de De la Huerta, Gómez Morín fue enviado a trabajar en la agencia del gobierno en Nueva York. A principios de 1921 lo designaron Oficial Mayor de este mismo órgano, para ser ascendido luego al puesto de subsecretario e involucrarse en el proceso de la desincautación de bancos intervenidos desde tiempos de la Revolución. A fines de ese año fue también encomendado para renegociar la deuda externa, aunque no obtuvo los resultados esperados. Para ese entonces emitió su célebre propuesta de crear un banco único de emisión, que más tarde se concretó en el Banco de México.

Desde 1922, aún con sus reservas frente al gobierno de De la Huerta, se unió a su facción. Desde entonces comenzó a abogar por una “política nueva, encabezada por hombres con creencias y orientaciones definidas y con propósitos claros y concretos, alcanzables con métodos prácticos”.¹³³

Su gestión como director de la Escuela de Jurisprudencia marcó su ingreso en la vida académica. Lo sobresaliente de esta etapa fue su proyecto de crear materias vinculadas a las ciencias sociales para formar políticos y burócratas de calidad, como parte de una voluntad más amplia de inyectar a estas disciplinas un sentido humano. Su afán por la técnica, por lo tanto, nunca estuvo distanciado de la más sincera espiritualidad.

¹³³ *Ibid*, p. 322.

Sus desacuerdos con Obregón, afirma Garcíadiego, lo llevaron a renunciar a Jurisprudencia, pero durante el gobierno de Calles encontró que podía emprender sus planes reestructuradores y llevó a cabo su proyecto de banco central. Desde 1925 formó parte de la comisión redactora de los estatutos, reglamentos y bases de operación del banco de México; y desde ese año hasta 1929 presidió su consejo de administración. Fue solicitado además como asesor gubernamental en otros asuntos comerciales y financieros. Uno de ellos fue el Banco de Crédito Agrícola.

Después de publicar su libro *1915*, en el año de 1927, realizó un largo viaje a Europa. España quedó incluida en su itinerario, dándole una grata impresión que quedó plasmada en *España Fiel*. Esta fue leída posteriormente como conferencia en importantes estrados, haciéndose acreedor a amplios elogios por parte de intelectuales y políticos de diversas nacionalidades.

Pero no toda su actividad se concentró en la diplomacia o en la economía. También fue partícipe de uno de los mayores movimientos políticos y académicos de finales de la década de 1929: la lucha por la autonomía universitaria, iniciada por Vasconcelos. La disidencia de estos dos personajes frente a Obregón los colocó del lado de la oposición. Gómez Morín participó en la campaña electoral de aquel, aunque llegó a calificarlo de “personalista, desorganizado, espontáneo y vulnerable”.¹³⁴

Contrario a todo intento personalista de obtener el poder, proponía la creación de un partido político, única vía democrática, moderna y legal de confrontar al poder dirigido por Calles. Si bien esta intención se concretaría una década después, desde que se alejó del vasconcelismo se dedicó de lleno a la docencia y actividades profesionales. En 1933 ocupó la rectoría de Universidad Nacional, y continuando una lucha que venía arrastrándose desde 1929, logró que se firmara la ley orgánica que concedía a la institución su autonomía, otorgándosele además un presupuesto que si bien era insuficiente, era el primer paso para que esta institución alcanzara su total independencia.

¹³⁴ Garcíadiego, *Cultura*, 2006, p. 326.

Luego de estas hazañas, su radical oposición a las políticas cardenistas lo llevó a organizar el partido político que había propuesto desde 1929. Cuando lo logró, junto a Efraín González Luna, se convirtió en el dirigente, durante una larga década, del Partido Acción Nacional.

No abundaremos en mayores detalles sobre el desempeño posterior de este personaje, ni tampoco en muchos otros datos que podrían incorporarse a su biografía. Para los fines del presente trabajo sólo nos interesa destacar dos aspectos: su admiración y contacto con España, promovidos por su afición a la *técnica*.

3.5.1. España y la técnica

Gómez Morín, junto con el resto de su generación, padeció la violencia revolucionaria. Esto lo motivó a convertirse en un acérrimo crítico de los problemas que aportó a los mexicanos en forma de corrupción, clientelismo, y una fuerte crisis económica y social. Pero en vez de aceptar la derrota, nuestro pragmático personaje buscó comprender la naturaleza de esos problemas, para luego aplicar medidas dirigidas a resolverlos.

Una de ellas fue la creación del Partido Acción Nacional, iniciativa que, siguiendo a Soledad Loaeza, no fue tanto una oposición al cardenismo como la búsqueda de una tercera vía con respecto a la oferta política de su tiempo, oscilante entre el liberalismo y el socialismo¹³⁵. Sus vínculos con sectores opuestos al gobierno revolucionario llevaron a la historiografía, como sucedió con Vasconcelos, a situarlo como uno de los mayores representantes de la “derecha” mexicana.

Esta estudiosa de la larga trayectoria del PAN traza un panorama de las principales influencias que recibió y perfila a los sectores que lo conformaron. Como parte del contexto de ideas en el que el mundo estaba volcado en la década de 1930, Loaeza reconoce la influencia, tanto en religiosos como en laicos de México y del mundo, de la Encíclica *Rerum Novarum* de León XIII, de 1891, y sus secuelas en la *Quadragesimo Anno* de Pío XI, publicada en 1931. Ambas

¹³⁵ Cfr. Loaeza, *Propuesta*, 1996, p. 427.

sugerían la creación de instituciones inspiradas en la moral cristiana, además de proponer una organización corporativa de la sociedad.

Gómez Morín se vinculó con sectores católicos (el mayor ejemplo fue su relación con Efraín González Luna), aunque no fueron el sector predominante de su partido. Más bien encontró en la institución que los representaba un modelo fiel a la tradición que podía marcar la pauta para iniciar una regeneración *moral*, aunado a una profunda fe en las fuerzas creadoras de los principios espirituales¹³⁶. Compartía con ellos, además, la hostilidad al liberalismo y al socialismo, convergiendo, entre otros puntos, con los católicos mexicanos que también fungieron como parte de la oposición.

La otra rama de sus influencias, siguiendo con Loaeza, fueron las derechas europeas y ciertas corrientes filosóficas. Entre ellas, el conservadurismo español de Maurras, la visión generacional y la propuesta de las minorías excelentes de Ortega, y el vitalismo de Bergson. Su principal motivación, aislándose del proyecto revolucionario, era la modernización, que podía alcanzarse a través de la técnica.

Este objetivo puede conocerse en su famoso ensayo *1915*, donde introduce su propuesta iniciando con un diagnóstico sobre el legado del movimiento de 1910:

Quando más seguro parecía el fracaso revolucionario, cuando con mayor estrépito se manifestaban los más penosos y ocultos defectos mexicanos y los hombres de la revolución vacilaban y perdían la fe, cuando la lucha parecía estar inspirada nomás por bajos apetitos personales, empezó a señalarse una nueva orientación.¹³⁷

De ahí que hiciera un llamado a su generación para forjar una ideología novedosa, colectiva, que sirviera a “propósitos humanos claros y definidos”. Esta se planteaba como un camino: la técnica.

Técnica que no quiere decir ciencia. Que la supone; pero a la vez la supera realizándola subordinada a un criterio moral, a un ideal humano. Técnica que no es tampoco positivismo; que conoce y postula otros valores para el conocimiento y para la vida y sabe la honda unidad que existe entre todas las manifestaciones del espíritu: música y filosofía, ciencia y pintura, arquitectura y derecho.

Conocimiento de la realidad. Conocimiento cuantitativo, ya que el error del liberalismo – no esquivado por el movimiento social contemporáneo – estriba en involucrar un problema de calidad en lo que es sólo un

¹³⁶ *Ibid.*

¹³⁷ Gómez Morín, “1915”, en Castillo, Gómez, 1994, p. 50.

problema de cantidad; en pretender resolver problemas de organización, de igualamiento, que son cosa de peso y medida, con elementos y nociones puramente cualitativos; en espaciar problemas de duración, según el lenguaje bergsoniano, tan querido para nuestro 1915. Dominio, por último, de los medios de acción. Pericia en el procedimiento que haya que seguirse para transformarlos hechos según el tipo que proporcione el hecho perseguido.¹³⁸

La biografía que hemos presentado nos señala la correspondencia que guardaban estas palabras con los proyectos más acabados del célebre creador del PAN. Desde que congregó a los *sabios*, su aventura neoyorquina, su propuesta del banco central; y en general, el afán por comprender y hacer funcionar correctamente las instituciones nacionales, hicieron de Gómez Morín, aunque suene aventurado decirlo, el perfecto positivista.

Respecto a su mirada hacia España, en función de su afición a la técnica, Soledad Loeza nos dice:

La fe que tenía en la técnica lo hizo receptivo a la influencia de la dictadura desarrollista de Miguel Primo de Rivera. Todo sugiere que vio en ella un modelo cuya validez para México defenderían él y muchos panistas de la primera hora desde entonces e incluso hasta finales de los años cuarenta.¹³⁹

Su admiración a los logros de la dictadura, como lo reconoce esta autora, pueden reconocerse en la célebre conferencia *España Fiel*, que el director del Banco de Londres y de México escribió durante su viaje a España en el año de 1928.

En una prosa de estética modernista, relata las impresiones que le dejaron los paisajes, las ciudades y los habitantes españoles. De cada paraje expresa su encanto, manifestando un hispanismo que bien podría identificarse con la generación del 98:

En Castilla, se ven todavía los dolores con que se alumbró el Nuevo Mundo. Su acción centrífuga de siglos llevó a otras partes el caudal de

¹³⁸ Gómez Morín, "1915", en Castillo, *Gómez*, p. 60.

¹³⁹ Loeza, *Partido*, 1999, p. 119.

sus virtudes y de su esfuerzo. Para ella no guardó nada: se acabaron sus árboles, se secaron sus fuentes¹⁴⁰.

Repara con interés en los logros técnicos que se habían alcanzado en la península, especialmente en el campo andaluz:

A ojos vistos se transforma Andalucía: nuevos riegos, terrenos recién abiertos al cultivo, plantaciones modernas amorosamente cuidadas, enorme crecimiento de la producción, hechos todos que llevan por el camino de una nueva organización rural.¹⁴¹

Por otra parte;

Barcelona está orgullosa de sus talleres; Barcelona vive agitada de actividad económica, consciente y satisfecha de dar primacía a la economía; envaneciéndose de ser rica, de ser trabajadora, de ser agresiva, de tener conflictos sociales, de ser moderna.¹⁴²

Y tras estas palabras de admiración, las notas finales del ensayo afirman que “España se ha creído pobre de valores modernos, y tiene atesorado un enorme caudal de ellos”. Creyendo en una riqueza tal y en la posibilidad de reiniciar el diálogo entre ambas orillas del Atlántico, el autor de *España Fiel* trasluce su voluntad de equiparar la situación de la nación ibérica con la de América, en un honrado hispanoamericanismo:

España y el mundo creyeron que hace siglos finó la obra española. España y la América nuestra parecen creer que sólo el pasado las liga y las une, sin ver que el viejo ardimiento puede volver a la acción y reanudar la obra que truncó un mal siglo.

¿Acaso no son hispánicas las raíces del actual movimiento mexicano? ¿Quién, como España, entendió nuestro problema? Después de España, nadie hizo nada aquí, ni en el papel siquiera, por la salvación del indio, por la explotación del suelo, por la elaboración de un futuro engrandecimiento. Y en lo mejor de ahora, no se hace otra cosa que andar los viejos caminos que España trazó.¹⁴³

La conferencia fue un éxito rotundo. Desde que fue publicada, su autor aprovechó todas las posibilidades que estas palabras le dieron para darse a conocer a lo largo y ancho del mundo hispánico, ya fuera dictándola en las sedes

¹⁴⁰ Gómez Morín, “España”, en Castillo, *Manuel*, p. 82.

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 85.

¹⁴² *Ibid.*, p. 86.

¹⁴³ *Idem.*

representativas del contacto cultural, como el Casino Español¹⁴⁴, o enviándola personalmente, por medio del Primer Secretario de la Legación de México en Madrid, Pablo Campos Ortiz, a numerosas personalidades de la política y la cultura hispánica. Es importante señalar que los ejemplares se enviaban a miembros de distintos partidos o afinidades políticas. La recibieron desde el mismo dictador y sus partidarios como el Duque de Alba, el marqués de Rialp, Antonio Goicoechea, hasta hispanoamericanistas progresistas de la talla de Rafael Altamira y Ramón Menéndez Pidal; mexicanos como Martín Luis Guzmán (quien se encontraba en España durante la década de 1920), entre otros.¹⁴⁵

Durante esa década, Gómez Morín ya mantenía contactos con algunos funcionarios del gobierno español que le proponían ser intermediario en México ante el proyecto de un Instituto de Economía Americana en Barcelona.¹⁴⁶ El principal interesado era Rafael Vehils, director de Instituto de Economía Americana de la Casa de América. Además de ese plan, también contemplaba reunir a representantes de países americanos en Congreso Español de Ultramar.¹⁴⁷

Parece ser que Gómez Morín era una pieza clave en los proyectos de Vehils, quien aparentemente recurría a él antes que a cualquier otro mexicano para solicitar sus recomendaciones y apoyo. Además de casi rogarle para que accediera a participar en esos eventos de promoción comercial, también lo contemplaba en los planes culturales y de divulgación.¹⁴⁸

¹⁴⁴ El Casino Español, junto al Instituto Mexicano de Intercambio Universitario, dirigido por el rector de la Universidad Alfonso Pruneda, invitaron a Gómez Morín a dictar su conferencia *España Fiel* el 26 de marzo de 1929 en el Paraninfo de la Universidad. En agradecimiento se le ofreció un banquete en el Casino. En AMGM, vol. 9 exp. 43, Sección: Correspondencia personal, 9 de marzo de 1928.

¹⁴⁵ Otros célebres partidarios de la dictadura recibieron ejemplares de *España Fiel*: el Marqués de Quintanar, José María Salaverría, el Conde de Romanones, Eduardo Aunós y Pérez, José Calvo Sotelo, Carlos Prast; editores de publicaciones con esta tendencia, tal es el caso de Blanca de los Ríos de Lampérez, directora de la revista *Raza Española*, el director de *ABC*, Juan Ignacio Luca de Tena; el director de la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929: Y. Concha. En AMGM, vol. 9 exp. 43, Sección: correspondencia personal.

¹⁴⁶ AMGM, Sección: Correspondencia particular, Vehils, Rafael, 20 de enero de 1928, exp. 1026.

¹⁴⁷ Si bien la correspondencia de Vehils con Gómez Morín sostiene que el gobierno español había aceptado el proyecto del Congreso, no sabemos si éste se llevó a buen término.

¹⁴⁸ Uno de ellos era crear, con el material que México había enviado a la Exposición Iberoamericana de Sevilla, un museo que tuviera por objeto "dar a conocer, por medio de muestras, gráficos, diagramas y publicaciones, los recursos naturales, las condiciones generales y estándares de vida, los medios de comunicación y los e comercio y cultura de cada país", AMGM, Sección: Correspondencia particular, Vehils, Rafael, 20 de enero de 1928.

Y si bien Gomez Morín hacía lo posible por participar en esos proyectos, decía “no tener tiempo” para viajar a España ni para dedicarse a ellos en México. No obstante, sí canalizó sus energías a difundir obras literarias, políticas y filosóficas entre México y España. En este sentido impulsó la edición de las obras de José Vasconcelos, como la *Metafísica* (1929), para que fuera publicada por editoriales españolas como la de León Sánchez Cuesta y mexicanas con capital español como André Botas o la editorial Cultura.¹⁴⁹

Ya en la década de 1940, siendo que tenía contactos con la editorial Jus, ciertos escritores españoles le solicitaban que recomendara sus obras para su publicación en ella. Fue singular el caso de Richard Pattee, miembro de una organización católica norteamericana, quien solicitaba a Gómez Morín que publicara su libro *Informes sobre España*. En el relato su experiencia vivida durante sus viajes a España en la época de la guerra civil, emitiendo apologías a Franco e impugnando a los republicanos.¹⁵⁰

El chihuahuense mostraba un gran interés en la compilación de Pattee, y reiteraba todo su apoyo para publicarla. Incluso fue el quien se encargó de buscarle un traductor al español y de insistir a la editorial Jus la necesidad de sacarla a la luz. Lo mismo hizo al frente de los diarios *El Universal*.¹⁵¹

Al parecer, Pattee aprovechaba la confianza e interés que Gómez Morín le transmitía, ya que llegó incluso a solicitarle “información sobre los rojos españoles” a principios de la década de 1950. Su pregunta concreta era ¿quién o quiénes en México siguen de cerca estos asuntos y están bien informados de lo que pasa entre la extrema izquierda?”; a lo cual, Gómez Morín respondía con mucha cautela, desentendiéndose del asunto:

Todos sabemos que efectivamente muchos de los refugiados fueron escogidos por su filiación de extrema izquierda [...] Pero nunca heos

¹⁴⁹ AMGM, Sección: Correspondencia particular, Vasconcelos, José, exp. 1024

¹⁵⁰ Como justificación, Pattee decía a Gómez Morín en una de sus cartas: “creo que es cada vez más urgente procurar la difusión del libro católico. Los sistemas de distribución actualmente establecidos, cuando no francamente hostiles, son totalmente indiferentes para el libro que expresa el pensamiento católico”, en AMGM, Sección: Correspondencia particular, Pattee Richard, 16 de diciembre de 1949.

¹⁵¹ El director del diario *El Universal* Armando Chávez Camacho le escribió afirmando su interés por publicar los artículos de Pattee. AMGM, Sección: Correspondencia particular, Pattee, Richard, 22 de enero de 1948.

tenido ni la oportunidad ni el propósito de lograr una información más precisa, fundamentada en otros aspectos para nosotros más positivos y más urgentes.¹⁵²

Por otra parte, su alto sentido de responsabilidad por fomentar acuerdos internacionales, especialmente en lo respectivo a la cultura, mantuvo una relación amistosa con el director del Instituto de Cultura Hispánica, Joaquín Ruíz Giménez y especialmente con su secretario Alfredo Sánchez Bella. Desde 1947, año en que esta institución inició sus funciones, comenzó enviando artículos y libros de autores mexicanos para publicarlos en España, así como los propios.¹⁵³

Hacia 1949 estas relaciones se intensificaron, y Sánchez Bella, refiriéndose a Gómez Morín como “querido amigo”, lo invitó a la participar en la Asamblea Iberoamericana de Comercio y Economía, que iba a celebrarse en octubre de 1950. Con gran deferencia, le expresaba su deseo de que “vengan profesores, hombres de negocios y especialistas en política económica; hombres que aporten fórmulas prácticas de acción y coordinación mutua.” También solicitaba su opinión sobre qué personas invitar de México u otros países del continente americano, pidiéndole incluso que “pudiera llevar la jefatura de alguna sección y hasta hacer presentar a sus colaboradores alguna ponencia”.¹⁵⁴

También lo invitaban al Congreso Eucarístico que estaba por celebrarse en Barcelona en mayo de 1952, al que “posiblemente concurrirían personalidades de gran relieve en la vida económica de toda Hispanoamérica”, además de que iba a ser una oportunidad para reunirse de manera “privada” y discutir sobre la posibilidad de organizar un congreso económico de grandes alcances. Así, la idea sería

Convocar una reunión que, con carácter privado y en forma de coloquio o conversación amistosa, que plantee algunos de los principales problemas que hoy dificultan la expansión y el auge de las relaciones económicas hispanoamericanas. [...] deseamos que a la reunión asistan personalidades significadas en Ciencia Económica o en Ciencia Aplicada, para discutir problemas en consonancia con las preocupaciones generales del momento, y en relación con ellas, tratar

¹⁵² AMGM, Sección: Correspondencia particular, Pattee, Richard, 10 de agosto de 1954

¹⁵³ Entre los libros de su autoría que envió a Sánchez Bella estaban *Lecciones de Filosofía del derecho*, *España Fiel*, y *El crédito agrícola en México*.

¹⁵⁴ AMGM, Sección: Correspondencia particular, Sánchez Bella, Alfredo, 1 de diciembre de 1949.

de las concretas relaciones económicas, y más particularmente, comerciales entre España e Hispanoamérica y entre los países iberoamericanos entre sí. Esta reunión, de carácter privado e informal, al margen de cualquier convocatoria o certamen oficial, parece que es la fórmula más conveniente para el éxito del futuro congreso, ya que este previo cambio de impresiones es en nuestra opinión requisito indispensable para el éxito de unas conversaciones que en su día pueden establecerse sobre base más amplia.¹⁵⁵

Gomez Morín era, al parecer, una personalidad sumamente valiosa para que el Instituto de Cultura Hispánica emprendiera con éxito sus proyectos. Así lo sugería la insistencia con la que le pedían que viajara a España, las formas de solicitarle recomendaciones de otros mexicanos para que participaran en el Instituto, o las peticiones que, bajo sumo respecto, le dirigían para que colaborara asiduamente en los intercambios.¹⁵⁶ Valga mencionar que muchos de estos planes estaban dirigidos a propiciar los intercambios comerciales,¹⁵⁷ lo que nos hace pensar que el ICH no estaba exclusivamente dedicado, en la década de 1940, a asuntos culturales.

Las relaciones de Gómez Morín con el Instituto Mexicano de Investigaciones Científicas (IHMIC), dirigido por Ignacio Rubio Mañé, también están bien documentadas. En octubre de 1948 recibió una carta de parte de los directivos

¹⁵⁵ AMGM, Sección: Correspondencia particular, Sánchez Bella, Alfredo, 21 de marzo de 1952.

¹⁵⁶ Uno de esos proyectos, para mencionar más ejemplos, era la creación de un libro que compendiaría la historia económica de diferentes países hispanoamericanos, AMGM, Sección: Correspondencia personal, Cehils, Rafael, exp. 1026, 20 de enero de 1948.

¹⁵⁷ Entre los de tipo financiero, se proponía la creación de una "unión Iberoamericana de Pagos": "Los actuales programas de desarrollo económico de los países iberoamericanos corren un grave peligro de fracaso si falta un mecanismo de compensación de pagos en la Región, que suavice las relaciones comerciales entre ellos, favoreciendo la expansión del comercio inter- iberoamericano y la formación progresiva de de un mercado conjunto para las nuevas industrias, sin el cual sería prácticamente imposible un desarrollo industrial equilibrado, racional y de alta productividad en todos nuestros países. [...] Parece conveniente que el encargado de hacer viable este proyecto fuera un organismo internacional - o mejor aún interamericano- el cual, agrupando el mayor número posible de gobiernos iberoamericanos, destacando sus comunes intereses, y las generales ventajas del proyecto, procurase hacerlo realidad. [...] Creemos que una actuación decidida de estas dos direcciones convergentes - programas coordinados de desarrollo económico y unión de pagos - pueden representar para Iberoamérica el comienzo de una nueva era de prosperidad, caracterizada por el nivel de vida creciente y una mayor independencia ante las fluctuaciones de los precios en los mercados internacionales. AMGM, Sección: correspondencia particular: Sánchez Bella, Alfredo, 18 de mayo de 1955.

presentándole los objetivos de este instituto e invitándolo a incorporarse como socio numerario del mismo.¹⁵⁸

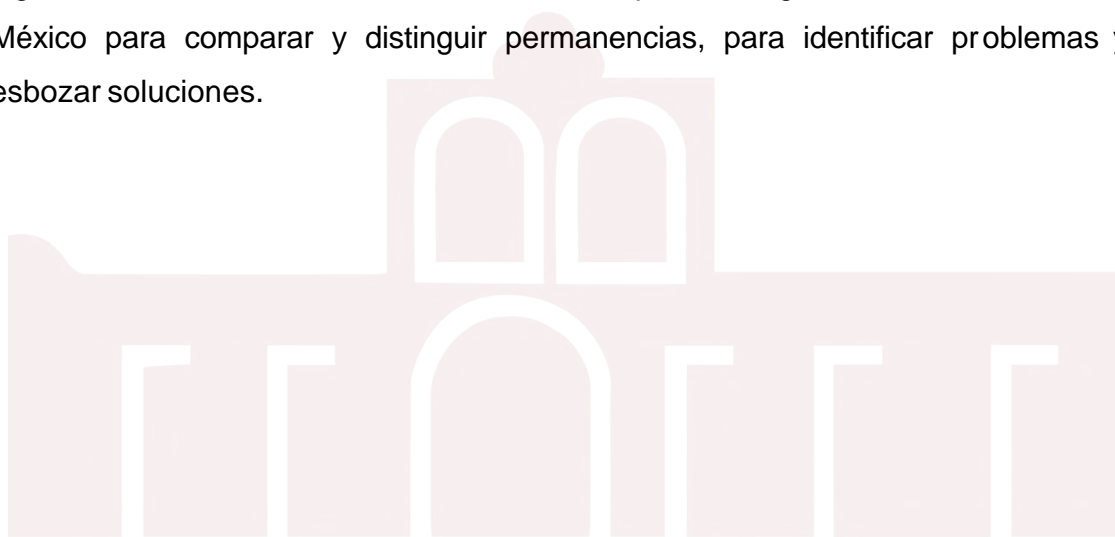
Nuestro personaje, por lo tanto, mantuvo siempre el deseo de encontrar en los vínculos con España ciertos remedios para hacer frente a los problemas de su país. Lejos de apoyar al franquismo, encontró en la dictadura de Primo de Rivera algunos aspectos técnicos que podían aplicarse en México, y ya en la década de 1940 fue un importante promotor de los intercambios culturales.

Su carácter mediador hace necesario matizar su papel como un miembro de la “derecha”. Estamos de acuerdo en que sus diferencias con el proyecto oficial lo llevaron a constituir el partido que se convertiría en uno de los principales bastiones de la oposición en la historia mexicana. También reconocemos que asimiló ideales católicos como la regeneración moral con base en los valores espirituales y su rechazo al liberalismo y al comunismo. Reconocía, además, que en la Iglesia podía encontrarse un modelo para “contener los efectos disruptivos de la acción modernizadora de la economía y la política”.¹⁵⁹ Su admiración por la dictadura española también han llevado a la misma historiografía que critica Loeza, caracterizada por desvirtuar al PAN como el “partido de las derechas”, a calificar a Gómez Morín como el benefactor de los empresarios.

¹⁵⁸ Afirma Ricardo Pérez Montfort que el IHMIC “competía con el Instituto Cultural Iberoamericano, dirigido por Pablo Antonio Cuadra y Vasconcelos”, documentos sobre el cual todavía no hemos encontrado. *Vid.* Pérez Montfort, *Hispanismo*, 1992, p. 176. Los directivos del IHMIC eran: PRESIDENTE: Atanasio Saravia; VOCALES: Alejandro Quijano, dir. De la Academia Mexicana de la Lengua, Genaro Fernández Mc Grégor, Académico de la lengua y rector que fue de la Universidad Nacional Autónoma de México, Manuel Toussaint, dir. del Instituto de Investigaciones Estéticas, Pablo Martínez del Río, dir del Instituto de historia de la UNAM, Ignacio Marquina, dir. del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Manuel Sandoval Vallarta, pres de la Comisión impulsora y coordinadora de la Investigación Científica, Javier de Cervantes, académico de Jurisprudencia y Legislación y catedrático de la Escuela Libre de Derecho y de la facultad de Leyes de la UNAM. SECRETARIO: Prof. Jorge Ignacio Rubio Mañé. El IHMIC se presentaba como “una Asociación Civil, organizada por iniciativa privada”; “Relacionada con instituciones españolas”, y “reconocida como correspondiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Madrid”. Su objetivo se enunciaba como “fomentar la investigación científica en México, en sus relaciones con la de igual carácter que realice en España”. El programa de sus actividades era: “1. Fundar y mantener una biblioteca española en la ciudad de México, mantener la biblioteca mexicana, fundada en Madrid, en el seno del CSIC, para corresponder con igual servicio de consulta de lo mexicano en España, conceder becas a investigadores mexicanos para que realicen estudios y trabajos en España, y 4. Publicar las obras que merezcan darse a conocer de esas investigaciones prefiriendo los trabajos de los becarios de esta institución. En AMGM, vol. 494, exp. 1578, Sección: Correspondencia personal, 30 de octubre de 1948.

¹⁵⁹ Loeza, *Propuesta*, 1996, pp. 425-478.

Sin embargo, las anteriores líneas nos permiten observar que, tanto sus influencias ideológicas de línea conservadora como sus relaciones personales con grupos ligados a esta tendencia, obedecían a un profundo deseo de encontrar modelos y conciliar posibilidades para incorporar dentro de un proyecto modernizador para el país. Podemos concluir, por lo tanto, que su hispanismo provenía de una admiración a España en su geografía, su cultura, su gente, y sus logros materiales. Pero era una admiración que lo obligaba a volver la vista a México para comparar y distinguir permanencias, para identificar problemas y esbozar soluciones.



Instituto

Mora

Conclusiones

Un tema tan amplio como el de las relaciones culturales entre España y México en el que se inscribe nuestra reflexión en torno a los intelectuales más proclives a apoyar el gobierno franquista o algunos de sus principios, nos lleva a considerar varias ideas que sólo en cierto grado podremos desarrollar aquí.

En primer lugar, cabe mencionar que las características del hispanoamericanismo de fines del siglo XIX abordadas en el primer capítulo, en relación con las que adoptó a mediados del siglo XX, nos motivan a comparar el sentido que revistieron las nociones de “relaciones culturales” en ambos períodos. Siguiendo la caracterización historiográfica de Carlos Ma. Rama para el siglo XIX, esta modalidad de relaciones implicaba una amplia gama de actividades. Teniendo por actores a una élite de escritores, profesores, asesores gubernamentales, periodistas, poetas, o quizás personalidades que desempeñaban todas estas funciones, estas relaciones se basaban en la iniciativa personal o institucional bajo el amparo estatal. Este fue el origen de la Unión Ibero Americana en España y sus congresos de talla internacional, organizados tras la figura de Rafael Altamira.

En América Latina y especialmente en México, estas relaciones también contaron con el apoyo gubernamental, pero siempre las proyectaba un equipo de pensadores inmersos en el debate sobre cuáles serían los modelos a seguir para sentar las bases institucionales del país.¹ Ya a principios del siglo XX, un grupo más focalizado, como el Ateneo de la Juventud, estableció vínculos con su contraparte en Madrid, dando pie a un paulatino proceso de contactos donde desfilaron una larga lista de personas con sus proyectos de publicar, dictar conferencias, viajar a ambas orillas del Atlántico impartiendo cursos, u organizando eventos de distinto tipo para promover eso que llamaban la *cultura hispánica*.

Con el objetivo de reproducir esa *cultura hispánica*, como medio de preservación identitaria ante injerencias de otras naciones, se llevó a cabo una

¹ Nos referimos a los “científicos”, particularmente a Justo Sierra, Telésforo García y Francisco Cosmes, para quienes la cuestión española revistió un interés particular dentro de un contexto de debate sobre los orígenes de la nacionalidad mexicana, el modelo de la Primera República española y un clima poco favorable a la monarquía.

reflexión en torno a su sentido y significado. De ahí que desde España se emitieran dos grandes corrientes, una progresista y otra conservadora, para las cuales América era un campo de proyección de una visión de la historia, de la importancia de conservar un idioma, de una religión que unificaba la fe. Para ambas corrientes, España era el referente unificador, y cada una de ellas reivindicaba de distinta manera el tipo de reconocimiento que Hispanoamérica debía la península.

Tomando en cuenta que a fines del siglo XIX, tanto España como los países latinoamericanos padecían una crisis similar, pero también compartían un clima cultural que se reconoce en la adopción de corrientes literarias como el modernismo, y un *regeneracionismo* en busca de la modernización productiva y la incorporación en la dinámica comercial europea. El miedo a los Estados Unidos fue factor crucial que activó el hispanoamericanismo. Este se exacerbó en la medida en que este país americano intervenía militarmente en los países del sur del continente, dando pie a una seria intención por parte de los hispanoamericanos de organizar una comunidad de países que bajo tutela de España evitaran la intromisión del “utilitarismo materialista” y el “protestantismo anglosajón”.

Con esos móviles hemos visto que el entramado de relaciones que conformaron el hispanoamericanismo de principios del siglo XX fueron institucionalizándose paulatinamente, de manera que los vínculos que la Junta de Ampliación de Estudios contribuyó a consolidar fueron de gran utilidad en el americanismo de la dictadura de Miguel Primo de Rivera.

Así, la infraestructura institucional y todas las formas comunicativas heredadas por la Unión Ibero Americana, la Junta de Ampliación de Estudios, los Ateneos y otras instancias de intercambio, allanaron el camino al Ministerio de Asuntos Exteriores del franquismo para reactivar nuevos acercamientos con América Latina. Sus órganos principales como el Consejo de la Hispanidad y luego el Instituto de Cultura Hispánica, contaron con la participación de intelectuales interesados en estrechar las relaciones entre ambos países. Aprovecharon además los mecanismos ya existentes para el intercambio de revistas y

publicaciones, además de los contactos universitarios y sus programas de becas de estudios, conferencias y demás eventos académicos.

Podemos decir entonces, que para la década de 1940 fueron bien aprovechados los antecedentes. Se procuró además que los programas impulsados por el CH y el ICH ya no quedaran en manos de una elite, sino que en ellos se involucraran un mayor número de personas, universidades, colegios, e instancias culturales de diverso tipo. Cabe destacar que las instituciones franquistas reproducían una nueva modalidad de *cultura hispánica*, heredada del panhispanismo de fines del siglo XIX, relacionada con una lectura tradicionalista sobre la historia de España y de su legado en América. La hispanidad, como se le conoció, obedecía a fines defensivos ante los afanes expansivos de las potencias europeas y de los Estados Unidos.

Estas ideas fueron bien acogidas por ciertos grupos mexicanos que historiográficamente, adoptando los referentes europeos de la época, fueron calificados como de “derecha”. Siguiendo a Hugh Cambell, quien la considera “radical”, afirma que su aparición se inscribió en un contexto más amplio, enmarcado por la Primera Guerra Mundial. En ese momento surgieron movimientos nacionalistas populares, autoritarios y sin ideología”. En el caso de México, la derecha se caracterizó por sus rasgos negativos, esto es, “surgió como una reacción en contra de la Revolución Mexicana y de los cambios sociales que prometía, en especial contra el giro marxista adoptado por la Revolución durante los años treinta”.²

El proyecto revolucionario, como sabemos, representó una ruptura con el porfirismo al dar al Estado la facultad de intervenir en diversos ámbitos de la vida nacional. El Plan Sexenal, decretado por Calles, impulsaba una reforma agraria, regulaba las fuerzas económicas e impulsaba a las empresas nacionales. De manera particular, establecía que la educación debía ser impartida por el Estado con una interpretación laica y antirreligiosa, racionalista y científica.³

² Campell, *Derecha*, 1979, pp. 7-8.

³ Medin, *Ideología*, 1997, p. 48.

El cardenismo radicalizó este programa al hacer del Estado el patrono de las organizaciones obreras y campesinas, decretar la educación socialista, emprender la disolución del latifundio en virtud de la repartición de tierras, llevar a cabo su política de nacionalizaciones, y privilegiar la incorporación del indígena en la vida nacional.

La oposición a este gobierno vino de parte de todos aquellos que no se vieron contemplados en estas medidas. Participaron todos los grupos que veían en esta ruptura una amenaza a la conservación de los intereses que mantenían desde tiempos porfiristas, o quizás virreinales. Siguiendo a Campbell, durante la década de 1930 se perfilaba una derecha religiosa, y por otro, una secular. En la primera confluían tanto sectores católicos y grupos de clase media que vieron afectada la libertad de ejercer su vida religiosa. La exclusividad educativa del Estado y su tendencia socialista, independientemente de lo que ello significase, fue vista por ellos como una ruptura totalmente inadecuada con el “verdadero espíritu nacional”. Así, vemos aparecer, primero el movimiento cristero, y después una oposición mejor organizada con vistas a competir en la dinámica electoral.

Por derecha secular, este autor ubica a otros grupos de clase media a quienes perjudicó la creación de la Confederación de Trabajadores Mexicanos. Entre ellos estaba la Acción Revolucionaria Mexicana (ARM), que interpretaba las medidas a favor de los grupos obreros como una puerta abierta al comunismo y, por consiguiente, posibles amenazas a la “estabilidad” laboral. Por otro lado, empresarios organizados, como la Confederación Patronal de la República Mexicana (CPRM), también hicieron un frente común ante posibles embates de sus subalternos. Los movimientos de Almazán y Cedillo también representaron un punto donde confluyeron las demandas al gobierno. Podemos decir entonces que las derechas estaban formadas por un amplio espectro de intereses que coincidían por su postura contraria a las medidas oficiales.

Lo que cabe destacar aquí es que el concepto de progreso de los gobiernos revolucionarios, dirigido a romper con las antiguas estructuras, se enfrentó con los sectores tradicionalmente beneficiados por ellas. Por su parte, la experiencia europea en las dos guerras mundiales emitió una serie de referentes que también

se utilizaron para evaluar la situación política mexicana. Además de conceptualizar a las “izquierdas” y “derechas”, impulsó la división del mundo en dos grandes bandos, dejando, por un lado, un miedo al comunismo aunado a la creciente participación política de las “masas”, y por otro, una crítica al liberalismo, al materialismo y a la “masonería”.

Dentro de estas filias y fobias de carácter ideológico, al interior de México se pregonaba un nacionalismo oficial que dio parte al indígena por encima de otros grupos, atizando el rencor de los afines al hispanismo y a otras corrientes como el panamericanismo. En aquellas medidas, éstos últimos reconocían el peligro de la introducción comunista en el país.

De ahí que, en un país y en un mundo caracterizado por la división ideológica, no extraña la aparición de una oposición, quizás poco vertebrada entre sí, pero con la firme decisión de sabotear las medidas oficiales que ponían en riesgo ciertas prácticas y modelos identitarios.

En este sentido, la reivindicación de las raíces indígenas produjo en la reacción una reconceptualización de la herencia hispánica. La figura de Cortés como creador de la nacionalidad, junto a una visión de la historia que ponía en énfasis en la conquista y en la introducción de una civilización anclada en la religión católica, serían propuestas a un Estado que reforzaba la visión liberal de esta historia a través de la educación. En regiones donde prevalecían relaciones de producción semi feudales, de fuerte tradición colonial, como El Bajío, la reacción pretendió obstaculizar medidas como la repartición de la tierra o la educación de sus trabajadores, con miras a conservar el *statu quo*. Varios autores, entre ellos Elisa Servin, han delineado las características de una oposición que utilizó todos los recursos a su alcance, como la vía armada o la confrontación política, para mantener sus privilegios y preeminencia ideológica. Se desprende de ello que las derechas en México fueron *conservadoras*, en tanto que procuraban sostener un régimen que les era favorable, y *progresistas*, cuando fueron la expresión de miembros de la burguesía que no se vieron contemplados en el proyecto de masas oficial.

Característico en las derechas conservadoras fue su apego a ciertas líneas de la hispanidad tradicional. Por citar ejemplos, no fue ningún secreto que el Sinarquismo tuviera afinidades con los países del Eje ni que basara sus principios ideológicos en la idea de que México se originó con la conquista española. La colonia española, por su parte, siempre abogó a favor de la España Nacional en tiempos de la Guerra Civil. Cierta prensa mexicana (*Omega, El Hombre Libre*), en su rotundo anti panamericanismo y profundamente anticardenistas, se permitieron publicar loas a Franco y a todo su círculo.⁴

Los intelectuales que han sido objeto de nuestro estudio han sido ubicados historiográficamente dentro de la derecha mexicana. Como hemos visto, sólo en parte compartían sus demandas. El caso de Alfonso Junco es un fiel ejemplo de apego a la reacción religiosa. Al igual que Jesús Guisa y Acevedo y Gabriel Méndez Plancarte, se convirtió en uno de los principales portavoces del reclamo de los sectores católicos que anunciaban la intromisión de elementos ideológicos totalmente ajenos a la identidad mexicana.

Considerando que el mundo se encontraba en un caos, donde todos los sistemas propuestos en el mundo europeo habían mostrado ser una resolución parcial a los problemas, si no totalmente ineficaces para ello, asumían que en sus manos estaba la oportunidad de iniciar una regeneración universal basada en la eugenesia y la reivindicación de los valores católicos.

El comunismo representaba para ellos una seria amenaza, en tanto que era visto como una ruptura del orden social jerárquico y la organización corporativa de las regiones católicas. Esto iba de la mano, para algunos, con la negación de la democracia. El asenso de las masas desde mediados de siglo en todo el mundo parecía anunciar una crisis de valores en los que la doctrina católica perdería sus adeptos. De ahí que la persona de Franco, al haber sabido controlar el avance de movimientos *comunistas* en España, aún cuando no haya existido un consenso en torno a lo que se entendía por comunismo, fuera vista con admiración.

Historiadores como Carlos Pereyra, al recuperar como tema central la conquista y sus personajes, fueron cobijados por los sectores españoles

⁴ Campbell, *Derecha*, p. 99.

encargados de proyectar las interpretaciones tradicionalistas de una historia común entre el mundo hispanoamericano. Estas visiones, que ya se perfilaban desde las últimas décadas del siglo XIX, fueron bien recibidas por la colonia española y sectores de las derechas, convencidas de tener ascendencia española y de haber sido desplazadas por el indigenismo cardenista.

Intelectuales como José Vasconcelos encontraron en ciertas fórmulas del hispanismo conservador recursos para construir mitos nacionalistas. Su propuesta concreta fue la *raza cósmica*, una raza representada por el hombre americano donde prevalecía el elemento hispánico, pero en la que confluían las herencias de todos los demás grupos reconocidos por la antropología de su momento.

La herencia hispánica, para Vasconcelos, sería la guía de este nuevo grupo humano, por lo que era menester identificar a los actores que participaron en los primeros contactos, los creadores de la nacionalidad.

Privilegiando entonces esta herencia, y con un fuerte rechazo al panamericanismo, Vasconcelos representó otra cara del apego al hispanismo conservador y los valores católicos como medio de hacer frente a la amenaza norteamericana. Ya hemos visto que las guerras mundiales incentivaron tanto en España como en América Latina el miedo a intromisiones imperialistas, y la semántica que en el siglo XIX apeló al *latinismo*, *sajonismo*, *hispanismo* y sus variantes en *hispanoamericanismo*, *panlatinismo*, etc, volvería a ocupar lugares centrales en las políticas culturales emitidas desde España o en la prensa mexicana.

Manuel Gómez Morín, sin introducirse en debates filosóficos e ideológicos, encontró en la España primorriverista un modelo de organización productiva. Más adelante, cuando el franquismo emitió sus políticas culturales, este célebre administrador se vinculó con sus emisores para promover una serie de vínculos que consideraba necesarios. Por ello puso en contacto a escritores y artistas españoles con editoriales mexicanas y *viceversa*, siempre con la firme intención de encauzar a buen fin los intereses nacionales.

Su coqueteo con las derechas mexicanas, como ha afirmado la historiografía, también se relaciona con su oposición al cardenismo y por la adopción de ciertas

fórmulas políticas de las derechas españolas, particularmente en la organización del Partido de Acción Nacional.

Por todos los temas que particularizan el hispanismo de cada uno de estos pensadores, se vuelve espinoso afirmar que existió un apego al franquismo. Si bien algunos admiraron a Franco, lo hacían en función de un diagnóstico de la realidad mexicana. Así, el general gallego podía ser visto como el guardián del orden que erradicó el comunismo, o como el gobernante perfecto que al vincular Iglesia y Estado veló por la preservación de la identidad hispanoamericana y por una unidad política que para muchos no debía romperse.

Por otra parte, la adhesión a visiones conservadoras de la hispanidad obedecía a intereses de muy diverso tipo. Ya hemos visto que en la colonia española, y en algunos sectores mexicanos, resonaban los ecos del amor a la Madre Patria provenientes del siglo XIX. De ahí que las distintas recreaciones de esta hispanidad en los artículos de Junco, Rodolfo Reyes, Guisa y Acevedo y otros fueran publicadas en *Excélsior*, *El Universal*, *Omega*, *El Hombre Libre* y otros diarios.

El tema, por lo tanto, no queda agotado, ya que podrían caracterizarse otras posturas y otros temas sobre la relación entre la España franquista y las derechas mexicanas. Mientras tanto cabe afirmar que un tema como la relación entre la intelectualidad, y en general, de diversos sectores mexicanos con la España franquista, puede brindar mayores elementos para caracterizar a esos grupos calificados como “derechas” en sus intereses y objetivos.

Mora

Bibliografía

Archivos

Archivo Manuel Gómez Morín (AMGM)
Hemeroteca Nacional, UNAM

Hemerografía

El Diario Español
El Hombre Libre
El Universal
España
España con honra
Excelsior
Omega

Revistas

En España

Acción Española
Anuario de Estudios Americanos
El Fascio
La Conquista del Estado
La Gaceta Literaria
Revista de Indias
Revista de las Españas

En México

Ábside
Crisol
Cuadernos Americanos
Futuro
La Antorcha
Lectura
Letras Libres
Timón

Abellán José Luis, *El exilio español de 1939*, Madrid, Taurus, vol. 3, 1976.

- Altamira y Crevea, Rafael, *Cuestiones hispano-americanas*, Madrid, E. Rodríguez Serra, 1900.
- _____, *Mi viaje a América: libro de documentos*. Madrid, Victoriano Suárez, 1911.
- _____, *Últimos escritos americanistas*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1929.
- Álvarez Junco, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2005.
- Blancarte, Roberto, *Cultura e identidad nacional*, México, CONACULTA/FCE, 1994.
- Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, ERA, 1988.
- Buenfil Burgos, Rosa Nidia, *Cardenismo: argumentación y antagonismo en educación*, México, Instituto Politécnico Nacional, 1994.
- Camp, Roderic A., *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, México, FCE, 1988.
- Campbell, Hugh, *La derecha radical en México: 1929-1949*, México, SEP, 1976.
- Castillo Peraza, Carlos, (comp.), *Manuel Gómez Morín, constructor de instituciones: antología*, México, FCE, 1997.
- Chase, Allan, *Falange, el ejército secreto del Eje en América*, La Habana, Editorial Caribe, 1944.
- Curiel Defossé, Fernando, "Ambición sin límites", en *Historia y Grafía*, núm. 23, 2004, 55-95.
- Delgado Gómez Escalonilla, Lorenzo, *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica 1939-1953*, Madrid, CSIC, 1988.
- Dougherty, James, *Teorías en pugna en las relaciones internacionales*, Buenos Aires, 1983.
- Echeverría, Esteban, *Idea de la cultura*, México, UANAM/ITACA, 2001.
- Enríquez Perea, Alberto, *Alfonso Reyes en la Casa de España en México, 1930-1940*, México, El Colegio Nacional, 2005.

- Enríquez Perea, Alberto (comp), *Alfonso Reyes en la Casa de España en México, 1939-1940*, México, El Colegio Nacional, 2005.
- Fagen, Patricia, *Transterrados y ciudadanos: los republicanos españoles en México*, México, FCE, 1975.
- Fell, Claude, *José Vasconcelos: los años del águila, 1920-1925: educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*, México, UANM/IIH, 1989.
- Fernández Mc. Grégor, *Antología de José Vasconcelos*, México, Oasis, 1980.
- Formentín Ibáñez, Justo, Villegas Sanz, María José, *Relaciones culturales entre España y América. La Junta para la Ampliación de Estudios*, Madrid, MAPFRE, 1992.
- Fuentes Mares, José, *Historia de dos orgullos*, México, ediciones Océano, 1984.
- Gamio, Manuel, *Forjando patria: pro nacionalismo*, México, Porrúa, 1916.
- Ganivet, Ángel, *Idearium español y el provenir de España*, Madrid, Espasa Calpe, 1940.
- García Cantú, Gastón, *El pensamiento de la reacción mexicana (la derecha)*, México, UNAM, 1997, vol.3.
- Garcíadiego Dantan, Javier, *Cultura y política en el México posrevolucionario*, México INEHRM, 2006.
- _____, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la revolución mexicana*, 1996.
- García Morales, Alfonso, *El Ateneo de México, 1906-1914, orígenes de la cultura mexicana contemporánea*, Sevilla, CSIC, 1992.
- García Morente, Manuel, *Idea de la hispanidad*, Madrid, Espasa Calpe, 3ª ed., 1947.
- García, Telésforo, *Un liberal español en el México porfiriano. Cartas de Telésforo García a Emilio Castelar 1888-1899*, México, CONACULTA, 2003.
- González, Calleja, Eduardo, *La hispanidad como instrumento de combate: raza e imperio en la prensa franquista durante la guerra civil española*,

- Madrid, Centro de Estudios Históricos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1988.
- Gómez Morín, Manuel, 1915, en Castillo Peraza, Carlos, *Manuel Gómez Morín, constructor de instituciones, antología*, México, FCE, 1997.
- _____, *España Fiel; conferencia*, México, editorial Cultura, 1928.
- Granados García, Aimer, *Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2005.
- _____, “La corriente cultural de la JAE en México: El Instituto Hispano Mexicano de Intercambio Universitario, 1925-1931”, en *Revista de Indias*, Madrid, C.S.I.C, enero-abril, 67 (239), 2007, pp. 103-104.
- Hobsbawm, Eric, *La era del imperio, 1875-1914*, Barcelona, Labor, 1989.
- Hurtado, Guillermo, *El Hiperión: antología*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, Programa editorial, 2006.
- Juliá, Santos, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2005.
- Junco, Alfonso, *España en carne viva*, México, Botas, 1946.
- _____, *Inquisición sobre la inquisición*, México, Jus, 1959
- _____, *México y los refugiados: Las cortes de paja y el corte de caja, Juárez: intervencionista, Sangre de Hispania*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1943.
- _____, *La divina aventura*, México, Bajo el signo de Ábside, 1938.
- _____, *Gente de Méjico*, México, Botas, 1943).
- _____, *Un siglo de Méjico: de Hidalgo a Carranza*, México, Botas, 1937
- _____, *Junco y la hispanidad*, Monterrey, Instituto de Cultura Hispánica de Monterrey, 1980).
- _____, “El uso de la jota”, en *Mundo hispánico*, Núm. 10, 1948, p. 36.
- Krause, Enrique, *Caudillos culturales en la revolución mexicana*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1976.
- Lempérière, Annick, *Intellectuals, État et société au Mexique: les clerics de la nation, 1910-1968*, Paris, L'Harmattan, 1992.
- Lida, Clara Eugenia, comp., *México y España en el primer franquismo, 1939-1950 rupturas formales, relaciones oficiosas (1939-1950)*, México,

- Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2001.
- _____, comp., *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XIX*, Madrid, Alianza editorial, colección Alianza América, Monografías 34, 1994.
- _____, y José Antonio Matesanz, *La Casa de España y El Colegio de México; memoria. (1938-2000)*, México, El Colegio de México, 2000.
- Loaeza, Soledad, *El Partido Acción Nacional: la larga marcha (1939-1994)*, México, FCE, 1999.
- _____, “La propuesta modernizadora de Manuel Gómez Morín”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 1996, vol. XLVI, octubre-diciembre, núm. 2, pp. 425-478.
- Lorenzo Delgado Gómez - Escalonilla, *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica 1939-1953*, Madrid, CSIC/Centro de Estudios Históricos, 1988.
- Maeztu, Ramiro de, *Defensa de la hispanidad*, en <http://hispanidad.tripod.com/maezt3.htm>.
- _____, “Hispanidad”, en *Acción Española*, Madrid, 15 de diciembre de 1931, tomo I, núm. 1, pp. 8-16.
- Malagón Barceló, Javier y Silvio Zavala, *Rafael Altamira y Crevea: el historiador y el hombre*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1986.
- Mainer, José Carlos, *La doma de la quimera. Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España*, Madrid, Vervuert, 2004.
- _____, *La edad de plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1983.
- Mateos, Abdón, *De la guerra civil al exilio: los republicanos españoles y México: Indalecio Prieto y Lázaro Cárdenas*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva: Fundación Indalecio Prieto, 2005.
- Matesanz, José Antonio, *Raíces del exilio. México ante la guerra civil española (1936-1939)*, México, El Colegio de México, 1999.

- Medin, Tzvi, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Meyer, Jean, *El Sinarquismo, ¿un fascismo mexicano?, (1937-1947)*, México, Joaquín Mortíz, 1979.
- Molina Enríquez, Andrés, *Los grandes problemas nacionales, 1909, y otros textos (1911-1919)*, México, ERA, 1991.
- Morodo, Raúl, *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción española*, Madrid, Alianza Editorial, 1985.
- Naranjo, Consuelo, *Los lazos de la cultura: El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, Madrid, CSIC, 2002.
- Ocampo, Aurora, *Diccionario de escritores mexicanos, siglo XX: desde las generaciones del Ateneo y novelistas de la revolución hasta nuestros días*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.
- Ortega y Gasset, José, *España invertebrada: bosquejos de algunos pensamientos históricos*, Madrid, Revista de Occidente, 1971.
- Pacheco, José Emilio, "Ruben Darío vuelve a España", en *Letras Libres*, México- junio, 1999.
- Payne, Stanley, *Falange, a History of Spanish fascism*, Stanford, Stanford University Press, 1961.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, México, FCE/SEP, 1984.
- Pemán José María, *Los valores históricos de la dictadura española*, Madrid, Publicaciones de la Junta de Propaganda patriótica y Ciudadana, 1929.
- Perea, Héctor, *La rueda del tiempo*, México, Cal y Arena, 1996.
- Pereira Castañares, Juan Carlos, "Primo de Rivera y la diplomacia española en Hispanoamérica, el instrumento de un objetivo, en *Quinto centenario*, Madrid, 1986, núm. 10, pp. 131-156.
- Pérez Montfort, Ricardo, *Avatares del nacionalismo cultural: cinco ensayos*, México, Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos: Centro de Investigaciones y estudios Superiores en Antropología Social, 2000.

- _____, *Estampas de nacionalismo popular mexicano: diez ensayos sobre cultura popular y nacionalismo*, México, Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos: Centro de Investigaciones y estudios Superiores en Antropología Social, 2003.
- _____, *Hispanismo y falange, Los sueños imperiales de la derecha española*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- _____, *Por la patria y por la raza: la derecha secular en el sexenio de Lázaro Cárdenas*, México, Facultad de Filosofía y Letras, 1993.
- Pike, Frederik B., *Hispanismo, 1898-1936: Spanish conservatives and liberals and their relations with Spanish America*, Notre Dame, University of Notre Dame, 1971.
- Pliego, Iván, "Optimism betrayed: the Golde Age of Mexican Spanish Relations, 1931-1939, tesis doctoral, Londres, London School of Economics and Political Science, 2005.
- Preston, Paul, *Franco, caudillo de España*, Barcelona, Grijalva, 1988.
- Rama, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina siglo XIX*, México, FCE, 1982.
- Robles, Martha, *Entre el poder y las letras. Vasconcelos en sus memorias*, FCE, 1989.
- Rojas, Mix, Miguel, *Los cien nombres de América*, Barcelona, Lumen/Quinto Centenario, 1991.
- Rosenzweig, Gabriel, *Autores mexicanos publicados en España, 1879-1936*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1992.
- _____, "Presencia de México en España 1886-1936", en Blancarte, Roberto (comp), *Cultura e identidad nacional*, México, FCE, 1994, pp. 163-187.
- Ruiz Abreu, Álvaro, *Modernismo y generación del 98*, México, Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior, 1976.
- Sepúlveda, Isidro, *El sueño de la Madre Patria*, Madrid, Fundación Carolina, 2005.

- _____, "Hispanismo e hispanofobia en el nacionalismo del México revolucionario", en *Cuadernos americanos*, vol. 1, núm. 61, enero-febrero, 1997, pp.58-88.
- Servín, Elisa, *La oposición política*, México, FCE/CIDE, 2006.
- Sevillano Calero, Francisco, *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo, 1936-1951* Alicante, Universidad de Alicante, 2003
- _____, *El franquismo, visiones y balances*, Alicante, Universidad de Alicante, 1999.
- _____, *Exterminio: el terror con Franco*, Madrid, Oberón, 2004.
- Skinner, Quentin, "Significado y comprensión en la historia de las ideas", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, núm. 4, 2000, pp.149-191.
- Skirius, John, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, México, Siglo Veintiuno editores, 1982.
- Tusell Gómez, Javier, *Historia de España en el siglo XX*, Madrid, Taurus, 1998-99, vol. 1 y 2.
- Unamuno, Miguel de, *En torno al casticismo*, Madrid, Alianza, 1986.
- Urias Horcasitas, Beatriz, *Historias secretas del racismo en México (1920-1950)*, México, Tusquets, 2007.
- Valender Webb, James, *Las Españas: historia de una revista del exilio, 1943-1963*, México, El Colegio de México, 1999.
- Vasconcelos, José, *Bolivarismo y monroísmo*, Santiago, Arcilla, 1935.
- _____, *Memorias*, México, 3 vols. FCE, 1982.
- _____, *La raza cósmica*, México, Espasa Calpe, 1948.
- _____, "Defensa de Hispanoamérica", *Mundo Hispánico*, Núm. 9, 1948, p.14.
- _____, "Manifiesto de José Vasconcelos a la nación mexicana", en García Cantú, Gastón, *El pensamiento de la reacción mexicana (la derecha)*, México, UNAM, 1997, vol.3., pp. 85-91.
- Zea, Leopoldo, comp, *98: derrota pírrica*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 2000.

Referencias en internet

Carta Encíclica *Rerum Novarum*, en
http://www.vatican.va/holy_father/leo_xiii/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15051891_rerum-novarum_sp.html.

Constitución de la República Española de 1931 en
<http://www.icsi.berkeley.edu/~chema/republica/constitucion.html>



Instituto

Mora